



**UNIVERSIDAD DEL ACONCAGUA, FACULTAD DE PSICOLOGIA
TESIS DE DOCTORADO**

“Avatares del sujeto en el proceso de devenir varón y padre”

Doctorando: Mario José Roberto González

Directora de Tesis: Dra. Beatriz Margarita Isabel Rodríguez

Mendoza 2018

UNIVERSIDAD DEL ACONCAGUA HOJA DE EVALUACION

TRIBUNAL EXAMINADOR

Presidente:

Vocal:

Vocal:

Profesor Invitado: Dra. Beatriz Margarita Isabel Rodríguez

Nota:

AGRADECIMIENTOS

A la memoria de mi padre, que forjó en mí el amor al saber y la pasión por el trabajo.

A la memoria de mi madre, que sembró en mí las ansias de superación.

A Claudia mi compañera de ruta en la vida, que me apoyó colaborando en este proyecto y en otros tantos, sobre todo en los más importantes: el de pareja y de familia.

A Lautaro y a Azul, que me enseñan cada día, con nuestros encuentros y desencuentros, el desafío de ser padre.

A mi Directora de Tesis, la Dra. Beatriz Rodríguez, por su acompañamiento incondicional, su compromiso, su tiempo, su idoneidad y generosidad en la transmisión del psicoanálisis.

A mi analista Arnaldo Guzmán, ya que su escucha y su ética, posibilitaron en mí el deseo sostenido de realizar esta investigación.

A mi familia: hermanos: Julia, Eduardo y Purruca, a mis sobrinos, también mis primas/os, por estar, a pesar de la distancia y los tiempos, al igual que a mis suegros.

A la Dra. Gilda Di Fabio por su asesoramiento metodológico y su empatía.

A mis amigos y amigas, a mis colegas y compañeros de cátedra por compartir tantos momentos.

A mis alumnos, por enseñarme a enseñar y crecer juntos en la interacción.

Y a mis pacientes, con quienes aprendí y aprendo, a acotar en algún punto, algo del sufrimiento humano.

RESUMEN

La presente investigación tiene como objetivo general, indagar sobre los avatares que debe atravesar un sujeto para devenir varón y padre.

La pregunta principal de la que parte es ¿Cuáles son los avatares, es decir las vicisitudes, los cambios, los obstáculos, que tiene que atravesar un sujeto para devenir varón y padre?

Esta indagación es abordada desde la teoría psicoanalítica en su articulación con los estudios de género y emplea el Método psicoanalítico como herramienta de Investigación, ya que investiga tomando como materia prima el discurso del sujeto, prestando especial atención al modo en que –en este- se pone de manifiesto el inconsciente.

Es de finalidad *básica*, porque pretende ampliar conocimientos científicos y de profundidad *interpretativa*, al tiempo que constituye un estudio *instrumental*, que apela a casos.

Se utiliza una muestra no probabilística intencional, constituida por cinco sujetos varones de estructura neurótica –con diversidad de orientación sexual-, cuyas edades están comprendidas entre los 35 y 55 años y que se encuentran o se encontraron en tratamiento psicológico psicoanalítico, habiendo brindado previamente su consentimiento informado por escrito.

La técnica aplicada es de entrevistas, a partir de dos disparadores y su modalidad es la de entrevistas psicoanalíticas de investigación.

Se da cuenta de la construcción de la masculinidad y de la paternidad, como procesos independientes e interrelacionados.

Por último despeja las dimensiones teóricas, articulándolas con los casos clínicos.

ABSTRACT

The main goal of this investigation is to look into the changes that a subject has to undergo in order to become man and father.

This was triggered by the question about which are the vicissitudes, changes, and obstacles that a subject has to undergo in order to become a man and father.

This inquiry is approached from the psychoanalytic theory in articulation with gender studies and by applying the psychoanalytic method as a research tool. This is accomplished by using the subject's discourse as prime matter and paying special attention to how the unconscious is expressed.

The purpose is basic, being that it seeks to expand scientific knowledge and depth of interpretation. At the same time it constitutes an instrumental study that is appealing to cases.

We use a purposive non-probabilistic sample, made up of five male subjects that present a neurotic structure, with diversity of sexual orientations, between 35 and 55 years of age, and that are or were undergoing psychoanalytic psychological treatment. All the subjects have previously signed a written informed consent.

The technique applied was psychoanalytic research interviews using two triggers as starting points.

It gives an account of the construction of masculinity and fatherhood, considering as independent and interlinked processes.

Lastly, the theoretical dimensions are articulated with the clinical cases.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	10
a) Presentación y delimitación del tema	11
b) Justificación y fundamentación del problema por investigar	12
c) Objetivos	15
d) Referencias sobre la perspectiva teórica. Interrogantes	15
e) Tipo de estudio y metodología	22
CAPÍTULO I: MASCULINIDAD	25
1.1. Concepto de masculinidad.....	26
1.2. Antecedentes del tema	29
1.3. Masculinidad y contexto socio-cultural.....	39
1.4. La bisexualidad desde el Psicoanálisis: fantasma bisexual	47
1.5. La pasividad inicial.....	55
1.6. Masculinidad, género y narcicismo	64
1.7. La sexualidad y el significante	74
1.8. La metáfora paterna.....	77
1.9. La masculinidad como síntoma.....	82
1.10. ¿Qué significa el pene para los hombres?.....	83
1.11. Masoquismo.....	89
1.12. Deseo parricida y violencia masculina	91
1.13. El goce autoerótico y la soltería masculina	94
1.14. La cobardía	96
CAPÍTULO II: PATERNIDAD	99

2.1. Una breve historia de la paternidad	99
2.2. Antecedentes sobre el tema.....	104
2.3. La dimensión del padre en la obra Freud.....	114
2.4. El padre desde Lacan.....	119
2.5. ¿Qué significa para el hijo tener un padre?.....	123
2.6. El padre y las nuevas configuraciones familiares.....	125
2.7. La función paterna desde el Psicoanálisis vincular.....	127
2.8. En nombre del padre, del hijo y del hombre.....	130
2.9. El efecto del castigo del padre, una lectura psicoanalítica.....	134
2.10. La Mirada del Padre y su incidencia en la masculinidad del hijo y feminidad de la hija.....	136
2.11. El deseo de ser padre.....	142
2.12. ¿Qué envidia el varón?.....	144
2.13. El padre soltero.....	147
2.14. El Padre es No-Todo.....	149
2.15. Las carencias paternas.....	154
2.16. El amor del padre y el amor hacia el padre.....	157
2.17. ¿Qué quiere mi padre de mí?.....	159
2.18. El deseo parricida, filicida y su relación con la ley y la culpa.....	164
2.19. El padre muerto.....	167
CAPÍTULO III: HOMOPARENTALIDAD.....	171
3.1. Ley del Matrimonio Igualitario y Adopción homoparental.....	172
3.2. Antecedentes sobre el tema.....	173
3.3. Diversidad.....	179

3.4. La mirada del Psicoanálisis.....	186
3.5. Diferencia sexual anatómica.....	188
3.6. Lugar y función de las identificaciones y del Edipo.....	190
3.7. El género y la homoparentalidad.....	194
3.8. Los Imposibles Freudianos y la Paternidad	199
CAPÍTULO IV: METODOLOGÍA.....	204
4.1. Diseño.....	204
4.2. Participantes	208
4.3. Técnica de investigación.....	209
4.4. Procedimientos	212
4.5. Análisis de datos.....	213
CAPÍTULO V: CASUÍSTICA.....	216
5.1. Caso Andrés	216
5.2. Caso Gastón.....	230
5.3. Caso Raúl	241
5.4. Caso Juan.....	258
5.5. Caso Sergio	271
CAPÍTULO VI: DISCUSIÓN.....	286
6.1. Masoquismo.....	287
6.2. Cobardía	293
6.3. Goce autoerótico.....	298
6.4. Negación y fantasma bisexual	302
6.5. Culpa por el fantasma parricida	313

6.6. Respuesta a la primera pregunta de investigación	320
6.7. Respuesta a la segunda pregunta de investigación.....	333
CAPÍTULO VII: CONCLUSIONES	342
Prospectiva	356
CAPÍTULO VIII: APARATO ERUDITO	358
8.1. Anexo: 1. Textos de Lacan donde aparece el término “Avatares”	358
8.2. Anexo: 2. Índice de Obras de Arte: pinturas y esculturas.....	359
Lámina N 1: Narciso.....	359
Lámina N 2: La Caridad Romana.....	360
Lámina N 3: Edipo y Antígona	361
Lámina N 4: Saturno devorando a su hijo	362
Lámina N 5: El Sacrificio de Isaac.....	363
Lámina N 6: Magdalena Ventura y su marido	364
8.3. Anexo: 3. Modelo de Consentimiento Informado	365
BIBLIOGRAFIA	366

INTRODUCCIÓN

El recorrido de esta investigación se inicia con la conceptualización de Masculinidad (Capítulo I), siguiendo con el de Paternidad (Capítulo II). En ambos capítulos, se parte de la etimología, se realiza un rastreo histórico y se articula con las investigaciones actualizadas que se relacionan con estos temas.

La Homoparentalidad (Capítulo III) es abordada como una forma novedosa de parentalidad, con sus vicisitudes y controversias, dejando espacios abiertos a nuevos interrogantes.

Luego, el Capítulo IV está dedicado a la Metodología: en él se da cuenta del proceso que se llevó a cabo en esta investigación.

En el Capítulo V: Casuística, nos encontramos con los cinco casos clínicos a los que se les aplicó la entrevista, previo consentimiento informado, realizándose luego el análisis e interpretación de dichas entrevistas.

En el Capítulo VI: Discusión, se cotejan los autores y las investigaciones que se trabajaron en los tres primeros capítulos con las dimensiones teóricas encontradas a partir del análisis teórico-clínico, respondiendo de esta manera a las preguntas de investigación.

En el Capítulo VII: Conclusiones, se realiza una síntesis de los conceptos relevantes, se da cuenta del logro de los objetivos, incluyendo la prospectiva, que abre el camino a futuros estudios y permite vislumbrar la potencialidad aplicativa de la presente investigación a las diversas áreas del campo profesional y a la interdisciplina.

Por último, el Capítulo VIII (Aparato erudito), además de la Bibliografía consultada, incluye un cuadro acerca de los distintos textos de Lacan donde aparece el término “avatares”.

En algunos capítulos, se incorporan imágenes de obras de arte que sirven para ilustrar, en forma pertinente, la temática abordada.

a)Presentación y delimitación del tema

Para el Psicoanálisis, la sexualidad, la paternidad, la maternidad y la filiación no están determinadas por lo biológico, sino que se trata de construcciones simbólicas en las que intervienen varios factores como el contexto familiar, histórico y social.

Estos temas nos atraviesan a todos por lo que tendemos a aferrarnos a teorías biológicas, psicológicas, sociales, religiosas y filosóficas; teorías que nos sirvan de referentes simbólicos que nos permitan ilusoriamente ir por el mundo interactuando con otros, pasear por el mercado de los sexos creyendo saber quiénes somos y hacia dónde vamos.

En realidad, es una forma paliativa de cubrir lo vedado que es el saber sobre el sexo, pues se trata de un saber inconsciente, que nos deja en un estado de vulnerabilidad y desamparo cuando pretendemos salir de lo conocido.

Por esta razón, tendemos a afiliarnos firmemente a determinadas teorías que nos aportan algunos saberes parciales, con las consecuentes ataduras que nos dificultan abrirnos a otras perspectivas.

Tolerar nuestra ignorancia y des-identificarnos de teorías dogmáticas sería la primera gran aventura a la que habría que apostar.

La sexualidad es tan incierta como la paternidad. Abordarla trae aparejadas sensaciones de extrañeza que nos remiten al mito bíblico del origen, donde el primer hombre Adán, junto a Eva, se vieron privados de comer el fruto prohibido del bien y del mal. Ese fruto era el saber sobre el sexo, que –como estaba prohibido– no hizo más que despertar el deseo e ir a la acción; el costo fue el destierro del paraíso que pasó a ser perdido. Efecto del castigo de un padre omnipotente que se hizo sentir diciendo a la mujer: “Multiplicaré los sufrimientos

de tus embarazos, darás a luz hijos con dolor. Tendrás ansias de tu marido y él te dominará” (Génesis 3.16). Y al hombre le dijo: “Porque le hiciste caso a tu mujer y comiste del árbol prohibido, maldito el suelo por tu culpa, con fatiga sacarás de él tu alimento mientras vivas. Comerás el pan con el sudor de tu frente, hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella te sacaron, porque eres polvo y al polvo volverás” (Génesis 3.17-19). Esta constituye una de las primeras diferencias en relación con el sexo, que fue transmitida a través de la religión judeo-cristiana, y que tiene su eficacia en nuestra cultura, en la distribución de roles de género.

El varón no nace, se hace y lo hacen; es una construcción simbólica, imaginaria y real sometida a las vicisitudes y mandatos sociales e históricos que dejan su impronta, que marcan el cuerpo y la psiquis del hombre.

Podría agregar que el varón nace con órganos genitales masculinos, eso ya es una marca en el cuerpo que tiene su implicancia en el caso por caso, pero esto no determinará el destino de su masculinidad, en este sentido digo que no nace, que se hace y que lo hacen.

Ello puede remitir a otro mito: el de *Edipo en Colona*, cuyo destino ya estaba anticipado en el Oráculo; después, en su auto-destierro, acompañado por su hija Antígona, se arranca los ojos luego de descubrir que cometió incesto y parricidio, pronunciando la frase: *Ahora que nada soy acaso me convierto en hombre*¹(Lacan, 1953-54/1996, p.344). Esa experiencia desgarradora es la que tiene que enfrentar cada sujeto en el proceso de devenir varón y padre.

A partir de lo expuesto se delimita el problema por investigar, con la pregunta central:

¿Cuáles son los avatares, es decir las vicisitudes, los cambios, los obstáculos que tiene que atravesar un sujeto para devenir varón y padre?

¹Sófocles emplea el genérico *hombre*, ya que el pensamiento griego no equiparaba las categorías varón – mujer.

b) Justificación y fundamentación del problema por investigar

Esta investigación doctoral de algún modo continúa las indagaciones que llevé a cabo en mi tesis de maestría, en la que abordé la temática de “La Esterilidad sin Causa Aparente. Una mirada desde el Psicoanálisis”; allí subyace el interrogante del deseo del hijo, que también está presente en esta tesis al abordar el tema de la paternidad.

Tiene también como antecedente, una investigación realizada en el CIUDA en 2009, titulada “De las Familia a la Pareja”, en la que se abordó el tema de la masculinidad, el género, la paternidad y la homoparentalidad, a través del análisis de dos obras literarias del escritor chileno José Donoso: *Chattanooga ChooChoo* y *El lugar sin límites*.

El interés que motivó esta investigación son los interrogantes que me interpelaron como varón, padre y analista; es desde allí que en este trabajo pretendo profundizar específicamente en algunos de los avatares que tiene que atravesar un sujeto para devenir varón y padre. Lejos estoy de dar respuestas totalizantes y abarcativas, sino que este trabajo constituye un acercamiento a esta temática, que pretende abrir nuevas líneas de investigación.

Desde la clínica emergen cuestiones acerca de: ¿Qué es ser varón en la actualidad?, ¿Qué se espera de él?, ¿Por qué tanta dificultad para responder como tal frente a la mujer, frente al sostenimiento de vínculos afectivos, familiares y laborales? Es la clínica la que muestra el sufrimiento de varones que consultan cada vez más con diversos síntomas: algunos con disfunciones sexuales, otros que funcionan como niños, anclándose en el lugar de hijos, jugando a ser hombres –dramatizando el síndrome de “Peter Pan”–, también están los paralizados e inhibidos que se cronifican en carreras universitarias que pocas veces terminan. Aparecen, además, los “mantenidos” que hacen “como que” buscan trabajos ideales que nunca encuentran y, si aparece alguno, rara vez lo sostienen.

En contrapartida, están aquellos que se abocan de lleno al trabajo y a su oficio o profesión, creyendo encontrar solo en ese lugar un sentido a su vacía existencia; en este exceso se encuentra un goce asolapado, ya que detrás del exitismo y el progreso económico que los constituye en omnipotentes proveedores materiales, aparecen por otro lado como esposos y padres ausentes.

En la lista menciono también a los infieles empedernidos, los hipocondríacos, los celotípicos, los depresivos con ideas suicidas, los que ejercen violencia de género e intrafamiliar, los que permanecen en posiciones masoquistas, los que dudan de su identidad sexual, los que presentan una sexualidad diferente y los que manifiestan las más diversas conductas adictivas y de riesgo.

En relación a la paternidad, mi inquietud en este tema también aparece de la mano de la clínica, pues trabajé durante muchos años en un dispensario de salud sostenido por la unión vecinal de una comunidad de clase media baja de Godoy Cruz, Mendoza. Allí existía una gran demanda de niños que eran derivados por tres escuelas aledañas, cuyos motivos de consulta más frecuentes eran trastornos de aprendizaje, de conducta, transgresión a las normas, fobias y enuresis, entre otros. En ese momento mi mirada se centraba en la dupla madre-hijo, los padres rara vez aparecían y en pocas oportunidades había una actitud de compromiso sostenido en el tratamiento de sus hijos. Ello fue lo que me llevó a preguntarme: ¿Qué pasa con los padres de estos niños y púberes? El padre, ¿está borrado? ¿Lo borra la madre? O el padre es una “borra” en tanto resto o desecho como la borra de café, con los consecuentes efectos en la vida de sus hijos.

En nuestros días la literatura psicoanalítica, tal como lo expresan Tort (2008) Burín y Meler (2009) y Julien (1993) enfatizan el tema de la caída del padre, de su inconsistencia a la hora de cumplir sus funciones, de representar la ley y no creer que es la ley, de ejercer autoridad y no autoritarismo como un intento de encubrir su inseguridad e intentar defenderse de una madre-esposa que hace

estragos con sus hijos y con él. “(...) *durante el siglo XX se produce una declinación social de la paternidad*” Julien (1991, P.17).

Por otro lado Tort sostiene:

“(...) ¿Qué lugar le cabe al psicoanálisis en este contexto, donde el orden paterno, privado de sus pilares tanto en el dominio político (el padre ha perdido sus poderes) como familiar (las nuevas relaciones de género y de sexo reordenan su lugar) (Tort, 2008, p.435)

Al tiempo que la clínica, en articulación con la teoría, intenta construir un padre capaz de sostener una relación afectiva e intensa con sus hijos sin perder la asimetría, para poder posicionarse como un sujeto deseante, no solo de su mujer, sino de otros señuelos, como el mundo laboral, social e intelectual que le muestren a sus hijos que no es completo. ¿Será esto sólo un ideal teórico?

Ciertamente, es que ser varón y ser padre implica una serie de “avatares”, definidos como cambios, vicisitudes y obstáculos, que los hombres tenemos que superar a modo de pruebas, que nos impone nuestra cultura, vallas que se inoculan y naturalizan tempranamente en nuestra subjetividad, tales como destrezas relacionadas con la dominación, la competencia, el poder y el control. Estas proezas no son sin costo, pues dejamos en el camino jirones de nuestro ser.

c) Objetivos

- **Objetivo general**
 - Profundizar acerca del proceso de devenir varón y padre y de los avatares que esto implica desde la perspectiva psicoanalítica y con un enfoque de género.

- **Objetivos específicos**

- Analizar algunos de los recursos con los que debería contar un sujeto para devenir varón y padre.
- Abordar el concepto de género desde el psicoanálisis, a los fines de investigar la construcción de la masculinidad y de la paternidad.

d) Referencias sobre la perspectiva teórica. Interrogantes

En esta investigación se pretende profundizar el tema de la masculinidad y la paternidad. Se parte de la Teoría Psicoanalítica, tomando como eje fundamental a Freud y Lacan, como así también autores que enriquecieron posteriormente esta teoría.

Para el Psicoanálisis, la sexualidad, la paternidad y la maternidad no están determinadas por lo biológico, sino que se trata de construcciones simbólicas donde intervienen varios factores como el contexto familiar, histórico y social. Conceptos como: deseo, pulsión, goce, Edipo, significación fálica, identificación, género y los tres registros—imaginario, simbólico y real—pueden acercarnos a develar algunos de los interrogantes de los que es ser varón y ser padre.

En *El malestar en la cultura*, Freud (1930/1986) plantea su concepción frente a la vida:

La vida, como nos es impuesta resulta gravosa: nos trae hartos dolores, desengaños, tareas insolubles. Para soportarla no podemos prescindir de calmantes. Los hay quizá de tres clases: poderosas distracciones, que nos hagan valuar en poco nuestras miserias, satisfacciones sustitutivas, que la reduzcan, y sustancias embriagadoras que nos vuelvan insensibles a ellas (...), una tal distracción es tal vez la actividad científica. (Freud, 1930/1986, p.75).

Cuando menciona las tres amenazas de sufrimiento para el sujeto: el propio cuerpo, el mundo externo y *los vínculos con otros humanos*, afirma respecto del tercero: “Al padecer que viene de esta fuente lo sentimos tal vez más doloroso que cualquier otro” (Freud, 1930/1986, pp. 76-77).

En esta investigación se hará referencia a este sufrimiento en lo que atañe específicamente al vínculo padre-hijo y los efectos que esto acarrea en la construcción de la masculinidad.

Lacan en su obra hace referencia a la función paterna, al significante Nombre del Padre y a la importancia que la inscripción de este significante ordenador tiene para la estructuración del psiquismo, que se produce a nivel del mundo simbólico; así lo plasma en el Seminario V:

Que el padre, por ejemplo, sea el verdadero agente de la procreación, no es en ningún caso una verdad de la experiencia. (...) La posición del Nombre del Padre, la calificación del padre como procreador es un asunto que se sitúa en el nivel simbólico. Puede realizarse de acuerdo con las diversas formas culturales, pero en sí no depende de la forma cultural, es una necesidad de la cadena significante. Por el solo hecho de que instituyas un orden simbólico, algo corresponde o no a la función definida por el Nombre del Padre (Lacan, 1957-58/ 1999, pp. 186-187).

Para Lacan, por ser sujetos deseantes somos seres en falta, una falta en ser, pues perdimos la naturalidad instintiva por ser atravesados por el lenguaje aun antes de nacer; esto nos diferencia de los animales: “El deseo es una relación de ser a falta. Esta falta es, hablando con propiedad, falta de ser. No es falta de esto o de aquello, sino falta de ser por la cual el ser existe” (Lacan, 1956-57/ 1996, Seminario IV, p. 334). “El ser llega a existir en función misma de esta falta” (Lacan, 1956-57/ 1996, Seminario IV, p. 335).

Como somos seres en falta, tenemos que construir nuestro ser sexuado y nuestra posición paterna y materna que será diferente en cada sujeto, debiendo

para ello atravesar diversos avatares. Por ello, sería posible hablar de diferentes masculinidades, feminidades, paternidades y maternidades.

Según la Real Academia Española, la palabra “avatar” tiene tres acepciones: por un lado significa fase, cambio o vicisitud; para la religión hindú, encarnación terrestre de alguna deidad, en especial Visnú; y por último se la define como reencarnación, transformación.

En la obra de Lacan los conceptos de Avatar y Avatares, los encontramos en diversos seminarios y escritos (cfr. Capítulo VIII).

Por su parte, Silvia Bleichmar (2009) sostiene que el psicoanálisis tiene una deuda con los hombres que se han animado al diván, pues siempre se ha trabajado más sobre la feminidad con la pregunta: ¿qué quiere una mujer? Con el enigma femenino: ¿existe la mujer? ¿Con qué goza una mujer? Y poco se ocupó en abordar los enigmas de la masculinidad.

Según el diccionario Magister (1966) deuda (del latín *debita*) implica obligación El de pagar o restituir algo, pecado, culpa, ofensa.

concepto de deuda para el psicoanálisis es trascendente para muchos varones heterosexuales, sin pretender generalizar, se habla de la deuda a los padres por habernos dado la vida, una deuda imposible de pagar. Pero, además están las deudas que los hombres tenemos históricamente hacia las mujeres: nuestras madres, esposas, amantes, hermanas e hijas.

-A las *madres*: por ese primer vínculo idílico que nos marcó con la ilusión de un amor incondicional, al que podíamos dirigir nuestras demandas eróticas y hostiles creyendo que siempre iban a estar para “aguantar” todo, creando con el aporte cultural la concepción de que esa santa mujer que siempre iba a estar presente, que por amor a su hijo era capaz de entregar la vida, que no tendría errores ni faltas y mucho menos deseos sexuales, pero cuando algo de esto aparecía en ella, se manifestaba una marcada agresividad y una crítica lapidaria subyaciendo la creencia de su amor incondicional.

-A las *esposas*: elegidas para encajar, no sin forzamientos, en este modelo de mujer signada por la abnegación y la entrega – nuestra madre –; ese modelo nos llevó a ejercer durante siglos dominio y sometimiento sobre ellas, bajo la creencia de que era la forma de ser hombres, siendo proveedores de sexo y dinero. La situación se nos complicó cuando empezamos a elegir como esposas a mujeres independientes, trabajadoras y profesionales, que salieron al mundo demandando igualdad de oportunidades. Aquí aparece nuestra primera contradicción: por un lado, queremos que se parezcan a nuestras madres fieles y servidoras en cuanto a los cuidados y atenciones que deben propiciar sobre sus hijos y marido; pero, por otro lado, aparece cierto orgullo narcisista al tener una esposa que trabaja y hace su aporte económico en el sostén del hogar, aunque eso nos quite poder, al tiempo que no siempre estén cuando queremos y como queremos y es ahí donde aparecen o buscamos a las otras.

-A las *amantes*: al mejor estilo freudiano, muchos hombres tenemos nuestro objeto de amor bifurcado: por una parte la esposa, el modelo de la madre y por otra, la puta, que oficia de objeto distractor que nos hace tolerable la rutina del matrimonio, con la adrenalina que aporta la clandestinidad; pero, esto no es sin costo, pues estos objetos sexuales muñecas inflables pasan a cobrar vida; al igual que en la historia de Pinocho, se convierten en sujetos deseantes cuando nos involucramos afectiva y sexualmente con ellas y comienzan a realizar las mismas demandas que nuestras esposas, quieren tiempo, dinero y espacio en nuestras vidas; en definitiva, buscan ser reconocidas y valoradas como personas. Es aquí donde nos sentimos tironeados; en consecuencia, por salir de trampa, caemos en nuestra propia trampa y muchas veces recurrimos a un analista que nos diga qué hacer, ya que detrás de la duda se aloja nuestra cobardía, no nos animamos a decidir, porque no queremos perder nada.

-A nuestras *hermanas*: eternas rivales por conseguir el primer lugar frente al amor de nuestros padres, con ellas aprendemos a ejercer desde niños nuestra “dominación masculina”, pues por ser varones creemos tener más derechos que ellas, son ellas las que tienen que aprender y ayudar en las tareas de la

casa. El problema aparece cuando se les ocurre brillar intelectualmente, destacarse en un deporte o mostrarse bellas, seductoras y socialmente exitosas; ahí se tornan peligrosas puesto que comienzan a opacarnos. Entonces, aparecen nuestros celos, hostilidad y una fuerte descalificación que encubre envidia y deseos incestuosos inconfesos.

-A *nuestras hijas*: así como Freud planteó que no hay amor más perfecto que el que está presente entre la madre y su hijo varón por la ecuación simbólica (pene-niño-falo), también creo que algo de esto se juega entre un padre y su hija, pues desde el narcisismo masculino, en ella se proyectan los aspectos femeninos inconscientes del padre, los aspectos idealizados de la madre, de la esposa y de la hermana y, por otro lado, lo “peor”, lo “ominoso”, lo familiar inquietante, lo siniestro, lo tanático e incestuoso de estas figuras femeninas depositadas en esa niña, su hija, haciendo de ella en algunos casos una Antígona. Terrible y despiadado poder, podríamos llegar a ejercer los padres sobre nuestras hijas encubierto por los anhelos de protección y amor tierno.

Los hombres también tenemos esta deuda hacia otros hombres:

-A aquellos que muestran una *orientación sexual distinta*, a los que tratamos con apelativos despectivos y humillantes, tales como maricas, putos, en los cuales depositamos muchas veces nuestros propios fantasmas homosexuales, que nos atemorizan y que en el mejor de los casos nos atrevemos a abordar cuando estamos en análisis.

-A *nuestro Padre* o al Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre... desde el discurso freudiano se habla de los deseos parricidas que tenemos los hijos varones frente a un padre interdicator que nos priva de la madre como objeto de deseo. Décadas más tarde, Lacan (1957/8-1999) nos habla del significant: Nombre del Padre, inscribe la ley “del no todo” y produce la apertura del sujeto deseante. Además, el padre deja las insignias del ideal de masculinidad que, a modo de títulos, el niño podrá ejercer cuando sea adulto desde la exogamia. Al parecer estas insignias están dictadas por un patriarcado que nos marca que ser hombres es ser dominantes, fálicos, sexualmente

potentes, fértiles y proveedores exitosos. Para el Padre del psicoanálisis, Freud, la masculinidad se obtenía vía identificación del hijo con el padre del mismo sexo, sus pensamientos fueron revolucionarios para la época en la que le tocó vivir; sin embargo, no pudo abstraerse del contexto histórico en el que vivió.

Lacan (1971) con la lógica de la sexuación, produce un movimiento conceptual al afirmar que en cada sujeto hay una parte macho y una parte hembra, posibilitando una apertura que permite hablar de posición masculina y posición femenina en el sujeto del inconsciente. No obstante, en su enseñanza, siguió sosteniendo la premisa universal del falo para ordenar la sexualidad humana (que por cierto es bastante desordenada) considerando a la mujer como un sujeto cuyo órgano sexual no tiene representación psíquica.

Fueron Silvia Bleichmar (2009), en su libro “Paradojas de la sexualidad masculina”, y Mabel Burín e Irene Meler (2009), en “Varones, género y subjetividad masculina”, quienes retoman los estudios de Gilmore sobre los Sambia de Nueva Guinea al señalar que con los rituales de masculinización, se produciría una fantasía de incorporación anal de la potencia del padre por parte del hijo varón, como el modo de lograr la identificación masculina; es paradójal que esta masculinidad se construyera sobre un trasfondo de fantasmas homosexuales, que nada tienen que ver con la premisa de homosexualidad universal de la que habla Freud.

- *A nuestros hijos varones*: en quienes nos vemos reflejados en lo parecido y en lo distinto; estamos en deuda porque los trajimos al mundo y no sabemos por qué, ni para quién, sí para reafirmar nuestra masculinidad y fertilidad y continuar narcisísticamente nuestro linaje, nuestro apellido, o para probar nuestra potencia y entregar ese hijo como objeto de don a una mujer que causó nuestro deseo.

Lo cierto es que ellos esperan insignias, que les demos letra de cómo empezar a escribir su historia como varones, ¿cómo hacerlo, si recién estamos revisando las nuestras? Estamos escribiendo, aún, el texto de nuestra masculinidad en cuya trama vislumbramos mandatos familiares y sociales que nos confunden,

pues los parámetros van cambiando por el avance de la tecnología y los medios informáticos de comunicación, que transmiten información más rápido a nuestros hijos que la que como padres podemos transmitir. Estos hijos están permanentemente conectados entre sus pares, pero desconectados de sus padres.

Para conformarnos construimos una “impostura” afianzada en el poder, el tener y el controlar; refugiados en el trabajo, ensalzamos nuestro rol de proveedor económico que le permite disfrutar de cierto nivel de vida gracias a nuestro sacrificio, que más de una vez le reprochamos al mejor modelo de madre sacrificial judeo-cristiana. Encubrimos de esta manera nuestras angustias, nuestros vacíos frente al no saber cómo llegar a él, a ese hijo niño o adolescente, al que sentimos distante, pero racionalizamos pensando que son adolescentes y que esta etapa va a pasar, como pasamos nuestra turbulenta adolescencia.

Encubrimos también nuestras lágrimas, puesto que son la manifestación de nuestra debilidad que nos hacen menos hombres.

A partir de los enunciados expresados, que lejos están de ser prejuicios sociales, se pretende partir de una cultura heteronormativa poniéndola en cuestión en el desarrollo de la presente investigación. En relación a la *heteronorma*, coincido con Santiago (2018), quien sostiene que hay un decir hegemónico que pre-existe al sujeto favoreciendo ciertos significantes, usos y costumbres:

“El sujeto constituye sus modalidades de goce en función de lo que tiene a disposición en el campo del Otro que es variable, muta y se transforma con la historia”. (Santiago, 2018 p.156)

De lo que se desprende que el psicoanálisis apunta a la singularidad de cada sujeto del inconsciente, que caracteriza un modo de goce y de deseo que es singular y único.

Esto dará lugar a pensar en el devenir de distintas masculinidades y paternidades, algunos en concordancia y otros alejados de la heteronorma.

Siguiendo esta línea de pensamiento, se profundizará específicamente en los avatares que tiene que atravesar un sujeto para devenir varón y padre. Las preguntas específicas que guían esta investigación son:

- ***¿Qué recursos simbólicos hacen que un sujeto pueda devenir varón y padre, para acoger a ese niño/a como su hijo o hija?***
- ***El rol del padre, ¿es indisociable del sujeto varón o es una función que puede ser cumplida por cualquier sujeto sin importar su género?***

e) Tipo de estudio y metodología

La presente investigación es abordada desde la teoría psicoanalítica (método de investigación psicoanalítico), que investiga tomando como materia prima el discurso del sujeto, en el que presta especial atención a cómo se pone de manifiesto, en ese discurso, el inconsciente. El campo específico lo constituye el inconsciente que aparece a partir de disparadores y preguntas, tomando como base esos procesos. Se trata de un proceso abierto porque las conclusiones llevan a nuevas preguntas (Karlem Zbrum et al., 2012). Se toma como eje fundamental a Sigmund Freud, a Lacan y a otros autores que enriquecieron posteriormente su teoría.

Por ello, en este trabajo se pretende indagar sobre los significados que construyen los sujetos entrevistados en relación con la masculinidad y con la paternidad, desde sus propios marcos de referencias, libres de interferencias, de creencias y prejuicios de los investigadores.

Esta investigación es de **finalidad básica**, porque pretende producir conocimientos científicos y de **profundidad interpretativa**, se efectúa un estudio **en casos** de tipo **instrumental**, esto es, aquel que “centra su interés en las implicaciones de los resultados de la investigación en otros ámbitos más allá

del propio caso”, el que tiene un “interés secundario, constituyendo un apoyo para entender un problema” (Azaretto et al., 2014, p. 67).

Se conformó una muestra no probabilística intencional, constituida por cinco sujetos varones entre 35 y 55 años con diversidad sexual, que se encuentran o se encontraron en tratamiento psicológico psicoanalítico. Como criterio de exclusión, se estableció que no podían participar sujetos con estructura psicótica o perversa, sino solo aquellos con estructura neurótica, diagnosticados como tales desde la perspectiva psicoanalítica (Freud-Lacan).

Si bien la técnica de investigación que aplico se apoya en conceptualizaciones de la entrevista “en profundidad”, propia del enfoque cualitativo, es necesario precisar que dicha técnica se formaliza como **entrevista psicoanalítica de investigación**, término que componemos *ad hoc* como construcción más simple de *entrevista apoyada en el método psicoanalítico de investigación*. Esto es, se trata de seguir en la entrevista los principios del Psicoanálisis: atención al detalle, precisión y rigurosidad en las palabras, instancia en la que el investigador lee y se deja enseñar por eso enigmático que toma como objeto de estudio.

Dado que el tema atraviesa la subjetividad desde lo inconsciente, se trabajó en más de una entrevista, teniendo en cuenta la complejidad del asunto que se aborda.

Para llevar a cabo la investigación, se seleccionaron los pacientes clínicos en cuyo discurso hubiera aparecido en reiteradas ocasiones el cuestionamiento acerca de la masculinidad y la paternidad. Ello pudo verse, a partir del análisis del discurso, en la presencia de la repetición ya que el sujeto se descubrió siendo interpelado por sí mismo, una y otra vez, por estas temáticas. Por otra parte, se los informó sobre la iniciación de esta investigación, abriendo el espacio a que pudieran elegir formar parte de la misma o no, y los que decidieron participar, dieron su consentimiento en forma escrita.

La interpretación de los datos se dio en un análisis del discurso, en el que se procedió a partir de la enunciación más que del enunciado. Se buscó “localizar el decir del sujeto”, o sea, “la enunciación que significa la posición que aquel que enuncia toma en relación al enunciado” (Gallo y Ramírez, 2012, p. 114).

Se extrae así, de los enunciados que los sujetos expresan en torno a la masculinidad y a la paternidad, la enunciación inconsciente en relación con esta temática, de manera de llegar a las dimensiones teóricas.

Desde este modelo metodológico abordamos los cinco casos clínicos que conforman la muestra; luego, confrontamos las dimensiones halladas en el análisis con el marco referencial, para concluir con una exposición que busca articular los principales aportes de este estudio a la luz de las preguntas que nos planteáramos y proponer líneas de interés para investigaciones futuras.

CAPÍTULO I

MASCULINIDAD

Avatares del proceso de devenir varón en la actualidad

No sé qué es ser un hombre. El manual freudiano diría que no tuve figura paterna fuerte. Un lacaniano diría que para mí la ley la encarnan las mujeres y que la masculinidad no pasa de ser una transgresión (...). Tampoco la tradición me ayuda: ni ser cabeza de familia, ni portar armas por la patria, ni procrear hijos, ni si ser heterosexual, ni lograr que los mozos me vean cuando pido un café, son atributos suficientes para ser un hombre.

(Garcés, 2014, pp. 15-16)

En este capítulo, abordo la primera dimensión del proceso en estudio. A fin de interpretarla, tomo como eje fundamental a Freud y Lacan –más el aporte de los autores que enriquecieron posteriormente esta teoría– en tanto sistema de explicación fructífero y denso, al tiempo que presenta la consistencia, la perspectiva y la parsimonia adecuadas para el análisis intentado.

Con este propósito, parto del desarrollo del concepto de masculinidad, sus antecedentes en la publicación científica y su relación con el contexto socio-cultural (primeros apartados) y luego, indago en las conceptualizaciones psicoanalíticas imprescindibles para reflexionar sobre los avatares del proceso

de devenir varón en la actualidad: el fantasma bisexual, la pasividad inicial, género y narcisismo, la sexualidad y el significante, la metáfora paterna, la masculinidad como síntoma, la significación del pene para los hombres, el masoquismo, el deseo parricida y la violencia masculina, el goce autoerótico y la soltería masculina, la cobardía.

1.1. Concepto de masculinidad

Como señalara, el objetivo principal de esta investigación es comprender cuáles son los recursos simbólicos que hacen que un sujeto pueda devenir varón y padre para acoger a un/a niño/a como su hijo o hija.

Con el término *comprender* hago referencia a su empleo en de Souza Minayo (2010) en relación con la investigación cualitativa, término que la autora define desde Heidegger como un proceso reflexivo de velamiento y develamiento de la realidad que se manifiesta en el lenguaje y en las relaciones, teniendo en cuenta que el “ser-en-el-mundo” implica un ser temporal e histórico que viene envuelto en la autenticidad y en la no autenticidad.

Por otra parte, plantea con Habermas (1981/1987) que la comprensión debe ser contextualizada en el mundo real, dominado por intereses presentes en el lenguaje que contiene las contradicciones de los efectos del poder y de las relaciones sociales de producción.

Asimismo, señala que en la práctica comprender “constituye un acto de conocimiento hermenéutico que reúne al observador y al observado” (de Souza Minayo, 2010, p. 257) y tiene en cuenta la advertencia en la cita de Merleau-Ponty sobre las limitaciones de la comprensión: “Aunque las ciencias se desarrollen al infinito, el ser humano jamás terminará de comprenderse a sí mismo y a la sociedad en la que vive” (de Souza Minayo, 2010, p.257).

Queda claro, entonces, que es imposible alcanzar una comprensión total y absoluta de un fenómeno, pues siempre habrá algo del orden de lo velado y vedado.

Es desde esta conceptualización del comprender, que abordaré la investigación.

En este primer capítulo, indagare sobre cuáles son los avatares², es decir, las vicisitudes, los cambios y obstáculos, que tiene que atravesar un sujeto para devenir varón en la actualidad.

Según la Real Academia Española, la palabra “avatares” tiene tres acepciones: por un lado, significa fase, cambio o vicisitud; para la religión hindú, encarnación terrestre de alguna deidad, en especial Vishnú; y por último, significa reencarnación, transformación.

En el mismo diccionario, se señala que “varón” proviene del latín *varo-onis*, que significa fuerte y esforzado. Varón es la persona de sexo masculino, hombre que ha llegado a la edad viril, hombre de respeto u otras prendas. Por su parte, “masculinidad” se define como el conjunto de características consideradas propias del hombre y “masculino” hace referencia a un ser que está dotado de órganos para fecundar, perteneciente o relativo a este ser; varonil enérgico.

A partir de esta definición es posible analizar los distintos atributos simbólicos que se le adjudican al varón.

En principio, aparece la cualidad de fuerte y esforzado; tamaña exigencia la de responder a ese mandato cultural de fuerza y esfuerzo para ese cachorro humano indefenso y vulnerable que depende de un adulto significativo que le permita vivir, al que se le demanda fuerza y esfuerzo solo por nacer con órganos sexuales masculinos, de los cuales ni siquiera es consciente hasta que pueda ir construyendo primero su identidad de género y reconociendo después su diferenciación sexual anatómica.

²En la obra de Lacan encontramos los conceptos de “avatar” y “avatares” en trece de sus *Seminarios* y en sus *Escritos 2*.

Ahora bien, cuando dice *hombre que ha llegado a la edad viril*, es posible leer ahí que la masculinidad es un proceso que implica tiempos cronológicos y lógicos para “llegar a esa edad viril”; se tendrán que atravesar ritos de iniciación marcados por cada cultura y con la impronta de cada época. Estos ritos hacen a los avatares inherentes al proceso de masculinización.

Al mencionar *hombre de respeto u otras prendas*, permite pensar que solo se es varón cuando se es respetado como tal, al poseer las “prendas”, las insignias y los atributos simbólicos que, desde la cultura, lo diferencian de la mujer y que implican necesariamente el reconocimiento social. Cabe aclarar que de esas prendas algunas serán delegadas por el padre con el auspicio de la madre, pero para adquirir otras tendrá que apostar a la incertidumbre y al desafío de enfrentar el vacío y ahí se jugará el destino de su particular masculinidad.

Cuando se refiere a que masculino alude a un *ser dotado de órganos para fecundar, perteneciente o relativo a este ser*, me permito aclarar que partiré de la concepción psicoanalítica de Lacan (1954/ 1983), para quien el sujeto es un ser en falta y una falta en ser, por lo tanto ontológicamente lo que define este ser es la falta misma, a partir de lo cual la masculinidad será un arduo camino impregnado de avatares: vicisitudes, cambios y obstáculos, que tendrá que sortear y que va más allá de los órganos reproductivos con los que biológicamente nació, ya que estos constituyen un dato insuficiente para constituirse e instituirse como varón.

Considero que el varón no nace, sino que se hace y *lo hacen*, en tanto se trata de un proceso inacabado, dinámico, pues está en constante devenir; ello implica un arduo camino por recorrer lleno de incertidumbres, temores y soledad pues no hay garantías ni certezas.

Por un lado, hay mandatos sociales y culturales atravesados por cada época; por otro, los mandatos y marcas familiares de padres no elegidos y que no sabemos qué eligieron, pues esto remite al deseo inconsciente de cada uno de ellos y a las contingencias que se jugaron en esa pareja y en la escena familiar

cuando cada quien llega al mundo. Padres, con sus aciertos y sus errores, que posibilitan la subjetividad.

No sin temor frente a lo incierto de cada parto, esta mujer y este hombre afrontaron por primera vez, o una vez más, el atrevido desafío de ser padres. Ya en la clínica se encendió esa luz celeste, esa luz es un signo –según Lacan, un signo es lo que representa algo para alguien– para ese padre que está afuera esperando. ¿Qué habrá representado saber que tenía un hijo varón? La misma pregunta es pertinente para la madre, seguramente con repercusiones distintas y particulares. Desde hace años las ecografías de avanzada tecnología diluyeron la mágica incertidumbre de ese momento, haciéndolo más predecible.

“Macho, dijo la partera” (o el ecógrafo); ese “decir” implica ya un predicado para ese sujeto que va a seguir sujetándose al lenguaje, a lo simbólico y a lo real del deseo inconsciente de estos padres que permitirán alojar la vida de este infans. Pero, “macho” es un significante que representa al sujeto para otro significante, es un término cargado de significaciones provenientes de lo social-histórico y de la estructura familiar que, junto con otros dichos que lo preexisten y con otros que lo secundan, irán construyendo el mito individual del neurótico, que en cada varón tendrá implicancias distintas, con cierto peso determinante aunque no en forma absoluta.

Entre las marcas que impone la sociedad en la construcción de la masculinidad, se encuentra la impronta de la cultura patriarcal signada por la dominación masculina, la violencia y la degradación de la mujer. En este sentido, Castillo y Azia (2010, p.195) definen la masculinidad hegemónica o machismo como:

(...) conjunto de prácticas, actitudes, leyes, usos y costumbres que justifican la desvalorización de niñas, jóvenes y mujeres, siendo sus expresiones más extremas la violencia física y/o psicológica ejercida contra ellas.

1.2. Antecedentes del tema

Entre los antecedentes, encontramos a Ulloa Guerra y Quaresma Da Silva (2010), quienes plantean su investigación acerca de “Masculinidades: un análisis sobre sus implicaciones y contradicciones”, en la que destacan la discriminación de género padecida por las mujeres, aludiendo que se ha institucionalizado que a los hombres *no les pasa nada*. Sin embargo, en reflexiones científicas realizadas en Norteamérica, Europa y América Latina, aparecen como temas recurrentes la violencia, la paternidad, la salud-enfermedad y la homosexualidad, que han permitido desmitificar la invulnerabilidad masculina. Se concluyó que ese trono en el que la cultura patriarcal colocó al varón se ha tornado insoportable, pues los hombres mueren aproximadamente siete años antes que las mujeres, protagonizan más accidentes de tránsito, accidentes cerebro-vasculares, suicidios, alcoholismo y otras conductas adictivas.

En dicha investigación se puede apreciar que esta “impostura masculina”, en términos de Lacan (1957/1999) – (1958/1985), de tener el falo–representado por la fuerza, el poder de sometimiento hacia las mujeres y su omnipotencia– no es más que eso, una impostura, es un impostor que engaña y se engaña cuando se muestra o pretende mostrarse siempre potente y erecto, pues con esto oculta –a modo de una máscara³– su vulnerabilidad, su inseguridad y su inconsistencia. Esto favorece a modo de negación, en algunos casos maníaca, la recurrencia en conductas adictivas y de riesgo, así como la no prevención de enfermedades; siendo una forma de negar sus inseguridades, tal como destaca Rodríguez:

El paradigma cultural ha cambiado. Apatía, descalificación del mundo interno, bloqueo afectivo y distorsión expresiva, son las características de los vínculos de nuestros días. Dedicado gran parte del tiempo al consumo, no queda mucho tiempo para la intimidad y el sexo, la inseguridad creciente, el temor al fracaso y la competencia

³Asociada a la mascarada femenina de “ser el falo”; sabemos que ninguno lo es, ni lo tiene.

frente a la mujer, inhiben al hombre de nuestro siglo, la disposición activa comprometida y dinámica que empieza a evidenciar la mujer joven y de las nuevas generaciones en la vida erótica y emocional, ha provocado en el varón inseguridad en su desempeño sexual que es vivido como un examen de destreza o desempeño en lugar de una situación placentera compartida. (Rodríguez, 1996, p. 159)

Por su parte, Contreras Sánchez et al. (2010) investigan “La construcción de la masculinidad y sus expresiones en la sexualidad adolescente”, cuyo objetivo es conocer las prácticas sexuales relacionadas con la construcción social de las masculinidades que pueden impactar en la salud sexual de los estudiantes del bachillerato en Veracruz, México.

A partir de la implementación de cuatro grupos focales con adolescentes entre 15 y 19 años, concluyeron que, entre las prácticas sexuales que pueden impactar sobre la salud de los adolescentes, se encuentran: el inicio de la vida sexual, el ejercicio de la sexualidad centrada en el coito heterosexual, las parejas seriadas y simultáneas, relaciones sexuales mediatizadas por alcohol, drogas, embarazo y enfermedades de transmisión sexual como consecuencias no deseadas que pueden ser prevenidas. Según los autores, la práctica sexual debe ser resignificada: recuperar la experiencia de la población adolescente en los estudios de género, incluyendo la visión de las mujeres, realizando investigaciones que incluyan una visión holística de la sexualidad y que se vinculen con las acciones de los servicios de salud.

Aquí se observa cómo estos adolescentes mexicanos, a modo de ritos de iniciación, necesitan afirmar su masculinidad en coitos heterosexuales con parejas seriadas y simultáneas, con la ingesta de alcohol y de drogas que los hagan transgredir los límites. Pagan el alto costo de contraer enfermedades de transmisión sexual y de embarazos no buscados, por lo que podría inferirse que ser hombre para estos jóvenes es practicar sexo en cantidad más que en

calidad, sumado a otros excesos: *ex-sexo*⁴, como el alcohol y las drogas, que los hace cosificar al otro y cosificarse, pues sabemos que estas sustancias rompen con el lazo social, enlazan la subjetividad propia con la del otro y tienen más que ver con el autoerotismo y con un goce infantil perverso polimorfo.

Pérez Nasser (2010), en su Tesis Doctoral “Dificultades y contradicciones en la configuración de las identidades masculinas nahuas de tres generaciones de hombres de la Sierra Norte de Puebla: estudio de casos”, abordó la construcción y deconstrucción de las identidades masculinas en los sistemas de género indígenas relacionadas con las mujeres de la sociedad de solidaridad social (mujeres unidas que trabajan juntas y se apoyan). Esta investigación está dirigida a ellas y tiene como objetivo específico indagar cómo se identifican socialmente los hombres *Nahuas*, conocer cómo son configuradas sus masculinidades, sus procesos identitarios como hombres, y reconocer los estereotipos *Nahuas* vigentes.

Se manifiesta aquí la transmisión en tres generaciones de hombres con patrones hegemónicos de masculinidad dominante, que lleva a las mujeres a unirse en forma cooperativa y a apoyarse entre ellas frente a estos hombres, buscando reconocer cómo se configuran como varones. Por otra parte, se observa de qué modo la masculinidad de los *nahuas* interroga a las mujeres de esa colectividad⁵.

Gallardo, Gómez et al. (2006) realizaron una investigación cualitativa sobre “Paternidad: Representaciones sociales en jóvenes varones universitarios sin hijos”. En la misma se aborda la paternidad desde el componente cultural de las representaciones sociales, de acuerdo con Moscovici (e.g. 2002). Se muestra la evolución del sistema patriarcal que ha funcionado como matriz de la masculinidad hegemónica, dentro de la cual el rol tradicional del padre ha sido el de proveedor económico de la familia, des-involucrado del cuidado y de las

⁴Por fuera del sexo.

⁵ Sería interesante saber cómo se implican ellas en esta configuración, ya que probablemente las mujeres participan activamente en este proceso como madres, hermanas, esposas e hijas.

manifestaciones de afecto hacia sus hijos. En contraposición, aparece la representación social de la maternidad como sacrificada. Se exhorta a la emergencia de una nueva paternidad, en la que el hombre se involucre afectivamente, sostenga a la madre en sus labores cotidianas y participe en la crianza de los hijos estimulando el desarrollo psíquico y espiritual, con un diálogo horizontal entre padre e hijo para que le posibilite la integración en el mundo social.

En esta investigación se puede ver cómo las representaciones sociales que están en el Gran Otro de la Cultura, a modo de tejido simbólico, inciden en la construcción de la masculinidad, relacionada con el futuro rol paterno, que atañe además a la percepción de la tajante división de los roles en lo que hace a una imagen materna sacrificial ocupada de la crianza de sus hijos y a un padre patriarcal, proveedor y afectivamente distante.

En su Tesis Doctoral “Misoginia romántica, Psicoanálisis y Subjetividad femenina”, Errázuriz Vidal (2012) aborda la dominación femenina que se destaca en la teoría de Freud y Lacan. Coincide con Giberti (2002), quien hace una ecuación mujer-madre, útero-bondad que se impone en la representación de la mujer moderna, destacando el papel maternal de la esposa fiel, madre abnegada y ama de casa laboriosa. A pesar de que la mujer del siglo XXI lucha por la igualdad de oportunidades, el eje biológico de la representación de la mujer como cuerpo reproductor y su consecuente función materna sigue en pie⁶.

La autora remarca que el cuerpo de la mujer sigue siendo un *objeto incubadora*, encargado de la reproducción de la especie y sometido a las diversas técnicas de reproducción artificial, sin pasar por el sexo. Está planteado el cuerpo de la mujer como un objeto de uso, a modo de una máquina de reproducir. Esto nos recuerda el texto del antropólogo Lévi Strauss (1949/ 1985) donde aludía a “la

⁶Ello se hace evidente en el crecimiento de la inseminación artificial, implante de óvulos y maternidad subrogada. Posiblemente, varíe para la subjetividad masculina el mandato de constituirse en pareja heterosexual, pero se perpetúa el uso del cuerpo de las mujeres como depositario de la reproducción de la especie.

estructura elemental de parentesco”. Sostenía que, para evitar la endogamia y el incesto, el varón de una tribu debía buscar a una mujer en otra tribu y llegar a un acuerdo con el Avúnculo (tío materno o representante de la familia materna), siendo los dos varones los sujetos del intercambio y la mujer el objeto de intercambio. En esta estructura de parentesco, todo padre debe entregar a una hija y a una hermana y renunciar a un hijo varón.

Lo cierto es que en ese intercambio la mujer, si bien *está* como objeto, también lo *está* como un “bien escaso”, porque aquello que se intercambiaban como objeto valioso eran mujeres “jóvenes y fértiles”, que garantizaran la perpetuación del linaje.

De esta manera el hombre que tomaba una mujer, adquiría también una “deuda” con la familia de origen de la mujer, que muchas veces se pagaba con un hijo que respondía más a las normas que imponía el Avúnculo que a las que impartía su padre, pues a mayor predominio del vínculo Avuncular, menos fuerza tenía el vínculo de alianza y más deficitaria era la función paterna, con las consecuentes dificultades de poder contextualizar a ese niño como su hijo. Sobre estos estudios el Dr. Isidoro Berenstein, con el aporte de la Dra. Janine Puget (Berenstein y Puget, 1997), acuñó el concepto de *estructura familiar inconsciente*, fundamento teórico de la terapia psicoanalítica vincular de familia y pareja. La Estructura Familiar Inconsciente es una matriz simbólica que determina lugares y funciones y sus vínculos dan lugar a las relaciones familiares.

Álvarez (2013), en su Tesis Doctoral “La representación de la masculinidad en la novela española contemporánea: Landero, Millás y Lagos”, realiza un estudio de género en España, utilizando una metodología de convergencia de distintas disciplinas⁷ y destaca que la mujer sumisa e indefensa es el objeto de deseo del patriarca, pero que ésta se ha revelado.

⁷ Psicoanálisis, Sociología y Antropología.

Por su parte, Álvarez (2013) se refiere a la declinación del patriarcado de vela que detrás de su figura había un patrón, no un padre. La tesis se apoya en la conciencia de límite como esencia de lo masculino, límite que debe trazar una figura paterna para salvaguardar la salud mental del hijo. Lo propio, lo masculino, es la conciencia de que su goce es limitado y que el límite lo conduce a la simbolización y lo instala en lo social. El autor señala que, en la narrativa de Juan José Millás, se delata la impotencia paterna frente a la potencia materna; en Luis Landero aparece la insania del padre y en Eduardo Lago se puede ver la recuperación del padre “localizando un límite entre el propio deseo y el del otro”.

Esta investigación puede ser relacionada con la Trilogía de Claudel, que Lacan (1960) trabaja en el seminario VIII, *La Transferencia*, en la que muestra los rostros del padre, algunos siniestros, y su efecto en la descendencia.

Tanto Freud como Lacan se han ocupado a lo largo de su obra, en forma directa o colateral, de la creación literaria, de su contenido, de su lógica discursiva y de la subjetividad del poeta.

Según Freud, la literatura es una de las formas más elaboradas en las que podría filtrarse el inconsciente, pues todo sentido estaría determinado desde lo más profundo de nuestro deseo inconsciente, aunque éste aparezca encubierto de múltiples formas.

Lacan trabaja con la metáfora y la metonimia, en las que aparece una significación no acabada, que deja un vacío que posibilita la inscripción de la letra que tiene que ver con el goce. El texto literario, entonces, nos permite acercarnos más a esa forma particular de satisfacción.

Por su parte, Álvarez –en su análisis literario de la representación de la masculinidad en Landero, Millás y Lagos– nos muestra cómo en la construcción de lo masculino aparecen las imágenes del padre *padrone*, del padre impotente sometido al poder de la madre y por último, de la insania del padre. Todas

figuras que manifiestan en forma cruda el límite del padre y su incidencia en la subjetividad del hijo.

Pretendo analizar la masculinidad como un proceso distinto de la paternidad, pues un sujeto puede desarrollarse adecuadamente como varón pero ello no significa que pueda habilitarse como padre; o a la inversa, puede responder sin mayores dificultades al rol paterno, pero ser un varón inconsistente a la hora de hacer frente a las demandas de una mujer, a la posibilidad de sostener un trabajo y de responder a lo que la sociedad espera de él en tanto hombre.

No obstante, se pueden observar muchos puntos en común y relaciones entre ambas posiciones, como las observadas en la investigación de Hartog, Moreno Salazar y Alvarado Herroz (2008), quienes realizaron un estudio transcultural sobre “Transmisión de la masculinidad a través de la paternidad en Francia, México, Quebec y Burkina Faso”. Las cuatro sociedades fueron elegidas por el contraste cultural y porque contaban con investigadores en esos contextos altamente urbanos⁸. Se realizaron entrevistas en profundidad a 20 padres de cada ciudad.

En París, cuando se les pregunta por sus padres, primero hablan de su profesión u oficio y después de su personalidad; señalan que tienen pocas horas para estar con sus hijos y que no toman a sus padres como modelo, pues los consideran de otra época.

En Quebec el trabajo del padre marca las primeras imágenes, la mayoría no planeó ser padre, pero buscan ser padres más presentes afectivamente.

En Puebla el padre aparece como proveedor, que trabaja sin descanso. La mayoría recibió consejos de cómo ser hombre protector y autoritario con su mujer; el machismo y el alcoholismo son imágenes constantes; gran parte de ellos no planeó casarse, ni ser padre y no pueden cuestionar la imagen del *padre supremo*.

⁸París, Quebec, Puebla y Burkina Faso.

En, la imagen del padre es la del hombre social que puede dar consejos, se da la poligamia y un autoritarismo paternal y marital, a través de Ouagadoudou la violencia física; a golpes se hicieron hombres fuertes y valiosos. La prole numerosa es muy valorada; por eso, ellos no viven la paternidad como pérdida de la libertad, tal como ocurre en Occidente. No temen que sus hijos sean homosexuales, pues lo consideran un problema exclusivo del hombre blanco.

Los investigadores concluyen que la paternidad no es un hecho meramente biológico y natural sino que se trata de una construcción simbólica, social y cultural que acaece en distintos contextos y que los padres ocupan un lugar de privilegio en la reproducción y en la transmisión de los patrones hegemónicos de masculinidad a través del proceso de socialización de sus hijos varones.

En el estudio “Effect of masculinity, authoritarianism and prejudice on antigay aggression: A path analysis of gender-role enforcement”, Goodnight et al. (2014) se propusieron investigar sobre el autoritarismo de derechos y el prejuicio sexual como mediadores potenciales de la relación entre las normas de conductas masculinas tradicionales y la agresión anti-gay, en relación con el rol de género. Determinaron que el autoritarismo influye significativamente en la masculinidad y el prejuicio social, como así también en la masculinidad y la agresión anti-gay. Este estudio, al plantear el autoritarismo masculino con los prejuicios hacia la diversidad sexual y la discriminación étnica, podría relacionarse con lo destacado por Meler (2009, p. 118):

En el ensayo Gender is Burning, Judith Butler (1993) plantea la existencia de nexos complejos entre homoerotismo, travestismo y subordinación étnica y de clase. Los varones homosexuales negros o latinos, según piensa la autora, ensayan una forma particular de obtener dones por parte de los hombres blancos poderosos, que poseen el dinero y el poder que ellos anhelan.

Mussen y Distler (2014) en su investigación “Masculinity, identificación and father-son relationships”, plantean la hipótesis que tanto niños como niñas se

identifican primero con lo femenino (madre) y que, en el caso del niño, este debe cambiar su identificación para identificarse con el padre (masculino). Identificación que, según la teoría psicoanalítica, comienza en la fase edípica del desarrollo y está motivada por los temores y ansiedades relacionadas con la hostilidad hacia ese padre; de esta forma, el niño se identifica con el padre reduciendo los miedos de contra-agresión. Si el padre es una fuente importante de recompensas y satisfacciones, sus respuestas y características adquieren valor de recompensa secundaria y el niño imita con el fin de producir cambios aceptados por él.

Este estudio revela que los hijos se identifican con actitudes y conductas de los más poderosos, ya que estos dominan mejor las recompensas y castigos y sus conductas se pueden predecir con mayor facilidad, por lo cual se facilita la identificación.

La experiencia clínica evidencia que el hijo/a siempre se identifica con el progenitor⁹ que tiene más “poder”, basado en el estado de indefensión con que nace el bebé. Ello podría sustentarse a partir de la dupla que sustenta la supervivencia: niño débil e impotente – madre fuerte y omnipotente; luego, esa omnipotencia podrá virar hacia el padre o no, en la medida en que pueda separar la dupla madre-hijo (indispensable al principio para posibilitar la vida y la libidinización del cuerpo del niño), haciendo del Otro primordial de los primeros cuidados, una madre no-toda y presentándose a sí mismo como un hombre, un padre no-todo. A partir de esta dinámica, sería posible pensar la subjetivación del hijo.

No obstante, es de destacar que el niño seguirá identificándose con el adulto que detenta el poder, tanto en la toma de decisiones como en el proveer y manejar el dinero, en la implementación de normas, de castigos y recompensas y sobre todo, a medida que va creciendo en un ambiente familiar donde circula un sutil o manifiesto discurso que descalifica a unos y pondera a los otros.

⁹Padre o madre.

Por su parte, Mahalik (2014) en su investigación “Both/and, not either/or: A call for methodological pluralism in research on masculinity”, desafía el pensamiento esencialista sobre la masculinidad tradicional, aludiendo a que se tiende a cosificar a los sujetos con la utilización de escalas para medir el nivel de masculinidad. El autor plantea la necesidad de pensar la naturaleza de la masculinidad frente a la variabilidad intraindividual; sostiene que hay una realidad social, en la cual los individuos construyen su masculinidad y sugiere el pluralismo metodológico en la comprensión de la masculinidad y de los hombres.

A través de los antecedentes recogidos, puede visualizarse que muchas de las investigaciones dan cuenta del lugar hegemónico, patriarcal del varón en contraposición con el desventajoso lugar asignado socialmente a la mujer marcado por el sometimiento. A partir de la caída de este sistema patriarcal, se comienza a observar el resquebrajamiento de la aparente consistencia masculina, que hace que la mujer busque igualdad de oportunidades en el campo laboral y político, lo que trae aparejado que muchos autores aludan a la diversidad de masculinidades.

1.3. Masculinidad y contexto socio-cultural

Mabel Burín e Irene Meler, en su libro *Varones: género y subjetividad masculina* (2009), muestran claramente cómo la masculinidad está fuertemente impregnada por el contexto sociocultural en el que está inmerso el sujeto. Para ello, abordan –entre otros– los estudios realizados por Gilmore y Godelier.

David Gilmore (1968, en Meler, 2009) propone analizar la masculinidad como una relación entre la dinámica intra-psíquica y la organización social de la producción. Para él la masculinidad es un estado precioso, que requiere duras pruebas que implican el padecimiento de los varones; aquellos que fracasan en esas pruebas se consideran masculinidades denigradas.

Gilmore parte de la postura de Stoller, quien considera que el bebé se identifica primero con su madre, generando una feminización, frente a la cual el niño tendrá que reaccionar para no regresar a esa simbiosis con la madre donde se perdería así mismo, mientras que la niña desde el nacimiento va estableciendo una sólida femineidad.

El autor efectúa un estudio comparativo de las culturas mediterráneas, mostrando que, en Creta y en Andalucía, ser hombre implica ser pragmático, activo, exitoso económicamente y protector, ya que el coraje físico lo lleva a enfrentar peligros que, en última instancia, buscan el reconocimiento al heroísmo que adquiere y sostiene al mejor *estilo del Amo* en Hegel.

En este planteo filosófico el Amo sostiene ese estatuto por arriesgar su vida en una lucha por puro prestigio¹⁰; existen por otro lado los que no se animan a poner en riesgo su vida y pasan a ser esclavos.

Según Hegel, la condición humana se realiza mediante la acción *negatríz*, o negatividad –negar lo dado–, que es la vida por una lucha de puro prestigio. Luego Hegel, en las conferencias de Gena de 1600, sostiene que el verdadero humano es el esclavo, pues niega lo dado, la naturaleza, transformándola con el trabajo, mientras que el Amo es un ocioso. Podría pensarse que una manera de ejercer dominación, de parte de los hombres, es mediante la división del trabajo, que existía en forma tan tajante porque el hombre era quien salía a luchar y a cazar, considerándose el Amo y la mujer que se quedaba en la casa al cuidado de los hijos, realizando tareas domésticas, era considerada un esclavo en cuanto al reconocimiento social.

Con frecuencia se escuchaba a nuestras madres y abuelas decir: “El peor trabajo es el de ama de casa¹¹, pues nadie lo reconoce y es un esclavo sin sueldo”. Desde hace décadas la mujer “sale” a trabajar haciendo su aporte económico y con frecuencia es el único sostén de su hogar, pero a muchas se les sumó trabajo y esfuerzo.

¹⁰ Es lo que Lacan llamó deseo de reconocimiento.

¹¹ Término paradójico: ama-Amo y ¿amor?

Cuando Gilmore (1990, en Meler, 2009) estudia los rituales de masculinización, observa que en ellos se representa el desprendimiento de la madre, la muerte del niño y su renacimiento como hombre, que será recibido por la comunidad de hombres de la tribu.

Al referirse a los judíos enfatiza su mirada en el Bar Mitzvah, ritual donde el joven debe recitar de memoria la *Torah* en hebreo, poniendo a prueba el potencial intelectual tan valorado en esta comunidad. Opina además que las mujeres son dominantes; afirma (Meler, 2009) que, si bien los maridos judíos son menos violentos y más considerados, siguen siendo dominantes, sobre todo en lo que atañe a decisiones en lo económico, la educación y la residencia. Meler hace referencia a que el rito de la circuncisión, que se realiza a los siete días de nacido el niño:

(...) nos llevaría a establecer un nexo entre la masculinidad, el poder y la rivalidad intergeneracional, consumada en algunas ocasiones a través de equivalentes simbólicos del filicidio del hijo varón, es alter ego que evoca al varón adulto a la vez la muerte y la inmortalidad.
(Meler, 2009, p. 91)

En este sentido, Alexander Kojève (1982) retoma la idea de Hegel, quien sostuvo que el nacimiento de los hijos anticipa la muerte de los padres.

Gilmore también estudia a un pueblo de Kenia: los *Samburu*, de raza negra; los varones privilegian la riqueza en ganado, la generosidad (en tanto dadores) y la fertilidad, todas ellas como emblemas de masculinidad. La adolescencia comienza con una dolorosa circuncisión, frente a la que no se deberá mostrar temor y recién podrá casarse después de matar al primer buey.

Otro ejemplo de África del Este son los *Masai*; Gilmore los llama “complejo ganadero-guerrero”. En esta comunidad tanto varones como mujeres atraviesan una dolorosa circuncisión, solo que a las mujeres se les está permitido gritar y patear. Si bien el dolor es inevitable en ambas situaciones, en el caso del varón la exposición del glande es símbolo de poder y placer; en cambio, a la

mujer la priva del orgasmo clitorídeo y la ubica como objeto de placer, de un placer no recíproco.¹²

Como señala Franco (en Rodríguez 2005), la mutilación genital –masculina o femenina–, justificada aún hoy con inconsistentes argumentos higiénicos, pretendidamente científicos, no es sino una amputación ritual que procura eliminar aspectos “indeseables” no correspondientes al propio sexo, tanto en el varón como en la mujer: del primero, el femenino y *vaginal* prepucio; de la segunda, el clítoris, considerado *viril*.

Entiendo que denominar “mutilación genital masculina” a la circuncisión, podría ser interpretado como un ataque frontal contra la identidad cultural judía y musulmana; no obstante, es precisamente dentro de esta última donde advertimos el destacado carácter de la circuncisión como rito de pasaje que subraya la entrada del joven a la edad adulta.

En fin, las mutilaciones genitales provienen, según Bettelheim (en Rodríguez 2005), de aquello que cada sexo “envidia” del otro. Pero, aun cuando en ambos suprimen rasgos de supuesta bisexualidad, es posible asumir que las prácticas relativas a la mutilación genital femenina responden, además, al deseo de restringir y controlar la experiencia sexual de las mujeres, reforzando los roles de género establecidos (Rodríguez, 2005, pp. 22-23).

Ya Arnaldo Rascovsky había sostenido que la circuncisión era una forma de mutilación filicida:

Si bien la circuncisión representa la práctica más universal y extendida, existen otras formas de mutilación filicida de los padres, a veces como expresión de la cultura que los representa. Aquí podemos incluir a las más diversas incisiones, perforaciones, extirpaciones parciales o totales, cauterizaciones, compresiones, distensiones, alargamientos, etc. (Rascovsky, 1981, p. 125)

¹² Es interesante articular estos rituales con las imágenes emblemáticas sobre la mujer que desarrolla Beatriz Rodríguez en su libro *La Femenidad y sus Metáforas: Sirenas y Amazonas* (2005).

Siguiendo con los estudios comparativos de Glimore, señala que en China el hombre debe tener confianza en sí mismo, coraje, ser disciplinado en el trabajo, demostrando fuerza física y mental, manifestando independencia, especialmente de las mujeres. Además, no debe quejarse, por lo que difícilmente concurre al médico; sin embargo, suele manifestar un síndrome psicossomático llamado *Koro* que se expresa con palpitaciones, ansiedad aguda e ideas de muertes evidentes, similar al ataque de pánico occidental, el que para Meler (2009) es compatible con la histeria masculina. Su ideación más terrible es que se le va a retraer el pene y esconder en el vientre. Este temor a la pérdida de la masculinidad se encuentra también en Taiwán, Indonesia y Tailandia.

Los hindúes manifiestan la coexistencia de una cultura muy viril que convive con tendencias hacia la androginia. Por un lado, son protectores con su familia, trabajadores, agresivos y vengativos y por el otro, aparecen señales de fuerte ambigüedad sexual en los roles de género y hermafroditismo, presentes hasta en la mitología. Algunos psicoanalistas los analizan como efecto del estrecho y fuerte vínculo entre madre e hijos.

Por su parte, los japoneses cultivan un fuerte sentido del deber y de la tenacidad, buscan conciliar el interés privado con el público. El sacrificio propio es valorizado y su máxima expresión se encuentra en los *Kamikazes* o guerreros suicidas, cuyo objetivo final era saldar la deuda contraída con los padres y la comunidad. Entre los hombres japoneses aparecen dos tipos de masculinidades: los "*Koha*", que son machistas y recios, y los "*Nanpa*", que son hombres que trabajan para empresas al servicio de la nación, en quienes se destaca la lealtad filial.

Hasta ahora las comunidades estudiadas por Gilmore enfatizan una masculinidad afianzada en el dominio, la promiscuidad sexual, la provisión, la fertilidad, la protección y en definitiva, el ejercicio del poder; ahora bien, plantea dos excepciones: los hombres tahitianos y los *Semai* de Malasia.

Los hombres tahitianos no protegen a sus hijas, más bien las ofrecen sexualmente como símbolo de hospitalidad, no son agresivos, no cazan y en general, no aparece una diferenciación en los roles sexuales, hay mujeres jefas de tribus que incluso castigan a sus maridos. El rito de masculinización es una gran incisión del pene, que perciben como saludable.

Las prácticas homosexuales son aceptadas y existe un transexual que elige ser mujer honoraria, altamente respetada, llamada *Mahu*, similar al *Berdache* de los indios americanos y al *Xanith* de los musulmanes omaníes.

Los *Semai* de Malasia no tienen un sistema de género, son pequeños físicamente, introvertidos y con una actitud masoquista; ante una guerra potencial, prefieren huir en vez de luchar, son pacifistas, no se preocupan por el honor ni la paternidad, ni la acumulación de bienes ni la propiedad privada, pues su economía es de subsistencia. A estos hombres les gusta cazar y para ello utilizan una pipa de bambú que les permite soplar dardos envenenados:

Existe una asociación simbólica entre el pene y el arma en todos los pueblos cazadores, por ese motivo cuidan y elaboran mucho sus pipas-arpones. (Meler, 2009, p.102)

Según Glimore, solo las culturas que necesitan luchar para sobrevivir desarrollan una ideología de la masculinidad intensa que se relaciona con la organización social de la producción. En estas culturas, el hombre tiene que proveer y defender a su familia:

Este personaje casi global se puede llamar hombre-fecundante-protector-proveedor. Sin embargo, pese al elevado prestigio atribuido a la masculinidad, para ser hombre, es necesario aceptar que se es prescindible. (Meler, 2009, p. 104)

En la afirmación precedente, puede observarse algo de lo paradójal: podría pensarse que este hombre omnipotente para fecundar, proveer y proteger, es

necesario e imprescindible; sin embargo, la autora sostiene que –para ser hombre en esa comunidad– es necesario aceptar que se es prescindible¹³.

Meler (2009) confronta la posición de Gilmore, al que califica de *funcionalista*, con la mirada del antropólogo Maurice Godelier, quien realizó un profundo estudio antropológico en la tribu *Baruya* de Papúa Nueva Guinea (Godelier, 1982/2011). El objetivo de su estudio es el análisis del poder de un género sobre el otro, como efecto de la estratificación social y de la acumulación de recursos por parte de los varones, entre quienes existen jerarquías:

Cuando visité por primera vez a los Baruya en 1967, (...) lo que inmediatamente me sorprendió fueron los signos de la existencia de una doble jerarquía: por una parte entre los hombres y las mujeres, y por la otra entre los hombres a los que se denominaba con admiración como los grandes guerreros, los Aulatta, y todos los restantes. (Godelier, 2011[1982], p. 21)

Los *Aulatta* –carismáticos y acumuladores de poder– se adornan mucho más que las mujeres, y se distinguen de la masa de *hombres corrientes*, que son pasivos, improductivos y asténicos sexualmente, lo que afecta su fecundidad ya que los *Baruya* son polígamos y deben tener, al menos, cuatro hijos. Los *Aulatta* son los “Grandes Hombres”, quienes ejercen la dominación masculina; también existen mujeres importantes pero siempre inferiores a los varones.

En esta tribu las mujeres no se intercambian por riquezas sino por otra mujer, lo que hace que se disocie el poder de la riqueza: “La riqueza no da poder y el poder no aporta riqueza” (Godelier, 1982/2011 p. 9). Curiosa afirmación pues en nuestra sociedad occidental, por lo general, riqueza y poder van asociados; sin embargo, no son pocas las situaciones en las que se busca y sostiene fervientemente el poder por puro narcisismo y fundamentalismo, sin que exista una relación directa con el dinero.

¹³ Condición que considero fundamental en cualquier cultura, pero que es poco compatible cuando el varón se entroniza en una posición de poder, control y dominación.

Otra característica de esa sociedad es que los varones viven en la “casa de los hombres” desde los 9 hasta los 21 años, edad en que se casan. Cuando nace un bebé, el padre no lo mira hasta el año y si sobrevive, le pone un nombre y pasa a ser un muchacho hasta los 6 ó 7 años, viviendo todo ese tiempo en un mundo femenino. Cuando alcanza los 9 años, un hombre lo rapta de la casa de los iniciados, donde se viste mitad como mujer y mitad como varón y lo llevará a vivir con todos los muchachos de su misma edad. Los ritos de iniciación se dividen en cuatro estadios. En uno de ellos, a los 12 años, “por primera vez en su vida, los muchachos se visten verdaderamente de hombres y reciben los tocados de plumas y otros signos de su rango” (Godelier, 1982/2011, p. 49).

Cuando el muchacho cumple 15 años, los hombres mayores construirán una casa donde alojan a todos los jóvenes y comienza una ceremonia que culmina colocándole un pico de cálao (que es un ave de la zona) y un junco que tiene dos colmillos de cerdo. “Entonces, se les revela que el pico de cálao es su pene y que el círculo dentado es la vagina de las mujeres” (Godelier, 1982/ 2011, p. 51). En esa época se le busca esposa con la que no podrá reunirse hasta el matrimonio años más tarde; mientras tanto tiene que ayudar a su futuro suegro en los cultivos.

Luego, llega a ser un *Kalave*—que es el nombre de un papagayo blanco con cuyo plumaje se adornan—, que son los que inician a los novicios. El joven tiene que subir una montaña engalanado con sus plumas con los demás jóvenes, hasta llegar a un árbol muy recto. Meses o años más tarde el padre del *Kalave* le comunica que se va a casar, construyen una casa y se le marca que tiene que ser fiel: “(...) no puede, bajo pena de muerte, abandonar a su mujer por la mujer del prójimo” (Godelier, 1982/2011, p. 54).

Cuando convive la pareja, el joven le da de beber su esperma a la esposa para que sea fuerte y se dilate; el esperma es considerado una sustancia poderosa y vigorizante, en contraposición con la sangre menstrual que se supone sucia y contaminante por lo que produce asco y miedo. Continuará siendo un joven hasta que tenga su cuarto hijo, alrededor de los treinta y cinco años. A los

cincuenta entra en la vejez, lo llamarán abuelo y se torna débil y dependiente de sus hijos; “(...) podrá llegar a ser el más viejo de la tribu, al que se le ofrecerá una zarigüeya muerta (...) y no le quedará nada más que morirse” (Godelier, 1982/2011, p. 56).

Un dato significativo es que el coito es calificado como potencialmente peligroso; la mujer no puede estar arriba del varón pues puede derramar sobre él sus fluidos contaminantes. Si predominan los fluidos femeninos, se engendrará a una niña y si prevalecen los masculinos, se engendrará a un varón. El semen alimenta a las mujeres para que tengan leche y nutre a los novicios para masculinizarlos.

Los jóvenes vírgenes son los que tienen que aportar el semen, nunca los hombres casados; se observa además que se forman parejas homosexuales transitorias y prematrimoniales.

Hasta aquí he presentado los aspectos generales de la masculinidad; en los apartados que siguen, intento un desarrollo suficientemente exhaustivo de las conceptualizaciones psicoanalíticas imprescindibles para iluminar los avatares del proceso de devenir varón en la actualidad, con un enfoque a la vez retrospectivo –en tanto se apoya fuertemente en la teoría freudiana y lacaniana– y de puesta al día mediante las aportaciones de otros autores.

1.4. La bisexualidad desde el Psicoanálisis: fantasma bisexual

En *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud sostiene:

Desde que me he familiarizado con el punto de vista de la bisexualidad considero que ella es el factor decisivo en este aspecto, y que sin tenerla en cuenta difícilmente se llegará a comprender las manifestaciones sexuales del hombre y la mujer como nos las ofrece la observación de los hechos. (Freud, 1905/1950, Tomo VII, p. 201)

Con la creación del microscopio se pudo observar que el embrión humano tenía una potencialidad masculina y otra femenina. A través de Claus y luego de su amigo Fliess, Freud adoptó la tesis de la bisexualidad. En 1909 Fliess reclamó para sí la paternidad del concepto de bisexualidad; otros afirman que ese concepto es anterior –1903– y que pertenece al filósofo Weininger que murió muy joven.

Fliess construye una teoría en la que sostiene que la bisexualidad biológica se prolonga en el hombre en una bisexualidad psíquica, a través de la bilateralidad izquierda-derecha. Freud no toma esa tesis y se queda con la idea de la bisexualidad psíquica y la desarrolla en distintos artículos de su obra.

En *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*, asevera:

El significado bisexual de síntomas histéricos, demostrable por lo menos en numerosos casos, es por cierto una prueba interesante de la aseveración, por mí sustentada, de que la disposición bisexual que suponemos en los seres humanos se puede discernir con particular nitidez en los psiconeuróticos por medio del psicoanálisis. (Freud, 1908/1986 volumen IX, p.146)

También en *La Interpretación de los sueños* afirma:

En muchos sueños, una interpretación cuidadosa podrá establecer que se los debe comprender como bisexuales, pues ofrecen una irrecusable sobre-interpretación. (Freud, 1900/1950, Tomo V, p. 399)

Sin embargo, aquí Freud aclara que no todo sueño debe ser interpretado bisexualmente, como sostenían Stekel y Adler, pues le parece una generalización no sustentable.

Trabaja el concepto de bisexualidad en varios textos; solo mencionaré algunos:

-Múltiple interés del psicoanálisis (1913/1986) T. XIII.

-Historia de una neurosis infantil. “El hombre de los lobos” (1914/1986) T. XVII.

- Pegan a un niño* (1919/1986) T. XVII.
- Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* (1920/1984) T. XVIII.
- El Yo y el Ello* (1923/1986) T. XIX.
- Autobiografía (1924/1986) T. XVIII.
- Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica* (1925/1986) T. XIX.
- Dostoyevski y el parricidio* (1927/1986) T. XXI.
- El Malestar en la cultura* (1929/1986) T. XXI.
- Sobre la sexualidad femenina* (1931/1986) T. XXI.
- La Femenidad* (1932/1986) T. XXII.
- Análisis terminable e interminable* (1937/1986) T. XXIII.

Schneider (2003) toma a Freud en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905/1950), para destacar cómo el autor deja deslizar que la piel es lo más vulnerable, que conmueve al sujeto desde el exterior provocando el proceso de excitación, asociado a lo femenino. Por otro lado, el placer terminal que implica la descarga motriz de la eyaculación con el consecuente alivio de tensión, está asociado a lo masculino:

Hombre y mujer quedan así en oposición y al mismo tiempo anexado el uno al otro, como si constituyeran, respectivamente, la entrada y la salida de un mismo organismo andrógino. La circulación de la excitación (...) entra por la sensibilidad femenina y concluye expulsada vigorosamente en el acto terminal masculino, acto que recurre a la “energía motriz”. (Schneider, 2003, p. 37)

La autora destaca aquí una división de roles, al varón le atribuye la motricidad y a la mujer la piel, de tal manera que en la periferia excitante se encuentra lo femenino y en el centro, lo masculino. Se subraya, además, la estimulación de

la piel del glande del pene por la mucosa vaginal; sostiene que la piel (*haut* en el idioma alemán) corresponde a mucosa y que solo la menciona Freud para atribuirle el lugar femenino.

De esto se puede deducir que la mucosa en tanto piel está asociada a la bisexualidad, pues varones y mujeres la poseen, al igual que la descarga motriz orgásmica.

Pero antes, en *El Banquete* de Platón (1871/1983), aparece la idea de la bisexualidad a través del discurso de uno de los comensales llamado Aristófanes, quien desarrolla la teoría de que primitivamente la naturaleza humana era muy distinta de la de hoy, pues existían tres especies de seres humanos redondos: uno era todo masculino con dos cabezas, dos penes y cuatro brazos y piernas; otro todo femenino, también dotado de dos cabezas, dos vaginas y cuatro miembros superiores e inferiores y una tercera especie, llamada “andróginos”, que era mitad hombre y mitad mujer, considerado el menos puro, pues era una mezcla de hombre y mujer.

Por su forma esférica, se desplazaban con ruidosa velocidad y molestaban a los dioses; en consecuencia, Zeus les mandó un rayo y los cortó por la mitad. Desde entonces cada mitad desea unirse con su otra mitad y no van a dejar de intentarlo hasta encontrarse y fundirse nuevamente.

Este mito de Aristófanes posibilitó, a algunos psicoanalistas de pareja, pensar la etapa de enamoramiento, cargada de narcisismo, como aquella en la que se explican los tres tipos de amor: el hombre que busca su otra mitad en otro hombre –el amor homosexual–, la mujer que busca su otra mitad en otra mujer –el amor lésbico– y por último el hombre que busca su mitad en la mujer y viceversa –el amor heterosexual–. Este mito cobró popularidad con el aforismo conocido como la búsqueda de “mi media naranja”.

Lacan (1960) también trabaja *El Banquete* de Platón en el Seminario 8 para dar cuenta del amor de Transferencia, circunscribiéndose al discurso de Sócrates, en el que introduce el saber de una mujer, Diótima la pitonisa, quien le cuenta

que el amor se engendró en el encuentro entre Poros, el Dios de la riqueza y Penia, la pordiosera que representa la pobreza.

Ello ocurre en una fiesta entre los dioses del Olimpo con el motivo de celebrar el natalicio de Afrodita, la diosa de la belleza, al que nadie podía entrar sino estaba invitado. Poros se desplazaba borracho y Penia, del otro lado de la cerca, lo llama y le ofrece un brebaje con más alcohol; él acepta y cae sobre la manija que abre la puerta; entonces, ella entra y se acuesta con él; así “hacen el amor” y literalmente lo engendran.

De esta manera puede entenderse que, cuando un enamorado percibe que es igualmente correspondido, se siente pleno, poderoso y rico por la herencia del Dios Poros. En cambio, cuando no es correspondido, el enamorado puede funcionar como un pordiosero, mendigando el amor de su amada.

En principio, este mito muestra la posición asimétrica y de poder entre el hombre Dios Poros, dios de la riqueza y la producción y Penia o aporía, la mujer pobre y pordiosera. No obstante, Lacan le otorga un lugar de privilegio a la mujer, porque encarna la falta misma, el vacío donde se puede alojar el deseo.

Otro relato mítico que hace referencia a la bisexualidad, es el mito de Tiresias. Cuenta que Tiresias se encontró con dos serpientes copulando en la montaña; al golpearlas con su vara, logró separarlas; en el acto, quedó transformado en mujer, llegando a ser una afamada prostituta. Después de siete años en esta condición, volvió a encontrar dos serpientes acopladas y al repetir su intervención, fue devuelto a su condición de hombre.

En cierta ocasión, Zeus y su esposa Hera se encontraban discutiendo, pues ella reprochaba al dios sus infidelidades y éste las justificaba sosteniendo que él tenía que practicar el coito varias veces con distintas mujeres, porque la mujer gozaba mucho más que el hombre, argumento con el que Hera disentía. Recordando la experiencia bisexual de Tiresias, lo buscaron para que desde su sapiencia respondiera quién gozaba más en el coito, si el varón o la mujer. Él

respondió de la siguiente manera: *En la escala del uno al diez, quizás exceptuando la primera vez, una parte se lleva el hombre y nueve la mujer.*

Hera, enfurecida por sentirse descalificada en su aseveración y expuesta, dejó ciego a Tiresias, pero Zeus –al no poder sacarle el castigo impuesto por su esposa– lo recompensó otorgándole el don de la clarividencia; de esta manera, a pesar de estar ciego, podía ver lo que los demás no podían ver, ni predecir.

Es interesante que estas predicciones de Tiresias se produjeran en la observación del comportamiento de las aves o, más precisamente, al escucharlos sonidos que éstas emitían¹⁴.

Volviendo a Freud, resulta pertinente señalar que el concepto de bisexualidad psíquica es independiente del sexo biológico.

Lacan, por su parte, sostiene en el Seminario 21:

No hay nada que se parezca más a un cuerpo masculino que un cuerpo femenino, si se sabe mirar en cierto nivel, en el nivel de los tejidos. Esto no impide que un óvulo no sea un espermatozoide y aquí yace la cosa del sexo. (Lacan, 1974, p.103)

Lacan está trabajando aquí las fórmulas de la sexuación, con relación a la excepción articulada con la castración.

La bisexualidad es un momento genético inevitable del erotismo masculino, corresponde al polimorfismo perverso y cabría extrañarse de que parezca tan poco difundido en nuestras sociedades, mientras que en las antiguas constituía la norma. (...) Esta bisexualidad (...) es causada por el amor al padre. (Pommier, 2009, p. 178)

El autor, Gerard Pommier (2015), sostiene que el género masculino o femenino solo puede producirse sobre la base de la bisexualidad de cada sujeto, que es

¹⁴ Ello nos lleva a pensar que, a falta de la mirada, se agudizó la escucha, una función fundamental del psicoanalista, el saber escuchar, en el que la mirada en ocasiones hace obstáculo imaginario, siendo el diván un elemento facilitador que brinda el dispositivo analítico.

una lucha interna que libra cada quien, pues la masculinidad de los hombres se decide partiendo del rechazo de su propia feminización.

Tanto los niños como las niñas están demandados a ser el falo materno, comienzan a serlo antes de tenerlo y esto produce una excitación peninana y clitoriana, pues estas zonas se constituyeron en zona fálica, lo que propende a la masturbación. Ello les genera culpa porque es una manera de no responder a la demanda materna de ser su falo.

A partir de esta lógica la única vía para aliviar la culpa es recibiendo un castigo del padre. Este castigo salvaguarda el amor de la madre, al mismo tiempo que produce excitación sexual. Según el autor, esto ocurre gracias al masoquismo que condiciona la sexualidad humana, de tal manera que los golpes del padre seducen, pues de agente de la castración pasa a ser el primer seductor tanto para la niña como para el niño. Es importante aclarar que estos golpes del padre no son recibidos necesariamente en la realidad, pero sí en la fantasía, por lo tanto se constituyen en realidad psíquica:

La vergüenza y la prohibición consolidan en lo inmediato el placer masturbatorio peniano o clitoriano. Ante los golpes del padre, la fantasía que pone en erección tanto al varón como a la niña los feminiza y da su sentido inmediato a la bisexualidad psíquica. Por un lado el bebé es feminizado por el padre cuando recibe los golpes, y por otro es masculinizado pues este castigo lo pone en estado de erección. Esta bisexualidad psíquica es, en el fondo, correlativa de la castración, su sinónimo. (Pommier, 2015, p.44)

Se observa, entonces, cómo de la respuesta que dé cada uno depende la elección de género sexual. Están los que rechazan la feminización y entran en una lucha parricida contra el padre (lucha que les genera excitación), y las que aceptan la feminización pero no del todo; este género se produce independientemente del sexo biológico.

Aquel que quiere defender su masculinidad debe ser violento; en varias oportunidades se observan peleas callejeras entre varones, en el tránsito o a la salida de los “boliches”, muchas veces borrachos, como un intento de afirmar su masculinidad, de demostrar y demostrarse quién es masculino y quién es femenino. En realidad, luchan contra su feminización dando golpes a los demás como los que creen haber recibido del padre.

Por el lado de la mujer, Pommier sostiene: “La mujer es *no toda* feminizada: continúa siendo un poco, mucho o apasionadamente masculina” (Pommier, 2015, p.46).¹⁵

Al principio, ambos sexos se separan de la madre pagando el costo de entrar bajo la seducción del padre. Luego, ambos buscan matar a ese padre seductor e incestuoso pero por distintos caminos, según su género: los varones asumiendo una posición bélica parricida y las niñas amando a un hombre exogámico que le hace la guerra al padre.

Desde su fantasía el varón busca seducir, así como el padre los ha seducido a él y a la madre; de esta manera el niño seducido femeninamente, buscará seducir virilmente desde la dominación.

Para el autor, la elección de género va a depender del lugar que los padres le den al niño, según se comporten con él como si fuera un varón o una niña, y de la fuerza impredecible de estos padres entre ellos y hacia el niño, que en términos de Lacan tiene que ver no solo con lo imaginario y lo simbólico sino también con el registro de lo real, lo imposible de decir.

El enfrentamiento del padre con el hijo varón en sus correctivos educativos, viriliza al hijo, aunque no necesariamente tiene que ser golpeado física o psíquicamente.

La relación de la madre con el hijo varón es privilegiada, pero corre un riesgo con la madre, pues cuando a la feminización esperable que le depara el padre,

¹⁵De esto deduzco que las mujeres también escapan a la seducción del padre.

se agrega la feminización por parte de una madre que trata de liberarse de su virilidad depositándola en el hijo, éste puede feminizarse y orientarse hacia una homosexualidad pasiva.

Ahora bien, podríamos preguntarnos qué le ocurre al varón heterosexual y monógamo en relación con este fantasma bisexual.

En el varón heterosexual monógamo, está presente la bisexualidad y el amor al padre que incidió en su masculinización, sólo que este varón encontró en una mujer—llamada por él la suya: “mi mujer”— el mejor objeto externo, ese otro alter ego donde depositar su mujer, su feminidad, que remite a la bisexualidad.

En este varón heterosexual monógamo, el fantasma bisexual se actualiza paradójicamente en el momento del coito, pues en él puede encontrarse con su otra parte, el sexo que no tiene, que en algún momento imaginariamente fantaseó que fue suyo, como aparece en la figura del “andrógino”, planteada por Aristófanes en *El Banquete* de Platón. Ese ser único reuniría los dos sexos porque, separados por el rayo que les envió Zeus, no dejaban de buscarse hasta fundirse en un reencuentro, que en este caso representa el encuentro sexual, que en el fondo no produce más que desencuentro. A su vez, en ese mismo acto sexual, el varón busca afianzar y confirmar su masculinidad.

1.5. La pasividad inicial

Todos al nacer somos pasivos, pasividad basada en la vulnerabilidad y desamparo originario; esto marca una relación asimétrica con el Otro primordial de los primeros cuidados, ese ser omnipotente para el niño llamado Madre, teniendo en cuenta además que ella es el primer objeto de amor para ambos sexos.

En el *Proyecto de una psicología para neurólogos*, Freud da cuenta de cómo se constituye el psiquismo humano a partir de la experiencia de satisfacción y de la experiencia de dolor:

El organismo humano es incapaz de llevar a cabo la acción específica; esta sobreviene mediante el auxilio ajeno. (Freud, 1895/1950, Tomo I, p. 362)

De esta vivencia de satisfacción queda un resto que es el deseo y por el lado de la vivencia de dolor, queda como resto el afecto.

Frente a la necesidad de asistencia externa es que Freud plantea el Complejo del Prójimo:

Supongamos ahora que el objeto que brinda la percepción sea parecido al sujeto, a saber, un prójimo. En este caso el interés teórico se explica sin duda por el hecho de que un objeto como éste es simultáneamente el primer objeto-satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador. Sobre el prójimo, entonces, aprende el ser humano a discernir. (Freud, 1895/1950, Tomo I, p. 376)

En la afirmación precedente, se observa a la madre asumiendo un rol activo, siendo el prójimo que auxilia al bebé y que realiza por él la acción específica. Queda claro que no es tan específica, pues no hay relación unívoca sujeto-objeto, pero en su acción algo llega y se inscribe y algo no llega, quedando como experiencia de dolor, un dolor irreductible que hará su aparición en distintos momentos a lo largo de la vida.

Esta indefensión inicial se manifiesta con el grito del bebé, que se transforma en *llamado* –dirá Lacan (1957-58/1999) –cuando es escuchado e interpretado por la madre. Se podría denominar “poder del Grito” del bebé, expresión pulsional que irrumpe en el psiquismo de la madre y el poder de ella en responderle o no; sin embargo, hay una madre que le habla, que lo mira, que lo toca o que le depona la mirada ensordeciendo sus oídos a ese llamado, con efectos devastadores que ponen en riesgo la vida del niño.

Piera Castoriadis Aulagnier, en su libro *La violencia de la interpretación*, sostiene que:

La palabra materna derrama un flujo portador y creador de sentido que se anticipa en mucho a la capacidad del infans de reconocer su significación. (Castoriadis Aulagnier, 1977, p.33)

Y continúa diciendo:

El orden que gobierna los enunciados de la voz materna no tiene nada de aleatorio y se limita a dar testimonio de la sujeción del yo a tres condiciones previas: el sistema de parentesco, la estructura lingüística y las consecuencias que tienen sobre el discurso los afectos que intervienen en la otra escena. Trinomio que es la causa de la primera violencia, radical y necesaria que la psiquis del infans vivirá en el momento de su encuentro con la voz materna. (Castoriadis Aulagnier, 1977, p. 34).

El bebé demanda la presencia incondicional de su madre, significando así las primeras marcas de lo que será el amor, necesario para vivir, tal como lo expresa Silvia Bleichmar respecto de lo que se pone en juego del lado del hijo:

La dialéctica vida-muerte, perder el amor de la madre, pone en juego el aniquilamiento del sujeto, equivale a ser expulsado del universo que conlleva el des-auxilio total. (Bleichmar, 2009, pp. 23-24)

La autora con el término *des-auxilio* hace referencia a esa angustia desbordante del inicio de la vida y que amenaza con aparecer el resto de nuestra existencia.

Ahora bien, ese amor maternal no es tan incondicional ni tan puro, está cargado de un interés narcisista y ansias de poder, con aristas ambivalentes que pueden llegar al filicidio, como lo sostuvo Arnaldo Rascovsky (1981, p. 234):

El filicidio directo, o matanza de los hijos, y sus formas atenuadas en todas sus variantes: negligencia, maltrato, denigración, mutilación y

abandono, va en aumento en el mundo contemporáneo conforme al creciente desarrollo del proceso sociocultural.

En esta afirmación queda plasmada la inexistencia del instinto materno, pues al lado del amor tierno aparece el odio, el fastidio, el cansancio de vivir en función de este pequeño tirano, que se adueñó de sus tiempos, su descanso y su sueño, ya que –como toda dialéctica– ahora él es el Amo y ella, el esclavo.

Así oscilarán en estas posiciones, hasta que llegue a ser adulto si es varón y busque ser el Amo dominante, que somete a su esclava –la mujer–, ubicándola en un lugar subalterno; en ocasiones, se invierte la posición, pasando el varón a ser el esclavo, el lacayo, que coloca a la mujer en el lugar del Amo y señor.

Considero necesario tener en cuenta lo que le acontece a muchas mujeres a nivel físico y psíquico, durante el embarazo y el puerperio, vivencias compatibles con sentimientos de extrañeza y despersonalización, cambios en su esquema corporal, que inciden en el manejo del tiempo y del espacio, y no por eso son psicóticas, sino que actualizan un real (en términos de Lacan), que a muchas las angustia, sin poder expresarlo en palabras. Estas terribles sensaciones, a veces ominosas¹⁶, tienen que ver con su propio nacimiento, implicando su posición de vulnerabilidad inicial con la propia madre –algo de lo no tramitado cuando ella estuvo en esa posición de desamparo inicial–, que se actualiza frente a ese niño que salió de su cuerpo y que la perturba, pues se siente sin recursos simbólicos para enfrentar esta posición desconocida y movilizante que es *ser madre*.

Se comprende así, la desesperada demanda de presencia incondicional que estas novicias madres hacen a sus propias madres y que extienden, en forma de quejas y exigencias, a sus confundidos y aturdidos esposos.

Volvamos ahora a ese primer tiempo en que el niño está en la posición pasivo-femenina, que algunos autores –como Gilbert Herdt (1982, en Meler, 2009), que

¹⁶ En tanto familiares e inquietantes.

convivió con los *Sambia* de Nueva Guinea y Robert Stoller (1982, en Meler, 2009) –llaman *protofeminidad*.

La primera hipótesis que plantean es que cuanto más estrecha, placentera y prolongada sea la simbiosis madre-hijo varón sin la intervención interdictora del padre, más posibilidades tiene el niño de volverse femenino y hasta devenir transexual.

Sostienen que las madres de los hijos transexuales, en su propia infancia, fueron niñas masculinizadas, que evitaron la homosexualidad femenina adaptándose, a veces forzosamente, a la heterosexualidad. Cuando tienen un hijo varón al que consideran hermoso, “buscan compensar sus frustraciones mediante la presencia y contacto constante con su hijo” (Meler, 2009, p.119).

Esta afirmación se relaciona con Freud y Lacan en tanto destaca que, cuando la niña se ve privada de pene, hace la ecuación simbólica: pene-niño-falo. En la cita aparece el término *frustración*, que para Lacan (1956/1994), es un daño imaginario, que diferencia de las otras dos formas de faltas de objeto, que son la castración –una falta en lo simbólico– y la privación –una falta en lo real–. De esta manera articula los tres registros con el concepto de falta. Ahora bien, en relación con la privación, queda claro que la mujer no está privada de pene, pues la mujer es sin pene, como el varón es sin vagina.

Volviendo a esa primera hipótesis, podría pensarse que en esa fuerte simbiosis madre-hijo varón, la madre proyecta en su pequeño hijo sus deseos eróticos y sus propios aspectos masculinos reprimidos en la infancia, obteniendo una sensación de completud narcisística al tomar al hijo como una extensión de sí misma, actitud reforzada por un padre inoperante. Estos conceptos se ven claramente plasmados en Freud (1905) cuando señala:

Por regla general, la madre dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece y claramente lo toma como un sustituto de un objeto sexual de pleno derecho.

(Freud, 1905/1950, Tomo VII, p.203)

En esta afirmación, Freud expresa los fuertes y tempranos lazos de fusión que se dan entre la madre y su hijo.

La segunda hipótesis que plantean los autores respecto de la profeminidad, remite a que el niño varón tiene que consolidar fuertes defensas contra su deseo de simbiosis con su madre. Si supera esta relación simbiótica, el niño deja de ser un objeto narcisístico de la madre:

Puede avanzar hacia cuestiones edípicas, o sea, desear tenerla para sí en lugar de ser como ella. Para ese fin se identificará con el padre, a quien admira. (Meler, 2009, p. 121)

La defensa que esgrime el niño frente a sus deseos de fusión con la madre, aparece en la siguiente explicación de Meler (2009, p. 120):

La masculinidad social convencional es el resultado de esta defensa contra la simbiosis e implica envidia y temor ante la mujer, necesidad de mantenerla a distancia y rebajarla aunque se la desee. La rudeza, el machismo y la homofobia son manifestaciones defensivas para renegar de cualquier aspecto femenino de sí mismo.

Aquí se menciona el término renegación¹⁷; si renegar es colocar una presencia en el lugar de una ausencia, podría pensarse que cuando el sujeto varón pierde su masculinidad o duda de ella, ésta se ausenta de su subjetividad, pues “la masculinidad (...) es un punto de llegada del cual el sujeto puede ser destituido” (Bleichmar, 2006, p.27). Es posible que coloque la presencia de la violencia, el machismo y la homofobia, frente a la ausencia de significantes absolutos que funcionen como garantes permanentes de su masculinidad.

Desde allí puede explicarse que la mujer para él constituya algo del orden de “lo ominoso, lo siniestro”, *unheimlich*. Cuando Freud habla de lo ominoso, en 1919, trabaja con el término *heimelich* como:

¹⁷ Concepto que en Psicoanálisis se aplica a la perversión cuando es estructural, pero también la clínica nos muestra que es posible observar la renegación en las neurosis.

(...) perteneciente a la casa, no ajeno, familiar, doméstico, de confianza e íntimo (...) el bienestar de una satisfacción sosegada, etc., una calma placentera y una protección segura como la que produce la casa. (Freud, 1919/1950, Tomo XVII, p.222)

Se podría pensar que está refiriéndose al cuerpo de la madre como la casa segura del bebé que le brinda una satisfacción sosegada.

Otra acepción que toma de esa palabra es:

Mantener algo clandestino, ocultarlo para que otros no sepan de ello ni acerca de ello, escondérselo— (Freud, 1919/1950, Tomo XVII p.223)

En general, quedamos advertidos de que esa palabra “Heimlich” no es unívoca, sino que pertenece a dos círculos de representaciones que, sin ser opuestos, son ajenos entre sí: el de lo familiar y agradable, y el de lo clandestino, lo que se mantiene oculto. (Freud, 1919/1950, Tomo XVII, p. 225)

Se puede deducir, entonces, que lo que es familiar es el cuerpo de la mujer, nuestra primera morada desde que fuimos concebidos y de esa primera mujer que todo varón tuvo que es su madre, por lo que fue cuerpo de mujer y lo que tiene que mantener oculto, clandestino, es su propia feminidad, la que, no obstante, en ocasiones sale a la luz.

Es desde esta perspectiva que pienso que la mujer, con considerable frecuencia, se le presenta al varón como algo ominoso en tanto familiar e inquietante, que en la actualidad, a muchos varones, se les presentifica como lo siniestro, algo por atacar, controlar y dominar.

Lacan (1959-60/1988) crea un término, lo *éxtimo*, lo más externo y a la vez, lo más íntimo a mi ser. El autor expresa que lo real está tanto adentro como afuera en relación con el objeto “a” y también menciona lo *éxtimo* en relación con lo simbólico, pues sostiene que el Gran Otro es algo extraño a mí aunque

está en mi núcleo. Podría pensarse, entonces, que la mujer para el hombre se le presenta como lo íntimo: lo íntimo de su ser y lo más externo a él. Ello le produce, como efecto, algo que lo inquieta y lo alborota, sintiéndose paradójicamente perseguido y excitado por esa mujer; por eso, en muchos casos la tiene que subestimar, maltratar, dominar, poseer sexualmente, cosificar y finalmente descartar.

Cuando la masculinidad se edifica sobre el repudio de la dependencia, los deseos pasivos son proyectados sobre las mujeres. Éstas pasan entonces a ocupar un lugar inferior. (Meler, 2009, p. 92)

En estos casos algunos hombres, para compensar su masculinidad, buscan mujeres dependientes afectiva y económicamente, con baja autoestima, con vulnerabilidad familiar y social, de tal manera que se presentan como salvadores, necesarios y proveedores, reeditando la pretérita relación asimétrica activo-pasiva, que tuvo lugar allá y entonces entre su madre y él como bebé.

Un número importante de estos hombres llega a la consulta diciendo: *no me enamoro, no sé por qué no me puedo involucrar con ninguna y paso de una a otra*, llegando a ser muchas veces el clásico “mujeriego” no pudiendo ser fiel a una.

La fidelidad es una norma impuesta desde la cultura, que produce una tensión y un malestar particular que cada pareja debe tramitar, hasta que se internalice como un valor. En otros contextos existe la poligamia, sin embargo persiste el conflicto, pues lo que acarrea el malestar en la cultura, es la sexualidad misma y la renuncia pulsional impuesta por la sociedad, a la que el sujeto se resiste. Esto incluye a varones y a mujeres.

Pueden confluir varias posibles respuestas que dan cuenta del ¿por qué? un varón no se involucra con una mujer siendo compulsivamente infiel:

- El deseo es insatisfecho por estructura, esto puede provocar una disconformidad que hace que ninguna mujer lo satisfaga. Además es deseo de lo prohibido, recordemos el mandamiento cristiano: “no desearás la mujer de tu prójimo”, ¿Quién no ha pecado de pensamiento, palabra, obra u omisión?
- Puede ser que una sola mujer no le alcance para proyectar su propia femineidad a la que teme y está siempre al acecho.
- Que no encuentre en ella, ese rasgo paterno que hace que la elija como objeto único reconocedor, como lo fue una vez su padre.
- Que no encuentre en ella, los atributos femeninos valorados que encontró en su madre, al mejor estilo del clásico Edipo freudiano.
- Que sus contactos sean intermitentes y con distintas mujeres, puede deberse al temor de ser devorado si permanece con una, entonces “toco, penetro, eyaculo y me voy”, a modo de descarga, frente a lo potencialmente peligroso: una boca de cocodrilo que amenaza con engullir su pene.
- La infidelidad masculina compulsiva, puede deberse también a un marcado narcisismo y a la herencia del patriarcado, cuyo mandato es: “mientras más mujeres tengas, más macho serás”, denigrando y cosificando a la mujer. Esto responde al dicho popular: “dime de qué te jactas y te diré de qué careces”.

Además cuando un varón se enamora se feminiza y se infantiliza, pasa a depender afectivamente de una mujer, la toma como madre o patrona y depone las armas de la dominación, el control y el poder que el patriarcado le delegó.

1.6. Masculinidad, género y narcisismo



Narciso
Paul Dubois, 1866

Según el diccionario de la Real Academia Española (1970), género es el conjunto de seres que tienen uno o varios caracteres comunes; clase a la que pertenecen personas o cosas.

La publicación científica *Género, Mujer y Salud en las Américas* define género como:

(...) una construcción social basada en la diferenciación biológica de los sexos (fenotipo y genotipo), que se expresa a través de relaciones de poder-subordinación, representadas en la adscripción de funciones, actividades, normas y conductas esperadas para hombres y mujeres en cada sociedad. (Gómez Gómez, 1993, p. 13)

Un punto central dentro de la óptica de género, es la noción de la división sexual del trabajo, es decir, la segregación de funciones sociales sobre la base de pertenencia a uno u otro sexo.

Hablar de género implica recurrir a la noción de representaciones sociales; éstas son, de acuerdo con Moscovici (2002), producto y proceso de una elaboración psicológica y social de lo real, “imágenes que condensan un conjunto de significados; (...) categorías que sirven para clasificar las circunstancias, los fenómenos, los individuos” (Jodelet, 1986, p. 472).

Las representaciones corresponden a actos del pensamiento en los cuales el sujeto se relaciona con el objeto. El género se utiliza para hacer referencia a construcciones sociales y culturales que se implantan desde temprano en el psiquismo del niño a través del vínculo con el Otro materno inolvidable de los primeros cuidados y que se irá retroalimentando en la interacción.

En consecuencia, el género es una construcción social, histórica y cultural, que atraviesa la subjetividad del niño mediante el proceso de aprendizaje y socialización. Es un concepto que incluye una dinámica, pues va cambiando según la etnia, la religión, la cultura y la época.

Con relación al género masculino, Connell (1997) sostiene que la principal característica de la masculinidad es la dominación hacia las mujeres.

Según Gosende (2004), el modelo de varón idealizado, que forma parte de lo que se llama hegemonía masculina, tiene que ser blanco, joven, bello, heterosexual, profesional exitoso, con pene grande, casado con una esposa fiel y sometida, debe manifestar un deseo sexual eréctil siempre activo para satisfacer a sus amantes, mostrándose además fuerte, competitivo y agresivo.

En oposición, estarían las masculinidades devaluadas y subordinadas que son los varones indígenas, homosexuales, desempleados, pobres, no viriles y miedosos. Señala Gosende que estos varones suelen compensar su baja autoestima mediante la violencia intrafamiliar, cometiendo en ocasiones abuso sexual, además de consumir alcohol y drogas como una forma de compensar su cuestionada hombría.

La gran paradoja del sistema patriarcal es que esta hegemonía masculina dominadora, no solo oprime a las mujeres sino también a los varones, porque

–al igual que a las mujeres– se les imponen roles, formas de comportamiento y actitudes socialmente esperables. El que no las cumple es discriminado con violencia, pues no solo se descalifica a los varones homosexuales, también a los discapacitados, a los que son portadores de rostros por ser “negros” y vivir en barrios urbano-marginales y a los descendientes de pueblos originarios. Según Gosende (2004), es violencia de género que padecen los varones.

En *Paradojas de la sexualidad masculina*, Bleichmar (2006); distingue tres tiempos:

- 1) En el primer tiempo se instituye la identidad de género, que aporta los atributos en relación con la bipartición identitaria (varón-mujer), impregnada por la cultura, que hace que el niño/a prefiera determinados tipos de juegos y de vestimenta. Esta etapa coincide con la sexualidad pregenital, llamada polimorfismo perverso, y se destaca la importancia de la relación del niño con el otro:

El niño mismo identifica al yo propio con el del otro, mide las diferencias e inscribe las similitudes, y ello no desde la inmediatez de algún tipo de percepción inmanente sino a través del recorrido de un sistema de enunciados que marcan su posibilidad de inscripción en las redes libidinales del otro. Las atribuciones de género son entonces efecto de un significado al sujeto. (Bleichmar, 2006, p.28)

Esta instancia identitaria sostendrá las identificaciones secundarias futuras.

- 2) En el segundo tiempo se produce la diferenciación anatómica de los sexos; aquí Bleichmar sostiene que en el niño varón el pene tiene que ser investido de una potencia genital que proviene del fantasma de incorporación del pene del adulto –generalmente, el padre–; solo así se posibilitará en el futuro el ejercicio de la masculinidad heterosexual. Esto

implica una paradoja pues la incorporación del pene paterno recrudece la angustia homosexual, a la vez que constituye la condición necesaria para instalar la virilidad. Además, se articula con la valoración que la mujer le da al pene del hombre y al pene de su hijo, cuyas significaciones provienen seguramente de su historia en relación con los hombres de su familia¹⁸ y con aquello que la madre le transmitió en relación con su feminidad. Esta compleja trama incide en los mensajes conscientes e inconscientes que se le darán al niño y que constituirán las bases sobre las cuales irá construyendo su masculinidad.

- 3) En el tercer momento se producen las identificaciones secundarias con base en los ideales que demarcan, a modo de mandatos familiares, lo prohibido y lo permitido; como dice la autora:

Ya no se trata de SER HOMBRE –inscripto narcisísticamente en el yo–, sino de qué clase de hombre se debe ser. (Bleichmar, 2006, p.30)

Sin embargo, nada hay determinado en forma absoluta y acabada:

Esto quiere decir que en el momento del ejercicio y la asunción de la elección de objeto de amor genital, una complejidad predeterminada se encontrará con algo del orden del acontecimiento, de lo azaroso, que coagulará en cierta dirección las dominancias posibles. (Bleichmar, 2006, p.31)

Para Bleichmar, el padre ejerce una influencia temprana en el hijo a través de los primeros cuidados, cuando pone en contacto su cuerpo con el cuerpo del niño, marcando a modo de un mapa la topografía del cuerpo del hijo, libidinizando unas zonas más que otras:

¹⁸Padre y hermanos.

Es entonces, como metonimia de la madre, que el padre inscribe huellas cuyos indicios no se subsumen en la polarización que ejerce el cuerpo materno. Estas inscripciones precoces constituyen la base erógena sobre la cual se inscribirán los deseos eróticos por el padre, resignificados a posteriori por los fantasmas de masculinización a los cuales hemos aludido. (Bleichmar, 2006, p. 33)

Esta aseveración da cuenta del carácter seductor y excitante que ejerce el padre desde el principio (ya no sólo como interdictor del goce materno), del que Gerard Pommier dice: “El padre seduce hasta cuando está durmiendo” (Pommier 2015, p. 45).

En su libro *Las teorías sexuales en psicoanálisis*, Silvia Bleichmar sostiene que “la identidad masculina se define primero por oposición y luego por afirmación” (2014, p.251):

Ésta es siempre una oposición por negación, vale decir, de lo que no se es. (2014, p. 252).

En relación con esta postura, Juan Carlos Volnovich (2010) plantea que el varón teme tanto a la pasividad como a la femineidad, que hace que la masculinidad se presente como una reacción:

- Yo no soy mi mamá
- Yo no soy un bebé
- Yo no soy una mujer.

De esta manera dirige una protesta hacia su madre:

- Yo no soy ella
- Yo no soy como ella
- Yo estoy contra ella. (Volnovich, 2010, p.42)

Al parecer, el camino que tiene el niño para devenir varón es a través de la separación de su madre, oponiéndose a ella y alejándose de ese lugar mágico

de “Su Majestad el bebé”, que le pertenece a una Reina: su Madre, lugar de privilegio que captura la mirada de ésta y que lo puede llevar a identificarse con ella, dado que esa captura es recíproca.

De acuerdo con esto es posible pensar que este proceso de diferenciación de su madre, que hace el varón desde la niñez hasta la vida adulta, implica un costo enorme, pues el idílico amor incondicional del comienzo va tomando matices progresivamente más ambivalentes, hasta tornarse violento. Esta violencia primero la dirige hacia la madre; luego, en el futuro, hacia otras mujeres: pareja, hermanas, hijas, jefas, compañeras de trabajo.

Esta agresión también se dirige contra sí mismo, ya que se constituye en una forma de atacar sus propios aspectos femeninos inconscientes; por otra parte, le impide disfrutar de vínculos gratificantes con las mujeres.

Ahora bien, detengámonos en el postulado del Psicoanálisis que sostiene que en el inconsciente no existe la negación:

En el inconsciente como sabemos no existe el NO, y no hay distinción entre los opuestos. La negación solo es introducida por el proceso de represión. (Freud, 1917/1950, Tomo XVII p.75)

Es decir que, sobre la base de toda negación, reside una afirmación; el niño estaría diciendo:

- Yo soy mi mamá
- Yo soy un bebé
- Yo soy una mujer.

Y debajo de la protesta, habría una alianza:

- Yo soy ella
- Yo soy como ella
- Yo estoy a favor de ella.

Articuladas con el texto de Freud *Introducción al Narcisismo*, estas afirmaciones encajan adecuadamente con el tipo de elección de objeto narcisista que él plantea:

1. *Según el tipo narcisista:*

- a. *A lo que uno mismo es*
- b. *A lo que uno mismo fue*
- c. *A lo que uno querría ser*
- d. *A la persona que fue parte de sí mismo propio*

2. *Según el tipo de apuntalamiento:*

- a. *A la madre nutricia*
- b. *Al hombre protector.* (Freud, 1914/1950, Tomo XIV, p. 87)

Si se enlazan las afirmaciones del niño con el tipo narcisista, se puede arribar a la siguiente enunciación:

- a. A lo que uno mismo es: “yo soy mi madre” (momento de no diferenciación madre-hijo)
- b. A lo que uno mismo fue: “yo soy un bebé que fue parte de mi madre”
- c. A lo que uno querría ser: “yo quisiera ser una mujer como mi madre”
- d. A la persona que fue parte de sí-mismo propio: esta última afirmación y las anteriores, están basadas en el hecho de que, en la vida intrauterina, “fui parte del cuerpo de esa mujer”, es decir, “fui cuerpo de mujer”. Ello remite a los autores ya mencionados, Herdt y Stoller, que acuñan el concepto de profeminidad. (en Burín M. y Dio Bleichmar E. 1996).

Didier Anzieu (1985, en Schneider, 2003) destaca que hay una continuidad entre lo materno y lo cutáneo; al referirse a la piamadre, que es la piel que recubre las meninges, señala: “Etimológicamente, el término designa la madre-piel”. Desde esta aseveración, Schneider (2003, p. 44) expresa que “la piel de la madre es la piel primera”.

Entonces, esta piel primera materna es femenina y estaría recubriendo el cuerpo de todo sujeto, varón o mujer.

A partir de la lógica planteada, es posible dimensionar el arduo trabajo psíquico que tiene que realizar un sujeto para devenir varón, el que puede articularse con el *Comentario hablado sobre la Verneinung*¹⁹ de Freud, de Jean Hyppolite, que Lacan (1954/1985) incluye en sus *Escritos 2*.

Aquí destaca el término de Hegel *Aufhebung*, que significa negar, suprimir y conservar, expresándolo del siguiente modo:

Presentar el propio ser bajo el modo de no serlo, de eso es de lo que se trata verdaderamente en esa Aufhebung de la represión que no es una aceptación de lo reprimido. (Lacan, 1954/1985, p.861)

El sujeto que habla dice: Esto es lo que no soy. En lo que respecta a la masculinidad, el varón dirá: “No soy una mujer”, “no soy un niño”, “no soy mi madre”; pero, la represión sigue presente bajo la forma de no aceptación:

Voy a decirle lo que no soy, cuidado, es exactamente lo que soy.
(Lacan, 1954/1985 p. 860)

En este mismo texto, postula que aparecen dos tipos de juicios: el juicio de atribución y el juicio de existencia, remarcando que en el primero se trata de expulsar algo o de introyectar algo, que dará cuenta luego de la dimensión de lo exterior y de lo interior.

En el caso de los *Sambia*, el ritual de masculinización no solo propulsaba la felación de los púberes a los hombres adultos²⁰, sino que además se le provocaban dolorosas sangrías que, junto a los vómitos inducidos, estaban

¹⁹La negación.

²⁰Introyectar el semen, lo masculino.

destinados a expulsar la leche materna y con las hemorragias, la sangre femenina que se consideraba contaminante y que contenía el cuerpo del niño²¹:

Para ingresar a la horda masculina es necesario no solo el reconocimiento de la diferencia sino la expulsión de lo diferente – leche, sangre materna– y la inclusión de lo idéntico. El pene de otro hombre que proporcione leche masculina. (Bleichmar, 2006, p.57).

Ahora bien, para seguir pensando en el proceso de masculinización, entiendo que es importante abordar además la elección según el tipo de Apuntalamiento, puesto que el sujeto para devenir varón puede que elija en el futuro como objeto de amor al modelo de la madre nutricia, momento fundante de su constitución, pues dejó su impronta en nuestro cuerpo y algo de la añoranza del paraíso perdido que todo hombre busca reencontrar en el encuentro con otra mujer, porque tiene que ser otra u otras para evitar el incesto.

Por otro lado, también podrá elegir al hombre protector, que sería el padre²², ese padre que ejerció cuidados precoces, miradas que acariciaron su cuerpo de hijo, que lo colocaron en conexión con su propio cuerpo, con su propia piel, ejerciendo un efecto erotizante y seductor que luego caerá bajo los efectos de la represión, pero que nada tiene que ver con la perversión, pues no hace del cuerpo de su hijo un objeto de su goce.

En referencia al trabajo de Bleichmar(2006), Burín y Meler (2009), con el fantasma de incorporación del pene paterno, remiten a los estudios de Gilmore y Herdt sobre el ritual de los *Sambia*, que toma significación a modo de metáfora en nuestra cultura occidental: este hombre-padre protector es lo que todo niño necesita para desarrollar como tal su masculinidad.

El hijo siempre va a esperar el pene del padre metaforizado de distintas maneras y discursivamente a través de distintas “Demandas”. Como sabemos, a partir de Lacan, toda Demanda es Demanda de amor y de presencia

²¹ Expulsar lo femenino.

²² Aunque puede aparecer bajo la figura de una mujer.

incondicional ya no de la madre sino de su padre, que se expresa en pedidos tales como: *papá, enséñame a manejar*; después, *prestáme el auto, dame guita para salir, prestáme las llaves de la oficina* (o de la casa de fin de semana) *que quiero llevar una minita*.

Aquí suele hacerse presente la búsqueda de cierta complicidad: *Ah, eso sí, no le digas nada a la vieja*. Ese secreto encierra, parece ser, un acuerdo tácito que solo se da entre hombres, en el que esa mujer –su madre– queda excluida. Esto es, tiene que traicionar a su primer amor a fin de hacer su salida exogámica y para eso, cuenta con este hombre, su otro amor –su padre–, ahora convertido en testigo, aliado y autoridad que le habilita el pasaporte para salir de la endogamia materna feminizante. De esta manera, empieza, no sin temor, a transitar los diversos caminos de los varones; eso sí, cargado de excitación, soledad e incertidumbre.

Esa costumbre particular de usar la ropa del padre, desde las remeras, la ropa interior, la afeitadora y hasta las zapatillas, ¿será un intento inconsciente de estar en contacto con la piel del padre, con su cuerpo? Cuerpo que en algún momento lo erogenizó y lo sedujo.

Muchas veces la hostilidad hacia el padre no es más que una defensa para no encontrarse con el amor erótico hacia él, figura amada e idealizada como poderoso y omnipotente. Pero cuando este padre se presenta imperfecto, fallado o ignorante, se lo destituye ejerciendo una fuerte y lapidaria crítica descalificante. Aquí se hace presente el deseo parricida del que Freud nos habló en *Tótem y Tabú* (1912-1913/1950).

Considero que en la constitución de todo varón queda la nostalgia de este objeto perdido: la madre nutricia y el padre protector, que sentarán las bases de la bisexualidad psíquica, a partir de la cual cada niño tendrá que atravesar estos avatares para poder devenir varón. Tal como lo expresa Pommier (1995, p. 178):

La bisexualidad (...) es la consecuencia del amor del padre y del recubrimiento de su imagen por una figura femenina con vistas a la preservación del género. Es, por lo tanto, solamente propia del hombre, ya que la feminización solo para él constituye una amenaza.

Ello constituirá las bases de lo que serán las múltiples masculinidades, pues no hay una sola forma de ser varón. No se trata, sin embargo, de elecciones a la carta, pues hay una multiplicidad de causas que incidirán en que un sujeto tenga una disposición particular a ser un tipo de varón y no otro.

Considero necesario aclarar que la masculinidad, si bien es una construcción simbólica, nunca se consolida a perpetuidad, es decir, de una vez y para siempre; tiene que ser afianzada y afirmada continuamente, ya que es un proceso en constante devenir.

1.7. La sexualidad y el significante

Retomé a Freud y a Lacan para dar cuenta de que la sexualidad humana no es instintiva ni natural como en el animal; en estos últimos se da un orden natural regido por las leyes del instinto sexual, por la que el macho busca copular con la hembra cuando está ovulando, lo que desencadena en el macho el comportamiento de cortejo. Es necesario destacar que este proceso se produce en determinadas etapas del año y que tiene como objetivo instintivo la reproducción y la perpetuación de la especie.

Para acercarme a lo que sucede con la sexualidad humana, decidí abordar el artículo que Lacan escribió en 1958, *La significación del falo*; allí sostiene:

Es sabido que el complejo de castración inconsciente tiene una función de nudo.

- 1. En la estructuración dinámica de los síntomas en el sentido analítico del término, queremos decir de lo que es analizable en las neurosis, las perversiones y la psicosis.*

2. *En la regulación del desarrollo que da su radio a este primer papel: a saber la instalación en el sujeto de una posición inconsciente sin la cual no podría identificarse con el tipo ideal de su sexo, ni responder sin graves vicisitudes a las necesidades de su partenaire en la relación sexual, e incluso acoger con justeza las del niño que es procreado en ellas.* (Lacan,1958/1985 p. 665)

Es a este segundo punto al que dedicaré mayor atención porque está directamente relacionado con la constitución de la masculinidad y de la paternidad.

El falo es tomado aquí como un significante privilegiado en tanto no necesita de otro significante para tener existencia; se sabe que un significante es una pura diferencia, que se inscribe por oposición a otro significante. Esto no ocurre con el falo, ya que es considerado como una común medida respecto de la sexualidad, pues el sujeto del inconsciente carece de sexo, pero puede identificarse con el tipo ideal de su sexo.

Aquí Lacan comienza a establecer tres diferenciaciones:

1. El sujeto puede identificarse con el tipo ideal de su sexo, es decir, si nace con genitales masculinos, identificarse con un varón, respondiendo a lo que socialmente se espera de un varón²³.
2. Responder a las necesidades de su partenaire en la relación sexual. En este punto, Diana Rabinovich (1995) sostiene que el término *necesidades del partenaire* va a ser sustituido por “deseo” del partenaire, pues de lo que se trata es del sujeto deseante.
3. La tercera cuestión se refiere a la paternidad y a la maternidad, ya no como hechos biológicos, sino como hechos subjetivos simbólicos que deparan funciones simbólicas, tales como las funciones materna y paterna, que permitirán responder con justeza o no a las necesidades del

²³ Lacan introduce la noción de género, sin aclararlo.

niño que es procreado en ese encuentro sexual. Ese chico pasará del estatuto de niño al de hijo de... creándose una relación de filiación, que hace que ese hijo forme parte de un eslabón dentro de una cadena generacional.

Un sujeto puede funcionar en algún/os de los tres puntos de esta diferenciación y en otro/s no. Así, un sujeto puede asumir la paternidad haciendo frente a las vicisitudes y tropiezos que ella implica, pero puede fallar en responder como varón en los encuentros sexuales con una mujer, cuestiones que atañen al deseo y que se pueden instalar en formaciones sintomáticas, como la eyaculación precoz u otras formas de impotencia.

Esta situación, en la que el varón puede “hacer agua” frente a una mujer, no incluye lo sexual²⁴, sino que implica la subjetividad de cada uno que lo lleva a funcionar como niño, hijo, padre, madre, hermano/a, amigo/a, maestro, alumno, golpeador o golpeado, entre otros modos de posicionarse frente a una mujer.

Por otro lado, en ocasiones puede responder medianamente bien frente a los deseos de una mujer en los encuentros sexuales, es decir, ser un “buen amante”, pero no tener recursos internos y simbólicos para responder como padre frente a ese niño que es su hijo, que todavía no ha sido significado como tal.

Ello puede acontecer porque está rivalizando con el niño por un lugar de privilegio con relación a la mujer-madre, o porque le representa inconscientemente lo ominoso antes descrito, como lo familiar inquietante, ese lugar de vulnerabilidad que le muestra la propia indefensión, que experimentó allá y entonces frente a un deseo materno, el que al mismo tiempo que libidiniza y erotiza en función de la vida, también puede devorar a ese cachorro humano y producir estragos.

Esa misma sensación de indefensión es la que experimentó pasivamente frente a su padre, aquel que lo sedujo y lo feminizó, proceso sin el cual no hubiera

²⁴Que algunas veces podrá compensar con la pastilla azul.

podido virilizarse, aunque despertara en él los incurables deseos parricidas. Estos fantasmas pueden actualizarse e incidir para imposibilitar o dificultar que un sujeto varón pueda posicionarse como padre, de tal manera que en ocasiones podrá ser genitor, aunque no podrá asumir la función paterna.

1.8. La metáfora paterna

Lacan (1957-58/1999) desarrolla la “Metáfora Paterna” en el *Seminario 5*, donde postula una estructura cuadripartita de lugares que son ocupados por significantes:

$$\frac{\text{Nombre-del-Padre}}{\text{Deseo de la Madre}} \cdot \frac{\text{Deseo de la Madre}}{\text{Significado al sujeto}} = \text{Nombre-del-Padre} \left(\frac{\text{A}}{\text{Falo}} \right)$$

Quedando el A (Otro) barrado y el menos fi, pues se inscribió la castración.

El significante Nombre del Padre (NP) es un significante ordenador que vendrá a sustituir al significante Deseo de la Madre (DM). Esta sustitución implica un coto al voraz y magnánimo deseo materno, que se expresa con una barra sobre este significante; esta barra no significa anulación sino represión del DM y, como todo lo reprimido, siempre retorna.

La X es el significado al sujeto y constituye un espacio que abre dos preguntas: ¿Qué falo desea mi madre que no sea yo? Y ¿Cuál será el destino de este niño, en tanto opere o no la metáfora paterna?

Esa es la primera parte de la MP que es la sustitución significativa.

En la segunda parte de la fórmula indica que, si operó la sustitución, se inscribe la castración por la operatoria del NP, lo que trae como efecto que el A Gran Otro esté también castrado, donde el menos –“fi” dará lugar a la significación fálica. Cabe aclarar que esta operación aparece solo en la estructura neurótica.

Esta significación fálica dará lugar a tres interrogantes inconscientes:

- Sobre la sexualidad
- Sobre la existencia
- Sobre la diferencia generacional.

Me quiero centrar en el primer interrogante (acerca de la sexualidad), en el que la pregunta fundamental es: ¿Qué es una mujer? Lacan se detuvo en esta pregunta y no avanzó sobre los enigmas de la masculinidad.

Considero que ello parece deberse a que sostuvo una teoría falocéntrica, que marca un mismo significante –el falo– para ambos sexos, pero aclara que el enigma sobre la mujer remite a que en el inconsciente no hay representación de sus órganos sexuales.

A partir de dicha teoría, Lacan (1957-58/1999) marca dos posiciones, que son: la mascarada femenina y la impostura masculina, por las cuales la mujer busca ser el falo y el varón tener el falo. Como sabemos, ninguno lo es ni lo tiene; de ahí esas representaciones escénicas ficticias y sobreactuadas de mascaradas e imposturas, pues ni la mujer *sabe* ser mujer ni el hombre *sabe* ser varón.

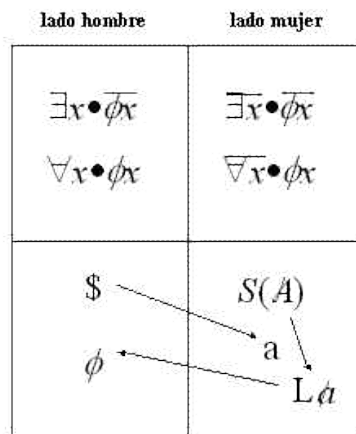
La salida que propone Lacan es que, después que operó la metáfora paterna, el niño recibirá –junto con la prohibición del incesto– las insignias que su padre le dará para que las utilice en el futuro cuando sea grande.

Estas insignias hacen referencia al Ideal del Yo, pos metáfora paterna, que demarcan el camino de la identificación con el padre, acompañando la prohibición con una promesa: No te acostarás con tu madre, pero en el futuro podrás hacerlo con otras mujeres.

Considero que estas insignias son tan inciertas como las promesas, pero hacen saber el lugar que Lacan le otorgó al Padre, la posibilidad de dar o no dar, lo que por un lado marca su omnipotencia y por el otro, remite al tema del “don” en tanto signo de amor incondicional.

Además, me parece necesario analizar el tema de la promesa, pues se trata de un don que tendrá eficacia o no en el futuro del hijo varón.

La **lógica de la sexuación** es:



Lacan en el *Seminario 20 Aún* (1973/1985) formaliza las fórmulas de la sexuación para explicar la separación que existe entre el sexo y la anatomía. Aquí lo masculino y lo femenino no pasa únicamente por los significantes –lo simbólico– ni por lo imaginario –la imagen que da a ver un sujeto–, sino por lo real que da cuenta de un goce particular, ya que no todo es goce fálico. Se podría pensar que es varón aquel sujeto que esté en el goce fálico, cualquiera

sea su anatomía y sería mujer aquel que se ubique del lado no-todo fálico, más allá de su biología.

Toma de Freud (1925/1950) “el continente negro” y desierto en relación con la feminidad para visibilizar el operador lógico que es el “no-todo”, pues el falo es insuficiente para explicar las distintas mostraciones de la sexualidad humana.

Lacan dirá que hay goce pero no hay relación sexual; ello no implica que no hayan coitos. Ese axioma “no hay relación sexual” debe ser entendido como una imposibilidad lógica, axioma que toma de Godel gracias al cual puede sostener que es imposible establecer un universal sobre la relación sexual.

Las fórmulas de la sexuación están planteadas como una escritura lógica en tanto implican articulaciones lógicas donde el sujeto se inscribe.

Del lado izquierdo –el masculino– se despliega el falocentrismo, que constituye un universo que se cierra con una excepción: existe al menos uno que dice no a la castración, el padre totémico.

Como se puede observar, diferencia el lado masculino del lado femenino y propone que, para construir una clase, es necesario que exista un rasgo común a todos los que integran esa clase; no obstante, debe existir también la excepción –al menos uno que no se ajuste a lo universal– para poder diferenciar lo distinto de lo común.

A partir de esta lógica se enuncia que al menos uno no está sometido a la castración; este es el padre de la horda primitiva de *Tótem y Tabú* que Freud trabajó en 1912-1913/1986. Este padre totémico poseía a todas las mujeres para sí y les prohibía a los hijos gozar de alguna de ellas; una vez que los hijos lo matan, toman sus insignias y logran un todo en el conjunto sometido a la función fálica.

Ello permite observar que el sujeto ubicado del lado masculino, está sometido a la castración, a la función fálica y al goce fálico, porque el padre de la horda, en tanto excepción y estando muerto, permite organizar y nominar.

Del lado femenino vemos que no todas están sometidas a la función fálica, pero poseen un goce llamado suplementario del que poco conocen. Este es el conjunto abierto e infinito que implica que no se puede conformar un universo de las mujeres.

Esto hace que no exista relación sexual en tanto no hay complementriedad entre los sexos:

El hombre es quien aborda a la mujer o cree abordarla (...). Sin embargo, solo aborda la causa de su deseo que designé con el objeto "a". (...) Hacer el amor tal como lo indica el nombre es poesía. Pero hay un abismo entre la poesía y el acto. El acto de amor es la perversión polimorfa del macho. (Lacan, 1973/1985 p. 88)

A partir de allí es que sostiene que, cuando el hombre ama, se feminiza y puede responder con agresividad para defenderse de esa feminización, por un lado, y por temor a encontrarse con otro goce que le es desconocido, por el otro.

El goce es del reino de lo real, que viene a desorganizar y a interpelar los placeres que se suponían serían naturales entre el hombre y la mujer. Aquí no hay elección sexual, no hay un sujeto que pueda decir "Yo soy varón" porque el que comanda este asunto es el goce de cada uno.

En relación con las fórmulas mencionadas es interesante pensar qué sucede actualmente entre los varones y las mujeres. Y al respecto, pensamos que nuestra época en tanto cultura del consumo, de la inmediatez y de la cosificación, hace que las relaciones entre el hombre y la mujer sean cada vez más superficiales, virtuales y efímeras.

Las nuevas tecnologías en la comunicación que, por un lado, pueden facilitar el contacto, por el otro, permiten que los sujetos hagan público lo que debería ser privado, proliferando el narcisismo, el exhibicionismo, el voyeurismo, que conducen a un goce autoerótico y solitario.

Por ello, se ve cuestionado el tradicional y patriarcal binarismo varón-mujer y se comienzan a visualizar nuevas sexualidades que antes (y aún hoy) algunos sectores consideran patológicas.

1.9. La masculinidad como síntoma

Se tendría que definir el síntoma desde el Psicoanálisis, a partir de Freud (1895/1950) como una formación de compromiso; desde Lacan en Instancia de la letra (1957/1975), como una metáfora. Para ambos es multicausado y en relación al Otro.

La masculinidad también es multicausada y está en relación con el Otro, es decir, nos hacemos hombres por los otros y a través de los otros.

Podría pensarse que la masculinidad es un síntoma, un malestar actual con el que los hombres llegan a la consulta.

Ser varón en esta época no es sencillo, pues son muchos los factores sociales, culturales y familiares que funcionan como mandatos, generando expectativas y exigencias existenciales en el terreno laboral, profesional, intelectual, deportivo, social y sexual, a las que hay que responder y que a algunos varones, se les imponen como imperativos categóricos.

Es imposible no fallar en alguna o en varias de estas demandas; de ahí que los varones hagamos síntomas en lo que atañe a nuestra subjetividad masculina y busquemos, más que antes, ayuda profesional que aplaque nuestro sufrimiento, nuestro síntoma, que a modo de condensación de goce y deseo, se enquistaba en distintas áreas de nuestra vida:

-en el *área laboral*: nos quejamos porque no conseguimos trabajo o porque no estamos satisfechos con el que tenemos, o porque ganamos poco o ganamos pero no nos gusta lo que hacemos, o los problemas de relación con los superiores o los compañeros, incluidos los que tienen una profesión y se cuestionan para qué la eligieron.

-en el *área intelectual*: cronificándonos en carreras que pocas veces terminamos, sintiendo que no respondemos a ese mandato familiar y social que nos impele a estudiar, a ser profesionales, propuesto como la forma de poder ser y pertenecer a este sistema; de acuerdo con el contexto social el ser un varón profesional exitoso, es un ideal preponderante que generalmente se impone.

-en el *área deportiva*: un joven que no practique un deporte es un varón desvalorizado; pareciera que el mandato es: hay que aplacar las pulsiones y qué mejor que practicando un deporte, de paso se desarrolla la aptitud competitiva y un cuerpo atlético. Esto hace que no siempre se disfrute la práctica deportiva que se realiza, ya que la exigencia es ganar, pues lo que está en juego es el reconocimiento social que marca un ideal: para ser valorado hay que ser un “ganador” y en todos los órdenes, ya que eso depara amigos y chicas.

-y en el *terreno sexual*: quizás uno de los más conflictivos pues es donde se concentra lo que los griegos llamaban: “tomar la parte por el todo”, colocar en esa parte, en esa porción de mi cuerpo –“el pene”– el sustento de mi virilidad y de mí ser. De esto se desprende que un joven que no ha *debutado* sea devaluado socialmente entre sus pares.

1.10. ¿Qué significa el pene para los hombres?

Si a los hombres les tocó poseer una carne genital protuberante que se erigió –cultura mediante– con un valor narcisístico máximo, a las mujeres les tocó una carne genital interior cóncava, escondida, sangrante. (Alizade M, 1993, L3, p.1)

Aquí la autora plantea que, ante la premisa fálica, tanto los niños como las niñas intentan buscar el pene en ambos cuerpos, ya que lo visible –el pene– aplaca la angustia de lo invisible que le presentifica la castración. Sostiene,

además, que la carne abierta de los genitales femeninos huele a desconocimiento y despierta primitivos fantasmas que el varón no puede nominar.

Considero que ello encierra una paradoja, pues por un lado la mujer ejerce en el varón heterosexual una fuerte atracción que lo impele a penetrarla, poseerla, dominarla, hacerla causa de su deseo e intentar satisfacerla; esto funcionaría como una garantía ilusoria de su virilidad. Frente a esta demanda de respuesta, muchas mujeres astutas saben cómo responder con jadeos y orgasmos fingidos para dejar conforme a este inseguro varón, dramatizando ambos una escena tragicómica. Aquí se juega algo del “poder”: el poder masculino de dar placer al otro, de dominarlo y el poder femenino de hacerle creer al varón que es así.

El otro polo paradójico es que, en ocasiones, esa misma mujer represente para el varón lo ominoso, lo familiar inquietante, que puede provocar angustia pues tiene que ver con el misterioso y temible interior del cuerpo femenino-materno en el que fue engendrado y del que salió, situación que lo lleve a aferrarse fuertemente a su pene y a una posición fálica dominante.

Para Schneider (2003), cuando Freud trabaja *La Cabeza de Medusa* (1922/1950) trata de destacar que la erección del pene y su exhibición, funciona como un arma que le sirve para ostentar poder, mostrando una rigidez eréctil desafiante a modo de una espada, para defenderse de algo que teme y que es el terror de ser devorado por el sexo femenino. Se trata de una imagen compatible con la fantasía de vagina dentada de la que hablaba Melanie Klein (en Segal 1975) el círculo dentado de los *Baruya* o de la Mantis religiosa a la que refiere Lacan, en el *Seminario 8* (1960), cuando describe a ese insecto hembra que, después de copular con el macho, se lo come.

Para muchos el pene es todo; “esa libra de carne”, diría Lacan (1962/2007), debe sostener a ese sujeto que dice ser hombre, pues siente que es en la medida que tiene y mientras más tenga mejor, ya que la medida cuenta en tanto maximiza la virilidad de quien la detenta. “Cuanto tienes es cuanto vales”,

medida fálica capitalista que se extiende a otros órdenes de la vida de un varón, que abarca no solo el tamaño de su pene, sino la cantidad de mujeres, hijos, saberes y de bienes económicos, que le brindan una posición de poder y de reconocimiento social.

Juan Carlos Volnovich (2010) afirma que el pene es símbolo de omnipotencia pero también de extrema debilidad y que, en ocasiones, funciona como un amo despótico que tiraniza al varón condenándolo a la incertidumbre de ese momento.

Sostengo que el pene, para algunos varones, llega a tomar autonomía como si tuviera vida propia y comienza a ser tratado por el hombre también como *LO ÉXTIMO*, lo más íntimo a su ser y lo más externo, a veces extraño, ya que no siempre responde con la erectilidad esperada; no lo podemos manejar a nuestra voluntad. En este sentido, en ocasiones, se observa que el varón trata a su pene como “el amigo que no me tiene que fallar” o “me falló el muñeco”, con la mentirosa justificación frente a su compañera: “te juro que es la primera vez que me pasa” o “me llora el nene”; además, le coloca un nombre, “Pedrito”.

Chiste: Pregunta-¿Cuál es la parte menos sensible del pene?

Respuesta: El hombre. (Garcés, 2014, p. 63).

Desde la perspectiva patriarcal si el hombre se muestra sensible es poco viril.

¿Tantas significaciones tienen su órgano sexual? Le sirve además para cumplir con la función excretora de la micción, ofreciéndole su mirada no solo en ese proceso de descarga urinaria, sino cuando lo higieniza al bañarse, cuando lo sorprende erecto durante el dormir o al despertar, cuando lo fricciona y lo acaricia en esa actividad autoerótica que le proporciona placer y descarga pulsional, brindándole la ilusión de un goce asegurado, eso sí en soledad porque se produce sin el otro, pues es la presencia del otro y del otro mujer lo que llena de ansiedad y desconcierto ese momento.

Esto que llamo “goce asegurado” –porque está bajo su control aunque a veces se torna incontrolable para algunos varones, pues sienten que se les impone en forma compulsiva– es la masturbación, primer “quitapenas” según Freud en *Malestar en la Cultura* (1930/1986), que hace que difícilmente desaparezca del todo de la vida de un hombre.

En “Contribuciones para un debate sobre el onanismo” (1912/1986, p. 240) Freud vincula la masturbación, con las fantasías históricas, su estrecha relación con la bisexualidad y con la amenaza de castración.

Volnovich cita a Emmanuel Reynaud, quien le quita omnipotencia al pene diciendo:

El sexo del hombre es la parte más vulnerable de su ser. Es más bien en la mujer donde asienta eso que concebimos como potencia sexual, ya que el verdadero falo no es propiamente el pene, ese pene endeble que solo consigue erección cuando está en confianza y al que hay que mimar para que acepte expulsar su blanco fluido almibarado: el verdadero falo, siempre listo, dispuesto a todo, es el sexo de la mujer. (Volnovich, 2010, p.43)

En el libro *Varones: género y subjetividad masculina*, Irene Meler (2009) sostiene que, en los pueblos cazadores y guerreros, las armas por lo general representan simbólicamente al pene; por eso, como ya refiriéramos en relación con los *Semai* de Malasia, dedican tanto tiempo al cuidado de sus pipas y arpones, a los que colocan dardos envenenados para matar a sus presas.

Cuántas veces se escucha en el lenguaje popular masculino: “aquí visualizo a una presa”, refiriéndose a una mujer posible de ser conquistada. Es probable que en el imaginario masculino, en el que predominan las ansias de posesión y de dominio, exista una analogía entre la mujer y la presa, pues ir de *caza* sería equivalente a ir de *levante*, cazar una presa, análogo a seducir a una mujer, someterla y penetrarla con su “pipa” a veces envenenada, en referencia a las

enfermedades de transmisión sexual, ya que muchos hombres, desde esa actitud negadora del “nada me va a pasar”, se resisten a usar preservativos, convirtiéndose en victimarios y víctimas de una posición necia y omnipotente.

Quizás uno de los grandes enigmas masculinos es: ¿cómo ser hombres y sentir que lo somos, más allá del poder y el control que nos brinda ilusoriamente nuestro miembro viril? Queda claro que ese poder y el control constituyen una mera ilusión, pues la performance no depende de la voluntad consciente sino del deseo y de la pulsión que transitan los caminos del cuerpo, con sus inhóspitos recovecos que comanda un capitán: el inconsciente.

Se abre, entonces, otro interrogante: ¿Por qué esa exigencia de estar siempre erectos, listos y competitivos, en todos los contextos, lugares y funciones?

Esa gran exigencia fálica, el sostener esa impostura, no es sin costo, pues la pulsión de muerte acecha y muchas veces gana la partida; recordemos que una de las investigaciones que reseñáramos muestra que los hombres morimos entre 7 y 8 años antes que las mujeres.

Por su parte, Volnovich aporta su posición en relación con la masculinidad:

Tal parecería ser que los hombres no solo tenemos que renunciar a la feminidad que nos amenaza por los cuatro costados, sino que tenemos que renunciar a la masculinidad normativa que nos impide convertirnos verdaderamente en hombres.

Si está loco el travestido que se cree una mujer, también está loco el varón que se cree un hombre. Y está loco porque percibe la atribución simbólica de su virilidad como basada directamente en la realidad de su ser, en el pene que posee. (Volnovich, 2010, p. 58).

Tal vez una de las posibles repuestas al enigma masculino, es que podamos construir una masculinidad que se ejerza desde la “detumescencia fálica”, ya que la dominancia fálica es pura impostura, que nos lleva a construir un “falso y vacío ser” y como toda vacuidad, en determinados momentos se hace presente

produciendo angustia. Entonces, necesitamos llenarla con proezas sexuales, económicas, deportivas y muchas veces con violencia, buscando recuperar ese brillo fálico narcisista que seduce y nos seduce a nosotros mismos, con el alto costo antes mencionado, pues también nos reduce en nuestra dignidad subjetiva a tener o ser el falo para ser “varones”.

Intentando articular algunas categorías aristotélicas –lo Universal, lo Contingente, lo Necesario y lo Particular– con la masculinidad, podría decir que cuando los varones aprendamos a vivir sabiendo que lo Universales ser sujetos deseantes –y que, por lo tanto, pueda ser cuestionada la premisa de que el falo sea la insignia principal de nuestro ser eréctil–, podremos inventar otras insignias, que nos permitan ir de-construyendo y construyendo nuevas y variadas formas de ser varón. Ahora bien, en lo Universal siempre hay una excepción, no todo hombre en todo momento es deseante; el deseo aparece y desaparece, teniendo en cuenta además que siempre está el goce en mayor o menor medida.

Respecto de la segunda categoría, la erección no es más que una de las tantas *Contingencias del deseo*, como lo es la detumescencia, ya que el encuentro-desencuentro entre el varón y la mujer es una Contingencia en sí misma, porque implica manifestaciones libidinales y pulsionales imposibles de anticipar y de controlar.

En relación con la tercera, tampoco es *Necesario* ejercer nuestro lugar de varones desde la dominación, el control y la subestimación de las mujeres y de esos hombres que, al no ajustarse al modelo imperante normativo, calificamos de masculinidades fracasadas, anormales o patológicas. Sí es necesario animarnos a transitar nuevos horizontes en los que nos permitamos construir a modo artesanal, nuevas formas de masculinidades, cada vez más alejadas de pretéritos modelos perimidos.

Por último, es Particular en cada uno de nosotros el apostar con valor a esa construcción incierta, siempre en proceso, por lo tanto inacabada, que se llama *masculinidad*.

Terminaré este apartado con la siguiente reflexión:

Por qué no imaginar una lista de los diez inconvenientes del pene: cuelga, oscila entre las piernas como un movimiento de relojería, es vulnerable, pasivo, testarudo, se endereza cuando nadie lo llama, permanece fofo en los momentos cruciales, turgente impide toda marcha, en el reposo, se bambolea en la entrepierna contra sus huevos, tiene una potencia de rociado limitada, etc. Ese aspecto a la vez terrible, sospechoso, furibundo y perpetuamente frustrado, estúpido de estos órganos. (Bruckner y Finkielkraut, 1977, en Schneider, 2003, p. 147)

1.11. Masoquismo

Roudinesco (2005) sostiene que este término fue acuñado en el año 1886 por Richard von Krafft-Ebing en relación con Leopold von Sacher-Masoch, que fue un escritor austríaco que vivió entre los años 1835 y 1895. Este concepto da cuenta de un tipo de perversión sexual, pues el sujeto obtiene satisfacción a partir del sufrimiento: recibiendo golpes, flagelación y humillación física o moral.

Freud (1924/1950) retoma este término y describe el masoquismo de la siguiente forma: “Ser amordazado, atado, golpeado dolorosamente, azotado, maltratado de cualquier modo, sometido a obediencia incondicional, ensuciado, denigrado” (p.68). Distingue tres tipos: el moral, el femenino y el erógeno y muestra que el masoquismo femenino es típico del hombre; en este sentido, señala: “Sabemos que el deseo de ser golpeado por el padre, tan frecuente en fantasías, está muy relacionado con otro deseo, el de entrar en él en una vinculación sexual pasiva (femenina)” (p. 175).

También Gerard Pommier (1995, p. 171) identifica el masoquismo en el varón: “El masoquismo femenino, tal como Freud lo definió, atañe esencialmente a los hombres. En efecto, los hombres se feminizan cuando caen en el amor paterno y esta violencia supone masoquismo de su parte por cuanto afecta a su sexo”.

Es posible considerar este masoquismo como estructural en todos, pero al hacer hincapié en la subjetividad masculina, es importante recordar que Freud, en *Proyecto de psicología* (1895/1950), menciona que el bebé es incapaz de realizar la acción específica por lo que necesita el auxilio ajeno de otro primordial de los primeros cuidados que generalmente encarna la madre; de esta manera, algo llega y se inscribe en el psiquismo del niño como huella del placer y algo no llega y queda como huella de dolor. Como puede observarse el dolor está presente desde que nacemos o aun antes, lo que se puede articular con el trauma del nacimiento al que refiere Arnaldo Rascovsky (1977), quien considera que hay un psiquismo fetal que, al momento del parto, experimenta una intensa experiencia de dolor y de angustia, debida a la expulsión del útero materno que le proporcionaba lo que necesitaba a través del cordón umbilical.

Para poder seguir viviendo, es necesario atravesar esa experiencia paradójicamente dolorosa y a la vez, posibilitadora que se llama *separación*. Al separarse del cuerpo de la madre, el niño tiene que respirar por sí mismo, con sus propios pulmones, por lo que aparece el primer intercambio con el mundo externo a través de un orificio de su cuerpo. Este orificio comenzará a ser una zona erogenizada, imantada, libidinizada, que es su boca, ávida y receptiva de esa leche materna, que recibe de ese cuerpo de mujer, del seno materno o de la mamadera, pero en contacto con esa piel, con ese calor, ese olor, esa textura que le proporciona el cuerpo de su madre, que desde entonces será *lo éxtimo*, lo más externo a él pero también lo más íntimo.

Paralelamente, seguirán erogenizándose otras zonas de su cuerpo que aún percibe desintegrado; estas zonas son el ano y su pene con sus funciones excretoras. Pero, no olvidemos que Lacan menciona otras dos pulsiones: la escópica que es la mirada, donde ambos –madre y niño– quedan capturados y fascinados y la pulsión invocante gracias a la cual el niño registra el tono, el timbre, la cadencia de la voz de la madre que penetra en él y a su vez él emite sus gritos, sus llantos que son interpretados por su madre como un llamado,

esta interlocutora privilegiada es la que ejerce según Piera Castoriadis Aulagnier (1977) la *violencia de la interpretación*.

Esta correspondencia entre el estado de desamparo originario del bebé y la presencia de ese Otro materno que le proporciona (supuestamente) lo que necesita, es una ilusión pues no hay complementariedad entre lo que llega de la madre y lo que el niño experimenta como necesidades, que ya no serán biológicas sino lógicas, porque están reguladas por el lenguaje y por la demanda de amor, de presencia-ausencia de esta madre. Ahora bien, este amor materno no es tan incondicional, está cargado de narcisismo, ambivalencia afectiva y también de pulsión de muerte, dado que –según Rascovsky (1981)– el filicidio puede ser directo, matando al hijo, o atenuado, con abandono, negligencia y maltrato.

La descripción precedente da cuenta de cómo el dolor y el placer están presentes desde el principio y sentarán las bases del masoquismo.

1.12. Deseo parricida y violencia masculina

El texto que merece una reflexión especial es *Tótem y Tabú* (Freud, 1912-1913/1950), pues a partir del mito del padre de la horda primitiva Freud intenta poner de manifiesto cómo se funda la sociedad a través de la presencia de un Padre terrible que goza de todas las mujeres y prohíbe a los hijos el acceso a las mismas. Como ya refiriéramos, un día, estos hijos se rebelan a este padre tiránico, lo matan y se lo comen. De esta manera se explica el nacimiento de la sociedad basada en la prohibición del incesto como ley que regulará las estructuras elementales de parentesco y la manifestación de la culpa y la moral entramada con la prohibición del parricidio. Respecto de este texto de Freud, Lacan (2011, p. 86) sostiene:

El padre primordial es el padre anterior a la prohibición del incesto, anterior a la aparición de la ley, al orden de las estructuras de parentesco, en una palabra anterior a la aparición de la cultura. Por

eso Freud lo convierte en el jefe de la horda, cuya satisfacción, de acuerdo con el mito animal, no tiene freno.

Del lado del hijo se actualiza el fantasma parricida: “Con la ley y el crimen comenzaba el hombre” (Lacan, 1950, en Gerez Ambertín, 2004, p.85). Este crimen primordial que es el parricidio, hace que la culpa sea parte de la estructura subjetiva. El Nombre del padre impone la ley que prohíbe el incesto y el parricidio, ordena la subjetividad y posibilita el lazo social, pero a su vez le acarrea al sujeto la deuda y la tentación.

La ley siempre tiene fallas y allí se instalan las tentaciones que incitan a la repetición del crimen. Según Gerez Ambertín (2004), la culpa está al servicio de la pasión de la ignorancia, por eso se desconoce su causa; de allí que la repetición provoque la culpa y ésta incite a la repetición. En el texto *Las voces del superyó*, Gerez Ambertín (1993) describe tres dimensiones de la culpa articulándolas a los tres registros: la culpa muda o necesidad de castigo que se da en el registro real, el sentimiento de culpa o culpa imaginaria, que se da en el registro imaginario y la culpa inconsciente que se registra en lo simbólico. Este anudamiento de las tres culpas articuladas con el objeto “a”, se relacionan estrechamente con el superyó.

La ley prohíbe el goce, pero con sus fallas no deja de instigarlo y para eso se sirve del superyó, que convoca al goce y a la no castración; de esta manera acaece la coacción a la repetición, que es la insistencia que incluye la diferencia; por eso, el retorno nunca es de lo igual.

De allí que se puede decir que, cuando en el hijo se presentifica este fantasma parricida metaforizado de diferentes maneras, alguna dimensión de la culpa está actuando en él, con sus diversas consecuencias, que pueden ir desde un superyó feroz que impele a gozar repitiendo el crimen, aunque en forma diferente, hasta apelar al Otro a modo de demanda de amor, no solo reconociéndose culpable sino responsable; así, podrá ir aceptando las fallas de la ley del padre que no ofrecerá ni certezas ni garantías.

En relación con lo expresado se puede establecer un nexo posible entre la violencia de género que ejercen algunos varones y el deseo parricida. Según Pommier (2009, p. 136), el acto de matar es un equivalente del lazo homosexual con el padre, pues el uso de la violencia es luchar contra la feminización.

Algunos hombres hacen de su mujer un fetiche, para no enfrentar la castración, creando con estas mujeres un vínculo dependiente y patológico. Cuando la mujer se niega a seguir ocupando ese lugar, intenta separarse de él o simplemente deja de amarlo y comienza a amar o desear a otro, aparece una violencia despiadada hacia ella que, al oficiar de fetiche, cobra el estatuto de objeto fijo, insustituible y condición de goce para el hombre.

Al ser cosificada y des-subjetivizada, se constituye en un objeto de su propiedad que puede ser desechado y destruido, en tanto desecho y resto.

Aquí puede estar operando lo que el Psicoanálisis kleiniano (Segal, 1987, p. 86) denomina la *triada maníaca*: control, triunfo y desprecio. Desde una masculinidad dominante, empoderada, “se controla” la propia feminidad temida y se la deposita en la mujer, luego “se triunfa” sobre ella con críticas lapidarias para afianzar la propia endeble virilidad y finalmente, “se la desprecia” y se la degrada, triada que puede llevar a que muchos varones ejerzan violencia psicológica y física, que puede provocar un pasaje al acto que culmine con el feminicidio.

Articulando el análisis de Freud en *Tótem y Tabú* (1912-1913/1950) respecto del deseo parricida y lo elaborado por Pommier (2015), quien destaca que el varón elige a una mujer que tenga un rasgo paterno, es pertinente inferir que se puede actualizar ese fantasma parricida a través de una pulsión acéfala destructiva, matando al padre en su mujer, asesinando a dos en uno, pues se hace presente, en él, el escenario de desamor y abandono que experimentó por parte de ambos: de su padre y ahora de su mujer.

Otra lectura posible consiste en pensar que, para que un sujeto devenga varón, no tiene que matar al padre (aunque sea metafóricamente), sino que el padre tiene que morir en él. En muchos sujetos el padre vive en ellos: en sus mandatos superyóicos, en ideologías políticas o religiosas que funcionan como dogmas incuestionables, que “deben” perpetuar y transmitir por respeto a la tradición paterna. También el padre vive en sus síntomas, en sus fallas e inconsistencias, entramadas inconscientemente en la subjetividad del hijo, cercenando su libertad, atrapado en la repetición, anudada a la identificación a un rasgo paterno: para ser varón tengo que parecerme a él, aunque no sea en lo mejor de él. Esto se produce porque el padre es tomado como un referente de amor que aporta un sustento a la masculinidad del hijo: “Amado será el hombre, aunque la mujer pueda provocar el deseo”

1.13. El goce autoerótico y la soltería masculina

Freud en la carta 79 (1912/1986) sostiene: Se me ha abierto la intelección de que la masturbación es el único gran hábito que cabe designar “adicción primordial”, y las otras adicciones solo cobran vida como sustitutos y relevos de aquella (el alcoholismo, el morfinismo, tabaquismo: etc.) p. 314 T. 1.-

Lacan en *Televisión* (1973) aludió a la “ética del soltero” para dar cuenta del goce solitario masturbatorio del idiota; se trata de una posición que algunos sujetos eligen para evitar enfrentar una realidad percibida como amenazante o frustrante.

La búsqueda de un partenaire y el sostenimiento de una relación con él, genera un malestar y un costo que muchos sujetos no están dispuestos a pagar, pues algunos varones se sienten perturbados; malestar y turbación que los traslada a la mas-turbación, goce autoerótico que produce un alivio transitorio, pues implica una satisfacción sexual sin pasar por el cuerpo del otro. Las distintas adicciones responden a esta ética en tanto el *objeto droga* viene a reemplazar la relación con el otro, sumergiendo al sujeto en un goce solitario que lo lleva a

sustituir el lazo con el otro y en ocasiones de franca patología, estas adicciones representan el efecto de la ruptura o ausencia del lazo social.

La época actual favorece este goce solitario, pues el avance tecnológico con internet y las distintas aplicaciones utilizadas en la telefonía celular, si bien en algunos casos puede favorecer los encuentros, muchas veces los evita, constituyendo solo un histeriqueo superficial y virtual, en el que se desliza un franco narcisismo con pinceladas de seducción que transita los carriles de la exhibición y el voyeurismo.

Celular que puede funcionar como fetiche (en tanto objeto fijo que reniega de la castración: no necesito enfrentarme en el espacio de la realidad con el partenaire) u objeto contrafóbico (ya que con este objeto aplaco la angustia y la ansiedad que me despierta la presencia del otro); no es raro ver en un restaurant una pareja en la que cada uno está conectado a su celular.

Dichos populares como “lobo estepario”, “el buey solo, bien se lame” o “más vale solo que mal acompañado”, significan en realidad *más vale solo que acompañado* en tanto constituyen metáforas que dan cuenta de que muchos varones se las arreglan mejor con su órgano que con el cuerpo de una mujer, evitando de esa manera el establecimiento de un vínculo amoroso pero incierto con ella.

El goce se produce siempre en el cuerpo del Uno pero por medio del cuerpo del Otro. En este sentido el goce siempre es autoerótico, siempre es autístico. Pero al mismo tiempo es autoerótico porque incluye el cuerpo del Otro incluso en la masturbación masculina, en la medida en que el órgano del que se trata está fuera del cuerpo.
(Miller, 2008, p.411)

La clínica nos muestra cada vez más una franja importante de varones que adhieren fervientemente a la “ética del soltero”, muchos son divorciados, solteros ascetas, intelectuales arrogantes, hijos crónicos que no se independizan, varios de ellos salen de manera intermitente con muchas mujeres

porque así evitan elegir una, están fijados en el goce autoerótico que hacen que retrocedan ante la mujer.

Es importante destacar que no siempre el goce autoerótico lleva al sujeto a la masturbación, sino que este tipo de goce puede producir una inhibición generalizada en la subjetividad del varón, incluyendo la sexualidad. Esto es, en ocasiones se presenta asexuado, manifestando un empobrecimiento significativo en todas las funciones cognitivas, que dan cuenta de un aplanamiento afectivo, efecto de la obturación del deseo que produce este goce y que lleva al sujeto a un aislamiento y a recortar cada vez más el lazo con los otros.

1.14. La cobardía

Según el diccionario de la Real Academia Española, cobarde remite a pusilánime, sin valor ni espíritu para afrontar las situaciones peligrosas o arriesgadas.

Al respecto, Lacan sostiene: “Ciertamente es más fácil para el hombre enfrentar a cualquier enemigo en el plano de la rivalidad que enfrentar a la mujer” (Lacan, 1971, seminario 18, p. 33).

Sostengo que algo del orden de la” cobardía” anida en la subjetividad de los varones que adhieren a la ética del soltero.

Lacan, en *Radiofonía y Televisión* (1977), hablaba de cobardía moral para referirse a la depresión como una forma de defensa destinada a no asumir el propio deseo y el costo que hay que pagar por ser un sujeto deseante. Entonces, discurre acerca de una falta de ética encubierta por un goce sufriente.

Al abordar el tema de la cobardía, Lacan remite a Tomás de Aquino, a Spinoza y al poeta cristiano Dante. Al respecto, por ejemplo, cuando analiza la tristeza, afirma:

(...) *no es un estado del alma, es simplemente una falla moral, como se expresaba Dante, incluso Spinoza: un pecado, lo que quiere decir una cobardía moral, que no cae en última instancia más que del pensamiento, o sea, del deber de bien decir o de reconocerse en el inconsciente, en la estructura.* (Lacan, 1977, p. 107)

De estos autores rescata el término “acedía” de origen griego, que significa *no ocuparse*, compatible con el no ocuparse de la propia vida, inmovilizarse como si el tiempo se detuviese; entonces, aparece el rencor, la desesperación, la compulsión al fracaso y la sensación de tedio que se expresa por un aburrimiento crónico y desinterés por la vida. Se conforma un terreno abonado por la pulsión de muerte, comandado por el superyó destructivo que impele al goce; aquí el sujeto se regodea en el sufrimiento, “apoltronándose” en la queja y en la quietud, a fin de evitar –mediante esta inercia sufriente– hacerse responsable de su existencia.

Desde el punto de vista del Psicoanálisis, la cobardía implica una *posición* porque lo que el análisis busca es que el sujeto se haga cargo de sus elecciones, responsable en lo que atañe a su deseo y su goce, comenzando a transitar por el camino de los interrogantes que le permitan relanzar su deseo.

El patriarcado marcó la subjetividad de los varones ponderando la ostentosa masculinidad fálica, caracterizada por la dominación, el control y el poder, que hace que sea fundamentalmente una masculinidad competitiva, discriminadora, violenta, homofóbica y muchas veces, misógina.

Puede decirse que constituye en sí misma una *formación reactiva*, un mecanismo de defensa frente a la cobardía, defensa que se manifiesta por el opuesto: arrogancia y desafío. Ambos están marcados en la subjetividad de muchos varones a modo de una impostura machista, en tanto actúan y se naturalizan como escudo defensivo frente al horror de tomar contacto con la propia feminización que es efecto de la bisexualidad psíquica y que se *presentifica* cuando aparece algo que lo enfrente al no-todo varón fálico.

Por lo tanto, para poder devenir varón, un sujeto precisa tener tramitado el horror a la propia feminidad y a la posición infantil que lo hace pasivo y débil, que lo lleva muchas veces a fijarse en una posición cobarde y masoquista, que también es necesario atravesar para permitirse ejercer el oficio de artesano de su propia masculinidad.

Hasta aquí he analizado los principales elementos implicados en la adquisición de la propia masculinidad; en el próximo capítulo, entonces, abordo la segunda dimensión en estudio: el proceso de devenir padre.

CAPÍTULO II

PATERNIDAD

¡Padre! Un simple sustantivo de algunas letras colocado en el origen de algo inagotable. (Julien, 1993, p .14)

A fin de desarrollar la segunda dimensión en análisis, parto de una historia sucinta de la paternidad. Luego, abordo investigaciones latinoamericanas relevantes en torno a la de-construcción/construcción de la paternidad. Me adentro, posteriormente, en desarrollos imprescindibles desde el psicoanálisis; entre otros: la dimensión del padre en la obra de Freud y de Lacan, la significación del padre para el hijo, el lugar del padre en las nuevas configuraciones familiares, la función paterna (vista desde el psicoanálisis vincular), el nombre del padre, el deseo de tener un hijo, el padre “no-todo”, el amor del padre y el amor hacia el padre, el padre muerto (apartado que cierra el itinerario pretendido).

2.1. Una breve historia de la paternidad

El tema del padre es inagotable, pues drenan de él múltiples significaciones siempre inacabadas, que se entran en la subjetividad de los varones y que conllevan las marcas de la época.

Según el Diccionario de la Real Academia Española el término padre deriva del latín *paternitas-atís* que es la cualidad del padre, implica estado y cualidad del hombre por el hecho de ser padre. También hace referencia al tratamiento que dan algunos religiosos a sus superiores.

Desde el punto de vista jurídico se relaciona con la responsabilidad parental, que puede ser natural cuando refiere a un hijo biológico, o jurídica cuando incluye la adopción.

La paternidad es un concepto dinámico pues va cambiando a lo largo del tiempo y difiere según el contexto sociocultural desde el que se lo analice. Realizar un breve recorrido histórico permite apreciar la evolución de este concepto.

Señala Jacques Dupuis (en Banchs, 1999) que en la prehistoria, en el neolítico, la paternidad es descubierta a través de la ganadería, pues al colocar los animales en cautiverio se observó que las hembras no parían en ausencia de los machos; esto condujo a un lento proceso de regímenes patrilineales.

Para Knibiehler (1988), en la edad antigua se instauró la familia patriarcal, en la que el varón ejercía el dominio del hogar, los hijos e hijas portaban solo el apellido paterno, este es el modelo del pater de familia romano que se caracterizaba por ostentar un poder absoluto sobre la vida de sus hijos: tenía derecho a la vida y a la muerte, decidía sobre su educación, podía venderlos o abandonarlos. Afirma Tort (2007) que este patriarca era quien autorizaba a la mujer a amamantar o no al niño; ese niño solo se convertía en hijo si era reconocido por este pater, no importando si era fruto de una relación matrimonial o no, ni si era su hijo biológico. Al respecto, señala Duby (1987) que sólo valía el reconocimiento paterno que se producía cuando el padre alzaba en brazos a su hijo; si no lo hacía, no era considerado hijo legítimo y podía ser abandonado y destinado a la muerte:

(...) un hombre engendra un hijo porque es padre y no a la inversa. Lo que define el ser padre no es la coacción de la sangre sino el acto de un amo que toma posesión de un niño y lo declara públicamente: Yo soy el padre. La paternidad es autorreferencial como todo acto de amo. (Julien, 1993, p.20)

Desde esta perspectiva, el padre en posición de amo, detentaba el poder de decidir sobre la vida y la muerte de sus hijos, sobre sus castigos y decidía sobre el matrimonio que consideraba más conveniente para ellos.

En la edad media la familia se conformaba por los esposos e hijos y un grupo de parientes lejanos, viudas, sobrinos y esclavos, todos bajo el dominio del

padre amo, por lo que se observa su semejanza con la sociedad romana. El padre era el estricto guardián protector de la pureza de sus hijas, un ataque al pudor de las mismas era considerado un ataque a la honra del padre.

Si bien para las religiones politeístas los dioses podían ser tanto masculinos como femeninos, a partir del judaísmo la figura de Dios deviene paternal.

Con la aparición del Dios cristiano se le pone un límite al poder del Páter, pues hay un padre más poderoso que impone su voluntad, apareciendo además una concepción espiritual de la paternidad con la figura del padrino de bautismo. Otra consecuencia significativa que trajo el cristianismo fue que los hijos concebidos fuera del sagrado matrimonio, eran considerados bastardos ilegítimos. De acuerdo con Intebi (2007), la paternidad es un efecto de la ley impuesta por el poder de la Iglesia.

En la aristocracia, según Knibiehler (1988), se otorgaba gran valoración al linaje, pues los títulos nobiliarios se heredaban; el noble como padre no se ocupaba de sus hijos, delegaba en los educadores su formación; no obstante, mantenía económicamente a sus hijos bastardos.

En la familia campesina la tierra era el símbolo no solo del patrimonio sino también de la libertad y de la dignidad.

Con el advenimiento de la burguesía aparece el modelo del padre comerciante, artesano y las profesionales liberales. Aquí el padre detentaba un saber que trasmitía a sus hijos, trabajaba en la casa y compartía más tiempo con ellos, trasmitiéndole un talento y un oficio, pero no se permitían las expresiones de afecto porque se consideraban una debilidad.

En la Edad Moderna la jerarquía iba de Dios al Rey y luego al padre; éste podía disponer de sus hijos varones menores de 30 y de sus hijas menores de 25 años, mandarlos al convento o arreglarles un casamiento.

En opinión de Tort (2008), con la revolución francesa y la muerte del rey Luis XVIII se asesinó simbólicamente al padre, aboliéndose las diferencias de clases; por otra parte, aparecieron los primeros movimientos feministas,

dejando espacio a la expresión del amor materno y paterno. Aparece aquí la pediatría con la que se reduce la mortalidad infantil y los castigos físicos. El matrimonio deja de ser un pacto indisoluble y poco a poco pasa a ser un contrato libre entre un hombre y una mujer. De esta manera se puede observar el sometimiento del padre a la ley.

La restauración de la monarquía francesa en el siglo XIX en manos de Napoleón, intentó reponer el poder del padre, las mujeres volvieron a quedar bajo la patria potestad de sus esposos perdiendo sus derechos y los hijos, sometidos al autoritarismo del padre.

Posteriormente declina este poder, para dar paso al esplendor de la maternidad y de la figura de la mujer. Se creía que un supuesto instinto maternal le daba a la mujer un saber sobre el hijo, fundado en la gestación, el parto y la lactancia que le brindaban una experiencia que ningún hombre podía reemplazar.

Durkheim (1892, traducido en Peusner, 2009) definía la familia moderna nuclear limitada a la madre, el padre y los hijos, en oposición a la antigua familia patriarcal.

El *padre padrone* –amo en cuanto poder de domesticidad– ponía límites a su mujer y a sus hijos, pero también era un padre con obligaciones morales y si no las respetaba, el Estado podía suplantarlos.

Luego, los hijos extramatrimoniales empiezan a gozar de los mismos derechos que los hijos legítimos.

La aparición de la píldora anticonceptiva hizo emerger la revolución sexual, que conmovió la relación entre el hombre y la mujer y la elección de la parentalidad. El Estado empieza a ocuparse de la salud pública y del control de la natalidad.

Surgen áreas profesionales como la psicología, la psicopedagogía que, junto a la pediatría, intentan suturar la falta de saber por ausencia del instinto en lo que atañe a las funciones maternas y paternas, intentando responder ilusoriamente a la pregunta: ¿Cómo se cría a un hijo?

Al parecer el advenimiento de un hijo complejiza el vínculo entre un hombre y una mujer, de por sí complejo y evanescente, pues además de esposos o pareja, pasan a ser una familia, teniendo que aprender a construir ese lugar de padre y madre, frente a ese cachorro humano que necesita ser alojado como hijo en sus deseos para poder vivir.

Un niño, al nacer, anuda la relación entre sus padres y se encadena al suceder de las generaciones como portador de ideales de su linaje. Un niño es la memoria viviente de sus ancestros y es, además, (...) continuador de su genealogía y transmisor de su herencia cultural que alcanza su identidad dentro del sistema que instaura su aparición (Rodríguez, 1996, p.84).

En lo que atañe al lugar paterno, el padre omnipotente ha ido perdiendo su poder: "(...) la sociedad civil –y no el padre– es hoy la garante de los derechos del niño, toda vez que interviene para asegurarlos a través de instituciones públicas como la escuela –y otros agentes de socialización–, la medicina y la ley –que protege al niño aun de su propio padre” – (Rodríguez, 2005, p.87). Ciertamente, la ley debe proteger al niño como sujeto de derecho inclusive de su propio padre²⁵, ya que a veces vemos aparecer el lado oscuro, siniestro y perverso de la paternidad, esa que no ordena ni protege a sus hijos, sino que los hace objeto de su goce.

A pesar de estas realidades es necesario rescatar y restaurar el lugar del padre, de un buen padre, más que de un padre bueno. Sabemos desde el psicoanálisis la importancia que éste tiene en la subjetivación de los hijos en tanto los posibilita como sujetos deseantes; desde esta perspectiva se puede decir que todos necesitamos un padre:

¿Qué pasa con los hijos y las hijas? No es casual que precisamente en este contexto europeo de una triple conmoción –política, religiosa, familiar– de la figura del padre fuera posible este descubrimiento de

²⁵Son conocidos casos de padres que violan a sus hijas, engendrando hijos con ellas, que prostituyen a sus hijos, que los obligan a mendigar, a delinquir, que los usan como mulas para el transporte de drogas y que los maltratan hasta llegar, en ocasiones, a causarles la muerte.

Freud: a pesar de nuestras afectadas maneras de personas adultas, la sexualidad humana permanece siendo infantil. Y así, cuanto más se debilita la imagen social del padre ¡más reclama el hijo una imagen grande, fuerte, bella! (Julien, 1993, p.14).

2.2. Antecedentes sobre el tema

En este apartado, pasaremos revista de modo sucinto a investigaciones latinoamericanas relevantes en torno de la de-construcción/construcción de la paternidad frente a situaciones y problemáticas contemporáneas; entre otras: los desafíos al modelo del padre proveedor, la ausencia del padre (por ej.: del padre migrante), la persistencia del modelo del patriarca tradicional, el rol paterno en padres que son jefes de hogares monoparentales, la “desparentalización” impuesta al padre separado o divorciado, la paternidad en adolescentes varones y en hombres homosexuales.

Tena Guerrero y Jiménez Anaya (2008) abordan el “Rescate de la Imagen del Padre ante el incumplimiento de la Función de proveedor”, trabajo que se desprende de una investigación titulada “Crisis de empleo y crisis de masculinidad”. Se entrevistó a cinco varones de nivel medio alto, profesionales desocupados o con crisis en su productividad, que fueron los principales proveedores económicos. Son casos de México y Argentina, todos ellos con estudios universitarios, licenciaturas y maestrías. Las narrativas muestran los esfuerzos velados de las parejas para matizar ante los hijos, los otros y ante ellos mismos, la transformación de las funciones familiares a fin de proteger la identidad masculina.

Es llamativo el título de esta investigación, pues parece ser que al padre siempre hay que rescatarlo, ya que se cae o se pierde en algún momento y es la mujer la que se encarga de levantar, sostener y reencontrar esta imagen del padre como proveedor económico. Quizás ello se deba a que las mujeres tienen muy arraigado el modelo hegemónico del *páter familias* proveedor, como si dicho modelo les brindara una ilusión de protección hacia ellas y sobre todo

hacia sus hijos. Mientras las mujeres están asumiendo nuevas formas de vida y exigencias de mayor equidad, en las conclusiones de esta investigación se destaca la lentitud de estos varones argentinos y mexicanos en realizar cambios proactivos que reviertan su situación.

En relación con esto cabe pensar que la profesión no habilita al hombre, sino que es el hombre el que se tiene que habilitar a sí mismo para ejercer su profesión, su oficio o su trabajo, de la misma manera que tiene que habilitar su título de padre, ya que no basta con ser genitor ni proveedor económico, si bien es cierto que un padre que no produce aparece socialmente como un padre devaluado.

Sin embargo, aunque no produzca económicamente, un padre siempre “produce” efectos sobre sus hijos, inclusive no conscientes, que ejercen su eficacia en la masculinidad de cada hijo varón.

En consecuencia, es de relevancia preguntarse qué efectos acarrea la ausencia de un padre concreto. Vorcaro et al. (2008), en su investigación “Acto de infracción y metáfora paterna”, abren un debate entre la Psicología social y el Psicoanálisis respecto de la atribución indiscriminada de dicha ausencia como causa de delitos adolescentes. Si bien se discute la complejidad del fenómeno, se subraya la falta de la inscripción del nombre del padre como determinante de la autoría de infracciones, restándole relevancia a los factores sociales, aunque se los considera indispensables para el análisis.

Aquí es posible observar el lugar del padre, la función paterna y la inscripción de la ley en el psiquismo del sujeto, puestos en debate y haciendo contrapunto entre dos disciplinas en el intento de explicar las conductas transgresoras de los adolescentes.

Cabe destacar que el término *metáfora paterna* (según señaláramos en el Capítulo 1) remite a una operación simbólica en la que el significante ‘nombre del padre’ viene a sustituir al significante ‘deseo de la madre’, operando así la

castración simbólica con la consecuente inscripción de la ley; cuando esto falla, se facilitan las conductas de infracción y delictivas.

Por su parte, Aguilera-Guzmán y Aldaz (2003) estudian el fenómeno de migración de los hombres mexicanos a los EEUU, sus repercusiones sobre la paternidad y los efectos económicos, demográficos, sociales y políticos que acarrea. Dado que muchos niños y adolescentes de zonas rurales, semiurbanas y urbanas de distintos estados de México, han crecido y crecen sin la presencia física cotidiana de su padre biológico, sin lazos de socialización paterna y en ocasiones, inclusive, sin lazos significativos de socialización con un varón, el *costo emocional es importante*: tristeza por la privación del padre migrante; adolescentes “inseguros”, con baja autoestima, con la sensación de que “nadie los quiere”, que se vuelven presas fáciles de problemáticas psicosociales complejas (drogadicción, vandalismo, prostitución, deserción escolar); desintegración familiar, jefatura femenina de facto, incertidumbre respecto del padre “por la posibilidad, siempre presente, de que el migrante inicie una nueva familia en EUA” (p. 7). Citan un trabajo de DeKeijzer (1998, en Aguilera-Guzmán y Aldaz, 2003, p.3) que sistematiza diversas formas en las que en México se ejerce, se impone, se huye o se disfruta de la posición de autoridad que significa la paternidad para los mexicanos (entre otros: padre ausente, padre migrante, patriarca tradicional, padre social de niño/s con padre biológico ausente). Las autoras concluyen que actualmente el contrato entre géneros se ha quebrantado, pues estamos en un proceso de transformación global e histórica, en el cual los asuntos de género son parte de dicha globalización.

Con una mirada psicosocial, Ortega y Villarreal Duarte (2009) estudian las “paternidades” en dos generaciones de varones colombianos: de 20 a 35 y de 45 a 60 años. Desde la perspectiva de género, analizan las representaciones sociales sobre la paternidad y las prácticas de crianza con hijos e hijas. Se comprueba el ejercicio de relaciones autoritarias, distantes y hasta mal tratantes de los hijos. Consideran que, si bien la paternidad es una categoría que se debe

articular al contexto social y que está en permanente construcción, es posible observar hoy la persistencia de marcas del patriarcado tradicional.

Esta dinámica –en su tesis doctoral “Hombres de Steven Spielberg: Un análisis de la representación de las masculinidades en los textos fílmicos *Duel*, *Jaws*, *Jurassic Park*, *The Lost World: Jurassic Park* y *War of the Worlds*”– Díaz Cuestas (2010) se centra en el análisis de las masculinidades en dichos cinco textos fílmicos, dirigidos por Steven Spielberg, que pertenecen al género de monstruos. Se analizan los cuatro rasgos en los que Pat Kirkham y Janet Thumin (en Díaz Cuestas, 2010) cifran la masculinidad en el cine: el cuerpo, la acción, el mundo externo y el mundo interno. Se observa una evolución en la representación de la masculinidad de los protagonistas en los cuatro rasgos mencionados:

El cuerpo progresa desde la fragmentación, pasando por la animalización hasta que se nos muestra en su plenitud. La acción más repetida es la de volver a nacer, fruto del instinto de supervivencia. En el mundo externo se encuentra la característica más destacada del héroe de Spielberg en estas obras, que procede de su capacidad como padre. En el mundo interno se supera la lacaniana fase del espejo y el mayor desafío procede de enfrentarse a las debilidades y a las responsabilidades. (Díaz Cuestas, 2010, p. 8)

Spielberg ejerce una acción de tutela sobre el espectador, como un padre que no permite que su audiencia tenga demasiados encuentros traumáticos con lo real. En las conclusiones se destaca que la paternidad es el rasgo distintivo de la masculinidad de los protagonistas de las películas en análisis.

Cierto es que las figuras de los monstruos siempre revistieron una gran importancia en la vida psíquica del niño. Es muy frecuente ver a niños pequeños cuyos juguetes preferidos son monstruos, dinosaurios, robots-transformen, que suelen utilizar como objetos acompañantes y que cumplen la función de objetos contrafóbicos, pues son figuras temerarias, omnipotentes y temidas, que le sirven para proyectar los aspectos temidos de sus padres. A

través de estos objetos actúan los fantasmas filicidas que –si bien generan angustia persecutoria– luego se aplaca porque es pensada a modo de un sueño (“menos mal que era un sueño” o “solo se trata de una película”); el niño detenta en sus manos el juguete monstruo y de esa manera siente que tiene el control sobre su potencial atacante. Esta dinámica explica la vasta difusión de la producción fílmica de Steven Spielberg en el público en general, que Díaz Cuestas fundamenta en el rasgo que aparece como distintivo en sus protagonistas: la paternidad.

En relación con el rol paterno en padres que son jefes de hogares monoparentales, Chapelli Méndez y Cabrera López (2010) identifican las siguientes significaciones asignadas al rol: 1) están asociadas a una estructura de poder parental en proceso de cambio; 2) la asunción del rol paterno implica enfrentarse a nuevos desafíos“ ya que los hombres no transitan por un proceso de socialización que los entrene para el ejercicio de la paternidad”; 3) se concretan en la sustentabilidad económica, toma de decisiones e imposición de disciplina; 4) el imaginario social actual, instituido del rol paterno se asocia con la expresión de los afectos, la paternidad cercana y la realización de tareas domésticas; 5) la manera de ejercer los roles paternos está vinculada con los padres que tuvieron.

La importancia de esta investigación reside en que se trata de padres jefes de hogares monoparentales, es decir, donde hay ausencia de una mujer madre y esposa, por lo que se destaca la ductilidad de estos padres para trabajar, realizar tareas domésticas y ejercer una paternidad afectiva con sus hijos, indisociable de la historia que cada uno tuvo con su propio padre.

Esta temática también es abordada por Montaña Mejía y Solorio Pérez (2014) en su artículo “Héroe Alternativo: paternidad y masculinidad en un hogar monoparental”. Muestran la estrategia de adaptación de un *hombre padre*, analizada desde una interpretación del viaje del héroe, como arquetipo del inconsciente colectivo de Jung. Se trata de Armando, un hombre abandonado por su esposa, quien se hace cargo de la crianza de sus hijos teniendo que

trabajar y realizar tareas domésticas, sin sentir que se feminiza por ello. Desde un enfoque de género, visualizan la estrategias novedosas que se van gestando en los hogares de hombres solos, y concluyen en la necesidad de que se implementen políticas públicas y de ayuda institucional para este tipo de hogares, sin considerarlos disfuncionales.

Findling et al. (2011) realizaron una investigación en Argentina, titulada “¿Padres de hoy, varones de antes?, Decisiones reproductivas, familia y trabajo en varones de estratos medios de la Ciudad de Buenos Aires”. Las autoras mencionan que los cambios producidos en los últimos 30 años en nuestro país se ven plasmados en un aumento de las uniones de hecho, una disminución de los matrimonios legales, el incremento de edad en la primera unión y en el nacimiento del primer hijo, en contraste con los niveles socioeconómicos bajos, que son más prolíferos, con menor grado de escolarización y con maternidades más tempranas.

En 21 varones entre 30 y 40 años, que viven en pareja con mujeres que trabajan y que tienen en común al menos un hijo, buscaron indagar sobre sus opiniones en torno a las decisiones sobre la formación de sus familias. Específicamente, se abordan las decisiones reproductivas, el significado de la paternidad, el cuidado de los hijos, la organización de la vida cotidiana y la valoración del trabajo en argentinos residentes en la Ciudad de Buenos Aires, la mayoría con estudios superiores completos, en relación de dependencia en jornadas de 8 horas, todos pertenecientes a un nivel socioeconómico medio-alto, pues poseían automóvil, una buena cobertura de salud y las dos terceras partes eran propietarios.

Mediante la técnica de entrevista en profundidad, con característica de semi-estructurada, hallan que para la mayoría la paternidad siempre fue una meta con valor de trascendencia, mostrando una construcción de modelos nuevos en contraste con modelos masculinos y paternos pasados.

También la mayoría trabaja en lo que le gusta, los más jóvenes prefieren trabajar menos y ganar más. Algunos asocian su actividad laboral con la droga:

“soy adicto al trabajo” o “un esclavo”; otros, en cambio, hablan del trabajo en tono indiferente como un simple organizador de la vida y los que pueden, adaptan los horarios laborales para pasar más tiempo con sus hijos. Se destaca que casi todos los entrevistados valoran el aporte económico de sus parejas.

En cuanto a la llegada de los hijos, la mayoría sostiene que marcó cambios radicales en la vida de pareja y en las actividades sociales. Otros subrayaron el peso de la responsabilidad económica al saber que serían padres.

Si bien el cuidado de los hijos recae sobre ambos miembros de la pareja, muchos de estos padres los bañan, les dan de comer, los acuestan y juegan con ellos.

La mayoría cuenta con una empleada y, aunque ellos colaboran en las “cosas de la casa”, la responsabilidad sigue recayendo sobre la mujer, quien por ejemplo es la que lleva los hijos al médico (la justificación que esgrimen es que trabajan más horas que ellas).

Respecto de la administración del dinero, casi todos hablan de “el fondo en común”, pero se observa una división marcada de los gastos relacionada con el género: los varones se ocupan del mantenimiento de la vivienda y del auto, mientras que las mujeres pagan los gastos de las ayudas para el hogar y la vestimenta de los hijos y de ellas.

Si bien el rol del padre proveedor y protector está fuertemente arraigado como mandato cultural, las autoras concluyen que estas nuevas paternidades se están distanciando progresivamente de las generaciones pasadas debido al marco de las nuevas familias posmodernas y las crisis de las instituciones tradicionales.

Por su parte, Alonso Ramírez Acuña (2011) –en su Tesis Doctoral “La desparentalización impuesta al padre separado y divorciado: Secuelas psicosociales”– da cuenta de los costos emocionales que padecen los hombres de San José de Costa Rica, una vez producido el divorcio, al ver dificultado el vínculo con sus hijos.

En esta investigación puedo vislumbrar el conocido *síndrome de alienación parental –SAP–*, descrito por el psiquiatra estadounidense Richard Gardner en 1985 y que consiste en el conjunto de estrategias instrumentadas por parte de un progenitor, que se destinan a ejercer una influencia negativa en la psiquis del hijo, con la intención de destruir la relación con el otro progenitor.

Los analistas y psicólogos que trabajan en clínica con niños, se encuentran con casos en los que aparece más de un indicador de este síndrome. Para muchos especialistas (cfr., por ejemplo, Onostre Guerra, 2009) es una forma de maltrato infantil, porque es el niño el que sufre las consecuencias nefastas de esta situación.

Esta temática también es abordada por Fuentealba Vázquez (2011), quien investigó las representaciones de varones progenitores no custodios post-separación/divorcio, a fin de desentrañar sus significaciones respecto de su rol paterno-filial desde la construcción de sus propias masculinidades en el marco de una masculinidad responsable. Tiene en cuenta el contexto histórico-espacial y los complejos cambios sociales, políticos y económicos impuestos por la globalización. Según el autor, para el niño la separación de alguno de sus padres marcará su vida y el nivel de daño que sufrirá dependerá de la capacidad que tengan ambos padres para resolver sus conflictos, sin involucrar al niño; por ello, es importante la presencia de imágenes paterna y materna sanas y próximas. Más allá de quien esté a cargo de la crianza, es necesario que el niño no sufra carencias o visiones distorsionadas de alguno de sus padres, pues eso influirá en su seguridad, autoestima y estabilidad emocional.

Actualmente, muchos varones reclaman un rol igualitario en la crianza y están dispuestos a luchar por ese rol, luego del divorcio. El aporte fundamental de este estudio es que se sumerge en la profundidad de los estudios de género y masculinidad, lo que permite redefinir el rol del padre:

(...) se reafirma la parentalidad como proceso en construcción y cambio constante, cuya práctica es afectada por las condiciones de contexto que influyen en la forma de vinculación parental, en el

desarrollo de funciones y en las representaciones emergentes (...) accediendo a visiones orientadas a la deconstrucción de los roles de género, para luego volver a construirlos desde la equidad, el bien común, el interés superior del niño/a y los derechos fundamentales. (Fuentealba Vázquez, 2011, p. 214).

Hincapié García et al. (2012) plantean la paternidad desde una aproximación histórica-antropológica; a partir del concepto de diferencia cultural, se analiza la paternidad como una construcción social que puede ser reelaborada por otros modos de familiaridad no contemplados. Postulan la necesidad de mantener abierta la paternidad a diferentes formas posibles de articulación social.

Por su parte, Barreto Duarte (2013) pretende conocer las representaciones sociales de los adolescentes varones brasileños acerca de la paternidad, intentando contribuir a la construcción de políticas públicas orientadas a la aceptación de la paternidad por esta franja de población. De esta manera se pueden hacer contribuciones positivas mostrando al Estado las necesidades de estos jóvenes padres.

Aquí se observa la preocupación del Estado brasileño en poner en práctica políticas públicas, tendientes a que estos varones adolescentes puedan asumir la paternidad con responsabilidad y compromiso. Cabe aclarar que las representaciones sociales están marcadas por la historia individual y el vínculo que tienen con su padre, si lo tuvieron, o con aquel que cumplió esta función. Generalmente las paternidades tempranas constituyen una repetición generacional, en la que influyen varios factores, entre ellos el socioeconómico y el nivel de educación.

En una investigación sobre los deseos y las dificultades de la paternidad en hombres homosexuales (Sebastián Gregorio, Cortés Vidal y Román Espinosa, 2012), mediante entrevistas en profundidad a cinco hombres homosexuales, entre 20 y 40 años de edad, residentes en la zona metropolitana del Distrito Federal del Estado de México, en los más jóvenes se observa conflicto para concretar un deseo a futuro de ser padre y en los de mayor edad, el temor a la

discriminación social que recae en ellos y en sus hijos. El deseo no se presenta en todos, debido al temor de perder su libertad. Por otra parte, se percibe un proceso de re-significación simbólica al cambio. Aunque las familias homoparentales han demandado los mismos derechos que las heteroparentales –esto ha recibido apoyo en países como Holanda, China, Rusia y España–, aparecen obstáculos que giran alrededor del mito de que los niños criados por parejas homosexuales mostrarían trastornos psicológicos en identidad de género, tornándolos vulnerables a las agresiones sociales debido a su configuración familiar.

En relación con este mito, bastante generalizado, Silvia Bleichmar (2014) tendría bastante que decir, pues ella sostiene que solo se pervierte a un/a hijo/a cuando se toma su cuerpo como objeto de goce y no se respeta la asimetría en la relación paterno-filial. No obstante, hay que considerar los prejuicios sociales que, si bien van cediendo, aún perduran con relación a este tipo de configuración familiar.

Dueñas Becerra (2004), en una investigación realizada en el Hospital Psiquiátrico de La Habana, empleó el test de Rosrchach, que reviste gran importancia en el proceso del psicodiagnóstico por su reconocido valor no solo a nivel del campo clínico, sino también en el campo jurídico, laboral y educacional.

Observa que para la cultura cubana la figura paterna no se circunscribe al hecho biológico; un padre es más que alguien que educa con firmeza, un padre puede ser un maestro, un médico; por eso, las personas que fracasan en la lámina IV del Rosrchach, reflejan una compleja trama socio-psicológica cuyas implicancias antropológicas se remontan a los orígenes de la familia. Dicha lámina investiga la imagen paterna que tiene internalizada el sujeto, que da cuenta de cuál es su posición frente a la autoridad, la ley y los aspectos masculinos derivados de la identificación paterna. El autor proporciona un dato sorprendente: en casi tres décadas de docencia y práctica rorschachianas, ha registrado que “4 de cada 5 personas (sanas o enfermas) a quienes se les ha

aplicado el Psicodiagnóstico de Rosrchach (1964) como parte de su evaluación psicológica integral, han presentado graves dificultades en lo que se refiere al manejo de la lámina IV” (Dueñas Becerra, 2004, p. 59).

Considero significativa la referencia que hace a Fromm (2014) al señalar que el amor paterno significa el aprendizaje del camino al mundo, la conquista de lo que está más allá, representa la ley, el orden y las cosas hechas por el hombre. A diferencia del amor materno que se considera incondicional, el amor paterno es condicional, depende de los méritos del hijo; la ventaja es que se puede hacer algo para conseguirlo (al amor del padre hay que conquistarlo), lo negativo es que no se cuenta con garantías, puede perderse o no ganarse nunca. A partir de esto es que puedo considerar que el amor del padre es *reusable*, aunque es posible observar que el amor de la madre también puede ser *reusable*, pues el manto de incondicionalidad que recae sobre ella tiene que ver con un imaginario social.

Esta internalización de la imagen paterna se relaciona con el aporte que realiza Simeone (2010), en su trabajo sobre transferencia y función paterna; destaca allí que la presencia del padre es un sostén moral en la encarnación de la ley y el orden que la madre introduce en el niño. Refiere a un capítulo de Alfredo Pinceira Plot (2007) en el que este subraya la importancia *en la madre* de una imagen paterna valorizada, que trasmite al hijo en ausencia del padre. Para dicho autor, en la adolescencia la función del padre implica una confrontación compleja, que incluye “(...) el reconocimiento del derecho del hijo a tener sus propios puntos de vista y de su propio derecho a sostener y hacer valer los suyos” (Simeone, 2010, p. 2).

2.3. La dimensión del padre en la obra de Freud

En referencia al mito de Edipo ya aparece la figura paterna en Layo, padre que será asesinado por su hijo Edipo, quien además cometerá incesto al casarse y tener hijos con su madre Yocasta. Aquí el deseo parricida y el deseo incestuoso se relacionan con la ley y la castración, articulándose la teoría el Complejo de

Edipo con el complejo de Castración en forma indisoluble, pues no se puede hablar de uno sin el otro.

A lo largo de su obra Freud nos muestra la importante incidencia del padre en sus historiales clínicos y en muchos de sus escritos: *Pegan a un niño* (1919/1986), *Tótem y tabú* (1913/1986), *La obra de Dostoievski y el parricidio* (1921/1986), *El malestar en la cultura* (1930/1986), *Moisés y la religión monoteísta* (1939/1986) y en sus casos paradigmáticos, como el caso Dora (1905/1987), el caso Juanito—*Análisis de la fobia de un niño de cinco años*—(1909/1986), *Hombre de las Ratas* (1909/1986), el caso Schereber (1911/1986), el de la joven homosexual —*Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*—(1920/1984), entre otros.

El padre de Juanito, enamorado de su esposa, del psicoanálisis y de su maestro Freud, muestra una función fallida e inconsistente a la hora de representar la ley, quedando como rival de su hijo en pleno Edipo y lo deja expuesto ante esta madre fálica y devorante para el niño.

El padre del hombre de las ratas—que está muerto pero vivo en su subjetividad—, con el que se identifica frente a la elección de la mujer (la mujer pobre amada y la mujer rica la conveniente), padre que es amado y odiado, ambivalencia que genera culpa y temor del castigo y deuda que —si no paga le provocará la tortura de las ratas a su amada o a su padre, aunque esté muerto. Es un padre que se le presenta con una posición dudosa y fraudulenta frente a la ley, pues siendo militar, dilapida el dinero del ejército que tenía que cuidar por su pasión por el juego. Para no perder su reputación, un amigo le presta el dinero que jamás devolvió; de ahí deriva el tema de la deuda nunca cancelada. Por otra parte, la madre era quien provenía de una familia de dinero y el padre se casó con ella sin amarla, solo por conveniencia y dejó a la mujer pobre pero amada en su momento. Este conflicto entre la mujer rica y la mujer pobre, es el que reproduce el paciente, pues el padre lo empuja a casarse con la mujer rica y esto desencadena su neurosis con el fantasma del suplicio de las ratas.

El padre de Schereber, médico reconocido por sus novedosos métodos terapéuticos, como la gimnasia al aire libre y la exposición al sol, se presenta como pedagogo con una ley incuestionable cuyo objetivo es reformar a los niños y en consecuencia a la sociedad, a través de ejercicios físicos específicos para evitar la decadencia física y moral.

Creó una serie de aparatos, como correas ceñidas a la espalda para mantener los hombros erguidos, barras de metal adheridas a la mesa de estudio para evitar el encorvamiento del niño sobre sus libros y correas que toman por un extremo el cabello del niño y por el otro su ropa interior de tal manera que le jalen el cabello si el niño no mantiene su cabeza erguida.

Escribe Schereber padre:

Tratemos al niño exactamente como merecen sus sentimientos, que se reflejan tan claramente en todo su ser... Si los padres permanecen fieles a sí mismos con este principio, pronto se verán recompensados con la aparición de una relación encantadora, en la que el niño está regido simplemente por la mirada de los padres.
(Gutman y Gaspari, 1996, p. 137)

Lo encantador para este padre es una obediencia automática de parte del niño, que dirige a través de su mirada controladora y amenazante. Médico, guía y educador irrestricto, se presenta como un padre terrible con una ley absoluta y totalitaria que deja efectos devastadores en su hijo.

Por su parte, Dora percibe al principio a su padre como activo, talentoso y admirable, en contraposición a una madre fregona y desdibujada: “la persona dominante era el padre, tanto por su inteligencia y sus rasgos de carácter (...) era un hombre de vivacidad y dotes nada comunes, un gran industrial con una situación económica muy holgada. La hija estaba apegada a él con particular ternura” (Freud, 1905/1987, p. 18).

Luego aparece un padre enfermo e impotente, pero que se ve movilizado por la Sra. K, por lo cual pasa a ser el centro de atención de Dora ya que le supone saberes acerca de la feminidad.

En relación con ello Eduardo Foulkes (1993), al referirse al caso de Ana O, destaca que su padre estuvo siempre presente en el tratamiento de su hija:

Este padre de la histérica siempre resplandece por el protagonismo que adquiere en la vida de su hija. Se lo ama, más aún se lo adora. Su hija lo idealiza y defiende ante cualquier crítica, pero es un padre que generalmente se encuentra disminuido o enfermo, a veces francamente impotente o desfalleciente. (...) Aunque se acueste con su mujer, incluso aunque tenga nuevos hijos, no dejará de representar para su hija a alguien que no sabe mantenerse tieso frente al deseo de una mujer. (Foulkes, 1993, p. 28)

El padre de la joven homosexual, hombre de una elevada condición social que empieza a preocuparse cuando percibe que su bella e inteligente hija aparentemente bien orientada en su femineidad, comienza a cortejar a una mujer de vida liviana diez años mayor. En determinado momento, mientras se paseaba con la mujer, se encuentra con el padre quien la mira con furia y rechazo, precipitando en ella un pasaje al acto, pues se arroja por el puente del ferrocarril. Una vez recuperada, la joven es llevada por la familia para iniciar un tratamiento con Freud, análisis que es interrumpido, pero que le permite a Freud arribar a algunas conclusiones: al parecer ella venía bien orientada sexualmente, pero el nacimiento de un hermano hace que se decepcione del padre y se refugie en un amor regresivo hacia la madre, que luego desplaza hacia la cortesana. Esta conducta será leída por Lacan como un mensaje que la hija le dirige al padre: “Yo te enseñaré cómo se ama a una mujer”.

En síntesis, mientras en Dora por primera vez Freud relata el enamoramiento que una joven siente por su padre, en el caso de Juanito plantea, también por primera vez, el fenómeno de la castración, en el que cobra gran relevancia la figura del padre ya que ejerce dos funciones elementales: amenazar al niño con la pérdida del órgano genital si lleva a cabo actos sexualmente ilícitos y retirar al niño de las influencias amorosas de la madre, que se ven favorecidas por el deseo del hijo de poseerla (Martínez Alarcón, 2016, p. 13). De acuerdo con

Rodrigué (1996), este es el primer caso donde Freud postula la primacía del falo, dejando en segundo término al órgano femenino.

En “El malestar en la cultura”, Freud (1930/1986) sostiene que en los hijos aparece un sentimiento de arrepentimiento, que es el resultado de la ambivalencia afectiva de amor y odio dirigido hacia el padre:

Los hijos lo odian, pero también lo aman; satisfecho el odio tras la agresión, en el arrepentimiento por el acto salió a la luz el amor, por vía de identificación con el padre, instituyó el superyó, al que confirió el poder del padre a modo de castigo por la agresión perpetrada contra él. (...) Y como la inclinación a agredir al padre se repitió en las generaciones siguientes, persistió también el sentimiento de culpa cada vez que una agresión era sofocada y transferida al superyó. (Freud, 1930/1986 pp. 127-128).

Todo sujeto para devenir varón tendrá que “curarse” de su padre, es decir, deberá elaborar esta relación ambivalente cargada de odio y de amor hacia el padre, ese hombre tan particular, hacia el cual el hijo levanta monumentos, idolatrándolo, para luego –con un gran martillo– comenzar a destruirlo, tal vez porque se sintió defraudado por no recibir de él todo lo que imaginariamente esperaba. Seguidamente surge la culpa, los sentimientos de soledad y orfandad; comienza, entonces, de nuevo a construir un monumento de su padre. A muchos hombres se les pasa la vida en este proceso de constante construcción y destrucción, en el que amor y odio se perpetúan restando energía psíquica a ese varón, lo que le impide reinventarse como varón, salir de la queja, la paralización y la repetición. Esto sólo podrá lograrlo si elabora el duelo por el padre que hubiese querido tener y aceptar a ese que tuvo.

Este punto siempre aparece en el análisis de los varones, no solo porque lo actualizan a nivel de la transferencia, sino porque se observa cómo repiten en el vínculo con la mujer y con los hijos esa ambivalencia de amor y odio que tuvieron y tienen con su padre, generando relaciones sufrientes, dolorosas y hasta enloquecedoras.

2.4. El padre desde Lacan

Lacan, en el Seminario IV (1956-7/1996) se plantea la cuestión del padre con el caso Dora y especialmente con el caso de Juanito. Desarrolla la temática en el Seminario V (1957-8/ 1999) nos habla así de la posición del padre:

El padre para nosotros, es, es real. Pero no olvidemos que solo es real para nosotros en tanto las instituciones le confieren... su nombre de padre. Que el padre, por ejemplo sea el verdadero agente de la procreación, no es en ningún caso una verdad de experiencia...en alguna ocasión se llegó a plantear que en cierta tribu primitiva la procreación era atribuida a cualquier cosa, una fuente, una piedra o el encuentro con un espíritu en lugares apartados.

La posición del padre como simbólico no depende del hecho de que la gente haya reconocido más o menos la necesidad de una determinada secuencia de acontecimientos tan distintos como un coito y un alumbramiento. La posición del Nombre del Padre, la calificación del padre como procreador, es un asunto que se sitúa a nivel simbólico. (Lacan,1957-58/ 1999, p.186).

Es en este seminario donde articula la función del padre, del significante Nombre del Padre, con el concepto de ley, lo que da cuenta de un padre simbólico:

Lo que cuenta es la función en la que intervienen, en primer lugar el Nombre del Padre, único significante del padre, en segundo lugar la palabra articulada del padre, en tercer lugar la ley, en tanto que el padre está en relación más o menos íntima con ella. Lo esencial es que la madre fundamenta al padre como mediador de lo que está más allá de su ley, la de ella y de su capricho, a saber, pura y simplemente, la ley propiamente dicha. Se trata, pues, del padre en cuanto Nombre del padre, estrechamente vinculado con la enunciación de la ley, como nos lo anuncia y lo promueve todo el desarrollo de la doctrina freudiana (Lacan, 1957-58/1999, p.197).

El desarrollo precedente se articula con la afirmación de Julien (1993, p. 40) de que es la madre la que auspicia el lugar al padre, cuando sostiene: “No hay verdadera autoridad paterna sino aquella que se recibe de una mujer”. Se postula aquí que, gracias a la madre, el nombre del padre no queda forcluido, lo que implica la inscripción en el niño de una autoridad paterna.

Aquí se está planteando al padre como quien tiene que cumplir una función simbólica, no siendo la ley, sino ejerciendo la ley que prohíbe el incesto. Si esa función interdictora no se diera, el deseo de la madre se presentaría en forma voraz, insensata, caprichosa y desenfrenada.

A partir de este aspecto es que algunos analistas, sostienen que la madre es de alguna manera alienadora y enloquecedora, porque su deseo es un capricho sin ley o, más bien, regido por la ley omnímoda del primer tiempo del Edipo, esa ley omnipotente, omnipresente y omnisapiente. Teniéndolo en cuenta es que señalan el carácter regresivo del camino hacia la madre, pues implica fijación y repetición. Desde Freud se puede pensar que el niño busca encontrar esa identidad de percepción y a ese Otro inolvidable de los primeros cuidados, búsqueda justificada por el estado de indefensión y prematurez con la que nace el cachorro humano. Por otro lado, afirman que el camino hacia el padre es progresivo, ya que al representar la ley de la prohibición del incesto, se inscribe la castración simbólica, significada como la ley del no-todo (cfr. *infra*), que posibilitará la circulación del deseo en el hijo.

“Es la función paterna lo que hará que un significante del nombre del padre adquiera un poder nominante” (Foulkes, 1993, p. 26). Es decir que un padre al nombrar y al nominar abre un espacio simbólico en el hijo y de esta manera lo incluye en el vínculo de filiación.

Según Lacan (1957-58/1999, p. 172): “El padre existe incluso sin estar”. Esta aseveración da cuenta de que el padre es un “operador” que cumple una función simbólica en la subjetividad de cada uno, más allá de quién lo encarna; aquel que lo encarna deja sus marcas en el niño.

Silvia Bleichmar (2009) nos advierte de la importancia de no soldar la ley al padre, evitando también soldar el deseo materno a la voracidad narcisista que hace del hijo un falo para gozar. Estas soldaduras son efecto de un estructuralismo mal entendido, que según la autora:

(...) estaría dejando afuera el inconsciente parental, la presencia del adulto hombre o mujer, deseos incestuosos, mortíferos, de rivalidades cruzadas, de homosexualidades encubiertas, sometimientos masoquistas o intentos de dominio sádico, en fin... Todo lo que sabemos que los seres humanos guardan sea en lo más recóndito de sí mismos –como hubiera afirmado Freud– o en la superficie. (Bleichmar, 2009, pp. 53-54).

A partir de esta afirmación es posible pensar que no se puede soldar autoridad y ley, pues el padre no es la ley, es un simple portador pero no Amo, pues él también debe someterse a la ley; solo desde esta concepción se podrá ejercer la autoridad.

Por su parte, Rabinovich (1995) da cuenta de que el Nombre del Padre funciona como un operador lógico dentro de la estructura del lenguaje; por lo tanto, para ella no se trata de un sujeto sino de una función incognoscible e impronunciable. Pareciera, entonces, a mi juicio que la autora en este último aspecto se está refiriendo a *lo real* del padre, que encierra algo del goce imposible de acceder.

Según el Diccionario de la Real Academia Española, operador es la persona o técnico encargado de hacer que funcionen ciertos aparatos; desde esta perspectiva podría pensarse que el padre es un operador encargado de que funcione adecuadamente el aparato psíquico del hijo varón.

Otra definición está relacionada con el médico cirujano: el que opera; en este caso, el padre funcionaría como cirujano que realiza el corte necesario en tanto interdictor en la relación madre-hijo, favoreciendo la inscripción de la represión secundaria, desmalezando el terreno feminizante abonado por la madre, lo que permitirá abrir caminos a las diversas masculinidades.

Ahora bien, el corte que realiza el padre, en alguna medida, está auspiciado por la madre y nunca es un corte perfecto y eso tendrá sus efectos en la construcción de la masculinidad del hijo.

En el Seminario 17, “El reverso del psicoanálisis” (1969-1970/1992) a fin de explicar la voracidad del deseo materno, Lacan lo compara con los cocodrilos hembras, que llevan a sus crías dentro de sus bocas para llegar hasta la orilla del río, pero el peligro está en que no se sabe “si de repente se le puede ocurrir cerrar el pico” (Lacan, 1969-70/ 1992, p. 47), devorando a sus crías. La solución que proporciona Lacan es colocarle un palo en la boca, que sería la función del nombre del padre.

En “De los Nombres del Padre” (1963/2011) afirma:

(...) es necesario ubicar en el nivel del padre un segundo término después del tótem, que es esa función (...) del nombre propio. El nombre propio, como les mostré, es una marca ya abierta a la lectura –por lo que se la leerá igual en todas las lenguas–, impresa sobre algo que puede ser un sujeto que hablará. (Lacan, 1963/2011, p. 87)

A partir de este argumento es que se sostiene que el padre es alguien que nombra y en el acto de nombrar al hijo, lo ubica simbólicamente, lo registra en la filiación y lo engarza a modo de un eslabón en la cadena generacional.

Michel Tort –en su libro *Fin del dogma paterno* (2005/2008)– cuestiona a Lacan cuando coloca sobre el padre el poder omnipotente de ejercer la función simbólica y sostiene que esta concepción lacaniana del padre se desprende del patriarcado masculino y dominante que responde a una época, pero marca a su vez que este poder patriarcal está decayendo, para dar espacio a las nuevas modalidades de ejercer la paternidad ligadas a las perspectivas de género, de lo que se desprende además que para el autor la función paterna es una construcción socio-histórica y política.

2.5. ¿Qué significa para el hijo tener un padre?

Desde la perspectiva edípica, el padre se manifiesta como privador: priva a la madre y priva al hijo con la ley del incesto, aparece como amo y en tanto tal, es digno de ser amado por el hijo. Para Freud, cuando declina el complejo de Edipo, este amor al padre produce una identificación con él, siendo luego el superyó el heredero del Edipo.

Julien (1993) sustenta otra faceta del padre privador, que aparece como creador del hijo, siendo responsable de lo que el hijo sea o no sea. Según el autor, esto da lugar a los reproches que se dirigen al padre, tales como: “Siendo vos mi creador, ¿por qué me hiciste tan fallado? No me amaste lo suficiente”. Dado que no hay respuestas, pues se trata de un real imposible, hay que elaborar un duelo por este padre no incondicional y solo se elabora pasando por el odio. Esto nos lleva a la versión real del padre:

El padre real para el hijo es el hombre de una mujer. (...) El hijo tiene un padre real en la medida en que este hombre ha hecho de una mujer, de esta a la que yo llamo mamá, la causa de su deseo y el objeto de su goce. (Julien, 1993, p. 46)

Este padre real en tanto agente de castración, interpone una pared que impide al niño conocer el goce de esta mujer que es su madre y de este hombre que es su padre, es un goce prohibido para el niño, que abre el abanico de su fantasma, el que tendrá que ver con las más frondosas imaginerías sobre el deseo del Otro. Un padre ético jamás se prestará a exhibirse desnudo y ello va más allá de su desnudez física, significa también no mostrar (en algo) la desnudez de su goce:

Noé, labriego, comenzó a plantar una viña, se embriagó y se desnudó dentro de su tienda. Cam, padre de Canán, vio la desnudez de su padre y habló con sus hermanos, que estaban afuera. Sem y Jafet tomaron un manto y poniéndoselo sobre sus hombros retrocedieron de espaldas a su padre y cubrieron su desnudez con el

rostro vuelto, no vieron la desnudez de su padre. (Génesis IX, 20-23, en Julien, 1993, p. 11)

El padre real es el que Cam, el hijo, vio en su desnudez de padre ebrio y adormecido en su lecho. El hijo sabe y quiere compartir su saber con sus hermanos Sem y Jafet. Pero, estos recubren al padre con una capa retrocediendo... para no ver nada. Y Noé al despertar los bendecirá, no sin maldecir a Cam... el que pretendía saber. (Julien, 1993, p. 48)

Al igual que en el mito de Adán y Eva, parece ser que el padre Dios prohíbe un saber, un saber sobre el sexo y sobre el goce. La posición de Cam es la misma que la de Eva, ambos incitan a los otros a acceder a un saber prohibido, con el consecuente castigo.

Respetar el velo, el manto que cubre la desnudez del padre, es respetar la ley de la represión, que permite acotar el goce, instalar el pudor y abrir el camino al deseo.

Colocar el manto sobre la desnudez del padre, implica –entre otras cosas– aceptar que no se puede conocer todo, que hay saberes imposibles, como el saber sobre nuestro origen: ¿Cuál fue el deseo que se jugó en nuestros padres como pareja, y en cada uno de ellos como sujetos, cuando nos trajeron a este mundo? Al respecto, señala Berenstein (2001, p. 20): “Una de las preguntas fundamentales del sujeto humano es sobre su origen, e inevitablemente este es un saber de otros. El origen es lo que los otros dicen que es el origen”.

Como el deseo es inconsciente, nuestros padres tampoco puede acceder a él, solo puede dar cuenta de los anhelos y circunstancias familiares y externas, “decires, expectativas, temores, rechazos” que oficiaron de escenario a nuestra aparición en escena. Este es el material con que cada varón cuenta para construir su mito individual, que va a configurar una masculinidad particular, teniendo en cuenta que siempre hay algo de lo no dicho, que ejerce su eficacia.

Lo descrito presentifica nuestra falta en ser, nuestro ser en falta, siendo esta falta la que permitirá que cada varón construya su masculinidad y su

paternidad. De hecho, hay argumentos que nos preexisten y que nos demarcan roles por jugar y destinos signados por la repetición. Está en cada uno de los varones aceptar con valentía el desafío de escribir su propia historia. Ello ocurre cuando ese hijo tuvo un padre que lo amó y lo habilitó.

2.6. El padre y las nuevas configuraciones familiares

En la actualidad postmoderna se manifiestan nuevos modelos de parentalidad—familias ensambladas, monoparentales, homoparentales y matrimonio igualitario— que aparecen como opciones, que rompen con el monopolio del matrimonio tradicional.

Respecto de la procreación, si bien nunca fue un hecho “natural” como en los animales, la ciencia comenzó a ocupar un lugar protagónico, con la procreación artificial: donantes de esperma y de óvulos, así como alquiler de vientre y embriones crio-preservados, dan cuenta de nuevas formas de parentalidad que no están soldadas a lo biológico, al sexo, ni al género.

La conocida frase “mater certissima, pater Semper incertus est”, ya no tiene validez en la actualidad; en muchos países son los contratos los que controlan la donación de ovocitos fecundados, el alquiler de vientres y la donación de esperma²⁶.

¿Hasta qué punto la ley que intenta regular estos intercambios que escinden y cosifican la subjetividad de los participantes, se muestra inconsistente a la hora de responder a las demandas de maternidad, de paternidad y a los derechos del niño de conocer sus genitores? Estas preguntas nos atraviesan como sujetos y como sociedad, abriendo profundas cuestiones éticas.

Ahora bien, cualquiera sea la familia —clásica, homoparental o monoparental— y cualquiera sea el método utilizado para traer un hijo al mundo, es necesario que

²⁶ En este punto cabe la pregunta: Estos contratos, ¿pueden tomar matices perversos? Por estos oscuros callejones circula “El poderoso caballero, el dinero”, que hace que se tomen partes del cuerpo, material genético y funciones reproductivas de los sujetos como si fueran objetos del gran mercado de consumo en el que estamos todos inmersos.

haya un espacio regulado por la alteridad, donde el deseo y el amor puedan alojar a ese niño como hijo.

Siguiendo las enseñanzas de Freud y de Lacan, que nos dicen que por formar parte del tejido simbólico que constituye el malestar de la cultura en la que vivimos, la maternidad y la paternidad no son hechos biológicos, naturales, cabe sostener que somos todos adoptados por un padre y una madre que se prestan a cumplir esa función.

Ser padre no puede ser determinado absolutamente por la ley externa, pues se trata de un acto que puede tener consecuencias positivas o negativas; se podría sostener que cualquiera puede cumplir con esa función, pero los resultados pueden variar según quién la ocupe y cómo lo haga. Es aquí donde entra a jugar el deseo, un deseo que no es anónimo, ni universal, sino ese deseo particular y enigmático de cada padre en tanto operador protagonista que interviene en la constitución subjetiva del hijo y donde está presente además el deseo de la madre.

Volviendo a la antigua expresión “madre certísima, padre incierto”, considero que hoy, a partir de los nuevos métodos de reproducción humana, la incertidumbre envuelve tanto a la paternidad como a la maternidad; sin embargo, sobre la paternidad flamea siempre la bandera de una mayor incertidumbre.

Sostengo que el padre es incierto por estructura, más allá de lo biológico; es incierto en su lugar, en su función ya que nunca sabe cómo va a operar, qué tan presente o ausente estará, qué tan acertado o desatinado será su accionar y cuáles serán los efectos que tendrá sobre la subjetividad de su hijo, que solo se conocerán *a posteriori*.

Cabe aclarar que el padre siempre será un *referente presente* en la vida de todo sujeto, por las marcas positivas que posibilitan al hijo varón o por sus marcas negativas que dejan cicatrices de un daño psíquico, muchas veces irreversible.

2.7. La función paterna desde el Psicoanálisis vincular

Desde la clínica psicoanalítica de las configuraciones vinculares, Gutman y Gaspari (1996), partiendo de los conceptos de Berenstein (1996) profundizan sobre la noción de función paterna.

Para estos autores el lugar del hijo, es un efecto del interjuego de deseos de la pareja de los padres; la paternidad se funda en un acto de inscripción del niño como hijo, donde recibe un nombre: “(...) por este acto un hombre que se propone ‘padre’, deviene tal por el reconocimiento de otro autorizado que lo ‘dice’, que lo ‘ nombra’ ‘padre’ de ese niño” (Gutman y Gaspari, 1996, p. 130).

En esta aseveración es dable observar el peso de lo simbólico, del lenguaje en tanto nombra y de un ritual, que implica un “acto”, que en nuestra cultura acaece a partir de la inscripción en el registro civil; se registra que este niño –llamado, por ejemplo, Juan– es hijo de este hombre, llamado Juan Carlos Pérez. De esta manera se legaliza un vínculo paterno-filial a partir del cual el niño llevará el apellido del padre.

Este proceso tiene sus consecuencias en la subjetividad del niño, pero eso no implica necesariamente que tenga un padre desde el punto de vista psicoanalítico, pues ese Hombre tendrá que devenir, en tanto llegar a ser, padre de ese hijo y como todo lugar es dinámico, se puede perder y volver o no a recuperar.

Gutman y Gaspari (1996, p. 129) sostienen: “La función paterna será el articulador en la dinámica familiar del tabú del incesto”. De ello se desprende que el tabú del incesto es lo que separa la naturaleza de la cultura, permitiendo, además, articular la regulación familiar y el ordenamiento social, que se realiza a través de las cuatro interdicciones de la función paterna:

- 1- Al hijo: No te acostarás con tu madre.
- 2- A la mujer-madre: No reincorporarás tu producto.
- 3- A la mujer: No regresarás a quien fue tu dador.
- 4- A él mismo: No retendrás a tu hijo para ti.

Cabe recordar que Berenstein y Puget (1997) abordan la dimensión de lo intersubjetivo y lo transubjetivo²⁷, complejizando el análisis, al incluir la función Avuncular, que significa tío materno y que hace referencia a la función del dador de la mujer, presente en la tercera interdicción.

Este Avínculo puede tener dos posiciones: como testigo de alianza que favorece la exogamia y auspicia la operatoria de la función paterna, o como Baluarte narcisista que perpetúa la endogamia, favoreciendo el fracaso de la función paterna. En esta teoría el bien escaso era la mujer fértil, en la actualidad un varón productivo y deseante, dispuesto a formar una familia, puede considerarse un bien escaso.

Ahora bien, la cuarta interdicción –“No retendrás a tu hijo para ti”– alude al narcisismo del padre, en tanto detenta la posesión del hijo y de la hija. Aquí se puede encontrar una relación con la posición del *padre padrone* del patriarcado ancestral, que se sentía dueño y señor de sus hijos, pudiendo disponer de su destino.

Para Gutman y Gaspari (1996), la función paterna no está soldada al padre ni al hombre concreto sino que puede circular y ser ejercida desde otras posiciones, imprimiéndole particularidades a la dinámica familiar.

Esta cuarta interdicción implica, además, que para que exista exogamia, el padre tiene que renunciar al hijo varón y ceder a la hija mujer, para favorecer el intercambio. La endogamia familiar y el narcisismo paterno hacen que estos no sean procesos sencillos.

Retener al hijo varón tiene como efecto una marcada dificultad para realizar la separación, la discriminación sexual, trayendo aparejada una negación de la muerte, pues el padre se torna una figura dadora omnipotente y omnipresente. Este es uno de los rostros del padre en su posición de goce.

²⁷Berenstein propone un modelo de aparato psíquico como producto de un triple registro, organizado en zonas diferentes, que denomina *espacios psíquicos* y que refieren al tipo de representación mental que el yo establece con su propio cuerpo–*espacio intrasubjetivo*–, con cada uno o varios otros –*espacio intersubjetivo*– y con el mundo circundante –*espacio transubjetivo*–.

Fue Kafka (1952/2006) en “Carta al Padre”²⁸ –texto que considero que todos los analistas varones debemos leer –quien manifiesta en forma dramática y sufriente esa relación ambivalente, cargada de amor y odio, que se actualiza en la relación entre el hijo y su padre:

En aquel entonces hubiera necesitado un estímulo, pues en verdad ya me sentía reducido por tu aspecto físico. Recuerdo, por ejemplo, cuando nos desnudábamos en una caseta de baño. Yo falco, débil y angosto, tú, fuerte, grande y ancho. En esa caseta me sentía miserable y no solo frente a ti, sino ante el mundo entero, porque eres para mí la medida de todas las cosas. (Kafka, 1952/2006, p. 18)²⁹

El padre para el hijo opera como el referente principal, por semejanza o por oposición, por amor o por amor defraudado que se manifiesta en odio, pero siempre el padre es la medida de todas las cosas. En este sentido, siempre será la brújula hacia la cual el hijo dirigirá su mirada atenta, buscando orientarse en un camino posible hacia alguna forma de masculinidad.

Frank Kafka escribe un texto que está cargado de reproches y demandas de amor a un padre patriarcal que muestra cómo, desde esa posición absolutista, se trasmite la masculinidad de padre a hijo, cuando expresa que “(...) solo puedes criar a un niño como tú mismo has sido criado: con fuerza, alboroto e iracundia y esto te parecía más adecuado aún para el caso, ya que querías hacer de mí un muchacho fuerte y valiente” (p. 16).

Detrás de esta acusación se puede escuchar la impronta de la repetición, en la que el padre reitera un patrón, que vivió con su padre y ahora actualiza con su hijo, buscando además con su fuerza sofocar todo esbozo de debilidad feminizante, para hacer de su hijo un muchacho viril y valiente.

²⁸Escrita en 1919, como la mayoría de sus escritos, fue publicada póstumamente, en 1952.

²⁹ Quizás aquí subyace esa ligadura erótica de la que habla Gérard Pommier (2015), pues Kafka compara su cuerpo raquítrico con el cuerpo robusto y atlético de su padre.

Pommier (2015) toma el texto de la “Carta al Padre” de Kafka para ejemplificar que muchos varones prefieren odiar al padre como si éste los hubiera torturado, antes de reconocer el riesgo de feminización efecto de haber caído en el amor al padre seductor.

2.8. En nombre del padre, del hijo y del hombre

Un Dios se encuentra en lo real. Como todo real es inaccesible, esto se señala por lo que no engaña, que es la angustia. (...) Abraham se presentó allí por algo, Dios le dio un hijo, después le dio la orden de conducirlo hasta el lugar de una misteriosa cita, y allí el padre le ató las manos a los pies, como a un cordero para sacrificarlo. (Lacan, 1963/2011, pp. 92-93)

En este relato se puede observar que el acto del padre, Abraham, de ofrecer a su hijo amado Isaac como sacrificio aparece como una forma de responder a un imperativo de obediencia absoluta e incuestionable a un Dios padre omnipotente, haciendo de su hijo un objeto de goce, que evidencia el costado perverso del padre.



EL SACRIFICIO DE ISAAC. Caravaggio. 1601-1602

A su vez el padre es un “regulador del goce del hijo”; esto es, si el Nombre del Padre es insuficiente o falla en demasía, más expuesto está el hijo a la muerte, la que puede ser articulada con los tres registros: simbólica, imaginaria y real.

En la *muerte simbólica*, las fallas importantes en la inscripción del nombre del padre en el psiquismo del hijo, traen aparejada una pobreza simbólica, que hace que el hijo varón no cuente con los recursos simbólicos necesarios para hacer frente a las distintas exigencias del mundo externo.

El déficit simbólico puede estancarlo en un pensamiento concreto, lo que acarrea problemas intelectuales que le dificultan estudiar, haciendo un síntoma en esta área; se acomoda a esa masculinidad de tipo básica, concreta, mediocre, sin ambiciones y sin vuelo intelectual, que lo llevan a transitar una vida rutinaria, sin cuestionamientos existenciales, sin proyectos propios, con vínculos escasos y vulnerable a ser arrastrado por las masas. Este tipo de varón tendrá acotadas posibilidades de establecer vínculos profundos con su

mujer y con sus hijos, ya que su estrechez mental le impide transitar por esos caminos.

En la *muerte imaginaria*, el déficit del nombre del padre en tanto simbólico produce una restricción del registro imaginario en el psiquismo del hijo, lo que empobrece y entorpece los caminos por donde circula el deseo. Por ello, podrá generar una masculinidad temerosa, poco creativa y con una sexualidad pobre, estructurada y muchas veces inhibida por la escasez de fantasías, siendo estas las que constituyen el mar abierto por donde nada libremente el deseo.

En la *muerte real*, o lo real de la muerte, una falla importante del nombre del padre, deja abierto el espacio a la pulsión de muerte en sus variadas expresiones, desde el pasaje al acto en los homicidios, suicidios o accidentes aparentes que constituyen suicidios encubiertos, hasta las adicciones y las distintas enfermedades psicosomáticas que se instalan en el cuerpo del varón, a veces de modo permanente. Ello se produce por ir más allá del límite, ese límite que el nombre del padre como significante ordenador no pudo inscribir con eficacia, o lo hizo insuficientemente, en el psiquismo de su hijo.

Lo contrario de la muerte es la vida y el padre constituye la brújula que señala el norte en la vida de su hijo en tanto sujeto deseante.

La influencia del entorno sociocultural con la permanencia de algunos ideales de masculinidad hegemónica, dejan a los varones expuestos a exigencias innecesarias que compelen a la competitividad y al exitismo, cuyos altos niveles de aspiración pocas veces se alcanzan o se sostienen en el tiempo. Esto incita marcados niveles de frustración, aislamiento y soledad, circunstancias que propician la emergencia de las pulsiones tanáticas que se manifiestan en diversas formas de agresividad: hacia las mujeres, hacia sí mismo y hacia los hijos.

En la *agresividad hacia la mujer*, el varón proyecta su propia debilidad y allí la ataca. Esta violencia de género también aparece cuando se siente no aceptado, no amado ni deseado, es objeto de críticas y le muestran que no es necesario

económicamente. Muchas de estas mujeres toman decisiones autónomas, se autoabastecen porque trabajan, aman a otro hombre o simplemente deciden estar solas y prescindir del hombre.

Este escenario es vivido por algunos varones como una ofensa a su virilidad y una herida narcisística, que despierta una marcada agresividad que en muchos casos produce un pasaje al acto, asesinando a la mujer. Momento acéfalo de un puro real en el que irrumpe la cruda pulsión de muerte, sin que pueda ser acotada por el registro simbólico ni imaginario. La idea que comanda es: la mato y me mato en ella; desalojado de su subjetividad, pero con toda la responsabilidad subjetiva, que legalmente lo hace sujeto de sus actos. Al respecto, encontramos opiniones contrapuestas; por mi parte, sostengo que se debe tener en cuenta la responsabilidad del sujeto que realiza un acto.

La *agresividad hacia sí mismo* se puede manifestar en la adhesión a creencias religiosas, políticas o científicas, que funcionan como dogmas que enarbolan verdades absolutas e incuestionables, con el costo psíquico y vincular que ello supone, al no aceptar que otros piensen diferente. La autoagresión también se observa en los excesos y adicciones, muchas veces encubiertas o minimizadas en relación con el alcohol, el tabaquismo, las drogas, los psicofármacos, el exceso de trabajo, las conductas sexuales promiscuas y sin cuidados, la falta de controles médicos, la falta de adherencia a los tratamientos médicos y psicológicos, dificultades con la autoridad, lo que produce la pérdida del trabajo, conductas violentas en el tránsito o peleas callejeras, que constituyen formas de exponerse a graves riesgos y que con frecuencia constituyen una búsqueda inconsciente de autoagresión.

Esta *agresividad* también se manifiesta *hacia sus hijos*, sujetos vulnerables y débiles, con los que se suele actualizar “el horror de lo vivido”, cuando fueron niños, con sus propios padres.

Esta violencia hacia los hijos se despliega en el maltrato físico –que llega en ocasiones al filicidio –y/o psicológico en el que, con los golpes, se entremezclan amenazas e insultos degradantes.

Otra forma de violencia extrema y patológica es el abuso sexual, violación o la entrega de los hijos a un escenario de prostitución.

Los padres separados o divorciados ejercen una modalidad bastante común de violencia que consiste en utilizar a sus hijos como meros objetos de información, buscando conocer aspectos de la vida de su ex-mujer, con la finalidad de ejercer control, extorsionando a sus hijos con regalos, sometiéndolos en una escena de secretos y complicidad o haciéndolos sentir culpables del infortunio de su padre ubicado en el lugar de víctima.

Algunas veces, estos padres divorciados abandonan física, afectiva y económicamente a sus hijos, emigrando a otros lugares con paradero desconocido, o dibujan números con ingresos que no manifiestan o se declaran insolventes y desocupados como una forma de castigar a la madre de sus hijos, pero a sabiendas de que castigan también a sus propios hijos.

2.9. El efecto del castigo del padre, una lectura psicoanalítica

El ser objeto que causa el deseo en el Otro, es un momento necesario y constitutivo de la subjetividad, sobre todo del neurótico. Después el niño se corre de ese lugar, tomando su cuerpo como si fuera un objeto. Aquí aparece el onanismo, que primero puede tomar cualquier zona erógena –la zona oral, por ejemplo, en el placer del movimiento de succión–, luego esta actividad se centra en el pene significado como falo y pasa del lugar de ser el falo de la madre a tener el falo. Esta actividad que produce placer también genera culpa porque priva a la madre del falo que él era para ella. Este goce, según Pommier (2015), produce culpa y temor de la pérdida del amor de la madre. Por ello, se despierta la necesidad de castigo y es aquí donde aparece en escena el padre como fustigador, siendo sus golpes los que alivian la culpa de la masturbación.

Estos golpes no tienen que ser concretos; pueden surgir de la imposición de las normas, pues cada vez que un niño llora porque se le prohíbe algo, está recibiendo uno de esos golpes.

Pommier (2015, p. 115) sostiene: “De todo ello se desprende el engranaje articulado de los fantasmas fundamentales: el niño golpeado, el fantasma de seducción y el fantasma parricida. (...) Las tres fantasías están asociadas entre sí”. Cabe aclarar que al final de este circuito de fantasmas, el autor agrega la culpa y luego se reinicia nuevamente el circuito con el niño golpeado.

A veces los golpes son reales y aquí el castigo es vivido como la consecuencia de haber cometido una falta mayor, relacionada con el incesto.

Como ya lo afirmaba Freud (1919/1986) en “Pegan a un niño”, esta acción correctiva y fustigadora de parte del padre causa excitación en el hijo, generando el fantasma de seducción del padre, quien a través de sus palizas produce la erección del niño e instaura una corriente masoquista.

Esta violencia padecida por el niño de parte del padre, aunque sea erotizante, hace surgir las ansias de venganza, lo que pone en emergencia el fantasma parricida: matar y castrar a ese padre incestuoso, denuncia que sus golpes lo excitaban y lo seducían; por eso, hay que matarlo.

Este padre seductor divide al sujeto entre pasivo y activo, provocando una tensión entre lo masculino y lo femenino.

El varón trata de afirmar su virilidad reaccionando contra la seducción paterna y esto lo hace intentando seducir a una mujer, es decir, realizando en forma activa lo que él vivió en forma pasiva. “Lo pasivo o lo activo de la pulsión (autoerótica) transita de serlo a tenerlo, que luego se subjetiviza en la relación hombre/mujer” (Pommier, 2015, p.115).

De esta manera vemos que el varón busca repetir –en forma activa con una mujer– lo que él vivió en forma pasiva con su padre. “Un hombre amará a una mujer que se asemeje al personaje femenino que él fue para su propio padre

(...). Un hombre amar  a una mujer solo en la medida en que, tomando un atributo del padre, se muestre virilizada” (Pommier, 1995, p.177).

A partir de esta aseveración se puede pensar que el varón heterosexual elige a una mujer que posea un rasgo de su padre. En consecuencia, la elección va más allá de la clásica fórmula edípica, que sostiene que el varón opta por una mujer que responda al modelo de su madre.

Pommier plantea, además, que el erotismo masculino se caracteriza por la bisexualidad, en tanto es un momento genético inevitable de la sexualidad masculina causada por el amor al padre y que se relaciona con el polimorfismo perverso. “Amado será el hombre, aunque la mujer pueda provocar el deseo” (Pommier, 1995, p. 178).

De esta manera el autor plantea que un varón solo llegará a la heterosexualidad si pasa primero, como camino obligado, por la homosexualidad ya que inicialmente estará fijado en el amor al padre; luego, es necesario que el hijo perciba que el padre goza de su madre, constituyendo la causa del deseo del padre y recién después, podrá recibir las insignias de virilidad que lo harán imitar al padre. Se advierte, entonces, que la heterosexualidad es un proceso más complejo en el varón que en la mujer.

2.10. La Mirada del Padre y su incidencia en la masculinidad del hijo y la feminidad de la hija

Para ambos sexos el haber sido seducido por el padre, acarrea consecuencias distintas, pero tienen en común que ambos quieran luego seducir a otros.

Respecto de la masculinización del hijo, se ha observado que es necesario pasar indefectiblemente por la seducción del padre, donde se inscribe primero el fantasma del niño golpeado, fustigado por el padre, que produce un masoquismo excitante y homoerótico que es efecto de la seducción paterna; luego, aparecen las ansias de matarlo, fantasma parricida que surge no solo porque el padre es su rival en relación con la madre, sino porque primero fue

objeto pasivo de su seducción; finalmente, aparece la culpa y se renueva el circuito.

Todo este arduo proceso constituye la ambivalencia amor-odio que los varones manifiestan hacia su padre. En la conciencia se observa la alternancia entre el amor, admiración e idealización y momentos de odio, crítica despiadada y desprecio hacia ese mismo padre al que en otras ocasiones mostró un respeto venerable.

Probablemente sería beneficioso que un padre pudiese tolerar que este proceso se desplegara, sabiendo esperar, siendo cauteloso y prudente, controlando sus reacciones frente a la insolencias de su hijo –lo que implica que le ponga límites y que se los ponga a sí mismo–, aportando además una mirada posibilitadora sobre él, para que se vaya actualizando la potencialidad viril que hay en su hijo.

Al mismo tiempo, el padre tiene que tramitar la envidia que su hijo le despierta, que suele estar velada bajo el manto de su orgullo narcisista (“de tal palo, tal astilla”). Con frecuencia los padres envidian en sus hijos principalmente su juventud, su inteligencia, su cuerpo –muchas veces más espléndido y saludable que el suyo cuando era joven–; también, su sensualidad, su sexualidad impetuosa, atrevida y vigorosa, frente a la pérdida de su potencia y de su apetito sexual. Se trata, entonces, de otra ambivalencia: del padre hacia su hijo. En este sentido, “(...) el modo como el padre ponga en juego su propia falta contribuirá a tejer la trama del destino del sujeto” (Fryd, 2007, p.92).

Esta afirmación de Fryd nos remite a reflexionar sobre la importancia del padre como operador psíquico en tanto se presente como no-todo, como sujeto deseante, que tiene una causa que encausa su deseo; esto va a posibilitar una constitución subjetiva deseante en el hijo y en la hija.

Sabemos que el padre despierta en el hijo esos fantasmas masoquistas, de seducción erótica, parricidas y sentimientos de culpa. Si les sumamos la función paterna de implementar la ley del incesto –diciéndole al hijo: “no te acostarás con tu madre” y a la madre: “no reintegrarás tu producto” y a sí mismo: “no

retendrás a tu hijo para ti”, que se relaciona con ese efecto seductor y de dominación que ejerció sobre su hijo—, vemos que es muy difícil como padre no fallar en algunos de estos aspectos. Dichas fallas suelen tener sus consecuencias en la virilidad del hijo: “Si hay un cambio en la virilidad, este cambio será correlativo a la falla, a la debilidad de la función paterna, donde el padre no se ubica con su diferencia” (Fryd, 2007, p. 97).

Estos cambios en la virilidad del hijo puede ser variados: varones que necesitan afianzar su virilidad ejerciendo violencia y dominación sobre las mujeres —a veces mediante una conducta hipersexual compulsiva con diferentes mujeres—; otros muestran síntomas de impotencia en sus diversas presentaciones, los hay timoratos, sometidos y con compulsión al fracaso, que parecen haber quedado fijados en el masoquismo, sujetos crónicamente golpeados por las distintas circunstancias de la vida: mujeres infieles o violentas, hijos crueles o indiferentes, jefes tiranos y despiadados, compañeros de trabajo hostiles y descalificantes.

Otros efectos de la posición paterna pueden observarse en la bisexualidad y en la homosexualidad transitoria o permanente de algunos varones, las que —sin ser consideradas patologías —manifiestan su particularidad, como todas las formas de masculinidad que deben ser atendidas en el caso por caso.

El padre también tiene su incidencia en la hija, en la medida en que la mirada del padre es la que feminiza a la hija en tanto mujer, pues ejerce sobre ella ese efecto seductor intrínseco al lugar paterno.

Una mirada seductora del padre que promueve los encantos de su niña produce en ella un efecto fascinante por lo que se volverá hiperfemenina y seductora; ello se refuerza cuando el padre se muestra celoso de cualquier joven que se le acerca, como si su hija fuese su mujer. Es que, en realidad, es “su mujer”, la mujer que hay en él, su feminidad inconscientemente reprimida que se encarnó narcisísticamente en su hija. No obstante, cabe aclarar que también se juegan los deseos incestuosos hacia ella.

Esto tiene un costo para la hija, pues dirá Pommier (2015) que la niña que sigue siendo la mujer del padre, nunca podrá ser la mujer de otro hombre:

El exceso de feminización de una “mujer toda mujer” la lanzaría a una pasividad completa respecto del padre y la joya marcada por esta ultra feminidad es la frigidez siempre próxima al suicidio (...).Esta feminidad total fascina al mismo tiempo que provoca rechazo en diferentes grados. (Pommier, 2015, p. 93)

Suele acontecer también que el padre no mire a la hija o le sea indiferente; entonces, la niña perderá el interés de elaborar su femineidad y puede tomar el camino de la virilización. Dicho camino, en algunos casos, puede llevarla al lesbianismo si la madre la sedujo en lugar del padre; en otros, seguirá siendo heterosexual pero andrógina y masculinizada a condición de que elija varones feminizados. “De tal suerte que lo excitante de la relación llega a ser probar cuál de los dos amantes es el hombre y esto constituye una solución a las angustias de la bisexualidad” (Pommier, 2015, pp. 116-117).



LA CARIDAD ROMANA. Antonio del Sola

Están también esas hijas que, sin ser hiperfemeninas, permanecen enamoradas de su padre, incapaces de poder percibir en él un error, ya que siempre tienen una respuesta para justificar a ese padre idolatrado, frente al cual ningún hombre puede competir. Muchas de estas hijas renuncian a su sexualidad, a sus proyectos personales y se transforman en acompañantes y cuidadoras incondicionales de estos padres hasta su última morada, funcionando como verdaderas Antígonas.



Edipo y Antígona: Ribelles Felipe (1775)

De lo expuesto se desprende el peso que tiene la mirada del padre sobre los hijos.

Muchas mujeres y hombres hacen elecciones “terribles” de pareja en cuanto a lo patológico, cargadas de hostilidad, pérdidas e infortunios como una forma inconsciente de castigar al padre. Cabe, entonces, la pregunta: ¿por qué habría que castigar al padre de ese modo?

Las respuestas pueden ser diversas; por ejemplo: porque no respetaste mi alteridad, solo proyectabas tu narcisismo en mí; porque me abandonaste; porque me exigiste sin considerar mis deseos y mis limitaciones; porque me sobreprotegeste, acentuando mi inseguridad y mis dificultades de adaptación; en definitiva, porque no me diste las herramientas para poder ser y elegir en la vida. Los motivos se sintetizan, entonces, en el hecho de que la paternidad está atravesada por la inconsistencia, que hace que en ocasiones pueda sostenerse o caerse de esa posición. Esta inconsistencia hace oscilar entre la debilidad, el abandono y el autoritarismo, por un lado y la protección, el afecto y la contención, por el otro.

2.11. El deseo de ser padre

Para algunos autores, como Pommier (2015), el deseo de tener un hijo implica el deseo de duplicarse, de “hacerse de” un clon narcisista. A partir del fantasma del parricidio, aparece el deseo de un hijo como una forma de saldar la deuda con el padre al que se le deseó la muerte.

Desde la perspectiva transgeneracional, el hijo viene a intentar pagar una deuda en relación con sus abuelos, ya que el padre intenta purgar el ansia amorosa e incestuosa con respecto a su madre y a su vez, pretende saldar la deuda con ese padre incestuoso que lo erotizó y que, por eso,=condenó a muerte. “Creo que hay un punto que sí es transhistórico, lo que Bettelheim llamó ‘los niños del sueño’, y consiste en la idea de que los hijos vienen a reparar las imposibilidades de sus progenitores” (Bleichmar, 2014, p. 133).

En la citación precedente se puede advertir que una de las causas inconscientes que llevan a un hombre a querer tener hijos, es la búsqueda de reparación, pues en el vínculo paterno-filial siempre se produce un daño que afecta a ambos y que se relaciona directamente con la ambivalencia amor-odio, constitutiva de este vínculo, que expresa el deseo parricida por parte del hijo y el deseo filicida por parte del padre, que se suceden de una generación a otra. De ahí la búsqueda del hijo para que repare en el aquí y ahora lo que fue dañado y velado allá y entonces.

Desde esta perspectiva considero que uno de los avatares que tiene que atravesar un varón para acceder a la paternidad, es transitar el duelo del vínculo que tuvo con su padre, de lo que pudo tramitar y de lo que quedó como resto, a veces inaccesible –al que quizás pueda tener algún acercamiento al abordarlo en un análisis personal–.

En algún lugar el fantasma omnipotente de la procreación, o de la crianza de los hijos, que tiene que ver con tener hijos para librarlos de los males que padecemos y no hay nadie que no críe a los hijos

–salvo patologías– tratando de no hacer las barbaridades que hicieron las generaciones anteriores. Haciendo otras, no importa, pero tratando de no hacer aquellas cosas que hicieron con él.
(Bleichmar, 2014, p. 133)

En esta afirmación de Silvia Bleichmar, se manifiesta nuevamente una ilusión reparadora, que busca subsanar las heridas sufridas en aquella relación paterno-filial; de esta forma, el sujeto en posición de padre, tratará de evitarle al hijo los sufrimientos que experimentó en su historia con sus propios padres.

Sin embargo, en otras ocasiones, la compulsión a la repetición insiste y ésta lo lleva al padre –por acción u omisión– a la repetición. Recordemos que desde el psicoanálisis se sostiene que se repite lo que no se elabora; de ahí la importancia de que cada padre se interpele así mismo cada tanto: ¿Qué estoy haciendo con mi hijo? Pregunta que actuará como un regulador del vínculo padre-hijo y que se multiplica en otras preguntas ¿Qué estoy haciendo como padre?, ¿qué pretendo de mis hijos?, ¿qué quiero transmitirles?, ¿por qué actué de esta manera?

Estos interrogantes atañen a lo que se denomina “responsabilidad paterna”: un sujeto que pretende sostener su lugar de padre debe ser responsable, en tanto sus actos tienen consecuencias directas o indirectas sobre sus hijos. Esta necesidad de “responder” va más allá de la moral y las buenas costumbres, pues se trata de una implicación ética que lejos está de ser kantiana, pues sabemos que el lugar del padre no es un trono firme y seguro, sino que está impregnado de caídas y recuperos.

2.12. ¿Qué envidia el varón?

Freud, en “Análisis terminable e interminable” (1937-39/1986), plantea que el obstáculo para la cura es lo que él llama la *roca viva*, que sería el temor a la castración en el hombre y la envidia del pene en la mujer.

El psicoanálisis de género cuestiona esta posición por considerarla propia de una masculinidad hegemónica falocentrista, heteronormativa, homofóbica, dominante, violenta y competitiva, derivada del patriarcado, desde donde se sostiene que la envidia del pene es muchas veces más visible en los varones que en las mujeres.

Son los hombres los que envidian y desean el pene de otro hombre en tanto falo, lo puesto en valor, pero no de cualquiera, solo de aquel que detenta las características de la masculinidad hegemónica, fálico-narcisista, centrada en el poder y el control.

Por lo general, en el varón tiene mucho peso la pulsión escópica, pues el hombre mira el pene de otro hombre, la mirada es la brújula del deseo, metaforizada y desplazada en el brillo fálico que detentan algunos varones, que se muestran con mujeres bellas, exitosos profesionalmente o en el área deportiva, ostentosos de sus medios económicos, consistentes intelectualmente y que, además, ocupan lugares de poder; por eso, son envidiados.

Es importante destacar que estos varones envidiados son solamente meros representantes del padre, aquel que según Pommier (2015) erogenizó y sedujo el cuerpo del niño, como parte del proceso de masculinización; el hijo espera, entonces, que el padre le entregue las insignias, los dones, que lo hagan un varón “dotado” para poder brillar fálicamente en el mercado de los sexos.

Ahora bien, este proceso de masculinización es siempre inacabado; por ello, el hijo se siente frustrado por este padre, emergiendo el fantasma parricida y la consecuente culpa que genera, hasta que con los años, en el mejor de los casos, se dé cuenta de que el padre no da porque no quiere, sino porque no

tiene o porque no sabe ni puede, es decir que el hijo pueda ir aceptando la castración y la inconsistencia del Otro.

Así como la teoría psicoanalítica habla de la envidia del pene en la niña, refiere también a la envidia de los varoncitos de la capacidad femenina de embarazo, parto y lactancia. Freud (1911/1986) lo menciona en el caso Schreber, pero allí se trata de una psicosis.

Meler (2009) señala que Melanie Klein, Emilce Dio Bleichmar y Chodorow, sostienen que el niño debe realizar un duelo por no poder ser madre, proceso que acaece a través de la sublimación y el deseo de penetrar y explorar el cuerpo materno, que daría lugar a la pulsión epistemofílica con fines útiles para la sociedad.

Es interesante observar que muchos hombres experimentan el síndrome de Couvade, que significa incubar, síndrome descrito por el Dr. Arthur Brennan (cfr. Brennan et al., 2007) que localiza en los países desarrollados. Señala que un 80% de los varones, cuando sus esposas están embarazadas, manifiestan síntomas de embarazo empático, que consisten en aumentar de peso, tener mareos, náuseas y vómitos.

Considero que la descripción precedente es compatible con un síntoma histérico, producto de una identificación con la mujer embarazada, efecto de un fantasma inconsciente de índole bisexual; equivaldría a preguntarse: ¿Por qué ella puede estar embarazada y yo no?

Román Lafont (2009) refiere a un caso de lactancia masculina; relata la experiencia de un hombre, llamado Don Francisco Rodríguez, quien en 1823 adoptó una niña en Cuba. La historia cuenta que, como la niña recién nacida lloraba tanto cuando don Francisco se ponía a trabajar, la alzaba; "(...) al estar en contacto con el torso desnudo del padre, por un mecanismo innato (el reflejo de búsqueda u hociqueo), la niña se prendía a la tetilla (...); después de varios días estos estímulos lograron que las mamas del hombre comenzaran a producir secreciones lácteas" (p. 141); así, la amamantó hasta los dos años.

También en la página web de una ONG dedicada al debate de temas de género (“Radialistas”), el artículo “Leche paterna”³⁰, de agosto de 2011, da cuenta de la historia de un hombre de Sri Lanka que enviudó y tuvo que amamantar a su bebé. Aquí se sostiene que el varón cuenta con las glándulas mamarias desarrolladas pero inactivas y que, cuando los pezones son estimulados debidamente, se activa la hormona de la prolactina, produciendo leche paterna. Se afirma que la lactancia masculina contribuiría a generar un vínculo más fuerte entre el padre y sus hijos, lo que plantea, junto a las nuevas formas de procreación, un cambio en el rol de género en la crianza de los hijos.

Desde mi perspectiva, considero que otro de los avatares que debe atravesar el sujeto para ser padre es elaborar el **duelo** de no poder engendrar en su cuerpo un hijo, ni engendrarse a sí mismo (ello lo hace “no- todo”), lo que trae como consecuencia lógica reconocer una alteridad: que está en este mundo gracias a otros, sus padres y que para reproducirse necesita de otro cuerpo y que ese cuerpo es de una mujer, que causó su deseo.

Alizade (1993) conceptualiza históricamente cómo los hombres fueron descubriendo el cuerpo femenino en su capacidad reproductiva, pues desde que el hombre está en el mundo observó que un grupo de humanos transformaban sus cuerpos cada tanto, se les agrandaba el vientre y, después de dejar salir sangre con expresiones de gritos, dolor y jadeos, emergía de ese cuerpo un pequeño humano. La autora sostiene que la gran incógnita de la humanidad fue la creación y que esta contribuyó a un imaginario reproductor que se depositó en esos sorprendentes vientres *femeninos* portadores de niños.

Las nuevas formas de procreación –ovodonación, criopreservación, alquiler de vientre, etc.–, a las que ya hicieramos referencia, pueden aparecer como intentos renegatorios de esta imposibilidad estructural de los varones. Estrategia a veces perversa que cosifica a los actores en cuestión, pues tejidos, células, alquiler de vientre y material genético circulan como partes necesarias, con valor de mercancía, para que la ciencia médica reproductiva responda a la

³⁰<https://radialistas.net/article/leche-paterna/>

demanda del varón que dice: “Quiero un hijo sin tener relaciones sexuales con una mujer”. Esta ilusión se ve aún más reforzada cuando algunos hombres expresan el ferviente deseo de tener un hijo varón.

Autoras como Evelyne Sullert (Sullert, 1993, en Meler, 2009, p.187) señalan que algunos padres se sienten renacer cuando tienen un hijo varón y también sienten que han revivido a su propio padre. Estos sentimientos pueden estar asociados a la necesidad de reparación de la cicatriz abierta, todavía doliente, del vínculo con su padre; también se puede relacionar a la necesidad de continuidad narcisística del propio linaje, que en muchos casos es remarcada como imperativo de continuar el apellido, que “no se pierda”, que no muera; una manera de desmentir la muerte que, a su vez, no deja de ser una manera socialmente naturalizada de afianzar el nombre del padre, como significante que le sirve de punto de referencia y de pertenencia desde el cual hace lazo social.

2.13. El padre soltero

Muchos varones son discriminados cuando deciden tener hijos solos, por ovodonación, alquiler de vientre o adopción. Cada vez son más casos de varones que optan por esta configuración familiar denominada *monoparentalidad*.

Los prejuicios y críticas que se manifiestan en nuestra cultura hacia este tipo de paternidad, tienen que ver con que, en el imaginario social, la crianza de los hijos por parte de la madre es concebida como “natural”, no así por parte del varón. Como se sabe, no hay nada de natural en la filiación, pues no hay instinto materno ni paterno en que basarse.

¿Qué sucede con esos varones que quieren ser padres sin pasar por el encuentro sexual con una mujer, sin pagar el alto costo para algunos de enfrentarse al deseo y al goce femenino?

Algunos viven una clara posición homosexual y no quieren verse privados de la experiencia de tener un hijo. Otros son heterosexuales, pero tienen serias dificultades para sostener un vínculo gratificante y estable con una mujer. Aquí la ciencia, con las nuevas formas de procreación, aporta una respuesta a varones solteros homo o heterosexuales que quieren ser padres y les asiste el derecho a serlo.

Al respecto, caben dos preguntas: 1) ¿Por qué estos varones toman la decisión de ser padres solos?; 2) ¿Por qué no acceder a esta posibilidad si es su derecho?

Considero que el deseo del hombre de tener un hijo, está estrechamente asociado a la necesidad de afianzar su masculinidad, su narcisismo, su fertilidad, su potencia sexual, su necesidad de trascender, de reparar inconscientemente lo que fue dañado allá y entonces en su propia experiencia como hijo, de paliar su soledad y de no sentirse excluido socialmente de la posibilidad de ser padre.

En relación con el por qué no acceder a esta posibilidad si estos hombres son sujetos de derecho y como tales, tendrían derecho a ser padres ,dado que en la actualidad ello no está claramente regulado (cfr. Fernández, 2015), los que pueden buscar respuesta en otros países.

En esta problemática, la premisa indiscutible es “el bien superior del niño”: un niño necesita ser amado y cuidado, lo que puede hacer un padre soltero. No obstante, es importante acercarnos a las motivaciones inconscientes que llevan a un varón a tener un hijo solo y su grado de salud mental, análisis igualmente válido para los casos de adopciones hetero u homosexuales o de hijos biológicos de parejas heterosexuales.

Recordemos que un padre es un sujeto, que realiza el acto en posición de amo, de tomar a ese niño, nombrarlo y reconocerlo como su hijo, comenzando a entramar un tejido simbólico, basado en el amor, el cuidado y el respeto por la alteridad de ese hijo.

Ello es posible cuando el padre puede cumplir su función y está atento al acecho de un fantasma filicida, lo que logra haciendo una renuncia pulsional, evitando tomar a ese hijo como objeto de goce, como un fetiche cosificado, que viene a “taponar” su soledad y a darle un sentido a su vida.

Cuando un padre puede tramitar esos cuestionamientos, cualquiera sea su género, su orientación o su estado civil, se preserva la dignidad subjetiva del hijo.

Desde el psicoanálisis se sostuvo que la función del padre es la de realizar un “corte” entre la madre y el hijo, para que este no quede fijado en el lugar del falo de la madre. Sin embargo, es importante tener en cuenta que este corte también lo debe realizar el padre en su vínculo con su hijo, posibilitando de esta manera una subjetividad autónoma, con mayores grados de libertad. Se instala por esta vía una **singularidad** que le da características específicas al vínculo que se va desarrollando entre ese padre y ese hijo, que será cualitativamente distinto del que establece con otro hijo o hija.

Para terminar este apartado, tomaré las palabras de una de las pacientes pioneras del psicoanálisis, Ana O: “Si hubiera justicia en este mundo, esa sería que las mujeres hicieran las leyes y los hombres trajeran los niños al mundo” (Berta Pappenheim, Frankfurt, 1922, en Foulkes, 1993, p.25)...

2.14. El Padre es No-Todo

1. El hombre, en cuanto Padre, tiene que dar prueba, en un momento dado, de que posee cabalmente aquello de lo que todo hombre está desprovisto.

2. El Padre, en cuanto hombre, nunca puede aportar otra prueba que dar aquello de lo que está desprovisto. (Dor, 2004, p.32).

Este objeto del que se está desprovisto, en cuanto se lo cree tener y por lo tanto se teme perder, es el falo, considerado el significante de la falta y por ende, del deseo, pues en la realidad nadie lo tiene ni lo es.

Esta afirmación del padre no-todo, es derivada de la lógica de la sexuación de Lacan, en la que el “no-todo” está del lado femenino y puede ser pensado también del lado masculino, pues allí solo uno le dice “no” a la castración. Y es el padre de la horda primitiva. Este Padre no-todo, permite diversas posibilidades de lectura

El padre es no-todo padre, ya que a veces puede funcionar como la madre del niño, como hermano, como abuelo o como hijo de su hijo.

En el primer caso encontramos a esos padres “maternizados”, no porque realicen tareas domésticas, sino porque suelen tener marcadas dificultades para poner límites al deseo materno, a mujeres omnipotentes y fálicas a las que admiran o temen, pero terminan sometiéndose como un hijo más. Es aquí donde el padre aparece como hermano de su hijo, en una situación de simetría y en ocasiones de rivalidad fraterna, luchando por obtener un lugar de privilegio frente a la mirada de esa madre todopoderosa.

Otras veces, padres significativamente mayores que sus esposas –algunos solterones crónicos que se emparejaron tarde u hombres que vienen de segundas o terceras nupcias– de pronto se encuentran con hijos pequeños que podrían ser sus nietos o, inclusive, tienen nietos de similar edad. Estos padres mayores funcionan muchas veces como abuelitos de sus hijos: a veces dándoles todos los gustos, sin poder decirles “no”; otras veces mostrándose viejos y cansados, sin mucha energía para seguirles el ritmo a esos pequeños revoltosos.

También conocemos los padres que funcionan como hijos de sus hijos, hombres débiles y timoratos, que así como se someten a su mujer, se someten a este hijo que muchas veces funciona como un déspota tirano.

- *El padre es no-todo varón*, pues siempre tiene un costado femenino, que suele ocultar detrás de una posición patriarcal, machista y autoritaria. Dicho costado con frecuencia aparece a través de arrebatos femeninos, posiciones seductoras desde donde busca llamar la atención, ataques histéricos y

representaciones escénicas innecesarias. Cabe recordar que el padre en tanto varón, ha tenido que tramitar su masculinidad atravesando la femineidad que es intrínseca a este proceso.

Esta feminidad puede aflorar en manifestaciones positivas, como la empatía con su hija, la calidez y la ternura con su hijo, la transmisión de la valoración de lo estético y el cuidado de la imagen y del propio cuerpo, tan asociado en nuestra cultura al género femenino, aunque esta postura ha ido cambiando.

- *El padre es no-todo adulto*, porque muchas veces funciona como un niño, caprichoso, berrinchero, inseguro y dependiente afectivamente, rompiendo la diferencia generacional con su hijo. Hay padres que presentan el síndrome de “Don Fulgencio”, el hombre que no tuvo infancia, el que si bien muestra un aspecto positivo, porque torna lúdico y divertido el vínculo con su hijo, otras veces presenta una faceta paterna cargada de inmadurez, ingenuidad e inconsistencia, que no es lo que un hijo demanda de un padre. Además, cabe recordar que para Freud en el adulto siempre quedan vestigios del niño polimorfo perverso que fue.
- *El padre es no-todo racional*, ya que suele reaccionar con impulsividad, inadecuación y con conductas descontextualizadas, en las que emana una emocionalidad discordante, que manifiesta fallas en su lógica, que deja a su hijo en un estado de cierta vulnerabilidad y desconcierto, pues no sabe cómo puede reaccionar este padre impredecible.

La contrapartida positiva de esta posición no racional, es que muestra un padre desestructurado, que se habilita a sí mismo y habilita a su hijo a sentir y a expresar sus sentimientos y emociones pero en contacto con la realidad, inaugurando un espacio de contención mutua, donde no solo el padre contiene al hijo pues, muchas veces, los padres necesitan ser contenidos por sus hijos.

- *El padre es no-todo sano*, dado que evidencia en diferentes áreas de su subjetividad algo de lo enfermo, física o psíquicamente, que impacta fuertemente en la subjetividad de sus hijos, pues lo muestra vulnerable y

necesitado. Muchos hijos toman una postura negadora de esta situación, porque necesitan albergar en su interior esa imagen paterna todopoderosa.

- *El padre es no-todo exitoso*, aun aquellos padres que se esfuerzan celosamente por sostener una posición encumbrada de poder y brillo fálico, se muestran fracasados, impotentes e ineficaces para resolver, con solvencia, situaciones cotidianas que lo atañen y quedan expuestos frente a su hijo como carentes de recursos adaptativos ante las diferentes circunstancias.
- *El padre es no-todo sapiente*, pues no son raras las veces en que este padre aparece sin respuestas frente a las preguntas de su hijo o con respuestas bizarras o erróneas. Sabemos desde el psicoanálisis que si hay algo que ama el neurótico es el saber y desde pequeño necesita depositar en un otro ese saber y qué mejor que la figura de un padre para encarnarlo. Este proceso de idealización marca el camino del amor del hijo hacia el padre, pero –como el padre carece de un saber absoluto– sobreviene la desilusión y en ocasiones el odio y la descalificación porque se siente defraudado. Lacan señala que “(...) el verdadero sentido de la paternidad implica un no-saber acerca de la naturaleza de la generación, es decir, acerca de la relación paterno-filial” (Lacan, 1973, Sem.11, p.224).
- *El padre es no-todo deseo*, un padre deseante está atravesado por la falta, que es la que instaura el espacio para la búsqueda, poniendo en movimiento el deseo. Esta versión del padre es la que estimula que el hijo sea un sujeto deseante, si el padre lo habilita para ello. Pero, en todo padre hay un costado oscuro relacionado con el goce, que hace de este padre en ocasiones un ser siniestro, que toma a sus hijos como objetos o meros instrumentos, despojándolos de su subjetividad deseante. Este es el costado perverso del padre, caracterizado por el narcisismo tanático, que le impide respetar la alteridad y dignidad subjetiva de su hijo.

El varón cuando es padre en ocasiones suele actualizar lo peor, lo ominoso (Freud, 1919, vol. XVII), lo que conforma lo familiar inquietante, que se traduce en los aspectos sádicos, eróticos y masoquistas, que fueron reprimidos en la relación con su propio padre y que se actualizan en el vínculo con su hijo varón, donde se manifiestan mociones homosexuales reprimidas, pues se corporiza imaginariamente el clon narcisista, presentificando la seductora imagen del niño polimorfo perverso que el mismo fue.



Saturno devorando a su hijo. Rubens (1636)

Como defensa de esta situación, puede aparecer el costado sádico del padre, que con una actitud de exigencia y la imposición de límites correctivos, encubre el maltrato físico y psicológico que muchas veces bastardea la subjetividad del hijo.

En relación con su hija mujer rechaza y agrede en ella sus pulsiones incestuosas y sus aspectos femeninos no aceptados en él y también proyecta en ella lo no tramitado con otras mujeres significativas en su historia –lo vivido con su madre, abuela, hermanas y esposa–. De esta manera, esa pequeña Antígona carga sobre sus hombros la “mochila” de su padre, generándose así

un vínculo sufriente comandado por el goce de cada uno, pues se trata de un goce intransferible e incognoscible.

- *El padre es no-todo Amo*, amo en tanto padre idealizado, un ser sublime y superior caracterizado por la capacidad de poner y sostener los límites a su hijos, esposa y así mismo. No obstante, en la dialéctica hegeliana aparece el esclavo, posición que también a veces ocupa el padre. Aquí el padre le muestra al hijo que es esclavo de: la avaricia, del trabajo, de una ideología religiosa, científica o política a la que adhiere en forma irracional y dogmática sin posibilidades de cuestionamiento. También puede mostrarse esclavo oral: del cigarrillo, del alcohol, de la comida y de las drogas. Esclavo de la promiscuidad sexual, del juego compulsivo o de un deporte de riesgo.

El Padre es No-Todo, pero a su vez es un poco de todo esto. Teniendo en cuenta que en el inconsciente no existe el “no”, el padre para el hijo es todo, pues es un padre idealizado; por eso, el odio y el autocastigo como una forma de castigar al padre, cuando se muestra castrado, impotente y sin respuestas. Esto es, la paternidad está signada por la “inconsistencia” que es más difícil de tolerar que la castración del padre, según queda de manifiesto en la siguiente afirmación de Fischman y Hartmann (1995, p. 68):

(...) la inconsistencia, que es aquello que hay de radical en la barra sobre la A mayúscula, enfrenta al sujeto a una soledad de difícil consuelo; el Otro no puede dar cuenta de todo lo que dice o hace, porque, incluso, puede ser que ni sepa qué, y cómo, lo dijo e hizo.

2.15. Las carencias paternas

El desarrollo precedente revela que ese padre-no todo es un padre en falta, un padre carente, incompleto, pero de cuya carencia en sí difícilmente podremos dar cuenta. “En lo que se refiere a la carencia del padre, quisiera simplemente hacerles observar que nunca se sabe de qué carece el padre” (Lacan, 1957 - 58/1999 Sem. 5, p.172). Es una de las aristas de lo real del padre, lo imposible

de saber, un saber que se hace inaccesible al hijo pero que tiene incidencia en su subjetividad.

Por ello, muchos hijos “tapan” de diferentes modos esta carencia paterna: la niegan, interponen un velo para no ver, idealizan al padre, encarnan esa carencia, esa falta en sí mismos a modo del histérico que se identifica con ese padre carente e impotente para seguir sosteniéndolo en algún lugar como todopoderoso y completo.

Otra forma de velar la carencia en el padre es la agresión abierta o asolapada, con críticas lapidarias o subestimaciones que van de la ironía a la indiferencia, pasando muchas veces por la agresión física que, además de expresar un franco deseo parricida, es una forma de castigar a un padre castrado, manifestando de esta manera su férrea resistencia a aceptar que el padre es carente.

Hemos ido aprendiendo con lentitud (...), ahora estamos en el otro extremo, preguntándonos por las carencias paternas. Están los padres débiles, los padres sumisos y los padres sometidos, los padres castigados por la mujer y, finalmente, los padres lisiados, los padres ciegos, los padres patituertos (...). (Lacan, 1957-58/1999, Seminario 5, p.171)

Lacan aclara que es necesario hacer una diferenciación:

La investigación falla no a causa de lo que encuentra sino a causa de lo que busca. Creo que el error de orientación es el siguiente: confunden dos cosas que están relacionadas pero no se confunden, el padre en cuanto normativo y el padre en cuanto normal. Por supuesto, el padre puede ser muy desnormalizante si el mismo no es normal, pero esto es trasladar la pregunta al nivel de la estructura –neurótica, psicótica– del padre. Así, la normalidad del padre es una cuestión, la de su posición normal en la familia es otra (...), Hablar de su carencia en la familia no es hablar de su carencia en el complejo. (Lacan, 1957 -58/ 1999, Sem. 5, p. 173)

Respecto de la normalidad del padre, Freud (1905/1976 vol. VII, p. 204) afirmaba: “Los padres neuróticos tienen caminos más directos que el de la herencia para transferir su perturbación a los hijos”.

Si se parte de la premisa que no existe la normalidad y por lo tanto, tampoco existen padres normales, queda claro que los padres pueden tener, en distintos momentos y bajo diferentes circunstancias, funcionamientos neuróticos, psicóticos y perversos, más allá de su estructura psíquica, que impactan de particular modo en cada hijo y en cada momento de su vida.

De esta manera, cada hijo-hija va a formarse un registro distinto de una misma conducta del padre, que hace referencia a cómo irrumpen e impactan en el psiquismo de cada uno estas carencias paternas, dejando distintos grados de huella: en algunos quedan como heridas crueles abiertas y sangrantes que permanecen doliendo a lo largo de la historia; en otros hijos, estas huellas podrán ser resignificadas y capitalizadas como material constructivo de su masculinidad siempre y cuando se pueda aceptar lo que Lacan llama la *castración del Otro*, que encarna el padre. “El padre, el Nombre del Padre, sostiene la estructura del deseo junto con la de la ley –pero la herencia del padre, Kierkegaard nos la designa: es su pecado” (Lacan, 1964/1995 Seminario 11, p. 42).

Se puede concluir, entonces, que es imposible que el padre no transmita “algo de su pecado” a su hijo; siempre hay una herencia psíquica. Lo importante es que este hijo pueda cuestionarse *qué le fue transmitido* a modo de marca paterna, con la que tendrá que luchar para evitar repetir o que tomará como insignia identificatoria (que le delegó el padre) puesta en valor, para apostar con estos recursos simbólicos a elegir e inventar, no sin tropiezos, a modo de ensayo y error una nueva forma de ser varón y padre.

2.16. El amor del padre y el amor hacia el padre

El amor de los padres no siempre está presente y cuando está, puede darse en diversos grados:

1. *Los padres pueden no amar a su hijo/a y demostrárselo.*
2. *Los padres pueden no amar a su hijo/a y ocultárselo.*
3. *Los padres pueden amar a su hijo/a pero no darle señales de ese amor, que sería, por ejemplo, hacerle pequeños regalos y, sobre todo, dirigirle palabras cariñosas que declaren ese amor (los regalitos a veces intentan reemplazar la palabra, con lo que se recae en el caso 2).*
4. *En un grado superior, los padres pueden amar a su hijo/a y mostrarle signos de ese amor.*
5. *También pueden amarlo, mostrarle signos de amor, pero impedir el contraamor, prohibiendo las actividades fuera de la familia.*
6. *Por último, pueden amarlo, mostrarle signos de amor y autorizar la acción exogámica (el paraíso).*

En función de estas seis posibilidades, se produce una fijación más o menos intensa en la estructura, vale decir, una inhibición mayor o menor de la acción. (Pommier, 2015, p. 195)

El amor del padre es reusable, condicional en tanto selectivo, es decir, un padre puede amar a un hijo o no amarlo, otras veces puede ofrendar su don de amor a un hijo y no a otros y ese amor será efectivo solo bajo ciertas condiciones.

A veces, ello marca la diferencia con el amor materno que culturalmente está teñido, por lo general, de un manto de incondicionalidad, si bien es cierto que no se ama a todos los hijos de la misma manera; también una madre puede no amar a su hijo:

Un padre puede amar a un determinado hijo y la madre puede, al mismo tiempo, no amar a ese hijo, (...). El resultado dependerá de una relación de fuerzas y ninguno suple al otro. El amor del padre no sucede al amor de la madre, sino que puede ser o no contemporáneo. (Pommier, 2015, p. 197)

Parece ser que un hijo para ser “amable” en tanto digno de ser amado por el padre, deberá cumplir con ciertas condiciones implícitas e inconscientes, que se relacionan con acceder a ser el depositario de ciertos ideales y mandatos paternos, originados en el narcisismo paterno y en la trasmisión y pertenencia a un linaje.

Estos mandatos e ideales narcisísticos conllevan incrustado el malestar de la sexualidad, encubierto a través de las insignias de virilidad, que incluye en muchos casos la hegemonía masculina, el exitismo y la productividad. También transmiten la posición y los puntos oscuros que este padre desarrolló en su vínculo con las mujeres; entre ellas, su propia madre, su hermana o amiga y la madre de su hijo. Además, comunican las marcas positivas y negativas que se inscribieron en él, como hijo frente a su propio padre, donde aparece el vínculo ambivalente de amor-odio, bajo el cual yacen deseos parricidas y eróticos reprimidos.

Todo eso transmite un padre: pulsión de muerte, bajo la forma de mandatos imperativos que inhiben y paralizan; sus fracasos, que empujan al hijo a circuitos de repetición donde enajena su subjetividad; pero, también, ideales posibilitadores y productores de subjetividad masculina, que le permiten al hijo abrir nuevos caminos por donde realizarse parcialmente como sujeto deseante, abriéndose a la incertidumbre de descubrir nuevas formas de ser varón.

Ahora bien, ser elegido por el amor del padre no es sin consecuencias, como tampoco lo es no ser amado por él.

Algunos hijos no amados por el padre caen en un funcionamiento melancolizado, con compulsión al fracaso y a ser rechazados por los demás ya que se identifican con un resto o un desecho, pudiendo encontrar la muerte en adicciones y otras conductas autodestructivas –le gritan al padre: “Esto es lo que hiciste de mí por no amarme”–.

Otros hijos no amados por el padre asumen una posición desafiante de superación y competencia, llegando a triunfar sobre él y –al matarlo

simbólicamente— despliegan ese deseo parricida que fue el motor de esa venganza por su desamor. En estos casos se puede observar dos destinos posibles: desde esa posición triunfante castigan al padre con el odio, el olvido y la indiferencia o se transforman en cuidadores y proveedores económicos y de atenciones de estos padres abandonados, pasando a funcionar como el padre de su padre ubicado ahora en el lugar de hijo débil y vulnerable —equivaldría a decirle: “Yo te voy a enseñar cómo se ama a un hijo”—.

Es importante recalcar que en todas estas y otras posibilidades entra en juego, además del amor del padre, la presencia o ausencia del amor de la madre.

2.17. ¿Qué quiere mi padre de mí?

Lacan presenta el *grafo del deseo* en “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano” (1960/1987) para dar cuenta de la pregunta fundamental que se hace el neurótico en relación con el deseo del Gran Otro. Se sirve del *¿che vuoi?* (en italiano), o sea, qué quiere... el Otro de mí.

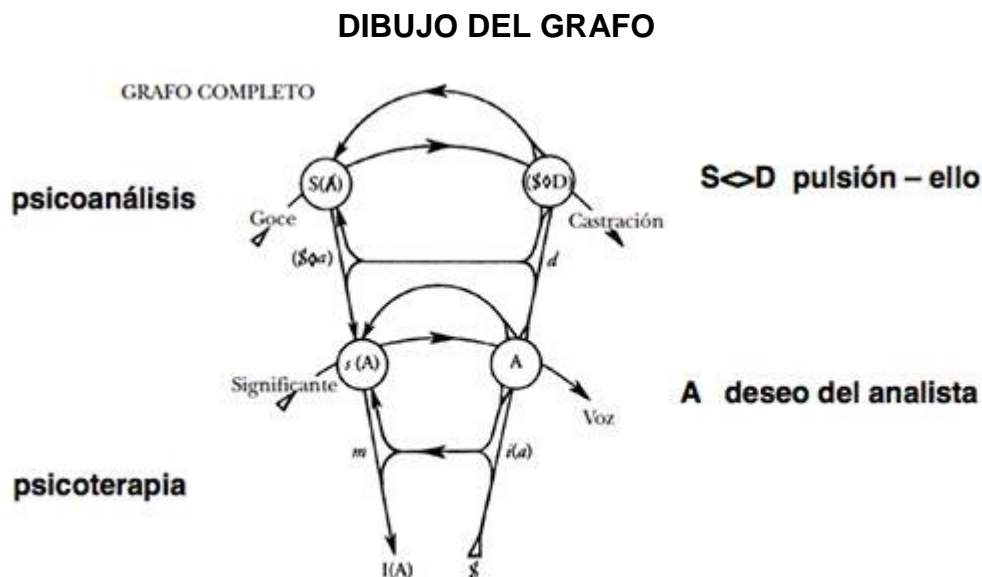
Para ello, recurre a la novela de Cazotte (1772) “El diablo enamorado”; el protagonista es Álvaro, a quien se le aparece el demonio bajo distintas formas —camello, flautista, etc. —y en cada ocasión, le formula la pregunta: *¿Che vuoi?* ¿Qué me quieres? o ¿Qué quieres de mí?, hasta que se presenta en una mujer hermosa y atractiva, Biondetta; su *¿Che vuoi?* provoca en el joven una inhibición, traducida en paralización.

En la misma línea discursiva, es posible pensar que a un padre que tramite consciente o inconscientemente lo que él quiere para su hijo en forma de ideal o anhelo, el hijo lo pueda registrar como una imposición intransigente, recibéndola como un mandato con estatuto de imperativo categórico, que puede provocar en él inhibiciones, síntomas y angustias.

No hay que olvidar que siempre en estas alternativas está en juego la presencia del deseo la madre y de su goce: “La presencia que importa entonces es la de la significación del padre para la madre (...), un significante que la madre pone

al alcance de su hijo, signifiante que es la marca de su deseo por su marido” (Foulkes, 1993, p. 46).

Respecto de la pregunta que inconscientemente se hace el hijo en relación con su padre – ¿Qué quiere mi padre de mí?–, cabe analizar el grafo del deseo lacaniano:



Lacan plantea que del lado izquierdo están las posibles respuestas que el neurótico instrumenta para intentar responder al deseo del Otro, en este caso encarnado por el padre.

Estas respuestas pueden ser leídas de abajo hacia arriba:

- $I(A)$: El Ideal del yo que se desprende del Ideal del Otro, son las insignias paternas que se transmiten al hijo, solo que a veces se hace de manera imperativa y superyóica –“Serás esto o no serás nada”, por ejemplo, serás abogado como tu padre, tus tíos y tu abuelo y tendrás tu futuro asegurado–;

este tipo de mandato suele cercenar y alienar la subjetividad del hijo. En otras ocasiones este Ideal trasmite insignias puestas en valor dentro del contexto familiar y sociocultural que, lejos de determinar el destino del hijo, posibilitan cierta flexibilidad que posibilita la apertura a diversos caminos por donde podrá transitar la subjetividad deseante del hijo varón.

- *El yo moi*, definido por Lacan como el conjunto de identificaciones imaginarias desordenadas, que dan una ilusión de completud, constituyendo un lugar de engaño que se manifiesta a modo de certeza, en cuanto el sujeto dice “Yo soy...”. Se trata de una falsa afirmación que viene a cubrir la falta en ser, es decir, el ser en falta. Cuando se trata de certezas, en ocasiones estamos en el terreno de la locura. Al respecto afirma Volnovich (2010, p. 58): “Si está loco el travestido que se cree una mujer, también está loco el varón que se cree un hombre. Y está loco porque percibe la atribución simbólica de su virilidad como basada directamente en la realidad de su ser, en el pene que posee”.
- *El significado del Otro s(A)*, que es el lugar adjudicado al síntoma, concebido como una metáfora en tanto sustitución significativa donde queda amordazada una función o una parte del cuerpo del sujeto; este síntoma está sobre determinado, es multicausado y constituye una forma de responder al deseo del Otro. De esta manera el hijo varón puede hacer un síntoma a modo de ofrenda, para obtener la mirada y el amor del padre. En ocasiones estos síntomas están en estrecha relación con el padre y con los síntomas que este presentó. La clínica nos muestra que estos varones presentan las más variadas disfunciones sexuales, problemas en el estudio, con el trabajo y marcadas dificultades con las mujeres: madre, pareja, hijas, hermanas, jefas y compañeras de trabajo.
- *El fantasma*, presentado como un velo estructural a través del cual se percibe la realidad; por eso, nunca se hablará de realidad objetiva sino de realidad subjetiva, pues cada sujeto tiene su fantasma, cuya función principal es tapar lo real de la castración; de allí que se lo considere

perverso aunque el sujeto sea un neurótico. En este lugar se alojan las pulsiones, deseos sexuales y pulsiones destructivas, los deseos incestuosos y parricidas. Aquí yace, además, lo que Freud denominó bisexualidad y la sexualidad infantil que permanece y nunca dejará de ser polimorfa perversa; por ejemplo, el fantasma del que nos habló Freud (1919/1986) en “Pegan a un niño”:

El “ser azotado” de la fantasía masculina (...) es también un “ser amado” (...). Por ende, la fantasía masculina inconsciente no rezaba en su origen “Yo soy azotado por el padre”, según supimos de manera provisional, sino más bien “Yo soy amado por el padre”. (...) La fantasía de paliza en el varón es entonces desde el comienzo mismo pasiva, nacida efectivamente de la actitud femenina hacia el padre. (Freud, 1919/1986 vol. XVII, pp. 194-195).

Pommier (2015, p. 175) sostiene: “No es *el padre* quien resulta traumatizante sino *el deseo del padre*”. En determinado momento no se sabe con certeza quién desea a quién, pues el padre desea al hijo y el hijo desea al padre, es aquí donde surge el fantasma parricida, donde se mezclan amor y odio, defensa del incesto, ya no con la madre sino con el padre, como lo afirma Pommier (2015, p. 176): “(...) hacer el amor con el propio progenitor es como no haber nacido nunca. La despersonalización del no nacido paraliza el cuerpo en el instante de un goce que no debería ser”. Aquí está refiriendo al fantasma de seducción paterna, que al principio es una fantasía pero que luego los encuentros vividos con el calor del cuerpo del padre (no necesariamente incestuosos) van alimentando este fantasma. Si acordamos con Freud que el niño es un perverso polimorfo, él mismo se convierte en un objeto “agálmico” (objeto de deseo), atractivo y vulnerable al abuso del adulto, que no es más que un mero representante paterno, que deja huellas en su psiquismo que llevarán a la repetición, en la vida futura, ya no con varones sino exclusivamente con mujeres si es heterosexual. En definitiva, lo que va a seducir a un sujeto varón hetero u

homosexual es encontrar en el partenaire un señuelo, un rasgo paterno y materno.

- Por último, aparece el *significante de la falta en el gran Otro*, dando cuenta que el Otro está castrado, que le falta el significante del sujeto, ese significante que nos diga: ¿Quién soy para él, qué significo para mi padre? Aquí no hay respuesta y ello es lo intolerable para el neurótico. Tolerar el tránsito por este camino lleno de dudas e incertidumbres es lo que permitirá a un varón llegar a posicionarse como padre de sus hijos, de uno por uno, pues con cada hijo se es padre de diferente manera en cuanto el deseo, que es inconsciente, también es singular y enigmático con cada uno de ellos.

En relación con lo que desean los padres de sus hijos, acuerdo con Silvia Bleichmar (2009) cuando expresa que los hijos siempre *son otros*, otros en tanto buscan diferenciarse de sus padres y no responden a las expectativas de los mismos en su forma de vivir, en sus elecciones de pareja, de trabajo o de no trabajo; ello los hace dependientes y vulnerables a los ojos de los padres, quienes entonces se preguntan: ¿En qué me equivoqué como padre?

Por otro lado y en forma equivalente, se podría pensar que para los hijos los padres también *somos otros*; ya no somos los héroes omnipotentes de su niñez y con los años, nos vamos mostrando cada vez más limitados física o psíquicamente y dependientes afectivamente de ellos. De esta manera vemos como la relación paterno-filial está signada por la insatisfacción y la des-ilusión, de unos y de otros.

Para muchos padres jóvenes los hijos constituyen una carga afectiva y económica, una limitación a su libertad, a sus decisiones, pues se sienten condicionados por estos hijos que trajeron al mundo producto de elecciones de pareja equivocadas, teniendo que resignar tiempo y esfuerzo en función de su prole.

Cuando pasan los años la situación se revierte, pues los padres envejecen y con frecuencia constituyen una pesada carga para sus hijos difícil de tolerar,

con todo el costo vincular que esto implica. Se invierte la posición activo- pasiva que se planteó en el capítulo I, a propósito de subrayar la dependencia del cachorro humano del adulto que lo asiste y sin el cual no podría vivir.

Antes no existían ni las guarderías ni los geriátricos, pues los niños y los viejos eran cuidados dentro del hogar. En una sociedad capitalista donde varones y mujeres tienen que producir y consumir, no hay tiempo para el cuidado de los pasivos: niños pequeños y adultos mayores. Este escenario ya está naturalizado; no obstante, a veces se instala la culpa, que con mayor o menor celeridad es racionalmente erradicada: “Es el lugar adecuado para ellos, están bien cuidados”.

Se podría pensar, entonces, que la familia como institución ya no es el lugar de contención que planteaba Chesterton (en Ayllón, 2011, p. 160): “El lugar donde nacen los niños y mueren los hombres, donde la libertad y el amor florecen, no es una oficina ni un comercio ni una fábrica. Ahí veo yo la importancia de la familia”.

2.18. El deseo parricida, filicida y su relación con la ley y la culpa

Enomao, Crisipo y las fenicias citan pasajes donde se aprende que Layo había sido el introductor de la homosexualidad en Grecia. Layo reúne en un acto la sodomización y el parricidio. Su destino funesto en la leyenda edípica arranca cuando, habiendo sido destronado y expulsado de Tebas, se refugia en la Península del Rey Pélope, quien lo cobija y hospeda con la mayor generosidad. Pélope le confía la educación de su hijo Crisipo. Layo, habiéndose dejado llevar por un amor tan encendido como indigno por su pupilo y prevaleciéndose de su ascendiente, rapta a Crisipo. Pélope, quien asiste impotente a la fuga y viendo que ya no podía darles alcance, gritó: ¡Layo, que jamás tengas un hijo o que, si lo llegaras a tener, sea el asesino de su padre! (...) Layo une a través de su acción un nudo de filicidio-parricidio fundamental en la mitología griega. (Foulkes, 1993, p. 34)

En el vínculo entre un padre y un hijo varón siempre flamean, por momentos intermitentes, el fantasma del filicidio por parte del padre y el fantasma del parricidio por parte del hijo. Ambos en pocas ocasiones crudamente expuestos y muchas veces enmascarados en diversas manifestaciones, formaciones reactivas, oscilaciones de amor y odio y síntomas. La culpa y los temidos castigos que el superyó le impone a ambos, hacen que esos fantasmas se repriman, pero cuando aparecen dejan como efecto, entre otros, la compulsión al fracaso, a la repetición y a una profunda soledad y aislamiento.

No es posible pensar en la estructura del sujeto sin tener en cuenta a esa categoría omnipresente –como dice Lacan– que es la culpa (...). En psicoanálisis no se trata de desculpabilizar, ni apaciguar la culpa, ni inflacionarla, sino de abordarla por lo que ella presentifica de deseo y de goce. (GerezAmbertín, 2004, p. 82)

A través del significante del Nombre del Padre, se inscribe la ley que, si bien siempre tiene fallas, es la que sostiene la subjetividad y permite hacer lazo social. Ahora bien, esta misma ley acarrea un peso para el sujeto: la deuda y la tentación.

Según Gerez Ambertín (1999), se trata de una deuda simbólica que el sujeto paga respetándola y transmitiéndola; en este caso, del padre al hijo:

*Doble inscripción –en los descendientes– del padre y de la deuda: la una, pura **espiritualidad** en la dimensión simbólica de sustitución; la otra, **traumática** como fijación pulsional. Paradojas del padre que conducen a las del superyó; a ese saldo de la espiritualidad que, como nombre perverso del padre, presentifica justamente eso que pretende desechar: el retorno pulsional. (Gerez Ambertín, 2005, p. 598)*

Ahora, podríamos preguntarnos: ¿Qué sucede cuando el padre o el hijo no respetan la ley? Según la autora, cuando se sienten tentados de ir más allá del deseo, comienzan a transitar por el camino del goce prohibido. Freud y Lacan sostendrán que esta tentación recibe el nombre de *culpa*.

Freud la trabaja en “Tótem y Tabú” (1913/1986, vol. XIII) donde el crimen primordial es el parricidio: asesinar al padre de la horda primitiva –el padre anterior a la prohibición del incesto– hace surgir la ley, pero esta ley tiene fallas, siendo estas fallas las que tientan e incitan a la repetición. Para Marta Gerez Ambertín (1999), la repetición alimenta la culpa y la culpa, la repetición. En relación con la paternidad: ¿Cuántas veces vemos al padre repetir una y otra vez las mismas conductas violentas, enloquecedoras y de desamor para con su hijo/a? A pesar de la culpa que ello le genera, no deja de repetir situaciones que no se vinculan con el deseo sino con el goce mortífero, que le impone el superyó. Quizás en este fantasma filicida, el padre repite y actualiza en el hijo el fantasma parricida que tuvo y tiene sin tramitar en relación con su padre.

Al mismo tiempo, se despiertan en el hijo fuertes deseos parricidas, que se actualizan en ese odio, que va desde la agresión verbal y/o física a la descalificación, a la indiferencia y a la burla hacia el padre, pero la culpa dice “presente” en este nuevo y viejo escenario; entonces, aparece el otro polo de la ambivalencia, que es el amor y hasta el perdón, *porque es muy difícil vivir sin un padre*.

Ello lleva al hijo a **duelar** por el padre ideal, que nunca tuvo ni tendrá, pues es un padre castrado e inconsistente, que no ofrece garantías.

En ese **duelo** se aloja la esperanza de “reparar este amor”, más o menos dañado, en otros dos amores: primero en el vínculo con la pareja y luego en el vínculo con un hijo.

Considero que el padre constituye una instancia simbólica internalizada, que debe ser revisada y sometida a ajustes reguladores y adaptativos a una realidad siempre contingente y cambiante. Esto le permite instituir una función ordenadora y orientadora en la subjetividad, que posibilita al hijo varón y a la hija mujer recorrer un camino progresivo y creativo, que promueva ir encausando los diferentes proyectos en los que cada uno pueda embarcarse, alejados de los mandatos y de la repetición.

2.19. El padre muerto

“La vida de los hijos implica necesariamente la muerte de sus padres (...). En tanto educan a su hijo, los padres preparan su propia muerte humana o histórica y pasan voluntariamente del presente al pasado” (Kojève, 1982, pp. 85-86).

En este párrafo Kojève toma algunos conceptos de Hegel que le permiten mostrar de qué modo el advenimiento de un hijo anticipa la muerte de los padres.

En función de la relación concreta entre el hijo y el padre, Joël Dor, retomando a Freud, da cuenta de la deuda que el hijo tiene para con el padre y que se ve reflejada en la siguiente afirmación: “En relación con esta deuda retrospectiva el padre muerto adquiere *un poder mucho mayor del que había poseído en la vida*” (Dor, 2004, p.33).

En muchas ocasiones para el hijo varón la muerte del padre, en el mejor de los casos, lo lleva a comenzar un duelo, proceso a través del cual empieza a revisar su relación con él; a modo de fotografías de lo pasado con su padre, emergen imágenes y recuerdos cargados de afecto, alegrías y angustias.

Estas fotos constituyen “la presencia de una ausencia”, pues muestran la imagen de personajes y situaciones que ya no están, pero en la realidad psíquica del hijo permanecen vigentes y con vida. Es la realidad clínica la que manifiesta que muchos padres, una vez muertos, tienen más presencia en la vida psíquica del hijo que cuando estaban vivos, sobre todo si ese hijo varón ya es padre.

Se actualizan recuerdos gratificantes y traumáticos, también se suele experimentar nostalgia, por lo perdido, auto-reproches, sentimientos de culpa por lo que no hice con él o por lo que hice mal.

Otras veces se experimenta cierta extrañeza en relación con este padre, porque –aunque convivió con él– siente que nunca lo conoció o solo conoció una parte de él.

Cuando un sujeto puede enfrentar la muerte del padre, se da un paso muy importante: el hijo (*el-hige-hijo*) elige ser varón y ser padre. Enfrentar esa ausencia de garantías y derroteros que implica la presencia de un padre, lleva al hijo varón a masculinizarse y en el futuro a ser padre, pues tendrá incorporada en su subjetividad esa brújula en tanto operador simbólico que es el padre aunque ya no esté en la realidad.

Ese operador puede fallar, de hecho siempre falla en algún momento, porque –como se dijo– no existen garantías absolutas en nada ni en nadie; por ende, el hijo frente a las fallas del operador deberá realizar los ajustes necesarios. Por su parte, el padre también tiene su propio GPS que construyó en relación con su propio padre allá y entonces, quizás con elementos más rudimentarios pero no por eso menos eficaces. Entonces, también tendrá que revisarlo cada tanto, sometiéndolo a cuestionamientos y ajustes reparadores para que tenga una funcionalidad adaptativa a la época actual. Cuando este dispositivo no se adapta a la realidad social actual, los padres toman actitudes y expectativas descontextualizadas con respecto a sus hijos, en tanto estos lo perciben como un dinosaurio anquilosado y detenido en el tiempo, relatando reiteradas veces, a modo de reproches y ejemplo moral, sus experiencias como hijo, los sacrificios de su juventud y la historia con su padre, que ya nadie quiere escuchar.

Si tomamos el artículo de Freud (1937/1976) “Construcciones en el análisis”, se observa que allí el maestro menciona que la tarea del analista debe ser la de un arqueólogo: “A partir de unos restos de muros que han quedado en pie levanta las paredes (...). A partir de unos restos ruinosos restablece los que otrora fueron adornos y pinturas murales” (Freud, 1937/1976, vol. XXIII, p.261).

De la misma manera sostengo que todo hijo, aun aquel que no conoció a su padre, necesita realizar el “acto” de construir, reconstruir o *inventar* en su

psiquismo un padre: “Solo es acto el del hombre” (Lacan, 1964/1995, Sem. 11, p.58). Este acto de construir o inventar un padre, lo realiza revisando y actualizando algunos recuerdos, experiencias, imágenes o dichos familiares que le llegan y se inscriben en él, que le posibilitan resignificar lo vivido, es decir, darle un nuevo sentido, perdonarlo y perdonarse, aceptarlo y aceptarse para recrear ese referente –que oficia de muro y apoyatura simbólica, imaginaria y real– que incide en la constitución de la subjetividad masculina y en la asunción de la paternidad.

Cada varón necesita ejercer el acto de construir un padre cuando se siente interpelado por una demanda de su hijo, o una conducta preocupante que este presenta; es ahí donde el padre tiene que **inventarse** así mismo, esta invención va de la mano de la **capacidad de autocuestionamiento**, en el que pueda preguntarse sobre su posición como padre, sobre sus presencias, sus ausencias y sus incidencias sobre la subjetividad de su hijo/a, interrogantes que actuarán como reguladores del vínculo padre-hijo.

Ello me recuerda las palabras de Antoine Tudal, que Lacan toma en “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis” (1953/1985, p. 278):

Entre el hombre y el amor,

Hay una mujer.

Entre el hombre y la mujer,

Hay un mundo.

Entre el hombre y el mundo,

Hay un muro.

A partir de esta secuencia puedo pensar que entre el hombre y la mujer hay un mundo separado por un muro, que ha sido construido por el varón reciclando los restos ruinosos que otrora fueron adornos y pinturas **de los bellos murales paternos**, entramados en su subjetividad masculina y que tendrán su incidencia a la hora de amar a una mujer. Recordemos a Pommier (1995, p. 179): “Una

mujer será exclusivamente amada en la medida en que encierre un rasgo paterno”.

De lo expuesto se desprende que el padre de la horda primitiva, ese padre del goce terrible, omnipotente y tirano, tiene que morir simbólicamente en cada sujeto que pretenda devenir varón y padre.

A fin de completar nuestro encuadre teórico resta, en el siguiente capítulo, abordar la homoparentalidad, temática atravesada por aspectos y matices diversos.

CAPITULO III

HOMOPARENTALIDAD

“Lo más importante no es lo homoparental o lo heteroparental, sino la capacidad de ser padre. Eso es lo que cuenta, la capacidad de amar al niño, de educarlo para que pueda devenir un sujeto”. JOYCE Mc DOUGALL (en Rotemberg y Agrest Wainer2010 p. 7)

Se trata de una cuestión compleja y muy debatida, pues implica la homosexualidad y las diferentes concepciones que se han elaborado sobre ella a lo largo de la historia: desde su esplendor en la época de Platón con el auge del amor griego, pasando luego por las distintas miradas psicopatológicas que la consideraban una enfermedad, una perversión, la moral victoriana que la condenaba por considerarla una degeneración y desde los discursos religiosos una práctica sexual antinatural, como si hubiese algo de natural en la sexualidad humana, hasta la actualidad con el logro de la regulación legal de estos vínculos, que abre brechas a un reconocimiento social un tanto menos resistente.

Todo esto constituye el tejido simbólico de cada época, que enmarcó y enmarca los temores y prejuicios, que atraviesan el tema de la homosexualidad y por consiguiente, el de la homoparentalidad, por lo que se requiere estar muy atentos a la hora de trabajar con esta temática, sin un entusiasmo proselitista, ni una mirada prejuiciosa y descalificante, pues eso nos alejaría del abordaje ético que la realidad actual merece.

Es interesante observar que esta forma de vinculación, filiación, se ha legalizado en varios países del mundo. Por ello, comienzo este recorrido en la Ley del Matrimonio Igualitario y Adopción homoparental; luego, abordo los antecedentes del tema en la investigación contemporánea para progresar hacia la diversidad (homosexualidades y homoparentalidades) y los conceptos psicoanalíticos por interpelar (la escena primaria, la diferencia sexual

anatómica, las identificaciones y el Edipo). Finalizo el recorrido con dos desarrollos que extienden las consideraciones previas: el rol del término “género” en el análisis de la homoparentalidad y los imposibles freudianos en su correlato con la paternidad.

3.1. Ley del Matrimonio Igualitario y Adopción homoparental

En la actualidad más de 20 países en el mundo cuentan con leyes que autorizan el matrimonio homosexual; entre ellos (en orden alfabético): Argentina, Bélgica, Canadá, Colombia, Dinamarca, España, Estados Unidos, Francia, Holanda, Inglaterra, Irlanda, Luxemburgo, Noruega, Nueva Zelanda, Portugal, Suecia, Uruguay. También es legal en algunos estados de México.

Holanda fue el primer país que legalizó el matrimonio gay en el 2000 y entró en vigor en mayo del 2001. Luego le siguió Bélgica en 2003, España y Canadá en 2005, Suecia y Noruega en 2006, en 2010 Argentina –con la ley 26.618–, a la vez que Portugal e Islandia.

En relación con la ley de Adopción Igualitaria, son sólo 16 los países que han aprobado la adopción por personas homosexuales. Por ello, según la ILGA (Asociación Internacional de Gays y Lesbianas) son pocos los países que permiten que las parejas homosexuales adopten niños.

En América, fue Canadá en 2005 el que lo permitió; le siguieron Uruguay y México en 2009, Argentina y Brasil en 2010 y recientemente, Colombia en 2015.

En Europa, Holanda fue el pionero en el 2000 (el mismo año en que legalizó el matrimonio homosexual); le siguieron Suecia en 2003, Bélgica en 2006, Reino Unido en 2005, Escocia, Finlandia y Noruega en 2009, España y Francia en 2013.

Sudáfrica desde 2006 y Nueva Zelanda desde 2013.

En Estados Unidos la adopción homoparental es reconocida parcialmente, pues de los 50 Estados, solo 22 reconocen a los homosexuales el derecho a adoptar.

3.2 Antecedentes sobre el tema

Considero pertinente realizar un rastreo sobre algunas investigaciones y debates científicos acerca del tema de la homoparentalidad.

Al respecto, Fleischer (2006) plantea que –si bien hoy se advierte mayor aceptación de la homosexualidad– el descubrimiento de esta condición sexual en los hijos provoca decepción en los padres, al igual que los hijos se decepcionan cuando descubren la homosexualidad de algunos de sus padres tardíamente reconocida y visualizada.

Esta psicoanalista sostiene que la familia contemporánea no está conformada por el marido, su esposa y el hijo, sino por el Nombre del padre como función simbólica, el deseo de la Madre y el hijo considerado como resto de esa cópula imposible.

En relación con las parejas homosexuales, sostiene que el sexo no nos conduce hacia el partenaire natural, pues señala que la elección de objeto es un semblante que “responde a la falta en el origen y a la ausencia de la relación sexual en lo real” (p. 39) y que sólo al final de un análisis se podrá observar cómo cada uno pudo regular la cuestión del partenaire. Esta regulación puede haberse efectuado del lado del amor, de la resignación, de la distancia, de la rebeldía o de la separación.

En una investigación sobre la homoparentalidad en Colombia, Zapata (2009) plantea que no hay diferencia entre familias heterosexuales y homosexuales, en tanto sostiene que la orientación sexual de los padres, no influye en la orientación sexual de los hijos.

Por su parte, Rosenberg (1996) sostiene que la cría humana para desarrollarse requiere funciones estructurales de padre y madre, separadas de lo biológico,

pues lo que necesita un niño para ser sano es sentirse amado. También afirma que necesita la verdad sobre cómo fue concebido, evitando el “sincericidio”, pues esta verdad se construirá en un proceso complejo que implica un tiempo y un espacio, que se desplegará en el vínculo padres-hijo.

La autora menciona además la noción de trauma, demarcando que un acontecimiento deviene traumático por la significación que le dan los padres.

Fernández (2012) plantea una mirada, a mi entender, “foucaultiana” en el abordaje de la sexualidad teniendo en cuenta la lógica cultural del capitalismo y del patriarcado, que se ve plasmado en la siguiente cita:

Considerar la sexualidad como una experiencia histórica implica poner bajo análisis los tres ejes que la constituyen: la formación de saberes, que a ella se refieren, los sistemas de poder que regulan sus prácticas y las formas según las cuales los individuos pueden y deben reconocerse como sujetos de esa sexualidad.(p. 18)

Al plantear la sexualidad como una experiencia socio-histórica, regulada por saberes y estrategias de poder ejercidas sobre ella, se puede analizar de acuerdo con los discursos imperantes en cada época, determinadas prácticas eróticas, funciones parentales, criterios de patología y normalidad, desde lo que está dentro del marco legal o lo que debe ser discriminado y prohibido. Esto resulta de gran importancia para abordar el tema de la homoparentalidad, pues ahora está legalizada y diría, se impuso con fuerza propia, pero durante años o siglos fue confinada a la clandestinidad, a la mentira y a los secretos familiares, para evitar la condena social.

Tajer et al. (2015), al referirse a la paternidad gay, sostienen que recayó sobre ella el prejuicio de la perversión que venía arrastrando la homosexualidad masculina y que se suma al estigma, instalado en el imaginario social, de que no es bueno que los varones adultos manipulen el cuerpo infantil ejerciendo los cuidados primarios. Las autoras muestran que existe una representación de la

sexualidad masculina como desenfrenada y sin ética, por lo cual podría pervertir al niño. Desde esta perspectiva la paternidad gay sería doblemente condenada por ser varones a cargo de un niño y por ser homosexuales. Para contrarrestar esta mirada lapidaria que recae sobre la homoparentalidad, proponen la diferenciación crítica entre prejuicios, patología y resistencias.

Clavero Lerena (2014) aborda el concepto de deseo de hijo como una producción deseante, que encuentra cabida en la “experiencia” de la adopción homoparental. Experiencia en tanto involucra la subjetividad, los cuerpos, la sexualidad y el acto político de ser padre.

El autor cita a Gily Núñez (2002), quienes mencionan que los angloamericanos utilizan términos neutros para referirse a las funciones parentales, tales como *nurturing* que significa criar, nutrir física y afectivamente, educar, para no localizar estas actividades ni en el padre ni en la madre sino en ambos y hace referencia a un grupo de feministas argentinas que proponen hablar de “función narcisizante” en lugar de función materna y “función de corte” en lugar de función paterna, porque estas funciones pueden ser cumplidas por un hombre o una mujer, sin quedar soldadas al género.

En esta tesis se remarca que, así como en el inconsciente no existe el binarismo masculino-femenino, tampoco existe el binarismo heterosexual-homosexual.

La investigación de Sangalli et al. (2014) parte de un concepto de familia que incluye a las parejas del mismo sexo y a la posibilidad de adopción por parte de las mismas. En cuanto al interés superior del niño –tema central del trabajo–, reconocen que no existe un concepto universal, pero que optaron por considerar la máxima satisfacción integral y simultánea de los derechos y garantías reconocidos por la ley.

Los resultados del análisis de textos doctrinarios y de las 25 entrevistas que efectuaron muestran opiniones divididas respecto de la adopción homoparental: hay quienes están francamente en contra, como María del Carmen Starópoli

(2012, en Sangalli et al. 2014, p. 227), quien señala que un niño necesita una figura materna y una figura paterna, siendo su principal argumento la discriminación social que sufrirá el niño.

Otros, en cambio, consideran que la adopción homoparental es compatible con el interés superior del niño, el que "(...) no es una categoría en abstracto, sino que debe considerarse en cada caso concreto; la adopción se concederá o no en función del escrutinio de idoneidad al que se someta a las personas que quieren adoptar (...) con total independencia de su orientación sexual" (Kemelmajer de Carlucci y Herrera, 2013, en Sangalli et al., 2014, p. 228).

El relevamiento de investigaciones previas que realizaron los autores, muestra que los niños criados por familias homoparentales no padecen condicionamientos psicológicos, aunque puedan verse discriminados, víctimas de prejuicios sociales.

Por su parte, Raíces Montero (2013) sostiene que los niños criados por padres del mismo sexo, no presentan problemas a la hora de desenvolverse socialmente; opina que los hijos de parejas homosexuales son más tolerantes a la discriminación: "entiendo que discriminan menos". Ello no significa que sean menos discriminados. El especialista considera que no hay rol paterno ni materno y que todo niño debe ser adoptado, no solo concebido.

Para Vidal et al. (2014), no hay una familia, sino una diversidad de familias (heterosexual, conformación de organizaciones post-divorcio, homoparental, padres y madres solteros/as, etc.) y que la diferencia de los sexos se reemplaza con la diferencia de los cuerpos. Thery (2005, en Vidal et al., 2015, p. 194), aporta la vía de lo mixto, que implica rechazar la división entre homosexuales y heterosexuales, al tiempo que remarca la igualdad de responsabilidades de mujeres y varones en la filiación, que produce nuevas divisiones del trabajo en estas configuraciones.

Aquí se sostiene que las funciones de amparo, por un lado y de corte y límites por otro, quedan estigmatizadas en el imaginario social en tanto se reducen al

padre y madre real, cuando en realidad estas funciones pueden ser cumplidas por uno u otro. Ambas funciones favorecen el proceso de identificación y diferenciación, constituyendo la alteridad y posibilitando la trasmisión de significantes y de los ideales de cada familia y contexto social.

Plantean que estas nuevas configuraciones familiares deben ser abordadas desde la perspectiva de género, pues concluyen que “no existe la diferencia de sexos en lo real del cuerpo” (Vidal et al., 2014, p. 195).

Según Matilla (2006), la Europa de los valores se muestra abierta y sin prejuicios acerca de la sexualidad de las personas en el ámbito privado, pero cuando esta sexualidad no convencional se introduce en la familia –que para esta postura es la célula elemental de la sociedad– se produce un marcado desencuentro.

La autora sostiene que un debate sobre la homoparentalidad implica una cuestión de discurso, haciendo referencia a Foucault (1995), pues se produciría una puesta en escena de lo que él llamó “puesta en el discurso del sexo”, donde se exhibe y se habla de la sexualidad pero con el fin de ejercer represión.

Aquí se manifiesta que hablar de discurso es hablar de civilización, tal como lo marcara Freud (1930). Si se lo vincula dicha obra freudiana con la homoparentalidad, se puede decir que ésta es una manifestación del Malestar en la Cultura del siglo XXI, donde se desarrollan coordenadas propias, que son la fricción entre lo particular y lo social que porta las normas e ideales presentes en los discursos de la época y la tensión entre el deseo individual y el del Otro, dando cuenta además de que esta configuración discursiva de la época, viene a reprimir a los sujetos en pos de un bien superior, que es la civilización misma.

Bergoña Matilla refiere al filósofo francés Henri Atlan, quien afirma que con el avance de la ciencia

(...)la noción de parentesco será cada vez más simbólica, más social y menos biológica (...) aparecerán nuevas identidades masculinas y femeninas y las relaciones entre hombres y mujeres cambiarán, sin que ello implique que desaparezcan ni los géneros, ni el deseo, ni la sexualidad, ni tampoco, la familia.(Atlan, 2005, en Matilla, 2006, pp. 3-4).

La investigadora sostiene que en España las mujeres y los homosexuales han sido históricamente discriminados y buscan igualdad en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Por otra parte, menciona que Francia adopta una postura claramente opuesta a la adopción homoparental, pues la ley francesa denominada “Pacto de Solidaridad” (de 1999) acepta la conyugalidad de personas del mismo sexo, pero las excluye de la posibilidad de filiación; en aras de defender la familia tradicional, sostiene que la diferencia de los sexos constituye la base de las civilizaciones.

En contrapunto, enfatiza que la familia no es constituyente sino que es constituida por lo simbólico que es siempre dinámico; por eso, va cambiando con el paso del tiempo.

Parte de la premisa psicoanalítica de que la familia es una consecuencia lógica del lenguaje, que tiene como función transmitir la lengua y un *stock* simbólico que le permita al sujeto acotar el goce y transmitir la función del deseo, con la particularidad de que ese deseo no sea anónimo y esté propiciado por la ley. Este proceso lo puede realizar una familia tradicional con padres heterosexuales como así también una familia con padres homosexuales.

Spivacow (2016b) plantea que, en relación con la familia, la diversidad es la norma.

Sostiene que las investigaciones sobre hijos criados en familias homoparentales, requieren metodológicamente un seguimiento longitudinal, que

aún no se ha efectuado, es decir que se los vuelva a evaluar a mayor edad y que se compare el grupo estudiado con un grupo testigo.

Este autor considera que “la familia nunca fue un paraíso” y que los niños pueden estar prisioneros de violencia y abusos en cualquier tipo de familia, remarcando que el aporte del psicoanalista es el estudio del caso por caso.

Por su parte, Michel Tort (2016) manifiesta que las hijas e hijos de familias heteroparentales no aventajan en salud mental a los hijos de familias homoparentales; coloca la diferencia, entonces, en el orden social, pues a los segundos se los considera una minoría inferior, oprimida y segregada.

3.3. Diversidad

Así como es pertinente hablar de masculinidades y paternidades, este criterio se hace extensivo para hablar de homoparentalidades y de la posición homosexual que lleva implícito este concepto, pues hay distintas homosexualidades.

Desde el punto de vista psicopatológico, podemos referir a homosexuales neuróticos, psicóticos y perversos; el mismo criterio rige para los heterosexuales.

Lo que está puesto en cuestión es el clásico y tradicional par binario: hombre-mujer que se constituye en padre-madre. La sociedad posmoderna, globalizada, ha impuesto nuevas marcas a la constitución de las diferentes familias, puesto que el avance científico-tecnológico, con las nuevas formas de engendramiento, ha producido cambios importantes.

Existe una diversidad de posibilidades en relación con la homoparentalidad, que implican la intervención de un tercero; las distintas opciones pueden ser éstas:

- En una pareja de varones homosexuales, uno de los miembros constituyó anteriormente una familia heterosexual, donde tuvo hijos con

una mujer, hijos que en la actualidad pueden convivir o pasar fines de semana con la pareja homosexual del padre.

- Una pareja de mujeres realiza un tratamiento de fertilización con un donante de semen; puede darse la variante de que una de las mujeres aporte el óvulo pero el embarazo transcurra en el cuerpo de la otra.
- Una pareja de mujeres de la cual una aporta el óvulo asociada a una pareja de hombres de la que también uno de ellos aporta el semen.
- Una pareja de hombres en la que la donante del óvulo es la hermana de aquel miembro que no aportó el semen y que, además, es la que lleve adelante el embarazo.
- Una pareja de varones que adopta un niño.
- Un varón homosexual sin pareja que adopta un niño.
- Un varón homosexual sin pareja que realiza un tratamiento de reproducción con una donante de óvulo y el alquiler de vientre de otra.
- Una mujer lesbiana sin pareja que realiza un tratamiento de reproducción con el semen de un donante, proceso en el que interviene su propio cuerpo con su material genético o hace intervenir el cuerpo de otra mujer, con las variantes que esto posibilita.

Como puede observarse las posibilidades son muy variadas, complejizándose el análisis de cada una de ellas de acuerdo con los sujetos intervinientes.

Es importante detenerse aquí, pues no es lo mismo tomar o comprar el material genético de un desconocido que permitir la implicancia de la subjetividad de aquel que interviene en la procreación de un niño, por lo que se involucra en su historia y muchas veces construye un vínculo con él. Ello nos lleva a preguntarnos: Ese niño, ¿de quién es hijo? ¿Cuántos padres o madres tienen?

Al respecto, cabe referir a un niño cuyo caso relata Cottet (2006) el que se siente desorientado porque “aparece” con tres padres: el amante genitor, el ex

marido de la madre y el padrastro actual; el niño “no sabe cuál es el mejor para identificarse” (p. 23).

Es importante considerar que el vínculo paterno-filial, incluyendo la homoparentalidad, es una relación que se crea, que se va construyendo en el devenir del tiempo, en la que se juegan los tres registros (que desarrollaremos *infra*): Lo imaginario, lo que cada varón imaginariza de su rol paterno, donde interviene su propia y particular historia con su padre y lo que imaginariza acerca de lo que será su hijo/a en el futuro y cómo lo será.

Con el tiempo los padres nos damos cuenta de que los hijos siempre son distintos y que no responden a nuestras expectativas narcisísticas e ideales, pues devienen otros en cuanto alteridad, en tanto subjetividad deseante y gozante. Así lo expresaba Silvia Bleichmar (2010): “Con los hijos nos damos cuenta, más tarde, cuando son biológicos, que son otros” (p.42).

Aunque sean biológicos, adoptivos o hayan sido engendrados en alguna de las formas asistidas que enumeramos *supra*, los hijos siempre son otros. Otros que en ocasiones, a modo de repetición, encarnan nuestros aciertos y también nuestros errores, repetición que conlleva incrustada, sin embargo, la diferencia porque no son nuestros clones sino otros sujetos y allí radica la novedad, la sorpresa a la que nos enfrenta la paternidad.

Además, para los hijos los padres también somos otros, tal vez distintos de los que hubieran querido tener.

En el caso de varones homosexuales, muchos de ellos en su imaginario desearon ser padres, pero por su condición sexual veían obstaculizada esta posibilidad, por lo que debieron elaborar un duelo sobre la no descendencia, conformándose con ser el “tío solterón”, el “Padrino” y de esa manera cumplían las ansias paternas con hijos prestados.

La implementación de la ley del matrimonio igualitario y de la adopción homoparental, junto con los avances científico-tecnológicos, abren un espacio

simbólico en el contexto sociocultural donde empezó a alojarse (no sin costo) esta forma de parentalidad.

Lacan (1977/1985) en el registro de lo simbólico ubica el algoritmo de Saussure pero lo invierte, dándole un estatuto especial al significante por encima del significado, siendo éste el resultado de la oposición de dos significantes considerados como pura diferencia. Aquí también ubica al estructuralismo de Levi-Strauss (1949/1985), solo que Lacan modifica su concepción, pues considera que la estructura conlleva una falta y por eso es abierta, posibilitando cierta circulación significante.

En el registro de lo imaginario coloca su concepción del yo, como un conjunto desordenado de identificaciones, donde se juega la anticipación, la ilusión y la captación narcisista que conformara el yo ideal. Además, hablará del estadio del espejo.

En el registro de lo real, Lacan se basa en Bataille (1935, en Roudinesco, 2005) quien distingue dos categorías estructurales: lo homogéneo, que sería el contexto social y de producción y lo heterogéneo, que define como el lugar de la irrupción que sería lo imposible de simbolizar.

En 1936 toma un curso que dicta su amigo Alexander Kojève sobre la Fenomenología del Espíritu de Hegel y le llama la atención el término “heterología” que tiene que ver con lo irrecuperable, lo improductivo. Entonces, para hablar de lo real, Lacan asume el concepto de realidad psíquica de Freud, donde yace el deseo inconsciente y elaboraciones de los autores mencionados para dar cuenta del concepto de resto inaccesible e inasimilable por los otros registros:

Lo real, podemos concebirlo que es el expulsar del sentido, es lo imposible como tal, es la aversión del sentido (...) pero que se trata a saber de la inmundicia(...) el hombre está siempre ahí, ex-sistencia de lo inundo, a saber de lo que no es el mundo, he ahí lo Real o Real a secas.(Lacan, 1974-75/1989, Sem. XXII, p. 102)

En 1953, Lacan da una conferencia titulada: “Lo Simbólico, Lo Imaginario y Lo Real”: Tomaré estos registros para relacionarlos con la paternidad.

Lo Simbólico: se parte de que la paternidad es un lugar y una función simbólica, no necesariamente ligada al genitor biológico. Esta función paterna viene a acotar el goce materno con la ley del incesto que le dice a la madre “No reintegrarás tu producto” y al hijo “No te acostarás con tu madre”. Esta acción de separación es la que permitirá el desarrollo de la subjetividad del hijo como otro en tanto alteridad, que lo aleja del lugar de apéndice materno.

La relación padre-hijo es básicamente simbólica, ya que se da la transmisión de ideales y significaciones que intervienen en la construcción de la masculinidad, pues el vínculo filial involucra a un varón hetero u homosexual en posición de padre de un niño, quien en dicho vínculo pasa a ocupar el lugar de hijo. Ello implica un respeto por la alteridad del otro y por la diferenciación generacional, al mismo tiempo que da cuenta de una nominación simbólica instituyente y constitutiva de la subjetividad de ese niño, ahora convertido en hijo y de ese adulto varón, ahora convertido en padre.

Lo Real: definido por Lacan como lo imposible lógico, lo imposible de acceder ni por lo simbólico ni por lo imaginario, lugar donde yace el objeto “a” como esa *hiancia*, ese puro agujero, ese vacío donde se realizan parcialmente los deseos y donde se satisfacen parcialmente las pulsiones, donde transita también la pulsión de muerte:

La parentalidad auxilia al individuo a luchar contra la pulsión de muerte. Frente a la tremenda congoja de la propia desaparición, el ser padre o madre permite que se genere un sentimiento de continuidad existencial en los sucesores. La adopción es, entonces, una entidad de mutuo socorro. (Smola, 2010, p.65)

Es posible sostener que esa congoja ante la propia desaparición, da cuenta de un temor irreductible frente a lo que no tiene respuesta. A ese vacío en lo real

se lo trata de cubrir o negar buscando descendencia, aquí está implicada una satisfacción de otro orden.

Lo real lleva incrustada la pregunta inconsciente “¿Qué lleva a un varón a querer ser padre?”.

Se puede considerar que en la paternidad heterosexual, se presenta un goce que se juega en relación con la filiación. Cabría, entonces, la pregunta: ¿Cuál es ese goce del que los homosexuales no quieren quedar afuera?

Con relación a la pareja de hombres homosexuales que desean ser padres, algo del amor al padre se actualiza en esta búsqueda, que no se calma solamente con encontrar un partenaire del mismo sexo. Remite a lo que señala Pommier (2015): reencontrar en otro hombre a ese padre erótico que dejó huellas, signos que tienen que ver con precepciones primitivas reprimidas, como imágenes, olores, sonidos, tono de voz, calor y textura de la piel.

La búsqueda de la homoparentalidad, tal vez, no sea tan distinta de la búsqueda de la paternidad heterosexual, que tendrá que ver con procurar la reparación y con el intento de reencontrarse con ese padre amado, pero ahora desde otro lado: amando a un hijo.



Retrato de Magdalena Ventura y su marido

José de la Ribera. 1631

3.4. La mirada del Psicoanálisis

Determinados conceptos psicoanalíticos entran a ser interpelados frente al tema de la homoparentalidad y las nuevas formas de engendramiento. Entre estos conceptos, se inscriben la escena primaria, la diferencia sexual anatómica y las identificaciones y el Edipo.

En cuanto a la Escena Primaria, original o primordial, en la carta 46 (1896/1986), Freud refiere a: “El carácter de lo no traducido, de suerte que el despertar de una escena sexual no da lugar a consecuencias psíquicas, sino a unas realizaciones, a la conversión. El excedente de sexualidad impide la traducción.” (vol. I, p.270). Según James Strachey esta cita estaría anticipando la “escena primordial” que, más tarde, en 1918 Freud trabajará en el “Hombre de los lobos”.

También en la Carta 61, en el manuscrito L (Anotaciones I) sostiene:

La meta parece ser alcanzar las escenas primordiales. A veces se consigue de manera directa, otras veces por el rodeo de unas fantasías (...) son establecidas por medio de las cosas que fueron oídas y que se valorizaron con posterioridad y así se combinan lo vivenciado y lo oído, lo pasado (...) con lo visto por uno mismo. (1987/1986, vol. I, p.289).

En el “Hombre de los lobos”, respecto de la escena primordial, dirá:

Por esto último me refiero a las posiciones que él vio adoptar a los padres: la erguida del hombre y la agachada, al modo de los animales, de la mujer. (1914-18/1986, vol. XVII, p. 38)

Aquí se hace referencia a un libro de cuentos ilustrado en el que figuraba un lobo erguido en posición vertical. “Opino que la posición del lobo en esa imagen habría podido recordarle a la del padre durante la escena primordial construida.

Como quiere que fuera esta imagen se convirtió en ulteriores efectos angustiantes”. (1914-18/1986, vol. XVII, p.38).

De esta manera Freud marca que la escena primordial hace referencia a la relación sexual de los padres tal cual la vio o fantasmaticizó el niño, que la interpretó como un acto violento o de violación del padre hacia la madre.

Esta angustia puede ser interpretada como los deseos incestuosos del niño de estar en el lugar del padre con relación a su madre o en el lugar pasivo de la madre con relación a un padre erguido-erecto, penetrante y agresivo. Esto se vincula con el proceso de masculinización que implica pasar por un trayecto pasivo femenino respecto de un padre erótico, que en algunos rituales de iniciación de tribus, como los Sambia de Nueva Guinea, se marcaba como la incorporación del pene paterno (según refiriéramos en el capítulo I), que ha señalado Silvia Bleichmar (e.g. 2006) entre otros psicoanalistas.

Por su parte, Alizalde (2010, p. 81) sostiene: “En el fantasma de la escena primaria no importaría tanto el sexo de cada uno de los integrantes de la pareja imaginaria sino la estructura de exclusión que lo constituye”. Esta psicoanalista asevera que las funciones materna y paterna pueden ser ejercidas tanto por mujeres como por varones, lo que importa es la posición en la que se ubican y ubican al niño y las transmisiones que se despliegan en ese vínculo.

Desde otra perspectiva, la escena primaria o primordial puede ser considerada como el interrogante imposible de dilucidar en tanto es un real al que no se puede tener acceso, que se refiere al siguiente interrogante del sujeto: ¿Cuál fue el deseo del Otro que me dio origen? Esta pregunta trasciende la escena fantasmática del coito de los padres, donde no solo se juega el deseo sino también el goce.

Si tomamos la escena primordial tal cual fue enunciada, ¿qué pasa con esta fantasía en los casos de niños nacidos por los distintos y complejos métodos de reproducción en los que no intervino la sexualidad de los padres? La pregunta es extensible a niños adoptados o engendrados a través de estos métodos

científicos pero cuyos padres son dos hombres o dos mujeres y también abarca los casos de familias monoparentales donde quedó excluida la sexualidad y el hijo fue concebido por donación de óvulos o esperma.

3.5. Diferencia sexual anatómica

Freud habla de la distinción anatómica entre los sexos y sus consecuencias psíquicas. No se trataría de una base instintiva, biológica y natural, sino que estas diferencias anatómicas están entramadas en un complejo proceso donde se enlazan con lo psíquico y lo social. Este proceso gira alrededor del falo y del complejo de castración. Así considera que la libido es masculina y por lo tanto fálica.

Por su parte, Lacan trabaja el concepto de posición sexual y de la relación sexual como imposible, en tanto no existe complementariedad entre el hombre y a mujer y en esos términos sostiene su axioma “no hay relación sexual”, que no implica que no existan coitos, tampoco existe complementariedad en sujetos del mismo sexo.

Tanto Freud como Lacan consideran que al principio el niño ignora la diferencia sexual, solo la descubre en el complejo de castración, por el cual la niña se siente privada del pene y el varón teme perderlo, ahora en vinculación con el complejo de Edipo que gira alrededor de la prohibición del incesto.

No obstante, ambos autores tienen sus diferencias, ya que para Freud la posición sexual del niño se produce vía identificación con el progenitor; si se identifica con el padre, adoptará una posición masculina y si se identifica con la madre, una posición femenina.

Para Lacan no es la identificación con el padre sino su posición frente al falo lo que determinará la posición sexual, entre ser el falo o tenerlo. Desde esta concepción el varón no es sin tenerlo, de lo que se desprende que la diferencia de los sexos solo se puede entender desde el registro simbólico.

No hay identidad sexual sino identificación sexual siempre en proceso, además no existe en la psiquis, un significante que determine y garantice la sexualidad de los sujetos, el único significante es el falo para Lacan. Frente a esta falta de consistencia es que aparece la pregunta histórica en todo neurótico: ¿soy hombre o soy mujer?, siendo el interrogante ¿qué es una mujer? el mismo para los neuróticos histéricos varones y mujeres.

Lacan luego desarrolla las fórmulas lógicas de la sexuación por la cual el lado izquierdo es el lado del varón y el lado derecho el de la mujer; sin embargo, entre ambos lados no existe simetría alguna.

En relación con la diferencia de los sexos, Bergoña Matilla (2006) sostiene que al principio está el verbo, el lenguaje, siendo lo simbólico lo que instituye un orden que es el que regula los vínculos humanos y no la diferencia de los sexos.

Silvia Bleichmar (2010) toma una postura actualizada con respecto a la diferencia anatómica: “Que el descubrimiento de la diferencia anatómica sea asimilado al *reconocimiento de la castración* remite a un modo de la subjetividad que corresponde a las formas de distribución del valor fálico en su soldadura al pene” (p.93).

Esta autora sostiene que es Lacan quien transforma la teoría de la castración, como la falta pero no de pene, sino que se trata de una falta ontológica, una falta en ser, que da cuenta de un ser en falta, cuya incompletud atraviesa su narcisismo.

De esto lo que se deduce que de la diferencia de que se trata no es la anatómica biológica, sino una diferencia simbólica que incluye la diferencia generacional, ya que permite instaurar una asimetría entre el adulto y el niño que posibilita el desarrollo de su subjetividad, por otro lado el riesgo de esta asimetría es que el adulto se coloque en una posición de poder y de saber con respecto al hijo.

Al respecto, Eva Rotenberg (2010) señala:

La diferencia primera estructurante es la del reconocimiento del otro como un otro. Esto quiere decir que la madre reconozca al hijo como un ser en el mundo y no como parte de sí misma y para ella. A su vez, que el padre no esté en una posición omnipotente en la que encarne la ley, tema que va más allá de la inclinación sexual. (p. 108).

3.6. Lugar y función de las identificaciones y del Edipo

Según Silvia Bleichmar (2010), la identidad no se construye en el inconsciente, sino en el Yo, pues tiene que ver con el conjunto de atributos con el que el sujeto se reconoce.

“Identificación, indudablemente remite a las formas de transmisión en las cuales el adulto proporciona ordenadores, moldes, formas de coagulación del ser y de las instancias de prohibición” (p. 95). La autora sostiene que esta transmisión la tiene que hacer un adulto más allá del sexo que tenga.

También hace una diferenciación entre la identificación primaria, a la que llama *identificación ontológica*, que remite a la etapa en que el niño se humaniza y se identifica a la especie, e *identificaciones secundarias* que son las que posibilitan el emplazamiento de ideales y prohibiciones e instalan la culpa cuando se daña a un tercero.

Sostiene además que el niño se identifica con los modos de representaciones que lo capturaron y aquí no solo interviene la imagen sino el discurso de otro significativo, en el que reconoce la alteridad del infans y es capaz de renunciar a imponer sus improntas narcisísticas y su goce en pos del amor.

A partir de ello es que Bleichmar (en Rotenberg, 2010), considera que el Edipo es una estructura que impone normas y pautas de intercambios que pone un

coto al goce del adulto con respecto al cuerpo del niño y dice: “El deseo del niño es el efecto metabólico de la acción del adulto sobre su cuerpo y su psiquismo” (p. 96), que va más allá de la heterosexualidad u homosexualidad de sus padres.

Lacan en el seminario 7 La Ética (1960-1988) sostiene que el goce tiene que ver con el más allá del principio del placer y con la satisfacción de la pulsión, por lo tanto queda fuera del sistema significativo, siendo el deseo el que hace de barrera al goce. Además menciona que el goce es una producción que tiene pérdidas y ganancias, la pérdida aparece cuando irrumpe el significativo en el cuerpo.

Si tomamos lo dicho por Lacan: que el deseo hace de barrera al goce, un hijo deseado por el Otro, que encarne el lugar de padre, estaría ciertamente más preservado de ser tomado como objeto de goce, ahora no olvidemos que en la subjetividad de este Otro que encarne la función de padre o de madre, siempre está presente el deseo, pero también el goce.

Lacan (1974-1975/1989) habla de la *père version* afirmando que un padre es aquel que hace de su mujer causa de su deseo. A partir de esta frase puede deducirse que deja fuera a las parejas homoparentales.

Al respecto, Zabalza (2012) se pregunta en cuántas familias heterosexuales el padre hace de su mujer causa de su deseo y responde: “Me inclino por considerar que causa de deseo puede ser quien encarne ese *no todo* imposible para la significación fálica” (p. 27).

Entiendo que Lacan y Zabalza están haciendo referencia a las fórmulas de la lógica de la sexuación, en la que del lado femenino está el no-todo. En relación con la homoparentalidad es posible pensar que en ese lugar puede estar otro varón.

La argumentación que sigue es compleja y nutrida:

Un padre no tiene derecho al respeto, sino al amor, más que si el dicho amor, el dicho respeto es –no van a creerle a sus orejas–, père-versement orientado, es decir, hace de una mujer objeto a [minúscula] que causa su deseo. Pero lo que esta “una mujer” con minúscula: a-coge de ello, si puedo expresarme así, no tiene nada que ver en la cuestión. De lo que ella se ocupa es de otros objetos a [minúscula] que son los hijos, junto a los cuales el padre sin embargo interviene, excepcionalmente en el buen caso –para mantener en la represión, en el justo me-dios(justo medio aristotélico, medio decir) si me permiten, la versión que le es propia por su perversión [término homofóbico en francés que significa versión del padre], única garantía de su función de padre, la cual es la función de síntoma tal como lo he escrito ahí como tal. Para eso, allí es suficiente que sea un modelo de la función (...) se los he dicho simplemente al pasar en un artículo sobre aquel Schereber: nada peor, que aquel el padre que profiere la ley sobre todo. No hay padre educador sobre todo sino más bien rezagado sobre todos los magisterios. (Lacan, 1974-1975/1989 p. 59)

En esta cita Lacan dice que un padre solo tiene derecho a ser respetado y amado siempre y cuando haga de su mujer un objeto que cause su deseo y ella (la mujer en posición de madre), a su vez, hace de sus hijos objetos que causan su deseo.

Al respecto, Zabalza (2012) sostiene: “Amar a un niño es brindarle la posibilidad de que construya una versión del padre con la que hacer diferencia respecto al deseo materno” (p.27).

Por su parte, Adela Fryd (2007, p. 55) afirma:

Vemos ya perfilarse esta báscula que va desde ese padre freudiano merecedor de amor y respeto al padre lacaniano que no tiene derecho al respeto sino al amor. Se trata de un padre que será,

entonces, respetado en la medida en que pueda humanizar su deseo.

A partir de la cita de Adela Fryd se puede entender que ese otro que humanice su deseo puede ser otro sujeto del mismo sexo.

La autora menciona además que, al no poder ir más allá del padre, al neurótico no le queda más remedio que odiarlo o amarlo, pues puede demandar el amor del padre como hace el histérico o vacilar en la duda ambivalente del amor-odio como hace el obsesivo.

Desde esta perspectiva es que pienso que todo sujeto necesita una versión del padre que oficie como operador que pone límites al exceso, al goce de la madre y también a su propio goce, intentando de esta manera preservar la subjetividad del hijo.

Lacan advierte que esa versión del padre puede pervertirse cuando este padre encarna la ley –es la ley– y ocupa el lugar de un padre sobre todo educador, que ostenta un saber absoluto imperativo y dogmático.

Frente a ello sale a la palestra el tema del “deseo de hijo”; de allí que es importante considerar cómo se entiende este deseo.

Para Leticia Glozer Fiorini: “El deseo de hijo es singular y deberá ser analizado en cada caso durante el proceso analítico, tanto en la heterosexualidad como en la homosexualidad, tanto en hombres como en mujeres” (2010, p. 55).

La autora sostiene que aquí se juegan otros motivos como el deseo de trascendencia, aseguramiento de la herencia, sentirse acompañado en la vejez, anhelos narcisistas, buscar un doble a modo de clon, satisfacer a la propia madre o padre, además de duelos y mandatos sociales, entre otros.

Por su parte, Alizalde (2010) sostiene:

En el deseo de hijo de parejas homoparentales se destacan dos motivaciones principales, a saber: a) la integración en la estructura

de una familia con el consiguiente reconocimiento social y b) la trascendencia y la supervivencia psíquica en la memoria del hijo con el consiguiente alivio de las ansiedades de muerte. El deseo de hijo así pensado se independiza de la elección de objeto homo o heterosexual. (p.80).

3.7. El género y la homoparentalidad

John Money (cfr. Money y Ehrhardt, 1982[1972]) realiza una serie de investigaciones en 1955, abocado a indagar sobre síndromes genéticos, hormonales y trastornos de la morfología genital, que lo llevaron a introducir al léxico científico el término *género*, que viene del latín “genus-eris y significa nacimiento, pues lo que buscaba era un concepto que se refiriera a la biografía social posnatal, que diera cuenta del proceso de convertir a las personas en mujeres y varones, pudiendo incluso modificar el destino de la biología.

Para García-Mina (2003) la diferenciación entre género y sexo no estaba clara hasta que Robert Stoller (1968) desde las ciencias sociales y el feminismo académico reúnen en este concepto ciertos modelos normativos socioculturales que permitirían indagar en las complejidades del psiquismo que hacen que un sujeto se experimente como varón o como mujer. Para esta autora el constructo de género se presta a confusión, ya que carece de un marco teórico desde el cual pueda dar cuenta de su implicancia multidimensional.

Por su parte, De Barbieri (1993) entiende el sistema de género como un conjunto de prácticas, normas, valores y representaciones, que las sociedades construyen a partir de la diferencia sexual anatómica y que dan sentido a las relaciones entre personas sexuadas.

Según esta autora el género se diferencia del sexo, pues éste es un hecho biológico y la ciencia médica en la especie humana distingue varios niveles de la diferencia sexual: el sexo cromosómico, el gonadal, el hormonal, el

anatómico y el fisiológico. En cambio, al género se lo considera como el conjunto de atribuciones simbólicas, roles, comportamientos y valores establecidos por la sociedad y que se internalizan tempranamente en el psiquismo del niño.

Marta Lamas (1999b) señala que, para los psicoanalistas seguidores de Lacan, los varones y las mujeres son producidos por el lenguaje y las prácticas y representaciones simbólicas del contexto social. Esto es, la diferencia sexual es estructurante; a partir de ella se construyen no solo los roles y prescripciones sociales, sino el imaginario de lo que significa ser mujer o ser varón; por ende, no puede ser situado en el mismo nivel que el género. La autora propone al género como una categoría que da cuenta de una construcción cultural de la diferencia sexual.

La definición de género adoptada por las Naciones Unidas en la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer, realizada en setiembre de (1995 en Beijing), sostiene: “La palabra género se diferencia del sexo para expresar que el rol y la condición de hombres y mujeres responden a una construcción social y están sujetos a cambios” (en Crespo-Hernández et al., 2008, p. 96).

Al abordar el tema del género me encuentro indefectiblemente con el tema del “poder”, del que ya habló Foucault (1977/1990), pues está presente en las relaciones de mujeres y varones patrocinadas por el orden social y por las normas culturales de cada época.

Es cierto que el hombre ejerció, durante siglos, el poder desde el patriarcado, que le permitió ejercer la dominación masculina, subordinando y subestimando a la mujer en cuanto al manejo del poder político y económico. Sin embargo, desde el psicoanálisis la mujer en cuanto madre, tendrá el poder de auspiciar o no la entrada del padre en tanto función en la subjetividad del hijo.

Rubin (1982, en De Barbieri, 1996) incorpora la reproducción como un eje fundamental que diferencia los cuerpos femeninos de los masculinos; sostuvo que, si bien para que haya reproducción es necesario el contacto sexual, es

solo el cuerpo de las mujeres el que puede generar otro cuerpo humano. Aunque en la actualidad las nuevas técnicas de reproducción evaden el contacto sexual, sigue siendo el cuerpo de la mujer imprescindible para la producción de seres humanos.

En consecuencia, se trata de dos usos muy diferentes del término “poder”. En Rubin remite al poder que tiene la mujer de engendrar y parir hijos. Como se dijo, al control que ejerce el Estado sobre la sexualidad y la reproducción humana. (Foucault 1977), es posible agregar un tercer sentido: en una sociedad capitalista, el semen y los óvulos se compran, los vientres se alquilan; entonces, el poder lo detenta el que posee el dinero para realizar este tipo de transacciones económicas, que a su vez habilita a algunos sujetos homosexuales a ser padres.

De Barbieri (1993, pp. 151-152) sostiene que las mujeres que abordan el género lo hacen desde tres perspectivas teóricas distintas.

La primera llamada “relaciones sociales del sexo”, pone de manifiesto la división social del trabajo, destacando la desigualdad de la inserción de las mujeres en el mercado laboral; se desarrolló fundamentalmente en Francia y su mayor exponente es Danielle Kergoat.

Luego, están las mujeres que conciben el género como un sistema jerarquizado de estatus y prestigio social. Desde la perspectiva psicoanalítica trabajan con la psicología del yo, dando relevancia a la socialización como aprendizaje de roles que se repiten a lo largo de la vida. Aquí su emblemática representante es Nancy Chodorow (1978) a partir del estudio que hace de la maternidad.

La tercera perspectiva trabaja el género desde el sistema de poder, mostrando la desfavorable posición de las mujeres frente a los varones. Esta corriente parte del análisis pionero de Gayle Rubin quien critica a Lévi- Strauss en su teoría estructural del parentesco y al psicoanálisis de Lacan. Los desarrollos posteriores recogen los aportes de Foucault, Deleuze y Derrida; siguen metodológicamente a Marx y se definen por las relaciones que guardan entre sí

los sexos, destacando la importancia de contextualizar las investigaciones, el análisis y la interpretación de los resultados.

En esta última perspectiva, se sostiene que desde temprano tanto varones como mujeres tenemos la posibilidad de “producción”, en tanto capacidad de producir placer en el cuerpo del otro o de la otra, pero solo las mujeres tienen un cuerpo que produce otro cuerpo. Por ello, cualquier varón que desee ser padre biológico, debe asegurarse una mujer que esté dispuesta a gestar, parir y cuidar al cachorro humano. Desde esta perspectiva el cuerpo femenino fértil es valioso y poderoso y ese poder se lo otorga la sociedad.

Como se dijo, el avance científico de la reproducción, por un lado, favorece la expectativa de varones y mujeres homosexuales que quieren ser padres; por otro lado, en términos de Foucault los sujetos nos convertimos en cuerpos dóciles al mercado de la oferta y de la demanda, ya que para este autor el poder se ejerce, no se posee, produce verdades, disciplina y un orden particular, pero también este poder se puede perder.

De la misma manera se puede pensar que a la paternidad se la ejerce, en tanto función, no se la posee en tanto lugar seguro, también produce verdades que el mismo padre desconoce y produce un orden particular en el psiquismo del hijo, en su género, siempre en interacción con la madre.

Golergart (2006) retoma a Laplanche, quien sostiene que la identidad de género comienza antes de que el niño descubra la diferencia sexual anatómica. Antes de que el niño se identifique con algún sexo, debe primero ser identificado por los adultos significativos quienes le asignan un género; en palabras de Laplanche (citado por Golergart, 2006):

El proceso de asignación de género se lleva a cabo a través de lo que llamo mensajes enigmáticos: mensajes comprometidos, cargados de significaciones inconscientes, que el niño debe traducir o comprender après-coup, pero que son enigmáticos también, y en primer lugar, para el adulto que los propone. De modo que el proceso

está “interferido” por las fantasías inconscientes de sus protagonistas adultos, (...). El sexo, la percepción del sexo y su interpretación, es lo que ayudará al niño a traducir o a dar sentido a esos mensajes enigmáticos recibidos desde el origen, que difieren según cada caso particular.

La crisis del patriarcado produce una redefinición de la institución familia, pues con la legalización del matrimonio igualitario, aparecen nuevas configuraciones familiares, que ponen en cuestión teorías que se muestran anquilosadas y con respuestas dogmáticas, rígidas e incuestionables. Así lo manifiesta Manuel Castells (2001, p. 400):

Tanto por razones estructurales (vinculadas con la economía informacional) como por las repercusiones de los movimientos sociales (feminismo, luchas de las mujeres y liberación sexual), la autoridad patriarcal es puesta en tela de juicio (...). El futuro de la familia es incierto, pero el futuro del patriarcado no; sólo puede sobrevivir bajo la protección de estados autoritarios y fundamentalismos religiosos. (...) en las sociedades abiertas, la familia patriarcal sufre una crisis profunda, mientras que los nuevos embriones de familias igualitarias aún siguen luchando contra el viejo mundo de intereses, prejuicios y temores.

Actualmente un varón patriarcal, que todavía los hay y muchos, puede sentirse destronado al comprobar que ese rol paterno, puede cumplirlo una mujer en una familia homoparental, esto lo lleva a recrudecer los prejuicios y las críticas argumentativas patologizantes hacia este tipo de configuración familiar.

En relación con la homoparentalidad hay un planteo ético que nos interpela, pues hasta qué punto este varón homosexual, quiere un hijo narcisísticamente para sí –que en algunos casos favorecería la fantasía de autoengendramiento– sin que ninguna mujer pueda reclamar la maternidad del niño. La división de partes y funciones de cuerpos femeninos (ovodonación por una mujer y el

alquiler de vientre de otra mujer) está regulada a través de un contrato que, por lo general, se realiza en otro país. Previamente, son seleccionadas las características físicas, etnia, color de ojos, antecedentes de enfermedades genéticas y psiquiátricas, algo parecido a un menú a la carta, en el que alguna cosificación de la subjetividad del otro se juega, seguramente con su consentimiento informado y en muchos casos por una retribución económica.

Esto también puede suceder del lado de la mujer que recibe el espermatozoides de un donante seleccionado mediante un catálogo que brindan los especialistas.

A partir de lo expuesto, es que sostengo la importancia que estos casos de pretendidos padres biológicos o adoptivos, hetero u homosexuales, cuenten con un espacio de análisis psicoanalítico o psicoterapéutico, que les permita profundizar en el anhelo de ser padres. Sabemos por experiencia clínica, que hay poca demanda para la apertura de estas indagaciones; en ocasiones solo vienen a buscar un certificado como un requisito más, pues la premura del mercado los acecha a la adquisición de un niño adoptado, biológico o biotecnológicamente fabricado. Luego, si hay un auténtico deseo, este niño pasará a ocupar el lugar de hijo.

3.8. Los Imposibles Freudianos y la Paternidad

Freud mencionó tres tareas imposibles: educar, gobernar y analizar; considero que estas tres tareas atañen a la paternidad.

En primer lugar, marcan una relación de asimetría: entre el maestro y el alumno, el gobernante y el pueblo y entre el analista y el analizante.

Son tres posiciones asimétricas desde donde, al decir de Foucault (1977/1990) se puede ejercer poder y hacer del otro un cuerpo dócil y sometido, donde algo del orden del goce se juega, pues el discurso contemporáneo muestra que el Amo es el mercado, que reduce a los sujetos a ser cuerpos volcados al consumo; esto trae aparejado fragilidad en el lazo social, particularmente en los

lazos familiares, favoreciendo la burla de las normas, la irrupción de conductas violentas, hetero y autodestructivas, facilitando además los goces solitarios.

Estas tres posiciones también atraviesan a la paternidad porque, entre las funciones de un padre, están la de educar, brindar afecto y contención, la de establecer límites a través de reglas claras que implican un orden en el funcionamiento familiar, solidario a la función de gobernar.

Con respecto a la función de analizar, un padre no puede ser el analista de su hijo, pero este le transfiere al principio el lugar del Sujeto Supuesto al Saber, pues el niño pequeño siente generalmente que su padre todo lo sabe; esta ilusión que hace del padre el poseedor de un saber omnipotente, con el tiempo cae estrepitosamente.

Lo que sí puede hacer un padre, es posibilitar en el hijo una subjetividad deseante, que se irá desarrollando a través del tiempo en esa relación dialéctica entre padre e hijo donde ambos se van re-conociendo, es decir, volviéndose a conocer, pues siempre el padre es otro y el hijo también.

Esta irrupción del otro como distinto, en ocasiones es percibida como violenta y despierta violencia, desencadenando una puesta en escena a modo de un ring, donde el goce del padre y del hijo, ponen de manifiesto fantasmas inconscientes de filicidio y de parricidio, que siempre estarán al asecho.

Por ello, considero que un padre debe correrse de ese lugar de saber y poder omnipotente, ubicarse en el lugar de la “Docta ignorancia” y a partir de allí tolerar la incertidumbre que implica la paternidad, la capacidad de asombro frente a las mostraciones de los hijos, algunas sintomáticas que nos provocan angustia, otras aparecen como logros socialmente valorados que nos llenan de orgullo, pero siempre –tanto en unas como en otras– está presente el narcisismo paterno.

Ese narcisismo hace de escollo a la hora de preguntarse: ¿Qué es ser padre para mí? ¿Qué se supone que debe hacer un padre frente a determinada

situación con su hijo/a?, respuestas que no yacen escritas en un manual ni se encuentran asistiendo a una escuela para padres.

Algunas respuestas posibles, tentativas y transitorias podrán construirse en un análisis terminable o interminable de un sujeto que pretende detentar el lugar de padre, pues allí tendrá que revisar su propia novela familiar. ¿Qué padres tuvo? ¿Cuántos padres tuvieron? ¿Cuál fue su posición frente a ellos? ¿Qué marcas le dejaron? Pregunta esta última de particular relevancia porque siempre los padres marcan, por presencia o por ausencia y esto ocurre tanto en padres heterosexuales como homosexuales.

Estas experiencias significativas para cada uno constituyen “la otra escena; esa escena fantasmática que se repite en el aquí y ahora con el hijo. Ciertamente es que, como en toda repetición nunca se repite lo mismo, siempre está presente la diferencia y es ahí donde debemos apostar para hacer de la paternidad una experiencia inventiva, novedosa y por qué no, reparadora.

Cuando se habla de reparación se hace alusión a restaurar algo dañado; la paternidad no es una experiencia inocua, es imposible no salir en algún punto dañado como hijo y también como padre.

Considero que esta reparación implicaría un proceso de “re-significación”, es decir, darle una nueva significación a lo vivido. De esta manera tendremos un sujeto capaz de aceptar y asumir con responsabilidad su historia.

En relación con la homoparentalidad es importante recordar que la homosexualidad es una de las vicisitudes que hacen a las diferentes masculinidades, siendo la homoparentalidad también una vicisitud más de la paternidad.

Por su parte, Cottet (2006) acentúa “la disyunción del padre real y de la función simbólica, de la cual ya no es ni el soporte ni la garantía” (p.23).

Estamos transitando una nueva concepción del parentesco, que va más allá de la diferenciación sexual entre hombre y mujer, ya que toma la diferencia entre padre y madre.

Cottet (2006) señala que el inconsciente rectifica, inventa nuevas familias ficticias y restablece a pesar de todo, el lugar del padre.

A partir de ello se puede entender que no importa quién sea el padre, con tal que alguien ocupe ese lugar y ejerza autoridad (no autoritarismo) sobre la madre, acotando ese goce devorador y feminizante y ejerciendo autoridad también sobre el hijo, siempre tentado a ocupar el lugar del falo, con el riesgo de fijarse en él.

El autor sostiene que el inconsciente funciona como un “automatón simbólico” (p. 23) que permite reparar a través de lo simbólico lo estafalario de cada familia, sin importar si el padre está presente o no, si es hetero u homosexual, hombre o mujer, con tal que el niño cuente con un registro simbólico que le permita inventar un significante que evite quedar expuesto a las fauces del cocodrilo. De este modo, el padre en tanto operador estructural abre la vía a un gran número de posibles sustitutos, masculinos o femeninos, que pueden ocupar su lugar.

Terminaré con una cita de Zabalza (2012, pp. 38-39):

(...) padre antes que nada es un lugar, un intervalo, una pausa, una síncope, un desvío, un quiebre, una escansión, una hiancia, un corte, un no que propicia el deseo y encausa el erotismo, un saber hacer en los bordes, una formación de compromiso allí donde –tal como la detumescencia –porque algo no fue, el amor es convocado.

Un padre en todo caso es aquel que, con su acto, ayuda a su hijo o hija a hacerse responsable de su goce y de su deseo.

Considero que un sujeto solo puede ser padre desde el punto de vista ético (que no es el de la moral) en la medida en que pueda, desde su deseo, transmitirle al hijo, un saber hacer con su goce, con su deseo, en definitiva, con la ley del no-todo, que le permita desarrollar una subjetividad responsable.

CAPÍTULO IV

METODOLOGÍA

4.1. Diseño

La presente investigación es abordada desde la teoría psicoanalítica, desde el método psicoanalítico que investiga tomando como materia prima el discurso del sujeto, en el que presta especial atención a cómo se pone de manifiesto, en ese discurso, el inconsciente. El campo específico lo constituye el inconsciente y las anticipaciones de sentido que aparecen a partir de los disparadores y preguntas, tomando como base esos procesos. Se trata de un proceso abierto porque las inferencias llevan a nuevas preguntas (Karlen Zbrun et al., 2012). Se toma como eje fundamental a Freud, a Lacan y a otros autores que enriquecieron posteriormente sus teorías.

Por ello, en este trabajo se pretende indagar sobre los significados que construyen los sujetos entrevistados en relación con la masculinidad y con la paternidad, desde sus propios marcos de referencias, libres de interferencias, de creencias o prejuicios del investigador.

Es un estudio de **finalidad básica**, porque pretende producir conocimientos científicos y de **profundidad interpretativa**. Respecto del segundo rasgo, cabe señalar:

En este tipo de investigaciones, no se apunta a la mera descripción de los hechos, ni a su explicación causal, sino a la interpretación o comprensión de los fenómenos investigados; el asunto a investigar se concibe como signo o expresión de un sentido o significado a develar. (...) se trata, precisamente, de interpretar las producciones culturales o psicológicas, bajo el supuesto de que el analista (a través de cierta técnica de análisis) podrá develar eso que llamamos

“sentido de segundo grado” (...) nos interesa aquí tomar cada elemento y examinar su significación en asuntos tan variados como el análisis de películas, cuentos, novelas, historia escrita, publicidad, relatos de pacientes en psicoterapia, obras musicales o plásticas, discursos políticos, científicos, etc.(Ynoub, 2007, pp.30-31).

En consecuencia, algunos de los rasgos de este tipo de investigaciones que destaca la autora (Ynoub, 2007, p. 31) son: a) dado que su finalidad central es la interpretación, el objeto se aborda como un “mensaje o código” por descifrar; b) por lo general, dicha interpretación se lleva a cabo por referencia al contexto histórico o cultural del objeto, esto es, “vinculado con su producción”. Respecto del segundo carácter, en un texto reciente (Ynoub, 2015, p. 16) señala que “el contexto es parte del fenómeno por indagar. La situación se capta, o es deseable que se capte, *ecológicamente* en la pluralidad de aspectos que puedan determinarla”.

Se efectúa un estudio de caso (en el sentido de diseño de investigación) y será de tipo instrumenta, tal como lo aborda Stake (1998):

El estudio de tipo instrumental centra su interés en las implicaciones de los resultados de la investigación en otros ámbitos más allá del propio caso. El caso tiene aquí un interés secundario, constituyendo un apoyo para entender un problema. (Azaretto et al., 2014, p.67).

Esto es, la finalidad de un estudio instrumental es “comprender otra cosa” (Stake, 1998, p.103). En este sentido:

En el psicoanálisis, por estructura, la experiencia está perdida. El intentar dar cuenta de esa experiencia, toma forma de relato. (...) Afirmamos contundentemente: el relato no es el caso. La escritura que el analista hace en un análisis es necesaria pero no suficiente para construir un caso. (Azaretto et al., 2014, pp.66-67).

Desde esta perspectiva, la presente investigación constituye un estudio **en casos**, que serán construidos a partir del relato. De esta forma, se parte de la entrevista como un medio que permite ilustrar los significados que se sostienen en relación con la masculinidad y con la paternidad.

Ahora bien, el término “caso” proviene del latín *casus*, que significa “caída”. En el psicoanálisis, “un caso es una construcción, es un recorte sobre un punto. La caída es entonces porque no se trata del caso original realizado descriptivamente en su totalidad” (EOL–Escuela de Orientación Lacaniana–, 2007, citado en Gallo, 2012, p. 69).

Por un lado, el caso es *lo que cae* y, por el otro, es *einfall*, término alemán que remite a idea, ocurrencia,

(...) aquello que se articula con ideas y pensamientos que vienen a la mente. Los primeros “casos” que Freud presenta son sus sueños, lapsus, equivocaciones, etc. Son formaciones del inconsciente a partir de las cuales Freud [muestra] hasta sus vísceras las íntimas articulaciones del inconsciente. (Palomera, 2002, p. 6).

El *einfall* freudiano es “lo que acaece, aquello que testimonia el encuentro con lo real ocurrido bajo transferencia” (Fleischer, 2010, citada en Gallo 2012, p. 69).

En la presente investigación, se trabaja con la entrevista como parte del método, ya que el propósito está puesto en la localización de ese sujeto con respecto a lo dicho para facilitar su propia introducción en el inconsciente a través de la escucha del discurso. Esto es, si caso es también *einfall*, “es indispensable que el analista se despegue de las estructuras entendidas como construcciones ya establecidas, pues de no ser así dejará escapar eso que sorprende y que denuncia la falla en el Otro” (Gallo, 2012, p. 70). Ello implica que el analista se disponga a ceñirse a la lógica del discurso del sujeto:

La presencia pulsátil del inconsciente—lo que aparece como un destello, un resplandor y enseguida desaparece— no es exclusiva del dispositivo clínico. Se puede observar esta presencia en un dispositivo de entrevista a profundidad, pero su captación exige estar atento a la sorpresa (...). Este acto constituye el repentino advenimiento de un hallazgo subjetivo, se define como la vivencia de un encuentro más o menos inexplicable, pero que no es el resultado de un milagro, sino de “una larga cadena de razonamientos” (Pulice, 2000, p. 158) íntimos e imperceptibles por la conciencia. (Gallo y Ramírez, 2012, p.116)

Estos autores plantean, entonces, que a través del análisis del discurso del sujeto, de su enunciado —lo consciente— se llegue a la enunciación que da cuenta del sujeto del inconsciente.

Aquí, cabe referir a una afirmación importante de Lacan (1964/1987), Seminario 11, p. 15):“Como dijo una vez Picasso, para gran escándalo de quienes lo rodeaban: No busco, encuentro”. Así es que sostiene que en el campo de la investigación científica hay dos dominios que se distinguen: “el dominio donde se *busca* y el dominio donde se *encuentra*” (1964/1987], Seminario 11, p. 15).

Al respecto Cancina (2008, p. 71) menciona:

(...) cuando uno busca inmediatamente empieza a escoger y, al escoger, no encuentra más que lo que buscaba o esperaba encontrar. Los investigadores, y muchos son conscientes de esto, están en peligro de torcer la investigación cuando están buscando, esto es, cuando quieren probar una hipótesis. Otra cosa ocurre cuando no se busca nada, cuando el experimento está abierto a lo que salga o, en nuestros términos, a lo que caiga.

En la misma línea argumentativa, la presente investigación no parte de hipótesis, si de *supuestos* por ejemplo: “La masculinidad y la paternidad no son

procesos solidarios ni soldado, tal como lo expresó Lacan (1958), por lo tanto, conforma un espacio abierto al hallazgo.

Cancina (2008, p. 78) nos recuerda que ocho años después, en el seminario XXIV, Lacan dijo: “No encuentro tanto como busco”. Al respecto, la autora explica:

(...) se está refiriendo a que primero está “el hallazgo” y luego la búsqueda, la interrogación sobre lo hallado (...) en definitiva, en la experiencia, algo del orden del hallazgo, y lo que corresponde al orden de la búsqueda, están puestos en él a posteriori, en la reflexión sobre el hallazgo y su escritura. (p.79)

Cancina menciona, además, a Carlo Ginzburg quien fue el creador del paradigma indiciario (cfr., por ejemplo, Ginzburg, 2007); para explicarlo, se remonta a los cazadores de la prehistoria, que aprendieron a reconstruir los movimientos de los animales por cazar, a través de huellas, rastros, como excrementos, plumas, otorgándoles significado a esas huellas. Ciertamente, el método indiciario indica las señales o indicios.

En las entrevistas –a partir de los disparadores “*hablemos de mujeres*”, “*hablamos de paternidad*”–atravesadas por la “atención uniforme y flotante” (Freud, 1912, vol. XII), se dio lugar a los indicios que oficiaron como señales acerca de los significados en relación con la masculinidad y con la paternidad que sostenían estos cinco sujetos

En un segundo momento (cfr. *infra*) se realizó un análisis del discurso que permitió demarcar las dimensiones teóricas.

4.2. Participantes

Se utilizó una muestra no probabilística intencional (Hernández Sampieri et al., 2014, p. 386), constituida por cinco sujetos varones entre 35 y 55 años con diversidad sexual, que se encuentran o se encontraron en tratamiento

psicológico psicoanalítico. Como criterio de exclusión, se estableció que no podían participar sujetos con estructura psicótica o perversa, sino solo aquellos con estructura neurótica, diagnosticados como tales desde la perspectiva psicoanalítica (Freud-Lacan). Para llevar a cabo la investigación, se seleccionaron los pacientes clínicos en cuyo discurso hubiera aparecido en reiteradas ocasiones el cuestionamiento acerca de la masculinidad y la paternidad. Ello pudo verse, a partir del análisis del discurso, en la presencia de la repetición ya que el sujeto se descubrió siendo interpelado por sí mismo, una y otra vez, por estas temáticas. Por otra parte, se los informó sobre la iniciación de esta investigación, abriendo el espacio a que pudieran elegir formar parte de la misma o no, y los que decidieron participar, dieron su consentimiento en forma escrita

4.3. Técnica de investigación

Si bien me apoyo en conceptualizaciones de la entrevista desde el enfoque cualitativo –cuya denominación más frecuente es entrevista “en profundidad” (Alonso, 2003; de Souza Minayo, 2010), pero también “abierta” o simplemente “cualitativa”–, es necesario precisar que la técnica para la recolección de los datos se formaliza como ***entrevista psicoanalítica de investigación***, término que componemos *ad hoc* como síntesis parsimoniosa (en el sentido de construcción simple) de *entrevista apoyada en el método psicoanalítico de investigación*.

Resultó forzoso acuñar dicha composición porque, a nuestro juicio, las nominaciones presentes en la bibliografía no logran capturar sus notas características o distinguirse de otros enfoques. En efecto, “entrevista psicológica” (e. g. Colín Gorráez et al., 2009), amén que requiere precisar su finalidad, se abre obviamente a un espectro de posibles escuelas teóricas para el análisis; “entrevista investigativa” (Gallo, 2012) es una locución específicamente vinculada con la psicología forense; “entrevista clínica con fines de investigación” (Castarède, 1983, en Gamundi, 2014), denominación de

origen francés (*entretien clinique de recherche*), podría asociarse también a otras disciplinas o enfoques teóricos (e. g. a la investigación médica o al método piagetiano).

Ahora bien, como se indicara, algunas notas de la entrevista en profundidad se aplican a nuestra técnica, aunque desde una formalidad distinta. Según Edmond y Picard (en Alonso, 2003, p.11), este tipo de entrevista es:

(...) un proceso de determinación de un texto en un contexto; es siguiendo a Wilden un proceso de puntuación, de organización de los hechos y de representaciones de la conducta, ya que cuando producimos o interpretamos un texto, estamos haciendo algo más que producir o interpretar ese texto, estamos actuando o sufriendo los efectos de una acción.

Para de Souza Minayo (2010, p.258):

El investigador se torna en interlocutor que escucha e incentiva al otro a hablar. Quien escucha, interactúa. (...) Existe una responsabilidad indiscutible del investigador pues toda narrativa está irremediabilmente influenciada por la pregunta, por quién pregunta, cómo pregunta y por qué pregunta.

Dicha formalidad distinta queda clara en la siguiente precisión de Gallo (2012, p. 79):

*Cuando un psicoanalista investigador de fenómenos sociales hace entrevistas por fuera de su consultorio **como parte de su trabajo de campo**[énfasis nuestro], evitará ser estándar y ha de orientarse en ellas siguiendo los principios de la clínica psicoanalítica, por ejemplo, estar siempre dispuesto a **reinventar el modo de entrevistar** [énfasis nuestro].*

Esto es, se trata de seguir en la entrevista los principios del psicoanálisis: atención al detalle, precisión y rigurosidad en las palabras, instancia en la que el investigador lee y se deja enseñar por eso enigmático que toma como objeto de estudio, para “colegir lo secreto y escondido desde unos rasgos menospreciados o no advertidos, desde el residuo –*refuse*– de la observación” (Freud, 1914/1986, vol. XIII, p. 227). El investigador psicoanalítico “se distingue de un investigador social al ocuparse de lo íntimo” (Gallo, 2012, p. 77).

Como ya se señalara, los disparadores iniciales por presentar a los entrevistados son *ex profeso* claramente amplios: “*hablemos de mujeres*”, “*hablemos de paternidad*”. Estos disparadores estimularon interacciones subsecuentes que, a su vez, generaron interrogantes adicionales en un intento de expandir el encadenamiento temático.

Al tratarse de un tema que atraviesa la subjetividad desde lo inconsciente, se trabajó en más de una entrevista, teniendo en cuenta la complejidad de la temática abordada. Se implementaron, al menos, dos entrevistas de una hora aproximada de duración cada una.

Los supuestos de los que parte la investigación destacan como centrales, los conceptos de *deseo, pulsión, sexualidad, género, Edipo, transferencia, repetición, goce e identificaciones*, teniendo en cuenta el contexto histórico social-cultural del cual emergieron y que atraviesan la construcción simbólica de la masculinidad y la paternidad, posibilitando a su vez, realizar un recorrido que permitió profundizar los interrogantes planteados, pues se trataba de pacientes que llevaban cierto tiempo de tratamiento.

Según Gallo (2012), es importante que la entrevista de investigación deje en suspenso el saber acumulado, lo que para el presente trabajo constituyó un desafío paradójico: por un lado, un obstáculo en cuanto hay un saber acumulado en el analista ahora investigador que intervino en la selección de los casos; por el otro, este saber está también en los participantes, en cuanto han sido interpelados en su propio análisis sobre los asuntos abordados.

La pregunta que aparece, en consecuencia, es: ¿Por qué se eligió a sujetos que son o fueron pacientes del investigador?

La primera respuesta remite a la *condición de la muestra*: dado que se propuso que estuviera conformada por sujetos con estructura neurótica, ellos debían haber pasado por un diagnóstico estructural y diferencial, realizado desde el marco psicoanalítico.

La segunda refiere al *objeto de estudio*: el abordaje de temáticas tan profundas que atañen al hueso de la subjetividad, difícilmente se logra en participantes voluntarios de una investigación. Por otra parte, ese saber en los sujetos está suspendido; es a través de las preguntas disparadoras que algo de ese saber se actualiza y promueve la enunciación inconsciente.

La forma que se encontró para superar este obstáculo, fue apoyarse en la transferencia para establecer un encuadre distinto que permitió realizar estas entrevistas de investigación, en las que el consentimiento informado por escrito intervino como un elemento nuevo, simbólico y legal, que les brindó un encuadre particular, que las diferencia y aleja del dispositivo clínico analítico. En este sentido, los sujetos fueron entrevistados en el consultorio particular del investigador pero, simbólicamente, “fuera” del consultorio porque se los citó en horarios diferentes de los fijados para las sesiones de análisis y obviamente, en este contexto no intervino la variable honorarios.

4.4. Procedimientos

Para llevar a cabo la investigación, se seleccionaron los pacientes clínicos en cuyo discurso hubiera aparecido en reiteradas ocasiones el cuestionamiento acerca de la masculinidad y la paternidad. Ello pudo verse, a partir del análisis del discurso, en la presencia de la repetición ya que el sujeto se descubrió siendo interpelado por sí mismo, una y otra vez, por estas temáticas. Por otra parte, como ya se indicara, los participantes de este estudio han sido

informados del objetivo del presente trabajo a los fines de dar su consentimiento.

4.5. Análisis de datos

El procedimiento analítico de los datos consistió en un análisis del discurso, en el que se procedió a partir de la enunciación más que del enunciado. Se buscó localizar,

los índices de subjetividad –índices del inconsciente–, que no es equivalente a lo oculto y latente, sino al lugar donde en rigor se intenta leer lo que hace marca significativa (...) localizar el decir del sujeto, o sea, (...) la enunciación que significa la posición que aquel que enuncia toma en relación al enunciado (Gallo y Ramírez, 2012,p.114).

De este modo, se extrae de los enunciados que los sujetos expresan en torno a la masculinidad y a la paternidad, la enunciación inconsciente en relación con esta temática, de manera de llegar a las dimensiones teóricas: *masoquismo, goce autoerótico, cobardía, fantasma bisexual, culpa por el fantasma parricida y filicida.*

El proceso interpretativo,

(...) implica una organización de todas las formas de inferencia de manera armoniosa, es decir, en el comienzo, diría yo, está la analogía, tras ella la abducción, la abducción nos hace posible una predicción hipotética y la inducción permitiría una ratificación o una corrección eventualmente. (Samaja, en Pulice et al., 2007, p.215).

En este sentido, luego expresa:

De esta manera no hablaría del proceso de abducción como si fuera la panacea, sino que hablaría de la interacción dialéctica de los

procesos inferenciales como única panacea, en todo caso (Samaja, en Pulice et al., 2007, p.219).

El proceso investigativo implica una combinatoria, que se pone de manifiesto al seguir el discurso del sujeto, donde se entretajan los conceptos psicoanalíticos planteados, teniendo presente que un discurso es un modo de relación fundamental determinado por la estructura del sujeto, que se muestra de diversas formas en las que dicho sujeto manifiesta algo de su deseo, de su goce, de su sexualidad y de su rol paterno; a partir de este discurso, se apunta a escuchar y a analizar al sujeto del inconsciente y al contexto social en el que se enlaza.

“Aquí el uno por uno es fundamental, porque no se busca construir tipologías o establecer patrones de comportamiento, sino definir singularidades y formalizar detalles” (Gallo y Ramírez, 2012, p. 97). Al respecto, es importante aclarar que en este trabajo, cuando se habla de avatares del sujeto en el proceso de devenir varón y padre, no se trata de despejar tipos o patrones de conducta generalizables en lo que atañe a la masculinidad y a la paternidad. Por el contrario, lo que se pretende en una investigación desde el psicoanálisis es escuchar, en el discurso del sujeto, lo singular y único en él. “*El goce es singularísimo*” (Lacan, 1972-1973 p.114), es lo que se intenta inferir en el discurso de cada sujeto en relación a su historia que lo atraviesan subjetivamente en relación a la masculinidad y a la paternidad.

En suma, hemos implementado una investigación psicoanalítica, no una cualitativa:

Aquí [en la investigación cualitativa] el trabajo de análisis de discursos se mantiene en el nivel del enunciado, en una lectura de gestos, actitudes, lenguaje corporal, signos, señales, pausas, tonos. El aporte del psicoanálisis es pasar en el análisis de este nivel fenomenológico de producción de discurso a promover un segundo paso hacia la enunciación, que no es del todo igual a lo oculto y no

aparente, que se trata de desvelar en lo que se denomina análisis de contenido. (Gallo y Ramírez, 2012, p.114).

En este sentido, localizar el decir del sujeto “se puede proponer como un principio general que ha de guiar al investigador psicoanalítico en lo clínico y en lo social (...) que permite preservar al sujeto del inconsciente (Gallo y Ramírez, 2012, p.114).

Por ello, en la investigación psicoanalítica, Bustamante-Zamudio (2009) resalta el tema de la ética, pues de lo que se trata es de restaurar la singularidad subjetiva. Al respecto, señala que las peculiaridades que distinguen a los objetos entre sí, se conciben como *lo singular*, mientras que los rasgos que son comunes, que se repiten en varios objetos, aparecen como *lo particular* y las propiedades y rasgos que son inherentes a grandes grupos de objetos y fenómenos son considerados *lo universal*.

En la presente investigación, avatares tales como la cobardía, el masoquismo, el goce autoerótico, el fantasma bisexual, entre otros, constituyen lo particular en relación con la masculinidad y la paternidad, pero la investigación psicoanalítica se debe centrar en lo singular de cada uno de esos sujetos. “El psicoanálisis sería, entonces, el proceso mediante el cual alguien pasa de la particularidad a la singularidad (...)” (Bustamante-Zamudio, 2009, p. 254).

Desde esta mirada, la investigación psicoanalítica es una perspectiva de lo singular, de lo irrepetible, de lo más propio y característico de cada sujeto, ámbito en el que nos adentraremos en el siguiente capítulo.

CAPITULO V

CASUISTICA

CASO ANDRES

Profesional; 38 años. Tres años de tratamiento. Vive en pareja con Laura 36 años empleada y buscan un hijo.

Hablemos de mujeres...

El recuerdo que tengo de mi infancia es a los 8 años, tenía una vecinita muy linda que me gustaba mucho pero ella no me daba bola, después en la secundaria era muy introvertido y el acercamiento con las minas se me hacía muy difícil, por el miedo al rechazo y mi baja autoestima.

¿Y a qué atribuye eso?

Una madre sobreprotectora, mi vieja también es así, de baja autoestima, cero tolerancia al rechazo y con dificultades para enfrentar conflictos con sus pares, de hecho no tiene amigas, ella empezó a trabajar cuando yo tenía ocho años, tenía una mercería en el pueblo.

En esa época peleaba mucho con mi mamá, no le hacía caso y peleaba con mi hermana, yo las insultaba y mi mamá me decía que me iba mandar a un reformatorio, pero llegaba mi papá y nos ponía el punto a los dos y la desautorizaba, en ese momento yo veía a mi papá como una figura masculina

fuerte. Mi mamá me cacheteaba mucho como actualmente mi hermana cachetea a mi sobrino, mi papá no me pegaba.

Me sentía excluido, no tenía muchas armas para defenderme, me causaba pánico pelearme como esos flacos que se cagaban a trompadas, me refugiaba en mi mamá; mi papá no me daba mucha bola. Mi familia no afronta las cosas, solo mi hermana, es extrovertida, proactiva y decidida, yo la admiro.

Luego fui creciendo, entré en la adolescencia y no recibí ningún tipo de información de parte de mi papá, nunca me habló de qué tenía que hacer, de cómo tratar a una mujer, pero me empecé a juntar más con mis amigos, con lo que veíamos revistas y películas pornográficas.

A los 18 años tuve mi primera relación sexual cuando me fui a estudiar a Córdoba, con una mina que conocí en un boliche.

¿Por qué se fue a estudiar a Córdoba?

Porque era más accesible que Mendoza, me fui con dos amigos y me gustó la idea de irme lejos de mi familia, si no la iba a tener a mi vieja todas las semanas llevándome comida y lavándome la ropa. Estaba más libre y quizás más anónimo, en el sentido de no encontrarme con nadie conocido, salvo con esos amigos con los que conviví un año y luego estuve 4 años con otros hasta que me recibí.

El contexto de estudiar afuera de tu provincia y sobre todo Córdoba facilita la joda, pero yo ya tomaba de antes, a los 15 años nos emborrachábamos cuando íbamos a los cumpleaños de 15 de nuestra compañeras.

Tuve pocas relaciones mientras estudiaba, eran solo relaciones sexuales ocasionales, sí tuve relaciones sentimentales cuando me recibí a los 24 y vine a Mendoza, aquí me puse de novio un año pero me peleé porque la chica era muy conflictiva. Después conocí a otra con la que estuve dos años pero era

depresiva porque se le murió el padre y quería que estuviera siempre con ella y me peleó cuando me fui a hacer la especialidad a Buenos Aires.

Después volví y me puse de novio con Laura, que ya la conocía de la adolescencia porque somos del mismo pueblo, después no he estado con ninguna mina, yo he sido fiel y entiendo que ella también.

Con mi profesión tengo mucho stress, he abierto mi propia clínica tengo un socio que es un amigo pero vive en otro país, él pone el capital y yo tengo que estar en todo, en los convenios con las obras sociales, con los empleados, con los colegas y con los pacientes y eso me estresa mucho, llego a la noche reventado, siento que me merezco un placer y tomo bastante cerveza y fernet, siento que me baja los decibeles y los fines de semana pierdo el control, esto es causa de muchas discusiones con Laura.

Vengo de un pueblo del interior de una familia de clase media, mis padres de 66 años más o menos cada uno, yo soy el mayor y me sigue una hermana casada con dos hijos.

Siempre fui muy retraído, pero de chico más, creo que es porque mi mamá fue muy sobreprotectora, corría viento o hacía frío, yo era un poco asmático, pero ella no me mandaba a la escuela, me dejaba en cama, ponía vaporizador, el televisor, me leía cuentos, yo me sentía un poco encerrado. Creo que el asma para mi vieja le vino bien, porque era un placer para ella poder cuidarme, ella es muy culposa, obsecuente y obsesiva.

Yo vengo de una familia “negadora”, mi padre tiene un hermano mellizo con retraso mental que vive con mis abuelos ancianos y de eso no se habla, mi mamá tiene un hermano que es mi padrino de bautismo es alcohólico y vago y de eso tampoco se habla. Hay muchas cosas de las que no se hablan.

Me saturan las demandas externas, las de mi socio, las de mi mujer, las de la clínica y las de los pacientes. Anoche tuve un sueño que te lo quería contar: soñé que estaba en mi pueblo natal con mi familia y otra gente que me molestaban mucho, se burlaban de mí como me pasaba en la primaria y en la

secundaria y quería chupar y no había alcohol porque mis viejos lo escondieron, entonces empecé a putear a mi viejo y a mi vieja y terminé solo peleando con todos y me venía a Mendoza, me tenía que fumar la frustración solito.

¿Con qué lo puede asociar?

Con que estoy podrido de la gente, de tantas exigencias, tengo ganas de mandar a la mierda a todos, pero tengo temor a pelearme con el otro a trompadas y esa agresividad explota dentro de mí, quizá sea una de las causas que me lleva a la ingesta.

El sábado fuimos a un cumpleaños y me excedí con el alcohol, luego nos fuimos a la casa de otro, no le pude decir que no, fui y seguimos tomando, fumando tabaco y marihuana, soy autodestructivo, me cuesta ponerle límites al otro, a mis amigos, al trabajo, me cuesta decir que no, me cuesta ponerme límites con el alcohol y con el trabajo, soy un trabajólico le pego derecho de 9 a 21.

Tengo más la personalidad de mi vieja, tendencia al sufrimiento a la sumisión, que el otro me vea como una rata, por eso la sumisión, yo me cago frente a mis pares. “Recuerdo cuando tenía 7 años estaba en el aula la maestra era muy mala y estaba explicando un tema no sé de qué y me dieron ganas de hacer caca, tenía miedo de pedirle permiso para ir al baño y me cagué encima, todos se dieron cuenta, yo me puse rojo, se empezaron a reír, le dijeron a la maestra, ella me retó de por qué no le avisé, fue un bochorno, llamaron a mi mamá y me fue a buscar, al otro día no quería ir más a la escuela, pero tuve que ir y bancarme las burlas que siguieron por bastante tiempo.

La marihuana y el alcohol me hacen más humano, más empático con la gente, acordáte que a mí me cuesta mucho estar con los otros. Un psiquiatra amigo me dio *Sertralina* que es un antidepresivo y me noto más tranquilo.

Hablemos de paternidad...

No sé cómo es ese deseo, creo que no hay cosa más linda que criar a un hijo, enseñarle, educarlo, pasarle tus valores y darle amor. Sé que Laura tiene más necesidad que yo de tener un hijo, ella tiene menopausia precoz.

En realidad creo que tiene que haber una dosis de egoísmo para ser padre, la verdad es esa.

¿Cómo ha sido su experiencia como hijo en relación a su padre?

Traumática, ha habido muchas controversias en la relación con mis padres, yo veía de chico y adolescente, que mis amigos sentían más cariño por los padres que yo y de grandes también. Yo los desafié, fui rebelde, quería demostrarles que puedo ser más que ellos, sobre todo más que él, que mi viejo. Mi padre es un negador y Laura dice que yo soy un negador con el tema del alcohol.

Mi papá trabajó en el Banco muchos años, luego cerró y tuvo varios trabajos, nunca dejó de trabajar, es un tipo honesto, con lucidez mental y pragmático, pero emocionalmente distante, en cambio mi madre es todo lo contrario, no tiene lucidez mental pero es más afectiva, quizás demasiado, llega a ser pesada.

Con mi padre tuve dos etapas, después de verlo aquí en mi análisis, al principio cuando era chico veía a mi padre como un hombre con autoridad, era lo que decía mi viejo, para mi vieja sigue siendo así pues ella no tiene ni voz ni voto.

Cuando tenía 15 años descubrí en la computadora que mi viejo veía pornografía gay.

¿Cómo fue que lo descubrió?

Yo veía pornografía y cuando vuelvo a la computadora pensé que me había olvidado de eliminarla y era de él.

Y ¿qué hizo?

Me lo callé, me hice el boludo, aprendía a hacerme el boludo en muchas cosas, a “no ver”.

Creo que el hacerse el boludo es una condición más de un adolescente que de un hombre adulto. Lo de mi papá no lo hablé nunca con nadie, ni con mi mujer, solo salió aquí y después de mucho tiempo.

El impacto fue muy grande, me enojé con él y lo escondí, no querían ni que mis amigos fueran a la casa para que no vieran que mi papá era *trololo*, porque él era afeminado, pero yo no lo quería ver.

Cuando descubrí eso, sentí la traición del padre al hijo, es peor que si me hubiera dicho la verdad, porque si él hubiera hablado conmigo de que él era así, que le gustaban los hombres hubiera sido más sano para mí, en esa época empecé a tomar alcohol, porque no lo entendía, era un pilar en mi vida que se desmoronaba, tu viejo es un sostén afectivo y económico.

Creo que lejos de enojarme con él me enojé conmigo y empecé a chupar no lo enfrenté por temor a que se desmorone todo.

¿Qué es todo?

Mi familia, te dije que venía de una familia negadora, que “no ve lo que no le conviene”, mi mamá sometida y sumisa lo hubiera negado, porque en el fondo es una cobarde y hubiera tenido que tomar decisiones, mi hermana otra gran negadora con una admiración y amor incondicional hacia él, hacia su cultura general y una descalificación despiadada y explícita hacia mi madre, no hubiera aceptado la idea.

¿Y usted?

Lo que pude hacer es callarme, esconder eso que vi para poder huir, no sabía con quién hablarlo, no lo entendía, después tal vez especulé porque necesitaba que él me pagara los estudios en Córdoba para irme, huir y si hablaba se iba todo al carajo.

He tenido varias discusiones con Laura, hace poco revisó cosas mías en mi computadora y encontró páginas porno de sexo anal y también encontró una conversación con una mina que estaba conociendo, lo tomó muy mal, yo le dije que para mí era más una fantasía que una realidad. Que haya descubierto esos videos me libera, también me preguntó si me masturbaba y le dije que sí, porque ella no siempre quería tener sexo.

Ella no entiende por qué yo tomo y me ha preguntado varias veces si yo soy gay y no lo asumo y por eso tomo, además me dice: tu papá es tan afeminado y tu mamá tan sobreprotectora ahí está el combo, parece que eso lo ha visto en su terapia.

¿Y usted qué respondió?

Yo la mandé a la mierda, sé que soy heterosexual, me gustan mucho las minas y lo defendí a mi papá.

¿Por qué lo defendió?

No lo sé, creo que porque es mi padre.

ANALISIS E INTERPRETACION

Cuando habla de su infancia y menciona que era asmático, a modo de lapsus dice: “Creo que el asma *para* mi vieja le vino bien, porque era un placer para ella poder cuidarme”.

Aquí es posible pensar el asma como un síntoma, pues duró solo un tiempo y a diferencia del fenómeno psicossomático que es más persistente, difícilmente reversible y daña el organismo, el síntoma está dirigido al Otro, en el grafo del deseo Lacan lo ubica del lado de una de las respuestas que el neurótico tiene para ofrecerle al Gran Otro, frente a la pregunta del ¿Qué me quieres? El paciente responde te ofrezco mis asma para brindarte el placer de cuidarme, aunque con tu presencia me satures y me asfixies.

Cuando habla de sus padres hace un contrapunto, definiendo al padre como honesto, trabajador, pragmático pero distante afectivamente, opuesto a su madre. Probablemente en esta viñeta se está refiriendo a su identificación con el padre, pues él también es trabajador, pragmático y con cierta distancia afectiva, por eso menciona que el alcohol y la marihuana lo hacen ser más empático.

Sostiene que viene de una familia negadora, cuando habla de sus tíos: el hermano mellizo del padre retrasado mental que vive con sus abuelos ancianos y por otro lado el tío materno vago y alcohólico, cabría preguntarse qué ligadura tendrá esta madre con su hermano alcohólico que ahora se presentifica en su hijo, a modo de una estructura familiar inconsciente que oferta lugares que los descendientes viene a ocupar.

Andrés es un sujeto que en su decir le costó y le cuesta el vínculo con los otros (Jean Paul Sartre decía: “el infierno son los otros”), dice que tiende a someterse y a responder a las demandas externas, sintiéndose exigido y cansado. En su discurso aparece una línea identificatoria con su madre, definida como una persona con baja autoestima, sumisa y con tendencia al sufrimiento.

Desde que era niño se reconoce muy introvertido y con temor al rechazo, dice “yo me cago frente a mis pares” y recuerda una experiencia traumática vivida en el aula cuando realmente perdió el control de sus esfínteres, por no permitirse pedir permiso, por temor según él a la maestra, representante de otro autoritario y temido. Cierto es que le costó mostrarse en falta, que él tiene necesidades fisiológicas, que negó y controló mientras pudo, hasta que se produjo la descarga de las heces, identificándose a ellas, produciendo la mirada de rechazo, burlona y descalificante de sus compañeros, tal vez la misma mirada de repudio que encuentra en su mujer cuando aparece borracho.

Andrés ha tenido que luchar para lograr su masculinidad frente a una madre devorante y sobreprotectora, esa actitud desafiante y rebelde que mostraba de niño era quizás un intento de diferenciarse de esa madre invasiva y feminizante.

En otro momento de las entrevistas vuelve a mencionar el tema de la negación, dice: “mi padre es un negador y Laura dice que yo también lo soy con el tema del alcohol”.

Cuando se le pregunta desde cuándo bebe, responde: desde mi adolescencia cuando tenía 15 años; relata un descubrimiento traumático en relación a la pornografía gay que veía su padre, esto seguramente produjo un elevado monto de angustia que lo llevó a que reprimiera y negara este encuentro con el goce del Otro, ese real imposible de acceder y de tramitar a esa edad, su adolescencia donde sus propias pulsiones sexuales pujaban desordenadamente por salir.

Esto produjo en él, perplejidad, confusión y mutismo: “No lo entendía, era un pilar en mi vida y se desmoronaba”, “lo que pude hacer es callarme, esconder eso que vi para escaparme, si hablaba se iba todo al carajo”.

Aquí aparece claramente la negación “el no ver”. Lo paradójico es que él es un profesional que se encarga de que los demás puedan ver, ya que es oftalmólogo cirujano.

Habría que pensar la posición de ese padre que “olvida” eliminar la pornografía que consume, podría pensarse que no existe el crimen perfecto, pues el asesino suele dejar huellas para ser descubierto y castigado, ya que el superyó y la necesidad de castigo así lo exigen. Esto puede relacionarse con el cuento de la carta robada de Edgar Allan Poe, donde a cada uno le llega una carta, nadie sabe lo que contiene, pero es su verdad, que yace en su inconsciente.

En este caso el supuesto criminal, este padre con un fantasma perverso, no recibe su castigo porque su hijo no lo denuncia.

Dice un proverbio: “los padres comen uvas verdes y los hijos tienen diarrea”, el castigo del superyó lo carga en su propia subjetividad, con el consumo de alcohol y marihuana.

Por otro lado algún enigma en relación al padre lo llevó a encontrarse con esa realidad.

Al parecer Andrés tuvo dos etapas con su padre, en su infancia aparece un padre patriarcal y autoritario, “se hacía lo que él decía”, el padre imponía orden a él y a su madre, que funcionaba como una mujer sometida y sumisa.

Luego cuando entra en la adolescencia refiere la presencia de un padre, poco masculino, afeminado, que no pudo transmitirle a su hijo suficientes insignias de la masculinidad: “me sentía excluido, no tenía armas para defenderme, me causaba pánico pelearme como esos flacos que se cagaban a trompadas, me refugiaba en mi mamá”. “No recibí ningún tipo de información de parte de mi papá, nunca me habló de qué tenía que hacer, de cómo tratar a una mujer”.

El saber lo adquiere a través de sus pares, mirando revistas y películas pornográficas.

En Andrés la pulsión oral con la ingesta de alcohol y la pulsión escópica con la pornografía que consume, dan cuenta de cierta localización de goce.

Este ver lo que no tiene que ver, puede asociarse al relato del manto de Noé:

“Noé, labriego, comenzó a plantar una viña, se embriagó y se desnudó dentro de su tienda. Cam, padre de Canaán, vio la desnudez de su padre y habló con sus hermanos que estaban afuera. Sem y Jafet tomaron un manto y poniéndoselo sobre sus hombros retrocedieron de espaldas a su padre y cubrieron su desnudez. Con el rostro vuelto, no vieron la desnudez de su padre.”
(Libro del Génesis, IX, 20-23).

Andrés al igual que Cam vio la desnudez de su padre, pero actuó como sus hermanos puso un manto de negación para no ver la desnudez de su progenitor. Ese manto también puede ser interpretado como un mecanismo de renegación que si bien es estructural en la perversión, muchas veces está presente en las neurosis, pues por medio de este mecanismo se coloca una presencia “el manto” en el lugar de una ausencia, la falta de túnica que oficia de represión, pues preserva el límite del pudor y oculta lo real del padre que sería su goce.

“La repetición tiene cierta relación con lo que, de este saber, está en el límite y se llama goce.” (Lacan 2004 Seminario 17 p.13).

El goce es intransferible, se juega en cada sujeto de una forma particular. Ahora bien, en el caso de Andrés repite al igual que su padre, deja las huellas para ser descubierto, en este caso por su esposa, que lo interpela y lo enfrenta en forma cruda frente a un placer autoerótico y clandestino, donde ella se sentía excluida, cosa que él no pudo hacer con su padre pues calló.

Frente a esto él le responde a su esposa: “yo le dije que para mí es más una fantasía que una realidad, que haya descubierto esos videos me libera, también me preguntó si me masturbaba y le dije que sí porque ella no siempre quería tener sexo”.

En esta suerte de confesión Andrés se siente liberado, pues la palabra pacifica y distiende la tensión paranoide que se genera en las imaginéras autoeróticas.

En la masturbación se presentifica el fantasma bisexual: pues con una parte de su cuerpo, su mano recrea el órgano sexual que no tiene, de esta manera se autosatisface, sin tener que demandar un encuentro sexual con Laura que no desea tenerlo.

Este fantasma bisexual también aparece en la pornografía de sexo anal que él consume, al respecto Irene Meler sostiene:

(...) es posible detectar una traslación desde la penetración homosexual, donde placer, dominio y degradación del vencido se entremezclan en forma inextricable, hacia la práctica sexual heterosexual. la mujer es buscada como un doble de sí para someter, lo que implica una negación de la diferencia sexual. (Meler 2009 p. 180).

Por su parte Laura tuvo más agallas que él, pudo poner en palabras lo que él silenció, enmudeció y como sabemos la pulsión es muda y en su caso, un goce mortífero lo atrapa y lo impele a beber, yendo más allá del principio de placer.

Creo que superar la “cobardía” es uno de los avatares que un sujeto tiene que atravesar para devenir varón y padre.

Laura no es negadora y por eso sigue interpelando a su esposo, como muchas mujeres ella no tolera sentirse excluida y como sabemos el goce es sin el otro, ella no entiende por qué su marido sigue bebiendo, crea sus hipótesis y las pone en palabras: “me ha preguntado si soy gay y no lo asumo y por eso tomo, además me dice: tu papá es tan afeminado y tu mamá tan sobreprotectora, ahí tenés el combo”.

Frente a este combo de supuesta sabiduría con aparente lógica construida con la ayuda de su terapeuta, él la insulta, asegurando que es heterosexual y defendiendo a su padre, no a su madre.

Podríamos preguntarnos por qué defendió a su padre, ¿será porque más allá de todas las fallas y de todas las culpas y críticas que le imputa subyace un profundo amor por ese hombre que es su padre, a partir del cual tiene que

tramitar su propia masculinidad y revisarla en este momento en que está buscando ser padre?

Tuvo que sostener con su silencio la imagen del padre, pues éste era su pasaporte para su salir de ese encierro endogámico feminizante, su vida universitaria en otra provincia, constituyó la salida exogámica que le permitió construir su masculinidad y superar al padre, pagando un alto costo y dejando jirones de su piel en el camino.

“Y así, cuanto más se debilita la imagen social del padre ¡Más reclama el hijo una imagen grande, fuerte, bella!” (Julien P. 1993 pág. 14)

-Lo Singular en Andrés: tiene que ver con su forma de gozar, por un lado la pulsión oral con la ingesta desmedida de alcohol y en ocasiones de marihuana. “... en la angustia, el objeto oral cae, y esta caída es primitiva (...) esto explica la función del objeto oral” (Lacan 1963/2011 p. 78). Aquí da cuenta de la demanda a la Madre en tanto encarna al Otro, de ese llamado a esa presencia incondicional pero en el caso de Andrés vemos que esta madre también lo asfixia y lo ahoga (recordemos sus crisis de asma infantil) ahora su pulsión lo impele a ahogarse en el alcohol.

Otra forma particular y singular de su goce es la masturbación, ese **goce autoeórtico** donde no necesita pasar por el cuerpo de su mujer, comandado en este caso por la pulsión escópica “en la pulsión escópica, el sujeto encuentra el mundo como espectáculo que lo posee, él es allí la víctima de un señuelo”. (Lacan 1963/2011 p.81). Si bien el goce es incompartible **hay en él una identificación a un rasgo voyeurista del padre**, ambos gozan mirando pornografía en la clandestinidad y ambos son descubiertos. Su mujer lo descubre que consumía pornografía heterosexual pero con sexo anal, sabemos que el ano es lo que hay en común entre varones y mujeres, podría pensarse

que allí se filtra un fantasma bisexual, que hace a la construcción de la masculinidad de la que dan cuenta varios autores mencionados anteriormente.

A diferencia de su esposa que toma una actitud desafiante y lo interpela frente a esta escena obscena, él frente a su padre calla, se paraliza y se refugia en una actitud de **cobardía**, que encierra matices especulativos, a través de los cuales busca escapar de un entorno familiar perturbador.

En Andrés se observa también en ciertos momentos una posición sufriente, con pinceladas **masoquistas** pues goza en una entrega excesiva a un trabajo que lo demanda cada vez más y lo carga de exigencias a las que no puede negarse.

Actualmente busca ser padre, a pesar de varios intentos fallidos, persiste en este desafío, la pregunta que se impone ¿Será para reparar lo que vivió como hijo en relación con su padre? Este, como otros interrogantes, seguirá abierto

CASO GASTÓN

47 años, ocupación: peluquero de hombres. Casado desde hace 26 años con Sandra de 47 años empleada de comercio, tienen 4 hijos dos mujeres y dos varones y una hija fallecida a los dos meses de nacida hace 22 años.

Hablemos de mujeres...

Mi relación con las mujeres ha sido muy escasa, tuve una noviecita donde no pasaba nada, ella una vez me beso a mí, después a los 16 en la secundaria conocí a mi esposa, quedó embarazada y nos casamos. Fue la primera mujer con la que tuve relaciones sexuales, en mi casa estaba tácitamente permitido, almorzábamos en casa y después nos íbamos a mi dormitorio y mis padres sabían y no me decían nada.

Fui monógamo hasta hace unos meses que conocí a Elena, fue ella la que me buscó a mí, vino a la peluquería a cortarse el pelo, es como “la Raulito”, pelito corto, ropa ancha, botines, en realidad es poco femenina, hacía poco que había salido del convento, era monja, pasaba por la peluquería varias veces con cualquier pretexto, me propuso juntarnos en su casa, salimos varias veces con apretadas pero solo tuvimos una relación sexual y encima fue fallida porque me daba miedo penetrarla sin profiláctico, mira si me agarraba una enfermedad, no por mí sino por mi esposa, porque uno no conoce al otro.

Yo me hice la vasectomía hace 3 años porque no queríamos tener más hijos.

Y con Elena ¿no se puso preservativo?

Si me puse pero perdía la erección, al final terminamos masturbándonos los dos, pero fue una linda experiencia, cuando quise seguir saliendo ella me planteó que si iba a seguir casado prefería cortarlo ahí, porque no podía tener proyectos conmigo y yo no le insistí porque no iba a dejar a mi esposa.

¿Cómo es su esposa?

Es una mujer dominante, poco afectiva, es buena ama de casa, trabajadora y ahorrativa, atiende a los chicos pero es poco afectiva con ellos. Es una mujer que le gusta ofender y humillar, es igual a mi suegra y a mi cuñada.

Toda la vida me ha jodido con mi familia, porque mis viejos siempre nos han ayudado económicamente.

¿Podría aclararme más?

Nos casamos muy pendejos yo sin trabajo, haciendo el curso de peluquería, ella ya trabajaba de promotora en los supermercados, entonces mis viejos nos ayudaron con una casa, un auto viejo, nos compraban mercadería nos pagaban la obra social para los chicos, después nos pusieron un almacén en la casa y ella lo atendía, pero Sandra es muy orgullosa y le reventaba recibir ayuda, en cambio por la familia de ella no recibimos nada.

Y usted ¿no tenía problemas en recibir ayuda?

No, si era un pendejo, cómo iba a hacer frente a tanta responsabilidad, aparte eran mis viejos y eso después ellos lo hicieron con mis hermanas también y mis abuelos con mis viejos, es la costumbre de los gringos.

Recién mencionó que fue monógamo hasta hace poco que salió con Elena, ¿piensa que su esposa fue fiel?

Al principio dudé que anduviera con el jefe cuando era promotora, me llegaron comentarios porque de noche la llevaba a la casa en auto, después la ascendieron y ganaba bien, pero no quise enroscarme con eso, ya estaba medio depresivo.

¿Depresivo?

Sí a los 19 comencé tratamiento psicológico porque no sabía qué iba a ser de mi vida, sobre todo en lo laboral, salí de la secundaria y no quería estudiar, no sabía qué hacer, se me estaba haciendo difícil hacerme hombre, tomar decisiones que toma un hombre, encaminarme en lo laboral.

Mi novia ya trabajaba, en realidad Sandra desde chica trabajó, primero en la viña porque el padre era contratista, viene de una familia muy humilde y después en el supermercado, cuando nos casamos ella tenía un buen sueldo, tenía a otras promotoras a cargo y yo un boludo sin trabajo y con un hijo en camino.

Sandra siempre fue poco expresiva, muy para adentro, te cuesta llegar a ella, no puedes entrarle por ningún lado, cuando yo volvía de trabajar no sabía con qué cara me iba a encontrar, mejor dicho sí sabía, siempre estaba con cara de orto.

Sexualmente nunca me buscó, yo soy el que la busca y casi siempre reboto, con ella no se puede hablar de sexo, me hace callar y me ha rechazado muchas veces, por lo que nunca dejé la masturbación.

Mi hija mayor me dijo el otro día en relación a la madre ¡Esta mujer siempre con este carácter de mierda! Y yo le dije: es así hija es esto o irse a la mierda, luego ella me respondió tendrías que pensarlo papá, porque es frustrante vivir así.

Si fuera por mí, no me iría, porque te vas acostumbrando al rechazo.

En su familia de origen, ¿había rechazo?

Mi papá no le atraía estar con mi mamá, se notaba que la rechazaba, siempre anduvo con muchas mujeres y no se ocultaba, se mostraba. Recuerdo que mis compañeros de la secundaria creían que mi mamá era la quiosquera de la esquina de la escuela, porque mi papá siempre estaba ahí, anduvo con ella 10 años y paralelamente salía con otras, mi mamá enferma de celos, peleándolo,

pidiéndole más atención. Ellos también se casaron jóvenes, mi papá de 19 y mi mamá de 15, se quedaron embarazados de mí y yo repetí la historia.

Siempre me vi más parecido a mi mamá, con un ideal muy alto de la pareja y de la fidelidad, rogando el amor y la atención de tu pareja, por eso me cuesta tanto que me rechacen, además me veo más parecido físicamente a mi mamá, más desabrido e insulso, mi viejo en cambio es *fachero*, un ganador con las minas, un líder entre sus compañeros, fue sindicalista.

Siempre vimos a mi mamá como la víctima, la madre abnegada, dedicada a su hogar a sus hijos y a su marido, mi viejo el proveedor económico y el hijo de puta que la gorreaba, hasta que el año pasado ella nos convocó individualmente a cada hijo y nos contó que tuvo un amante, sentí que se me cayó el mundo, me costó mucho, lloré mucho y después la entendí, ya puedes esperar cualquier cosa de cualquiera.

A mi papá lo condené, yo tenía 12 años cuando lo veía con otras mujeres, lo veía como un traicionero, porque no solo traicionaba a mi madre sino a mí también.

Hablemos de paternidad...

Para mí la paternidad fue accidental, nunca la busqué, porque no podía hablar con mi esposa para planificar, nunca pude elegir tener hijos.

La muerte de nuestra tercer hija nos marcó, murió a los dos meses de muerte súbita, tuvimos una crisis importante, yo estaba en tratamiento y asumí con dolor pero más rápido la muerte de mi hija, bueno asumir es una forma de decir, esas muertes nunca se asumen, a veces pienso cómo sería hoy tendría 22 años, pero creo que me resigné más rápido que ella, Sandra estuvo depresiva, medicada con psiquiatra, nunca quiso hacer terapia, es dura como una piedra tozuda como su madre.

Ahora siento que puedo darles cosas a mis hijos, tengo estabilidad económica, ahora ellos me ven como padre, antes me veían como un hijo de mi esposa, porque cogía solo cuando ella quería, ella decidía en todo y yo supeditado a su mirada.

¿Para usted qué debería ser un padre?

Un material de consulta, ayudarlos a pensar, orientarlos en la vida, yo les fallé a todos (llora) por estar detrás de la concha de mi mujer, dejé en segundo lugar a mis hijos, el segundo de mis hijos tuvo un problema importante de adicciones, ella se enojaba y lo echaba de la casa y yo no podía actuar, tenía que hacer lo que decía la madre y mi hijo se emputecía, se iba y se drogaba más, hasta que una día, tomé las riendas del asunto, estaba en riesgo su vida, pensé ya perdí una hija, no lo quería perder a él, busque profesionales. Empezaba y abandonaba los tratamientos, Sandra por supuesto odia a los psicólogos y psiquiatras, por suerte él enganchó con dos profesionales, yo lo llevaba a la psicóloga y al psiquiatra y lo espera y lo traía a casa, durante casi 3 años ahora está bien, trabaja, está en pareja y es papá.

¿Hay antecedentes de adicciones en la familia?

Y mi viejo adicto a las minas, mi mamá adicta a mi papá y yo adicto a Sandra, en realidad yo no fumo, no tomo alcohol, no me drogo me faltó estudiar para cura (se ríe).

¿Será por eso que se enganchó con una monja?

Ja ja tal vez no lo había pensado.

¿Hábleme de su padre en relación a usted?

Lo definiría como un padre proveedor económico, no era agresivo pero sí distante afectivamente, yo admiraba el carisma que tenía con la gente, no solo con las mujeres, era un militante político que defendía a los trabajadores pero después me defraudó, cuando le tocó ser empresario, estar del otro lado se olvidó de sus ideales. Al principio yo iba a las reuniones de política, lo seguía quería estar cerca de él, pero él nunca me dio mucha bola, siempre se enganchaba alguna mina que iba a esas reuniones y yo era su cómplice silencioso, no porque él me lo pidiera, simplemente me hacía el boludo y no le contaba a mi madre para que no se armara quilombo.

Cuando tenía 16 años en las vacaciones de la escuela, cuando empecé a salir con Sandra, ella me consigue un trabajo de repositor en un supermercado, yo estaba entusiasmado y empecé a trabajar, mi papá se enojó, empezó con el tema de la explotación laboral, me hizo dejar el trabajo y me dijo: yo te voy a pagar lo mismo pero te quedas en casa, por querer ayudarme me cagó, porque me sentí un inservible.

ANALISIS E INTERPRETACION:

Nos casamos muy pendejos yo sin trabajo, haciendo el curso de peluquería, ella ya trabajaba de promotora en los supermercados, entonces mis viejos nos ayudaron con una casa, un auto viejo, nos compraban mercadería nos pagaban la obra social para los chicos, después nos pusieron un almacén en la casa y ella lo atendía, pero Sandra es muy orgullosa y le reventaba recibir ayuda, en cambio por la familia de ella no recibimos nada.

Y usted ¿no tenía problemas en recibir ayuda?

No, si era un pendejo, cómo iba a hacer frente a tanta responsabilidad, aparte eran mis viejos y eso después ellos lo hicieron con mis hermanas también y mis abuelos con mis viejos, es la costumbre de los gringos.

Gastón, repite la historia de su padre quien siendo adolescente embaraza a su novia y tiene que casarse y esa historia replica luego en su hijo, además se transmite que los padres propician esta situación y ayudan económicamente a sus hijos. se podría asociar al concepto de objeto transgeneracional de Eguier: “se trata de un ancestro, un abuelo (antepasado) u otro pariente directo o colateral de generaciones anteriores, que suscita fantasías, provoca identificaciones, interviene en la constitución de instancias psíquicas en uno o varios miembros de la familia. (Eguier a. 1998 p. 29).

“se descubre una compulsión a transmitir y a actuar (...) y los efectos de esto emergen una o varias generaciones después. (Eguier 1998 p. 78).

“Mi relación con las mujeres ha sido muy escasa, tuve una noviecita donde no pasaba nada, ella una vez me beso a mí, después a los 16 en la secundaria conocí a mi esposa, quedó embarazada y nos casamos. Fue la primera mujer con la que tuve relaciones sexuales, en mi casa estaba tácitamente permitido, almorzábamos en casa y después nos íbamos a mi dormitorio y mis padres sabían y no me decían nada.”

Gastón se muestra con una escasa relación con las mujeres, quizás porque él no busca, lo buscan y le facilitan las cosas, como su familia pues en su casa, estaba tácitamente permitido que tuviera relaciones sexuales con su novia.

“Fui monógamo hasta hace unos meses que conocí a Elena, fue ella la que me buscó a mí, vino a la peluquería a cortarse el pelo, es como “la Raulito”, pelito corto, ropa ancha, botines, en realidad es poco femenina, hacía poco que había salido del convento, era monja, pasaba por la peluquería varias veces con cualquier pretexto, me propuso juntarnos en su casa, salimos varias veces con apretadas pero solo tuvimos una relación sexual y encima fue fallida porque me

daba miedo penetrarla sin profiláctico, mira si me agarraba una enfermedad, no por mi sino por mi esposa, porque uno no conoce al otro.”

Gastón hace referencia a la monogamia que sostuvo durante 25 años, identificado con su madre, quien le transmitió un alto ideal de la pareja y de la fidelidad, al respecto dice Pommier:

“Una mujer será exclusivamente amada en la medida en que encierre un rasgo paterno (...). De este modo el monógamo está ligado a su padre a través de la mujer que ama, o más bien le está sometido, tiene una ‘patrona’ ante la cual ha depuesto las armas. (Pommier; 1995 p. 179).

Él ocupa el lugar de niño-hijo de una esposa-padre, mujer tosca, dura, indiferente afectivamente y trabajadora como su padre, es una verdadera “patrona”, ella es la que decide y manda desde una posición tiránica y él permanece como el esclavo que busca el reconocimiento de su amo, de esta mujer-padre que muchas veces le deniega la mirada.

Hace poco conoce a una mujer, Elena, que lo busca a él, con características particulares, masculinizada definida como “la Raulito”. Nuevamente se repite la escena donde la mujer es activa y él pasivo, tanto que llegado el momento no puede penetrarla, como a su mujer “no hay por donde entrarle”, en el caso de Elena dice que le dio miedo” de penetrarla sin profiláctico por temor a que le transmita una enfermedad, “porque uno no conoce al otro”. Este otro mujer se torna para él, en alguien potencialmente peligroso, compatible con la imagen de la mantis religiosa, (Lacan seminario 8) donde la hembra después de la cópula mata al macho, comiéndole los genitales y la cabeza.

Gastón parece ser deseante de su esposa, la busca sexualmente y queda bajo el capricho arbitrario de esta patrona, que muchas veces lo rechaza teniendo que refugiarse en su goce autoerótico, que es la masturbación, que nunca abandonó, ni siquiera cuando tuvo la oportunidad de tener una relación sexual

con Elena, pues la detumescencia se hizo presente y tuvo que recurrir a lo conocido, tal vez por ambos, la masturbación.

Después de ese fallido encuentro- desencuentro, Elena se aleja, antes ella le pregunta si piensa seguir con su esposa y él le responde que sí.

Cabe preguntarnos si su respuesta es una forma de continuar en esa posición de cierto goce asegurado, en la que está frente a su mujer, atravesado por cierta cobardía que le hace pensar “más vale mala conocida que buena por conocer”.

Por otro lado esta mujer andrógina, ex monja, ¿algo con la sexualidad tiene?, ¿le habrá despertado temores relacionados con fantasmas homosexuales?, recordemos que él dice es como “la Raulito”, sería como estar con otro hombre.

La sobreimposición de la figura paterna por una imagen de la feminidad deja así abiertas la vía de la homosexualidad tanto como de la heterosexualidad (Pommier 1995. P.178)

Otra posibilidad es que haya quedado en posición de niño, sin poder responder como un hombre frente a una mujer deseante, se produjo una inhibición transitoria a nivel sexual, no se autorizó a estar con otro cuerpo de mujer, que no sea el de su patrona, su superyó lo castigó con ese fiasco.

Es interesante observar que después que su madre, esta santa, fiel y abnegada mujer le dice que tuvo un amante, él se angustió y lloró mucho, pues se le presentificó ese Otro castrado y deseante, “porque uno no conoce al otro”, él era un creyente de su madre, de su fidelidad, creía saber quién era su madre, pero fue a partir de esa confesión materna que él pudo mirar y desear a otra mujer que no fuera su esposa.

“A mi papá lo condené, yo tenía 12 años cuando lo veía con otras mujeres, lo veía como un traicionero, porque no solo traicionaba a mi madre sino a mí también.”

Identificado con una madre desabrida e insulsa, se siente traicionado por ese hombre-padre seductor, que castiga con el látigo del engaño, la indiferencia y el desamor.

Además condena a su padre, por no transmitirle las insignias de masculinidad, *fachero*, carismático e idealista, insignias puestas en valor por él, que le hubiera gustado detentar.

Si bien Gastón aparece caracterizado por la cobardía y el sometimiento como varón, eso no impidió que más allá de sus fallas, pudiera asumir y sostener su lugar de padre, en su acto de acompañar durante tres años, a tratamiento psicológico y psiquiátrico a su hijo en ese momento tomado por las drogas, hasta que logro rehabilitarse.

Lo Singular en el caso Gastón:

-“No hay virilidad que no sea consagrada por la castración” y *esto vale para el hijo y no para el padre.* (Fryd A. 2007 p.96).

Esta cita es pertinente para pensar como la virilidad de Gastón aparece como castrada, pues él se ubica en el lugar del que no puede, no sabe y no tiene los recursos que si posee su padre para ser un varón exitoso en el trabajo y con las mujeres. Siente que no le fueron delegadas esas insignias y por lo tanto le cuesta posicionarse como varón frente a su mujer, que al igual que su padre, están ubicados para él como Amos, amos a los que ama y se somete, en una obediencia casi absoluta, dejando vislumbrar un goce **masoquista**, impregnado de sufrimiento y de **cobardía**, pues no se atrevió a enfrentar a su padre cuando lo veía con otras mujeres, siendo un testigo silencioso de ese hombre seductor que no lo miraba, de la misma manera evita enfrentarse a su mujer ubicada como la “patrona tirana” que toma decisiones inconsultas y que se hace lo que ella quiere y solo cuando ella quiere, esto incluye el tener relaciones sexuales, por lo cual acostumbrado al rechazo se refugia en la **masturbación**, goce

solitario del que jamás se desprendió, ni cuando se permitió estar con otra mujer, tan virilizada como su esposa, pero esta con apariencia masculina, como la Raulito, ¿algún **fantasma bisexual** se habrá activado?, pues se trataba de una mujer activa, pelo corto que se viste como hombre y que lo busca y el no puede penetrarla, pero ella sí lo penetra con la pregunta ¿pensás seguir casado? Ante esta pregunta que lo interpela a ocupar un lugar de varón que toma decisiones, el retrocede ante el deseo y el goce temido de esta mujer tan particular y prefiere seguir fiel a su esposa, donde allí si aparece algo su deseo y también de su goce.

Identificado con una madre insulsa, pasiva y desabrida, Gastón ha logrado una masculinidad caracterizada por la inseguridad, la dependencia afectiva y ese funcionamiento infantil, que lo lleva a someterse en pos del reconocimiento del Otro, encarnado primero por su padre y luego por su mujer.

En esta investigación se sostiene que la masculinidad y la paternidad no van de la mano, no son posiciones solidarias entre sí, este caso clínico lo demuestra, ya que Gastón pudo posicionarse como padre y acudir al llamado silencioso de su hijo varón que le pedía a gritos mudos, como son los gritos de la pulsión de muerte que lo tenían atrapado en la adicción, que se posicionara como un padre y lo viniera a rescatar, de esta manera le depuso la mirada a su mujer y la dirigió hacia su hijo, acompañándolo durante tres años a tratamientos psiquiátrico y psicológico, en definitiva hizo por su hijo, lo que su padre no hizo por él, como se puede inferir un efecto reparador se pudo observar aquí.

CASO RAÚL

45 años, profesional, docente de escuela secundaria urbano-marginal, separado de María de 28 años con la que convivió casi 7 años desde que nació su hija Martina que tiene 6 años

Hablemos de mujeres...

A los 14 años tuve mi primera relación sexual con una vecina y en paralelo con mi prima materna. A los 18 años me puse de novio con una compañera de abogacía estuve un año y medio. Después empecé el gimnasio y salí con Rosa la chica que limpiaba, un año y medio pero solo teníamos relaciones sexuales, no éramos novios por las diferencias sociales, mi familia no me lo hubiera permitido. Después conozco a F. psicopedagoga amiga de mi hermana, estuvimos 6 años de novios, teníamos una buena relación sexual, pero luego ella me engaña con un compañero de trabajo, yo la hubiera perdonado si me lo hubiera dicho porque la quería mucho, pero me enojé y conocí a C me puse de novio, pero a F la tenía como amante. Después conocí a una morocha espectacular la mejor cola que vi, salimos un tiempo, pero me hizo sufrir porque me dejó por un policía, después conozco a una brasilera grandota divina con ella salgo durante dos años, pero paralelamente que salía con María hasta que se quedó embarazada y desde entonces fui fiel, nunca la engañé desde que estuvimos conviviendo, la quise realmente mucho y cuando empecé a venir aquí estaba convencido que la seguía amando y quería recuperarla, pero después la realidad se impuso y entendí que eso no era posible, ella está muy metida con el tipo ese.

Con los viajes de aikido he tenido muchas aventuras en total conté 40 mujeres, cuando íbamos a Córdoba ahí la poníamos todos, casi todos los días y con distintas chicas, las cordobesas son especiales, divertidas y sin prejuicios.

Hace más de un año que no tengo relaciones sexuales ni con ella ni con nadie, ella dice que le doy asco, que la tengo chica, cómo antes no se dio cuenta,

seguro que el taxista con el que anda la debe tener grande. Yo sabía que la tenía chica pero nunca ninguna mujer me lo dijo, quizás no me lo decían para no ofenderme, pero a mí me parecía que tenía una buena sexualidad con ellas.

¿Cómo conoce a María?

Hace 11 años María fue alumna mía, viene de una familia marginal y delictiva, ella y la hermana han sido abusadas por el hermano mayor y el padre, la madre una mujer que era obesa mórbida, murió el año pasado.

En estos 7 años que estuve conviviendo con ella fui fiel, antes no, salía con ella y con otras, un día se contactó con una de esas chicas y le dijo que yo había salido con ella antes y se puso como loca, me pegaba, yo le juraba que eso era el pasado que ahora era fiel, pero no me creía, después descubrí que era su coartada porque ya estaba saliendo con otro de la iglesia evangélica a la que va.

María tuvo una vida difícil. La madre boliviana y obesa, durante la convivencia descubrí que era bulímica, cuando la enfrenté me dijo que no quería ser como la madre, ella es delgada la que tiende a ser obesa es mi hija, tiene 5 kilos de más y ella no la cuida, ni le hace la dieta que le da la nutricionista.

Una vez su tía me dijo que ella era hija de un amante de la madre y el padre parece que lo supo por eso la rechazaba.

Aprendió a leer y a escribir conmigo, yo he sido su amigo, maestro, su padre, su hermano, pero no sé si fui su hombre, ella dice que sí, pero también dice que he sido un cagón.

¿Por qué dice eso?

Porque ella me quiere ver pelear, ella me ha golpeado en diversas oportunidades y dice que no le pego porque le tengo miedo a ella, a su familia y la policía.

¿Por qué le pega ella a usted?

Porque dice que me cojo a todas las profesoras que trabajan conmigo, porque son todas putas, pero por otro lado me dice que soy un medio hombre, un inservible, porque cometí el error de comentarle de que tenía complejo de pito chico y ella lo uso para agredirme y burlarse, pero ninguna de las otras mujeres con las que salí se ha quejado de mí.

Siempre he sido inseguro por mi estatura, mido 1,50 m., en la escuela me agarraban para la cargada, por eso practiqué karate y después aikido llegué a destacarme porque tuve un maestro que fue mi mentor.

Mi papá nos llevó a endocrinólogos y traumatólogos a mi hermana y a mí, por eso crecimos 10 centímetros, yo llegué al 1,50 y ella a 1,40, mi papá es alto y mi mamá es más baja pero no tanto.

Yo con mi padre me llevé mal toda la vida, siempre me consideró un tipo inferior, siempre me decía "Sos un pelotudo histórico". Abandoné la carrera de abogacía faltándome ocho materias, él me decía que no me daba la cabeza, sin embargo fui abanderado en la primaria y en la secundaria. Abandoné esa carrera porque no quería ser como él, tenía siempre su sombra, fue un juez y un catedrático importante, yo lo admiraba mucho porque era intelectualmente brillante, muy odiado y muy amado por otros, un tipo muy soberbio y maltratador, pero brillante.

Mi vieja una mina aparentemente sumisa pero manipuladora, cuando tenía 16 años le pegó mi papá a ella y yo lo enfrenté y el cagón se fue, ella después negaba lo que pasó, él siempre tuvo una mirada peyorativa conmigo y con todos, fue muy denigrador. Mi hija tuvo que nacer en un hospital público porque mis viejos no me quisieron ayudar.

En el 2012 mi viejo tuvo un síncope por abuso de psicofármacos, se salvó pero quedó con daño cerebral por un ACV y está postrado, estuvo sin dormir casi una semana, por trabajar en exceso, era titular en tres universidades, era un

tipo amargado, odioso y competitivo, era brillante en el trabajo, yo quería ser como mi papá, hoy no quisiera ser como él.

Parece que mi viejo tuvo una mina por varios años a la que mantenía y le pagaba un departamento, pero las arpías de mis hermanas tomaron cartas en el asunto y la sacaron cagando, ellas engañan a mi mamá y manejan el dinero de mi padre, su jubilación y los alquileres de los departamentos, por su puesto yo no tengo participación en nada, lo único que mi mamá me paga es este tratamiento con vos, lo hace para lavar sus culpas, además yo no podría pagarlo porque tengo que pagar el alquiler del departamento donde vive mi hija con su madre y una cuota alimentaria para que coma mi hija, pero a su vez alimento a María y a su amante, que está casi todos los días ahí y yo me fui a vivir a una pensión desagradable donde viven los negros africanos que venden relojes en la calle y las colombianas que ejercen la prostitución, pero es lo único que puedo pagar, a pesar de todo, esas personas son buena gente conmigo, a través de una profesora que tiene como alumna a una colombiana que regentea esa pensión, me consiguió una pieza en ese lugar...

María es muy parecida a mi papá por lo manipuladora y cruel, pero ella fue más cruel que mi papá, es una puta psicópata, me echa la culpa a mí por su infidelidad porque dice que yo no la cogía bien.

Con el tiempo descubrí que mi mamá es una vieja zorra que manipulaba más que mi viejo. Ya no lo odio a mi viejo me da pena, cuando lo veo que se mea y se caga que no se puede auto valer me da pena.

Cuando mi viejo se enfermó yo me deprimí y no rendí las cuatro materias del profesorado que me faltaban, sigo dando clases en varias escuelas pero no puedo titularizar y con esto que me marcaron los dedos por la denuncia que ella me hizo menos. No trabajo en mi profesión porque a mí me gusta dar clases y estar con esa población marginal, les conozco los códigos, los sé tratar, a mí nunca me rayaron ni robaron el auto, ni me hicieron daño; a otros profesores sí.

Mi mamá es maestra de música pero nunca ejerció trabajaba de secretaria en una empresa, a mí me crió mi abuela paterna una gringa mala como pocas, dicen que maltrataba bastante a sus hijos, eso me lo contó mi tío. Cuando mi mamá escuchó que yo le decía mamá a mi abuela, dejó de trabajar y se quedó en casa, ahí yo tenía 7 años y empecé con miedo a la oscuridad, tenía terrores nocturnos y era muy retraído, además en la escuela me hacían *bullying* por mi tamaño, por eso me llevaron a un psicólogo.

Cuando tenía 25 años me operé de fimosis y me dejaron una cicatriz horrible, según los cirujanos con los que consulté después es difícil de reparar, tengo el pene como un hongo, pequeño y con un glande grande y encima esa cicatriz.

¿Qué pasó con sus relaciones sexuales antes de que se operara?

Estuve 25 años enfermo de fimosis sin saberlo, sin embargo cogía y bastante, hasta que me empezó a doler, en ese tiempo estaba con F y paralelamente salía con C y como me dolía me operé con el Dr. M, tenía el pito para arriba y no corría el cuerito para atrás, pero no quedó estéticamente bien, tengo una cicatriz horrible.

Yo siempre practiqué aikido, es una disciplina de defensa que sirve para desarmar a un tipo o a un agresor que viene con un arma blanca, una vez María me vino a atacar por celos con un cuchillo y se lo saqué y le luxé la muñeca, ahí me hace una denuncia por violencia de género, me pintaron los dedos, tengo una medida de precaución de acercamiento, pero previamente tres meses antes de ese hecho, yo la denuncié a ella por lesiones graves hacia mí, hay fotos del forense que muestran los moretones y las heridas de los puntazos de cuchillo pero esa denuncia no prosperó, porque con esto de la violencia de género se les está yendo de las manos y se cometen muchas injusticias.

¿Qué piensa su familia de esta relación?

Mis padres y mis hermanas nunca la quisieron, dicen que es una negra puta y villera pero lo peor es que discriminan a mi hija, no la quieren, sostienen que no es hija mía.

Actualmente y desde hace tiempo no tengo ganas de vivir, pero voy a seguir viviendo por mi hija, ella es la razón de mi vida.

Hábleme más de eso...

Desde siempre, viví en una familia de mierda donde reinaba la descalificación y la manipulación y desde que empecé la escuela siempre se burlaron de mí por mi tamaño.

Fui a un colegio de curas y entre los compañeros nos comparábamos el pito, yo la tenía más chica que todos y se reían de mí, de chico me masturbaba mucho desde los 12 a los 15, pero teníamos un cura que nos volvía loco con ese tema, odiaba el sexo, decía que era impuro, nos teníamos que confesar obligados en ese colegio, nos hacíamos la paja con una culpa de la gran puta. Actualmente si me masturbo me duele, porque no quedé bien de la operación, mi pito me pone triste y me da vergüenza. Cuando éramos pendejos nos comparábamos el pito y yo lo tenía más chico que todos, entonces mis compañeros se reían todos de mí.

Lo que me ayudó a afianzarme en mi personalidad fue el aikido los maestros que tuve que fueron los que me contuvieron y me enseñaron con paciencia. En el aikido la idea es trabajar sobre el desequilibrio del otro. María me dijo si seguís viajando con aikido yo me voy con la nena, por eso dejé.

Hablemos de la paternidad...

Es lo más importante, lo más grande para mí, siento que ejerzo la paternidad las 24 horas del día porque no confío en la madre, no sé cómo la tratará, a veces mi hija dice que le pega.

Me enamoré de mi hija desde que estaba en la panza de la madre, ella es muy cariñosa conmigo, me hace dibujos, la llevo a la calesita a la cama elástica, a caminar porque está gordita y tiene que bajar de peso.

Quiero tener con mi hija una relación distinta a la que tuve con mi papá, con él siempre me llevé mal, de chico solo me pegó a los 11 años, a los 13 me echó de la casa viví un año con mi abuela, porque le contestaba y le hacía frente cuando trataba mal a mi mamá, después volví y luego me fui a los 25 años a vivir solo.

A pesar de la mala relación lo admiraba a mi papá, por su enorme cultura, mi amor por los libros, los idiomas y la música clásica tienen que ver con él. Pensé que él me sobre exigía para que lo heredara, al principio elegí su misma profesión, soy el único varón y el mayor, él sabía que sus dos hijas mujeres eran dos imbéciles y se lo decía a mi mamá.

Uno de los tantos psiquiatras a los que iba mi padre, le dijo a mi madre que él me tenía celos a mí porque ella me prefería y me defendía, pero no estoy tan seguro de eso.

Mi papá siempre me definía como “un pelotudo histórico”, me decía “te tengo en la mira de la escopeta” y yo le decía riéndome: “papá una escopeta no tiene mira”.

ANALISIS E INTERPRETACION

Raúl aparece en su discurso como un sujeto víctima de maltrato, primero de su padre que le decía: “Sos un pelotudo histórico”, luego de sus compañeros de colegio que se burlaban por su baja estatura y después por su ex-pareja, que lo celaba y le pegaba puntazos con un cuchillo.

A su vez es maltratado por la justicia que no hace prosperar las denuncias previas que él realizó, donde él aparecía con heridas contundentes y visibles, efecto de la violencia de María quién además lo desprecia como hombre por su pene pequeño y lo deja por un amante.

Un hombre amara a un mujer que se asemeje al personaje femenino que él fue para su propio padre (...) un hombre amará a una mujer solo en la medida en que, tomando un atributo del padre se muestre virilizada. (Pommier, 1995 p. 177)

El atributo paterno que el encontró en María y por lo cual la eligió, es que ostentaba y manifestaba una virilidad agresiva y denigrante hacia él, es decir encontró a su padre en ella.

Se considera un proveedor económico, además defendía a su madre de las agresiones de su padre, fue el maestro, el padre, el hermano, el amigo de su ex y sin embargo todos le pagaron mal.

Su discurso da cuenta de un neurótico obsesivo con un fantasma perverso de tipo masoquista, pues monta una escena donde ubica al otro como verdugo y él su víctima, encontrando allí una satisfacción pulsional difícil de renunciar.

El término masoquismo proviene de Leopold von Sacher-Masoch, escritor austríaco que describió en sus novelas una actitud de sumisión masculina hacia la mujer amada, con la búsqueda de humillación y sufrimiento. Actitud que se escucha en Raúl en relación a María.

Freud (1924) habla de tres tipos de masoquismo: el erógeno, el femenino y el moral, este último es cuando el sujeto se las arregla para encontrar sufrimientos en las distintas circunstancias de su vida, dando cuenta de un sentimiento inconsciente de culpa o necesidad de castigo relacionado con la pulsión de muerte.

Por su parte Lacan dice que el masoquista es el que monta la escena y se ubica en posición de desecho, desde este lugar busca provocar la angustia en el otro.

-El padre no sabe de su goce, sólo podrá tener algún contacto a través de lo que cause su deseo, cuando este real no se le trasmite al hijo, éste puede ocupar el lugar de objeto, sosteniendo su versión de goce para sostener al padre (Fryd, 2007 p.87).

A partir de esta cita es posible pensar que si bien Raúl es un neurótico obsesivo, con un deseo imposible, se observa un fantasma perverso de tipo **masoquista**, pues lo que singulariza su goce es el lugar de resto que ocupa, en su familia, frente a las mujeres que lo dejan, como el deja sus carreras, el lugar donde vive tan marginal, como la población con la que trabaja y finalmente el lugar que siente que tuvo y tiene frente a su padre, que desde su posición es un padre tiránico y patriarcal que le negó su amor.

el masoquismo femenino, tal como Freud lo definió, atañe esencialmente a los hombres: en efecto los hombres se feminizan cuando caen en el amor paterno y esta violencia supone masoquismo de su parte por cuanto afecta a su sexo (pommier 1995. p. 171)

ARTICULACIÓN TEÓRICO CLÍNICA:

“Abandoné la carrera de abogacía faltándome ocho materias, él me decía que no me daba la cabeza, sin embargo fui abanderado en la primaria y en la secundaria. Abandoné esa carrera porque no quería ser como él, tenía siempre su sombra, fue un juez y un catedrático importante, yo lo admiraba mucho porque era intelectualmente brillante, muy odiado y muy amado por otros, un tipo muy soberbio y maltratador, pero brillante.”

Raúl elige al principio la misma carrera de su padre, donde este se desempeñaba como un catedrático importante siendo a su vez un juez brillante. Luego abandona porque tenía siempre su sombra, tal vez se sentía “pequeño y opacado”, que nunca iba a estar a la “altura” de este padre omnisapiente, cuyo brillo fálico lo obnubilaba y despertaba sentimientos ambivalentes de amor y de

odio, de admiración y de envidia. Es un padre patriarcal, autoritario, dominante y hasta déspota según la realidad psíquica del paciente, quien además percibe a su madre al principio como sometida y maltratada por su esposo.

“Nada peor que el padre-educador que se torna omnipresente, que grita... en pocas palabras, que hace de sus hijos el objeto de su goce. (...) Nada peor que el padre que en lugar de ser el representante de la ley se hace legislador y hace la ley identificándose con ella” (Julien, P. 1993, p. 49).

“Los efectos devastadores de la figura paterna se observan con particular frecuencia en los casos donde el padre tiene realmente la función de legislador o se la adjudica, ya sea de los que hacen las leyes o que se presente como pilar de la fe, como parangón de la integridad o de la devoción como virtuoso” (Lacan; en Julien, 1999 p. 49).

La idealización y la posición quejosa que manifiesta hacia su padre, es comparable con la que expresa Frank Kafka en “carta al padre”:

“Habías llegado muy lejos por tu propio esfuerzo y por eso tenías una confianza ilimitada de tu opinión (...) Desde tu sillón gobernabas el mundo (...) Te transformaste para mí en lo enigmático de todos los tiranos” (Kafka, F.; 2006; p. 19).

“Si comenzaba a hacer algo que no te gustaba y tú me amenazabas con fracasar, el respeto de tu opinión era tan grande, que el fracaso aunque sea tardío era inevitable. Perdí la confianza en mis propias acciones. Yo era inconstante e irresoluto” (Kafka 2006 p. 25).

El peso lacerante sobre su psiquismo de las palabras del padre: “Sos un pelotudo histórico”, “no te da la cabeza” oficiaron de mandato superyóico, a modo de imperativo categórico que Raúl repite en su historia: es un pelotudo con su ex-mujer, que lo engaña, lo golpea, lo denuncia y la tiene que mantener. Ese peyorativo calificativo que viene de su padre, se hace extensivo a él mismo

cuando no termina las carreras que empieza, y cuando se muestra inoperante con las mujeres, ya que no puede lidiar con ellas: con su madre, sus hermanas, algunas novias que lo engañaron y otras a las que tomaba solo como objeto sexual.

El neurótico no puede ir más allá del padre y es por eso que se dedica a amarlo o a odiarlo ya sea que esté en la posición de demanda del amor histérico o en la ambivalencia amor-odio del obsesivo. (Fryd, 2007 p.15)

Ese “no te da la cabeza” es no solo no puedes estudiar y ser brillante como yo, es además no te da la cabeza para saber tratar a las mujeres, para elegir una mujer digna de tu condición social, no la negra marginal que te buscaste. Además este “no te da la cabeza” puede estar asociado a su fimosis, donde el glande, comúnmente llamado cabeza no puede salir, “no le da el cuero literalmente para que salga”, con la sensibilidad de placer erógeno que esto posibilita para un varón en el momento del coito.

Este “saber lidiar con las mujeres” sin caer en el desprecio, la agresión o el sometimiento, es otro de los grandes avatares que un sujeto tiene que atravesar para devenir varón.

Desde la perspectiva de Lacan el reclamo al padre podría considerarse una defensa ante la presencia del gran otro castrado (...) No quiere correr riesgos y para eso se pelea con el amo al que hace responsable de sus dificultades”. (Carbone, Indart y otros 2000 p. 50).

Algo de la **cobardía** planteada como otro de los avatares del devenir varón se presenta aquí, pues le cuesta a este sujeto asumir una posición responsable subjetivamente de los hechos que le suceden en su vida. “vengo de una familia de mierda” entonces si tengo una vida de mierda, no es mi responsabilidad es efecto de la familia en la que nací”.

En relación a su ex-mujer dice: “me dice que soy un medio hombre, un inservible, porque cometí el error de comentarle de que tenía complejo de pito chico y ella lo usó para agredirme y burlarse, pero ninguna de las otras mujeres con las que salí se ha quejado de mí”.

En la viñeta se observa en este sujeto, lo que él llama “complejo de pito chico”, en una cultura falocéntrica como la nuestra, la medida fálica siempre cuenta en el proceso de masculinización, Raúl ya desde niño se sentía disminuido, no solo por su escasa estatura, sino además por la pequeñez de su pene que compraba con el de sus compañeros, siendo objeto de burla y humillación, situación que se actualiza con su ex.

El pene, símbolo de la omnipotencia –y/o de la más extrema debilidad- se ubica en el lugar de un amo despótico. La parte dicta la ley al todo, puesto que lo define y esa parte es extremadamente caprichosa. Casi histérica, diría” (Volnovich; 2010 p. 43).

“Cuando éramos pendejos nos comparábamos el pito y yo lo tenía más chico que todos, entonces mis compañeros se reían de mí”.

El reverso de la jactancia (tener 40 mujeres), es el temor a quedar desfavorecido en la comparación con los semejantes. La envidia al pene es masculina, ya que con frecuencia los varones perciben a su pene como pequeño en comparación con lo que han observado respecto de su padre, hermanos o amigos” (Meler I. 2009, p. 162).

“Siempre he sido inseguro por mi estatura, mido 1,50 m., en la escuela me agarraban para la cargada, por eso practiqué karate y después aikido llegué a destacarme porque tuve un maestro que fue mi mentor”.

Se sentía pequeño y vulnerable, necesitaba defenderse frente a las burlas de sus pares, y practicó artes marciales destacándose en aikido, ahí creció, tuvo un maestro, según él su mentor, que funcionó como un padre posibilitador que le transmitió un saber hacer con ese cuerpo pequeño, tener un grupo de

pertenencia y referencia, donde era valorado, el aikido no se utiliza para agredir, sino que se utiliza la fuerza del otro para desestabilizarlo frente a un ataque. Cabría la posibilidad de pensar en qué medida, esta premisa se da en la relación con María, a quién él desestabiliza emocionalmente, produciendo mayor violencia en ella posicionándose él como víctima.

Raúl elige a una mujer que lo maltrata como lo hacía su padre y esto se refleja en la siguiente cita:

“en el seminario aun, explica que para que un partenaire erótico sea efectivamente escogido, es preciso que lleve los rasgos provenientes del inconsciente del sujeto. Este punto sin embargo ya había sido vislumbrado por Freud en algún lugar de su obra: nunca es la primera, nunca es el primero. Dicho de otro modo en la elección erótica de un partenaire hay siempre un predecesor en el inconsciente. (Fryd A. 2007 p. 101).

“Cuando tenía 25 años me operé de fimosis y me dejaron una cicatriz horrible, según los cirujanos con los que consulté después es difícil de reparar, tengo el pene como un hongo, pequeño y con un glande grande y encima esa cicatriz”.

El tema de la fimosis tiene varias connotaciones, por un lado los padres que se preocuparon en llevarlo a médicos especialistas del crecimiento y lograron que él y su hermana crecieran 10 cm, son los mismos padres que nunca se percataron cuando lo bañaban de niño o lo llevaban al pediatra, del tema de la fimosis.

Por otro lado, hasta entonces él tenía relaciones sexuales aparentemente satisfactorias, hasta los 25 años que le empieza a “doler” y decide operarse, curiosamente cuando hace su salida exogámica y decide irse a vivir solo, hizo un corte, se independizó económicamente porque trabajaba pero buscó a un hombre, el médico que lo operó y que realizó un corte en lo real de su cuerpo, en ese órgano tan valorado por todo hombre como es el pene, al cual le queda una “cicatriz horrible”, como marca indeleble, recuerdo inolvidable de la angustia de castración.

“Quiero tener con mi hija una relación distinta a la que tuve con mi papá, con él siempre me llevé mal, de chico solo me pegó a los 11 años, a los 13 me echó de la casa viví un año con mi abuela, porque le contestaba y le hacía frente cuando trataba mal a mi mamá, después volví y luego me fui a los 25 años a vivir solo”.

“A pesar de la mala relación lo admiraba a mi papá, por su enorme cultura, mi amor por los libros, los idiomas y la música clásica tienen que ver con él. Pensé que él me sobre exigía para que lo heredara, al principio elegí su misma profesión, soy el único varón y el mayor, él sabía que sus dos hijas mujeres eran dos imbéciles y se lo decía a mi mamá”.

“Solo puedes criar a un niño como tú mismo has sido criado: con fuerza, alboroto e iracundia y esto te parecía más adecuado para el caso, ya que querías hacer de mí un muchacho fuerte y valiente”
(Kafka 2006; p. 16).

Si su padre fue maltratado por su abuela, en el vínculo con su hijo repite este circuito de violencia, porque Raúl aparece confrontativo, contestatario y con fuertes **impulsos parricidas** que se mostraban en su actitud desafiante hacia su padre.

“María es muy parecida a mi papá por lo manipuladora y cruel, pero ella fue más cruel que mi papá, es una puta psicópata, me echa la culpa a mí por su infidelidad porque dice que yo no la cogía bien”.

Acuerdo con Pommier cuando sostiene que:

(...) esta heterosexualidad ortopédica, que funciona solamente si una imagen materna viene a ocultar la del padre, será tanto más atractiva, cuanto más hiriente, mala y fuente de complicaciones sea la mujer de ahí el fervoroso apego de tantos hombres a mujeres que los maltratan sin parar. (...) el hombre vive la queja de la mujer como una agresión que lo fustiga. (Pommier 1995 p. 179).

“Con el tiempo descubrí que mi mamá es una vieja zorra que manipulaba más que mi viejo”.

Se destaca una posición descalificante hacia las mujeres: la madre una vieja zorra y manipuladora, las hermanas unas arpías, especuladoras e imbéciles, un par de novias fueron infieles pues lo dejaron por otro, al igual que su ex, a la que califica de puta, psicópata, infiel y manipuladora.

Esta actitud paranoide hacia las mujeres, es posible ser pensada en la figura que toma Lacan (1960) de la “mantis religiosa”, es el insecto comúnmente llamado el peregrino, generalmente la hembra es de mayor tamaño que el macho. Lo significativo de esta clase de insectos es que la hembra después de copular con el macho, le come la cabeza y los genitales, estos efectos devastadores son los que Raúl muestra en su subjetividad y en su masculinidad, son las amputaciones y las cicatrices psíquicas que muestra de su relación con María, dando cuenta además de que el paciente presenta actualmente una falta de deseo sexual, esto puede ser considerado como una formación sintomática, en la que influye entre otras causas, una identificación a un padre muerto, sin deseo, sostiene que hace un año que no tiene relaciones sexuales, probablemente se refugia **un goce autoerótico**, donde no necesita pasar por el cuerpo de una mujer, quizás para evitar gratificarse, aunque en apariencia el sostenga que es para evitar sufrir.

A la única que rescata en su discurso, es a su hija, quizás porque refuerza su narcisismo, compensa su vapuleada masculinidad o tal vez porque intenta reparar el dañado vínculo paterno-filial que tuvo con su padre.

“Los padres varones se muestran más dispuestos a atender a sus hijos que a aceptar la figura del otro, el actual compañero de sus ex esposas, personaje odiado hacia el cual se dirigen sus celos” (Meler I. 2019. p.113).

“...la quise realmente mucho y cuando empecé a venir aquí estaba convencido que la seguía amando y quería recuperarla, pero después la realidad se impuso y entendí que eso no era posible, ella está muy metida con el tipo ese”.

“Ya no lo odio a mi viejo me da pena, cuando lo veo que se mea y se caga que no se puede auto valer me da pena”.

Sabemos que en el inconsciente no existe el “no”, aparece además la tríada maníaca de: control, triunfo y desprecio, sería como decir: yo estoy vivo, me puedo auto valer, en “cambio vos estás medio muerto, postrado, te meas y te cagas, de me das pena.

Cuando mi viejo se enfermó yo me deprimí y no rendí las cuatro materias del profesorado que me faltaban, sigo dando clases en varias escuelas pero no puedo titularizar y con esto que me marcaron los dedos por la denuncia que ella me hizo menos. No trabajo en mi profesión porque a mí me gusta dar clases y estar con esa población marginal, les conozco los códigos, los sé tratar, a mí nunca me rayaron ni robaron el auto, ni me hicieron daño a otros profesores sí”.

Raúl no termina lo que empieza, abandonó abogacía, no terminó el profesorado del cual vive y no ejerce la profesión que tiene. Menciona que cuando su padre se enfermó él se deprimió y no rindió las cuatro materias que le quedaban, ¿Será que estudiaba para el padre? Para decirle voy a ser profesor como vos, pero él trabaja cómodamente con gente marginal, con gente discriminada por su condición social y es de ese contexto que elige a su mujer, ¿será que en el reino de los ciegos el tuerto es rey?

Ahora bien como se dijo en el capítulo II, un padre puede rehusar amar a un hijo y puede amar a otro. Ser elegido por el amor del padre no es sin consecuencias como es no ser amado por él, algunos hijos no amados por el padre caen en un funcionamiento melancolizado, con compulsión al fracaso y a ser rechazados por los demás ya que se identifican con un resto o un desecho, pudiendo encontrar la muerte en adicciones y otras conductas autodestructivas, es como gritarle al padre: “esto es lo que hiciste de mí por no amarme”.

“Actualmente y desde hace tiempo no tengo ganas de vivir, se manifiesta aquí un **goce masoquista** porque sufre de todos y de todo, mostrando además cierta **cobardía**, pues no se hace cargo de su vida, que según él está vacía de proyectos lo que más aparece preservado además de su trabajo es su lugar de padre: voy a seguir viviendo por mi hija, ella es la razón de mi vida. Desde siempre, viví en una familia de mierda donde reinaba la descalificación y la manipulación y desde que empecé la escuela siempre se burlaron de mí por mi tamaño”. El sujeto en posición melancólica o con riesgos de melancolización, pues se trataría de un neurótico obsesivo, empeñado en hacer imposible su deseo, se siente desahuciado, repudia todo y a todos, constituyendo un verdadero desafío en la dirección de la cura. Tal vez este funcionamiento sea el efecto del castigo del superyó, que lo condena por sus fuertes **fantasmas parricidas**, que lo impelen al fracaso, pues deja inconcluso todo lo que empieza, acotando su lazo con los otros significativos y aislándose en su propio mundo.

En su discurso se escuchan pinceladas **masoquistas y melancolizantes**, pues parece ser que lo que sostiene su vida en este momento es la paternidad.

Se destaca en Raúl, la gran **dificultad para elaborar duelos**: el duelo por el cuerpo que le tocó que no coincide con el que le hubiera gustado tener, el duelo por su historia infantil cargada de burlas y descalificaciones entre sus pares y el duelo por la familia que tuvo, especialmente por su padre, que está muerto en vida como él, está sumergido en un marcado resentimiento que lo sume en una profunda soledad y aislamiento. Su único sostén por ahora es su hija y el trabajo donde se siente valorado.

Podría plantearse que muchas veces, lo que puede salvar al varón de la melancolización o *de la locura, es el amor de una mujer o el amor de un hijo, o ambas.*

CASO JUAN

46 años. Casado, tres hijos, Empleado. Estudiante crónico.

Juan consulta hace 10 años por un cuadro depresivo y venía con tratamiento psiquiátrico y un diagnóstico según el DMS IV de trastorno narcisístico de la personalidad.

Hablemos de mujeres...

Tengo muy buena relación con las mujeres a nivel social, en las reuniones familiares cuando hay primos tengo mejor diálogo con ellas y me siento más cómodo. Cuando voy con los varones, ellos hablan de futbol, pesca y mujeres, antes de ir me pongo a escuchar crónicas de futbol aunque no me guste para tener temas de conversación con los hombres.

La política me gusta, la religión, la historia y me gusta escuchar a la gente que ha viajado, tal vez porque yo no voy a viajar nunca. Cuando fuimos a Punta Cana lloraba porque me tocó dormir en el piso porque no había suficientes camas y preferí dárselas a mis hijos.

¿Cómo fue su relación con las mujeres?

Conflictiva y confusa, a los 12 y 14 años ya tenía una atracción natural hacia lo masculino, pero lo repudiaba, era algo que no tenía que estar, cuando le dije a mis padres lo que me pasaba, mi mamá me dio un libro que era sobre psicología de lo masculino, ahí decía que era normal la masturbación y tener fantasías con otros hombres, hasta que se acomodara y yo rezaba para que se acomodara, para mí era una cruz y yo quería ser normal.

A los 13 años tuve manoseos con un primo que ahora es el macho de América.

Usted ¿qué sentía?

Dolor, porque me sentía culpable, era una placer indebido que solo me acarrearba dolor.

En la secundaria tuve una vida social pobre, estudiaba mucho, era el traga, me sentía menos económicamente que los demás. Además mis compañeros se burlaban de mí porque era un poco afeminado, yo sufría y trataba de compensarlo siendo excelente alumno, después esos mismos que se burlaban, venían a mí a que les explicara o les pasara las tareas, yo se las pasaba, luego ellos me invitaban a ir de picnic a potrerillos y a salir a bailar y yo les decía que no, porque no se podía gastar, el proyecto familiar era que mis padres terminaran sus carreras universitarias.

Yo me sacaba 10 y se lo mostraba a mi papá y él me decía: no has hecho más que cumplir con tu deber y siempre me decía “no tenés sentido práctico”, me lo repetía desde chico hasta grande.

Dicen que nací con *fórceps* y eso me tocó un centro motor, tuve que quedarme con mi abuela materna porque necesité fisioterapia y férulas durante mucho tiempo, mis padres eran maestros de frontera y se fueron con mis hermanos y me dejaron con ella para que hiciera la rehabilitación, cuando empecé la escolaridad me llevaron con ellos, recuerdo que me costó adaptarme a mi familia, a mis hermanos.

Esos primeros años me crié como hijo único con mi abuela, era muy católica, ella me sobreprotegía, me hacía comidas muy ricas y rezábamos el rosario todos los días, yo era gordito y ella también, mi gordura y mi torpeza motriz hizo que fuera torpe en los deportes, jugaba mal al futbol, pero lo compensé dedicándome a lo intelectual, ahí brillaba, en la primaria y en la secundaria además iba a inglés, ahí conocí una chica que me gustaba, me le declaré y me dijo que no, que yo no entendía nada que solo podíamos ser amigos.

Estando en la facultad una compañera me invitó a ir a un casamiento y después salimos dos veces más, a mi me gustaba y se lo dije, ella me contestó “se complicó todo, solo quería ser tu amiga”.

En quinto de la secundaria estaba mal y un compañero se acercó y me dijo ¿qué te pasa? le dije que estaba confundido y me dijo tenés que probar, fuimos a su casa y tuvimos un encuentro de toqueteos y masturbación, luego salí corriendo me metí a una iglesia y me fui a confesar con un cura, porque me sentía muy mal, me dio una penitencia y me dijo que estaba perdonado.

Cuando yo confesaba mis tendencias homosexuales, los curas me decían ofrezca el dolor de esa cruz al señor, él nunca nos da una cruz más grande de la que podemos llevar.

La primera relación que tuve con una mujer fue a los 19 años con una prostituta, recuerdo que trabajaba en el banco y fuimos a un curso en Buenos Aires, en la cena daban premios con algún comentario risueño y cuando me tocó pasar a mí dijeron “al último americano virgen”, después mis compañeros me llevaron a un prostíbulo, tuve dos relaciones, recuerdo que le preguntaba a la mujer ¿cómo voy? Y me decía: “está todo bien”. A los 25 pagué otra prostituta, era sucia y fue desagradable.

Tuve dos novias solo nos dábamos besos porque era hipercatólica, la tocaba, ella me sacaba y luego rezábamos juntos. Después a los 23 salí 6 meses con otra chica era fantástica y divertida, pero yo cada vez más metido en la religión por eso nunca tuvimos relaciones sexuales.

Solo tuve relaciones con mi esposa la noche de bodas, la conocí trabajando en el banco su empresa tenía cuenta ahí. Ella decía que era virgen yo no creo que fuera así porque no me costó nada penetrarla, pero fue fantástico para mí, cuando me levanté me miré al espejo y me dije: estoy contento porque estuve por primera vez con una mujer por amor y sin pagar, dije ahora solo me falta recibirme.

Siempre de chico pedí la normalidad, casarme y tener hijos, ser profesional, ser hombre.

¿Ser hombre?

Para mí la palabra hombre es con mayúscula y yo no entro, porque mi papá me dijo no tenés sentido práctico, no sabes usar las herramientas, ni clavar un clavo y tiene razón soy un desastre, me decía no sabes hacer asados ni jugar al fútbol. Además mi papá decía que los hombres no lloran, que toman decisiones y van para adelante como él que se recibió, además arreglaba la plancha y algún electrodoméstico, pero por otra parte lo veía, que se quejaba de todo, lloraba, se deprimía y gritaba.

¿Cómo es su padre?

Es una persona desconfiada, quejosa malhablada, vive criticando y juzgando a los demás, cumplió 75 años, cambió el auto, viajan al extranjero y siempre quejándose por la falta de plata. A mis hermanos más chicos le pagaron la universidad a mí no, yo tuve que trabajar y estudiar, pero nunca puede recibirme, ese es mi sueño frustrado.

A los 18 años yo llego a un psiquiatra por un cura que me dijo que la homosexualidad era una enfermedad, me medicó con antidepresivos, pero yo les suplicaba a mis padres que me mandaran a un psicólogo y mi papá me decía no hay plata para eso, además vos querés ir a un psicólogo porque queda bien, está de moda.

¿Qué recuerdo tiene de su padre?

A los 11 años entraba a la habitación y era natural ver a mi mamá desnuda o semidesnuda cuando se cambiaba, en cambio mi papá se encerraba con llave cuando se cambiaba y eso me generaba más curiosidad. Unas cinco veces cuando ellos dormían, le levantaba las sábanas del lado de mi papá, estaba en bolas y yo le miraba el miembro, una vez se despertaron muy enojados, mi mamá me retó y me preguntaba ¿por qué lo hacía?, yo le decía que sentía que me faltaba por crecer, que no lo conozco por eso quería verlo, ahí mi papá me agarró violentamente, se había vestido, se bajó el short me mostró el pene y me

dijo agresivamente, estás conforme, lo viste ahora no me jodas más y yo me fui a mi pieza avergonzado y sollozando.

¿Qué significa ser padre?

Por ellos vivo, son el único motivo por el que estoy en este mundo, porque leí que el suicidio de alguno de los padres deja fuertes traumas en los hijos, por eso le digo que vivo por ellos, muchas veces pensé en quitarme la vida, pero hasta para eso soy cobarde.

¿Cómo es su relación con sus hijos?

Buena, yo me ocupo mucho de ellos, nos divertimos mucho, los llevo al colegio, a inglés, les hice hacer la comunión a los tres, iba solo a catequesis familiar porque Rosana no quería, también los llevo a practicar deportes, el mayor tenía problemas de timidez, le costaba integrarse como a mí y se burlaban como lo hicieron conmigo, lo quise mandar a un psicólogo pero la madre no estuvo de acuerdo, así es que lo mandé a boxeo para que se defendiera y así fue, repartió un par de trompadas y ya no lo jodieron más. Además yo los ayudo en matemáticas y en inglés cuando tienen que dar los exámenes internacionales.

Ellos me preguntan: papá ¿por qué estás triste?, yo les digo no estoy triste, solo estoy un poco cansado, no les puedo decir que en realidad estoy cansado de estas tendencias homosexuales que me torturan.

En ¿qué consisten estas tendencias?

A veces voy a cines porno gay y a saunas gay, pero solo busco ver, a veces toco el pene de algún tipo y me masturbo, luego me meto en la primera iglesia que encuentro busco al padre, me confieso y voy a casa a bañarme y a desinfectarme, sino lo hago, no puedo abrazar a mis hijos.

Mi placer supremo es cuando encuentro un hombre mayor, que son los que siempre están disponibles en el sauna, porque los jóvenes no me dan bola, pero a mí no me interesan mucho, en cambio busco a los hombres mayores con el pecho velludo, así apoyo mi cabeza en su pecho y ellos me abrazan eso es todo y lo máximo que busco, no me interesa el coito, ni el sexo oral.

Además yo voy a esos lugares para encontrar a alguien como yo, que tenga el mismo código, que me cuenten su vida, que me digan cómo hacen para llevar esto, pero ahí la gente solo busca tener sexo, no le interesa hablar.

La psiquiatra que me atendía me sugirió que hablara con mi esposa y le contara de mis tendencias homosexuales, que eso me iba a aliviar la culpa y yo como un boludo le hice caso y se armó un quilombo terrible, Rosana no lo entendió, se lo dijo al padre, me llevaron a una escribana, renuncié a todas las propiedades que mi suegro puso a nombre nuestro, al departamento donde vivimos, a la casa de fin de semana, me hizo renunciar a las acciones de la empresa que él creo, me hizo dejar el cargo gerencial que ocupaba y pasé a ser un empleado raso.

Rosana me dijo: te quedas en la casa solo por los chicos, pero a mí no me tocas más y yo manejaré el dinero, desde entonces solo me deja para pagar el psiquiatra, los remedios y el tratamiento psicológico, eso fue hace 10 años cuando empecé a venir con usted.

ANALISIS E INTERPRETACION

Juan define su relación con las mujeres como conflictiva y confusa, pero en realidad el que se sentía conflictuado y confundido por sus fantasmas homosexuales que no paraban de acecharlo, era él.

Por otro lado el término con-fundido, da cuenta de que estaba fundido con, en tanto fusionado con las mujeres, su madre que se exhibía y a la que miraba semidesnuda o desnuda cuando se cambiaba. Fusionado con su abuela materna, que lo cuidaba llevándolo a los tratamientos de rehabilitación y lo

nutria tal vez excesivamente con comida y religión, inculcándole desde niño la existencia de un Dios Padre omnipotente, que todo lo perdona, siempre y cuando haya junto con la confesión el arrepentimiento, que en Juan solo era parte de un ritual temporariamente tranquilizador pues la compulsión irrumpía y pasaba nuevamente a la acción, seguido del circuito repetitivo de desinfección del alma impura y limpieza del cuerpo sucio, manchado por bajos instintos, significados como pecados mortales y carnales.

Hasta entonces la mujer exogámica se tornaba inaccesible, o bien ellas lo rechazaban y solo lo querían como amigo y cuando podía ser posible una relación, la religión oficiaba de excelente escudo con el que se defendía del deseo sexual y del goce femenino que probablemente lo aterraba.

Como en todo proceso de masculinización el cuerpo homoerótico de un varón no le resultaba desconocido, por lo cual tuvo juegos sexuales con su primo y en la adolescencia con un compañero

“La masculinidad no se constituye sino sobre el trasfondo de la homosexualidad.” (Bleichmar S. 2009, p. 51).

Estos pares, varones son representantes sucedáneos de su padre.

“Deseo erótico por el padre, sin el cual la identificación sexual es impensable.” (Bleichmar S. 2009, p.34).

Sus llamadas “tendencias homosexuales” se tornan compulsiones de difícil control, pues se trata de con-pulsión, con pulsión sexual escópica, pues su goce se concentra en el “ver”.

“A los 11 años entraba a la habitación y era natural ver a mi mamá desnuda o semidesnuda cuando se cambiaba, en cambio mi papá se encerraba con llave cuando se cambiaba y eso me generaba más curiosidad. Unas cinco veces cuando ellos dormían, le levantaba las sábanas del lado de mi papá, estaba en bolas y yo le miraba el miembro, una vez se despertaron muy enojados, mi mamá me retó y me preguntaba ¿por qué lo hacía?, yo le decía que sentía que me faltaba por crecer, que no lo conozco por eso quería verlo, ahí mi papá me

agarró violentamente, se había vestido, se bajó el short me mostró el pene y me dijo agresivamente, estás conforme, lo viste ahora no me jodas más y yo me fui a mi pieza avergonzado y sollozando”.

“El pudor vela la obscenidad y su aparición es correlativa de la del deseo. La obscenidad está ligada, pues, a la prohibición, a una instancia paterna específica, la del padre totémico, entregado al goce. La obscenidad es excitante porque supone la evocación de un padre gozador. Así, la sexualidad está marcada por la presencia paterna.” (Pommier G. 1995, p.180).

En relación a esta cita, es posible pensar cómo en algún momento el padre de Juan aparece posicionado como el padre de la horda primitiva de *Tótem y tabú*, ese padre gozador, del segundo tiempo del Edipo en Lacan que prohíbe, con sus descalificaciones y no posibilita al hijo; esto se observa cuando Juan le muestra una prueba con un 10 al padre, buscando su mirada de aprobación y valoración, mientras el padre le responde: “no has hecho más que cumplir con tu deber”, o cuando lo condena con su reiterada sentencia: “no tenés sentido práctico”, le está diciendo a su hijo: no tenés el falo, por lo tanto estas castrado, no tenés sentido: no significas nada para mí por lo tanto no te amo y no sos práctico: careces de las herramientas prácticas que tiene que tener un varón para desempeñarse en la vida, herramientas prácticas que incluye saber seducir a una mujer y saber lidiar con el goce de ella y hacer de ella un objeto que cause tu deseo.

Actualmente su pulsión escópica se actualiza en la frecuentación de cines porno gay y saunas gay, donde busca ver y en ocasiones tocar penes y llegar a la descarga masturbatoria.

Por otro lado dice buscar en esos lugares hombres con quienes hablar empáticamente, que compartan un código común y poder dialogar sobre lo que les pasa y cómo llevan lo que para él es una cruz, que no es más que una forma particular de goce.

“Además yo voy a esos lugares para encontrar a alguien como yo, que tenga el mismo código, que me cuenten su vida, que me digan cómo hacen para llevar esto, pero ahí la gente solo busca tener sexo, no le interesa hablar”.

Frente a la búsqueda narcisística de un igual por parte de Juan, cabría el dicho: “A buen campo vas por leña”, en esos lugares donde prevalece lo imaginario y lo real, lo simbólico la palabra se encuentra desestimada, subsumida frente a la apología de objetos parciales: penes, anos y bocas, cosificadas, al servicio del puro goce siniestro en tanto corre riesgos de vida o de contagio de enfermedades, donde el otro y él carecen de subjetivación, además sabemos que el goce es autoerótico e incompatible.

Por otro lado sostiene: “Mi placer supremo es cuando encuentro un hombre mayor, que son los que siempre están disponibles en el sauna, porque los jóvenes no me dan bola, pero a mí no me interesan mucho, en cambio busco a los hombres mayores con el pecho velludo, así apoyo mi cabeza eso es lo máximo que busco, no me interesa el coito, ni el sexo oral”.

En este párrafo se puede escuchar cómo está presente la búsqueda del amor al padre.

“Es este aporte libidinal, excitante, proporcionado por el padre en los cuidados precoces, el que brinda el sustrato histórico-vivencial de las adherencias eróticas que se despliegan respecto al mismo (...) Estas inscripciones precoces constituyen la base erógena sobre la cual se inscribirán los deseos eróticos por el padre, resignificados a posteriori por los fantasmas de masculinización a los cuales hemos aludido.”
(Bleichmar S. 2009, pp.: 32-33).

“Además mi papá decía que los hombres no lloran, que toman decisiones y van para adelante como él que se recibió, además arreglaba la plancha y algún electrodoméstico, pero por otra parte lo veía, que se quejaba de todo, lloraba, se deprimía y gritaba”.

Aparece aquí una imagen paterna ambivalente, por un lado un padre que le muestra a su hijo un saber ser varón, terminar una carrera universitaria, arreglar electrodomésticos y en otros momentos se pone de manifiesto, un padre con arrebatos femeninos de tipo histéricos: se quejaba de todo, lloraba, se deprimía y gritaba, se muestra aquí un punto de identificación con esta faceta paterna: pues Juan es quejoso, llorón y se muestra deprimido y pesimista.

La culpa, entendida como la falta de la que el sujeto es de una u otra manera responsable, ubica al sujeto bajo la mirada y el juicio del otro. La culpabilidad supone declararse: atestiguar una falta, una mácula y recibir el juicio condenatorio o absolutorio del otro. (Gerez Ambertín 2006 p. 39).

Juan en primera instancia se siente culpable por estos pensamientos pecaminosos homosexuales que lo dominan, que lo llevan compulsivamente al *acting* de ir a los saunas y cines porno gay, para “ver” el pene de otros hombres, como de niño buscaba ver el pene del padre, luego se produce la descarga masturbatoria y el ritual de la confesión donde la absolución del padre – sacerdote solo lo tranquiliza temporariamente.

Esta posición sufriente da cuenta de un goce masoquista, en el que se instala con cierta fijeza y del cual no se hace responsable. Esto se observa cuando obedece sin cuestionamiento alguno, a modo de esclavo, la indicación que le da su psiquiatra, de que hable con su mujer y le comunique sobre sus tendencias homosexuales, esto es un *acting*, donde él se des responsabiliza en parte de los efectos catastróficos de este “sincericidio”, sería como decir: en todo caso la culpa es de mi psiquiatra que hizo una indicación aberrante, o de mi esposa que no me comprendió, ni se compadeció de mi, valorando mi sinceridad o de mi padre que me condenaba con la muletilla de que no tengo sentido práctico.

En el neurótico la inscripción del significante del Nombre del Padre en tanto ley, ordena la subjetividad y posibilita el lazo social, pero esta misma ley que además siempre tiene fallas, deja como efectos una deuda y una tentación, como lo observamos en la siguiente cita:

Una deuda simbólica que es preciso pagar respetando y transmitiendo la ley y de lo cual el sujeto es responsable. Pero también una tentación de ir más allá de la ley del deseo, para atravesar los laberintos del goce prohibido. Precisamente a esa tentación Freud y Lacan la llaman culpa. (Gerez Ambertín M. 2004 p. 84).

Juan se siente **culpable** por impulsos homosexuales, pues piensa que van más allá de la ley de lo permitido, por Dios Padre, sintiéndose tentado a repetir en forma de coacción esa búsqueda de lo prohibido, como lo trasmite la autora mencionada.

Allí donde falla la ley se recrean las más encantadoras tentaciones que incitan al goce, al crimen. (Gerez Ambertín M. 2004 p. 86). Esto revele el circuito en el que Juan se siente entrampado.

En su discurso aparece una esposa autoritaria, rígida y muy similar a su padre: “Rosana me dijo: te quedas en la casa solo por los chicos, pero a mí no me tocas más y yo manejaré el dinero, desde entonces solo me deja para pagar el psiquiatra, los remedios y el tratamiento psicológico, eso fue hace 10 años cuando empecé a venir con usted”.

La pregunta que surge será ¿por qué Juan se queda en la casa? Una casa que ya no le pertenece, bajo condiciones tan desventajosas, signada por la pérdida de dignidad y el sometimiento.

el masoquismo femenino, tal como Freud lo definió, atañe esencialmente a los hombres: en efecto los hombres se feminizan cuando caen en el amor paterno y esta violencia supone masoquismo de su parte por cuanto afecta a su sexo (Pommier 1995. el orden sexual p. 171)

Entre las posibles respuestas está el fantasma masoquista en el que goza sufriendo, que al decir de Pommier Juan se queda con una mujer virilizada que detenta un rasgo paterno, que lo castiga con el autoritarismo, el manejo del dinero y la descalificación.

Ahora bien otra pregunta será ¿qué pasa con Juan en tanto padre?

- *si hay un cambio en la virilidad, este cambio será correlativo a la falla, a la debilidad de la función paterna, donde el padre no se ubica con su diferencia.* (Fryd A. 2007 p.97).

Juan marca una diferencia con su esposa y con su padre frente a sus hijos.

A parecer es un padre posibilitador de la subjetividad de sus hijos, cuando percibió en uno de ellos un atisbo de que repitiera su historia, quiso llevarlo a un psicólogo, pero no fue autorizado por esta “patrona”, pero sí pudo mandarlo a boxeo y de esa manera, aunque sea a las trompadas, su hijo pudo salir de esa posición feminizante, objeto de burlas en la que se encontró él y anteriormente su padre, quien no recibió las herramientas para defender su posición masculina.

Juan es un buscador: buscó al padre en tanto brújula que lo “acomode” indicándole el norte para lograr devenir varón. Lo buscó en la religión en Dios padre, en los sacerdotes, padres a los que acudía en búsqueda de perdón y de orientación, en los terapeutas y en sus partenaires.

Lo singular de su goce aparece en su fantasma homosexual, que lo impele a buscar ver con su fijeza en la pulsión escópica, el pene de otros hombres pensando que va a encontrar el amor del padre, presentificado en el contacto con el pecho velludo de estos partenaires mayores transitorios, esperando que le trasmitan algo del calor y del contacto con el cuerpo del padre, ese padre que para el paciente le denegó su amor, permaneciendo en una posición masoquista, con tintes melancolizantes.

Desde su posición de niño perverso polimorfo, atravesado por la cobardía y el masoquismo, Juan sigue buscando lograr su sueño de recibirse, en la actualidad le quedan solo 5 materias procrastinadas, para lograr metafóricamente recibirse de varón.

“Es cierto que el modo como el padre ponga en juego su propia falta contribuirá a tejer la trama del destino del sujeto.” (Fryd A. 2007, p. 92).

CASO SERGIO

Profesional, 54 años, un hijo de 24 años.

Hablemos de mujeres

Soy judío y me casé con una judía cuando yo tenía 21 años, ella más de una década mayor que yo, 13 años mayor.

Yo sabía que era *gay* desde siempre, tengo un hermano gemelo que es el clásico heterosexual. Yo no aceptaba mi homosexualidad y pensé que con relaciones frecuentes con una mujer me iba a salvar. Ella jugó que no se dio cuenta y yo que está todo bien.

Yo era un niño y ella una mujer, un sumiso cadete, era la dialéctica del amo y el esclavo, era cruelmente castigado si no obedecía, fueron 15 años de cárcel.

Me divorcio en el 96 con una depresión muy grande, ultra medicado, tuve dos intentos que “no” fueron de suicidio, tomaba psicofármacos con alcohol, ella se hartó de eso y me dice que me vaya de la jaula y me fui, cuando mi hijo tenía 5 años ahora tiene 24 estudia derecho, milita en política y vive conmigo porque hace tres años no quiso ser esclavo de su madre.

Hace 19 años que me separé, me fui con mi valija de ropa y nada más, con ella viví el holocausto, más la soledad de mi identidad sexual, no sabía si iba a salir vivo. Mi ex analista me dijo: ¿te das cuenta lo fuerte que sos para haber tolerado tanto sufrimiento?

Cuando me divorcio empecé a conocer gente, a tener sexo, viajaba a Buenos Aires por trabajo y frecuentaba saunas y restaurantes *gays*, conocí un chico que me encantó, mucho más joven que yo pero solo duró 5 meses. Cuando tenía 42 años me enamoro de un tipo soltero mayor que yo Pedro, yo estaba muy metido pero solo duró 5 meses porque me dejó por otro, fue muy cruel, sufrí mucho, fue muy duro para mí porque tuve que someterme a cosas que no me gustaban pero lo hice por amor.

A ¿qué cosas?

Y yo era activo y como él también lo era, tuve que empezar a ser pasivo para no perderlo y eso me costó mucho pero tuve que adaptarme, además me psicopateaba me amenazaba que me iba a dejar si no hacía lo que él quería.

Después tenía sexo a través de internet, hasta que hace 5 años conocí un chico Enzo 20 años menor que yo, hicimos una pareja muy linda, pero no lo amé tanto como al primero que también fue un “amo” como mi ex esposa. Enzo era un chico muy pasivo en todo aspecto, aunque en apariencia era muy macho, lo tuve que empujar para que se recibiera y diera su tesis, hace más de tres años que no pasa nada entre nosotros, porque él no quiere, somos como amigos, éramos muy distintos yo muy sociable y él todo lo contrario.

Después de divorciado salí con 4 mujeres, cogía con *viagra*, para mostrarme, porque quería confundir a todo el mundo, eso fue a los 40, después dije basta y ahora hace 13 años que no tengo relaciones con mujeres, con los hombres nunca necesité *viagra*. Con una de estas mujeres quedé muy bien como amigos y con sus hijas tengo una relación excelente, ellas viven en Europa y cada tanto voy a visitarlas.

Hoy antes de la sesión me desperté con un sueño erótico con una mujer, soñé que la penetraba, que raro...

¿Qué le parece raro?

Que fue antes de venir acá.

Hablemos de paternidad...

Nada en la vida me funcionó mejor que la paternidad, adoro a mi hijo y mi hijo a mí, nací para ser papá.

Hasta los 29 años hubiera dicho no voy a ser padre, porque desde niño supe que algo me pasaba, que era distinto a mi hermano gemelo, a los 8 ó 10 años

veía películas de los romanos donde azotaban a un esclavo y yo me quedaba exhausto mirando eso, como si me excitaba. A los 14 años me masturbé por primera vez pensando en un primo mío, después me puse de novio a los 15, tuve varias novias judías pero nunca tuve sexo hasta que conocí a Perla con quién me casé y después de 10 años nació mi hijo Ezequiel, al principio lo atendía pero una vez a los tres meses lo alcé, me miró, lo miré y me enamoré, me atravesó una emoción y un amor infinito, como se dice en inglés “caí en el amor”, era como el destino, él llegó eligiéndonos a nosotros, atravesando obstáculos, fue un antes y un después, a partir de ese momento la vida tenía un propósito, “el único amor infinito, porque a mí los amores se me terminan”.

Cuando supimos que era varón fue muy importante para mí, a los varones judíos se les hace la circuncisión, es fuerte porque es una marca en el cuerpo, el pito del padre no podía ser distinto al pito del hijo, yo me siento judío pero en ese momento tenía una enemistad con la religión judía, no obstante sentí que tenía que cumplir con el ritual.

¿Cómo fue la elección del nombre de su hijo?

Cuando yo tenía 6 años viajamos mi padre y yo a Rosario a visitar a un amigo de él que se llamaba Ezequiel, lo vi un hombre tan atractivo y hermoso, que dije cuando sea grande y tenga un hijo se va a llamar así y Perla lo aceptó.

Me separé cuando él tenía 5 años, pero siempre tuve contacto a diario con él, disfruté cada cosa y aprendizaje con mi hijo, le enseñé a caminar, a andar en bicicleta, a nadar, a subir montañas y a los 18 a manejar.

Desde chico tengo serios problemas en la vista miopía, estrabismo, me operaron 6 veces mis ojos, pero nunca miré a mi hijo con connotación sexual, pero sí me gustó un amigo de él, pero nunca se lo demostré.

Hablemos de su padre...

Era un señor extremadamente simple, básico, emocionalmente estable, de buen humor, era bioquímico y farmacéutico. Me costó mucho perdonarle que fuera un hombre tan común y con pocas ambiciones, ni siquiera ambicionó vivir demasiado pues murió a los 57 años, era fumador, obeso, diabético y cardiópata. Hay un gen autodestructivo en mi familia de ambos lados, de hecho mi hermano murió parecido a mi padre.

Yo he tenido etapas depresivas con claras ideas suicidas, pensé en ahorcarme hace 20 años atrás cuando me tenía que separar y no me animaba, sentía que estaba en un calabozo. La segunda depresión fue hace 10 años cuando terminó mi relación con Pedro.

En este momento se me ocurre una asociación, por las iniciales de los nombres: el nombre de mi padre empieza con E, el de mi hijo y el de mi última pareja.

Mi papá y yo éramos muy distintos, era poco ambicioso, pasamos crisis económicas por su falta de ambición, igual que mi hijo que no ambiciona el título. Mi papá no leía, no era un hombre intelectual, no le gustaba la literatura ni los conciertos como a mí, en eso salí a mi mamá, ella era culta e intelectual. Mi mamá lo amaba fanáticamente y él a ella, para mi mamá mi papá era perfecto.

Cuando me separé hace 18 años, me fui a vivir a la casa de mi madre porque no tenía ni a donde ir, como toda madre judía me controlaba si salía o si venía a comer, hasta que empezó con demencia actualmente desde hace tres meses está en un geriátrico, la voy a ver semanalmente.

Hablemos de su hijo...

Como te dije a mi hijo le enseñé a caminar a nadar, a andar en bicicleta era motrizmente torpe, también le cuesta hablar de los afectos, distinto a mí. Hace 7 años que está de novio con una chica que no es judía, es catequista, una *chetita*, fea, gorda pero simpática y ruidosa, no sé qué le ve a esa chica,

tampoco tengo por qué saberlo, pero es una mala estudiante, no tiene proyectos, él es un chico lindo, intelectualmente brillante pero poco metódico con el estudio, me gustaría que fuera un poco más sacrificado para que se reciba antes, también me gustaría que fuera más comunicativo en cuanto a los afectos, pero él te pone un *blindex*.

Hace 5 años, me senté a hablar con mi hijo y le dije que era *gay*, es un chico muy maduro y tiene la cabeza muy abierta, me abrazó y me dijo que le encantaría que yo fuera feliz, que tuviera una relación estable, yo soy estable laboralmente, tengo un cargo directivo en la empresa en la que estoy, crecí desde que me separé económicamente, tengo mi propio departamento y mi auto nuevo, he viajado mucho a Europa, pero quiero tener una pareja estable.

Yo creo que nací *gay*, es algo totalmente mío, me alegro que mi hijo sea heterosexual, porque este es un camino solitario y difícil, puede haber ley de matrimonio igualitario pero se sufre mucho.

Cuando pienso en mi vejez me aterra terminar como el tipo de la película muerte en Venecia, la última escena es desoladora cuando termina en la reposera frente al mar y muere en una total y absoluta soledad.

ANALISIS E INTERPRETACION

“Yo sabía que era *gay* desde siempre, tengo un hermano gemelo que es el clásico heterosexual. Yo no aceptaba mi homosexualidad y pensé que con relaciones frecuentes con una mujer me iba a salvar. Ella jugó que no se dio cuenta y yo que está todo bien”.

Sergio parte de un saber sobre su homosexualidad, destino sufriente y penoso del que se quería salvar, negando ese saber y colocándole arriba un pensamiento ilusoriamente certero, pues sostenía que teniendo relaciones frecuentes con mujeres lo salvarían y para ello busca como partenaire una mujer mucho mayor que él, donde se instala una escena: “ella jugó a que no se

dio cuenta y yo a que estaba todo bien”. Puede pensarse aquí la presencia del mecanismo de renegación, no de manera estructural pues no se trataría de una perversión sino de una neurosis.

“La desmentida y escisión del yo es estructural en la cultura, para Lacan a partir de Moisés y el monoteísmo la desmentida está en la fundación del sujeto, lo importante es ver cómo se articula con otros indicadores (Rotenberg E.; 2010, p. 111).

“Yo era un niño y ella una mujer, un sumiso cadete, era la dialéctica del amo y el esclavo, era cruelmente castigado si no obedecía, fueron 15 años de cárcel”.

Por un lado puede hacer referencia a una relación materno-filial, asimétrica y de poder por la posición fálica que detenta. Por otro lado puede pensarse que él entra en una relación con su ex, que ya era “toda una mujer o una mujer Toda” según su percepción y él apenas un niño, posición de insuficiencia para hacer frente a las exigencias de esta mujer. Esto hace que se establezca, según sus palabras un vínculo basado en la dialéctica del amo y el esclavo: “era cruelmente castigado si no obedecía, fueron 15 años de cárcel”.

Como sabemos en toda dialéctica no hay Amo, si no hay otro que oficie de esclavo y viceversa. Algo de un goce masoquista puede escucharse en él.

“Me divorcio en el 96 con una depresión muy grande, ultra medicado, tuve dos intentos que *no* fueron de suicidio, tomaba psicofármacos con alcohol, ella se hartó de eso y me dice que me vaya de la jaula y me fui, cuando mi hijo tenía 5 años ahora tiene 24 estudia derecho, milita en política y vive conmigo porque hace tres años no quiso ser esclavo de su madre”.

Este estado de goce lo lleva a deprimirse, probablemente a melancolizarse y tuvo dos intentos, que según él no fueron de suicidio, sabemos desde el psicoanálisis que el “no” es una afirmación pues no se registra en el

inconsciente. Esos intentos de suicidio, donde el punto de exceso tenía que ver con la oralidad, pues estaba muy medicado con antidepresivos que mezcla con alcohol, hacen que quede en posición de resto, frente a esta mujer-Amo, despótico y tirano que decide abrirle la jaula.

Una vez que se va del holocausto, con una subjetividad, dañada y bastardeada, se va a vivir con su primer amor: su madre, quien tenía una actitud controladora y asfixiante sobre él, pero era su única opción en ese momento y según parece tenía más recursos para evadirla.

Cuando se divorcia de esa mujer – madre feminizante, comienza a divorciarse de ese lugar de niño-hijo y empieza a aparecer en él, una masculinidad adulta, productiva y proactiva, pues crece económicamente, ocupa un cargo gerencial donde representa con eficacia la autoridad, logra tener su propia casa y un auto nuevo, insignias valoradas desde una *masculinidad hegemónica exitista, pero que le permiten salir de la inhibición, de la pasividad infantil* en la que estaba posicionado.

“Cuando me divorcio empecé a conocer gente, a tener sexo, viajaba a Buenos Aires por trabajo y frecuentaba saunas y restaurantes gays, conocí un chico que me encantó, mucho más joven que yo pero solo duró 5 meses. Cuando tenía 42 años me enamoro de un tipo soltero mayor que yo Pedro, yo estaba muy metido pero solo duró 5 meses porque me dejó por otro, fue muy cruel, sufrí mucho, fue muy duro para mí, porque tuve que someterme a cosas que no me gustaban pero lo hice por amor”.

¿A qué cosas?

“Y yo era activo y como él también lo era, tuve que empezar a ser pasivo para no perderlo y eso me costó mucho pero tuve que adaptarme, además me psicopateaba, me amenazaba que me iba a dejar si no hacía lo que él quería”.

“Después tenía sexo a través de internet, hasta que hace 5 años conocí un chico Enzo 20 años menor que yo, hicimos una pareja muy linda, pero no lo amé tanto como al primero que también fue un “amo” como mi ex esposa. Enzo

era un chico muy pasivo en todo aspecto, aunque en apariencia era muy macho, lo tuve que empujar para que se recibiera y diera su tesis, hace más de tres años que no pasa nada entre nosotros, porque él no quiere, somos como amigos, éramos muy distintos yo muy sociable y él todo lo contrario”.

Después que se divorcia y logra salir de la “jaula – closet”, comienza a desplegar su reprimida sexualidad, encuentra un hombre Pedro más grande como su ex esposa, que ocupa el lugar de Amo que ésta dejó vacante y él por supuesto de esclavo, lacayo, obediente sufriente y finalmente abandonado.

Podría pensarse también que de nuevo ocupa el lugar de “niño” frente a otro mayor adulto, representante del padre seductor, erotizante y fustigador porque Pedro lo castiga con el látigo del abandono.

Un ejemplo puede ser el fantasma del que nos habló Freud (1919) en *Pegan a un niño*:

El “ser azotado” de la fantasía masculina (...) es también un “ser amado”. Por ende, la fantasía masculina inconsciente no rebaza en su origen “yo soy azotado por el padre”, según supimos de manera provisional, sino más bien “yo soy amado por el padre”. (...) La fantasía de paliza en el varón es entonces desde el comienzo misma pasiva, nacida efectivamente de la actitud pasiva hacia el padre. (Freud 1919 tomo XVII, pp. 194-195).

Ese amor a su padre aparece en su discurso desplazado hacia ese amigo del padre que conoce en Rosario

“Cuando yo tenía 6 años viajamos mi padre y yo a Rosario a visitar a un amigo de él que se llamaba Ezequiel, lo vi un hombre tan atractivo y hermoso, que dije cuando sea grande y tenga un hijo se va a llamar así y Perla lo aceptó”.

Además ya a los 6 años a pesar de sentir esa atracción por un hombre “tan atractivo y hermoso”, (sustituto paterno), se muestra el germen del deseo de ser padre: “nacé para ser papá”, “cuando tenga un hijo se va a llamar así”.

“Hace 5 años, me senté a hablar con mi hijo y le dije que era *gay*, es un chico muy maduro y tiene la cabeza muy abierta, me abrazó y me dijo que le encantaría que yo fuera feliz, que tuviera una relación estable, yo soy estable laboralmente, tengo un cargo directivo en la empresa en la que estoy, crecí desde que me separé económicamente, tengo mi propio departamento y mi auto nuevo, he viajado mucho a Europa, pero quiero tener una pareja estable”.

Sergio hace cinco años habla con su hijo y le dice que era *gay*, le dice su verdad y se la dice a sí mismo, de esa manera evita confundir a todos y confundirse a sí mismo, como lo hacía saliendo con mujeres.

Hay un autor israelí que dice “La verdad es un bien que debe ser administrado con prudencia” (Bleichmar S.; 2010, p. 34).

Este padre tuvo la prudencia de esperar que su hijo pudiera metabolizar este enunciado, porque como dice Silvia Bleichmar, la verdad no yace en la realidad, sino que la verdad está en el enunciado que se construye acerca de la realidad.

En este caso la realidad es que Sergio es un padre que ama a su hijo y que puede ejercer la paternidad más allá de su condición sexual.

“Después de divorciado salí con 4 mujeres, cogía con *viagra*, para mostrarme, con los hombres nunca necesité *viagra*. Con una de estas mujeres quedé muy bien como amigos y con sus hijas tengo una relación excelente, ellas viven en Europa y cada tanto voy a visitarlas”.

Puede decirse que como niño perverso polimorfo, jugaba a ser hombre con mujeres y con varones, mostrando claramente la bisexualidad psíquica de la que Freud nos habló, parece que en este juego casi exhibicionista quería confundir a todos, hasta que llegaron los “40” (como el tango) y pudo tomar una posición adulta y asumir su deseo claramente homoerótico, pues sostiene con los hombres no necesita *viagra* con las mujeres sí.

-“Hoy antes de la sesión me desperté con un sueño erótico con una mujer, soñé que la penetraba, que raro...”

¿Qué le parece raro?

Que fue antes de venir acá (será un sueño bajo transferencia para el analista, tal como el sueño que tuvo la joven homosexual para Freud donde desplegaba en su relato onírico, una relación heterosexual con un joven respondiendo al ideal social y seguramente al ideal esperado por su analista, después abandonó el tratamiento).

“...a los 8 o 10 años veía películas de los romanos donde azotaban a un esclavo y yo me quedaba exhausto mirando eso, como si me excitaba”.

Aquí aparece claramente el fantasma masoquista a través de la identificación con la imagen del esclavo azotado, y se muestra la prevalencia de la pulsión escópica que comanda la escena.

Esa cima donde se ubica la hiancia deseo/goce a nivel genital, llegué a puntualizar la función de a nivel de la pulsión escópica (...) el sujeto es cautivo de la función del deseo (...) en ese nivel el objeto es, como primera aproximación, ese ojo que constituye tan acertadamente en el mito de Edipo el equivalente del órgano para castrar (Lacan 1963/2011 pp. 80-81).

En Sergio un goce singular se fija en la pulsión escópica, que termina castrando sus ojos, pues es operado 6 veces. Además es cautivado y capturado por la imagen del esclavo azotado, con el que se identifica en sus relaciones de pareja, sobre todo con su esposa y con Pedro ambos mayores que él, ubicándose como niño golpeado, dando cuenta de su singular goce masoquista.

“A los 14 años me masturbé por primera vez pensando en un primo mío, después me puse de novio a los 15, tuve varias novias judías pero nunca tuve sexo hasta que conocí a Perla con quién me casé y después de 10 años nació mi hijo Ezequiel, al principio lo atendía pero una vez a los tres meses lo alcé, me miró, lo miré y me enamoré, me atravesó una emoción y un amor infinito, como se dice en inglés “caí en el amor”, era como el destino, él llegó eligiéndonos a nosotros, atravesando obstáculos, fue un antes y un después, a

partir de ese momento la vida tenía un propósito, “el único amor infinito, porque a mí los amores se me terminan”.

“A los tres meses, lo alcé, me miró, lo mire y me enamoré, me atravesó una emoción y un amor infinito” “caí en el amor”.

Cuando Sergio alza a su hijo, al mejor estilo del padre romano, ahí se convierte en padre de Ezequiel, lo reconoce como hijo y al mismo tiempo se produce un enamoramiento, un amor que según Freud sería de tipo narcisista:

-amar lo que uno es: soy un bebé y me mimetizo con él.

-amar a lo que uno fue: fui niño e hijo.

-amar a lo que fue parte de uno mismo: mi semen lo engendró.

-amar lo que uno quiera ser: quisiera ser nuevamente un niño.

Se puede observar la identificación con su hijo de tres meses, que Freud llamó “su majestad el bebe” donde se depositan los ideales narcisistas de los padres y por otro lado esa posición infantil que aún perdura en su subjetividad, ese niño polimorfo perverso que conservan los adultos.

Cabe recordar que su última pareja fue un chico 20 años menor que él, pasivo y ahora él es el activo, él que lo tiene que activar para que termine la tesis y se reciba, oficiando de motor y de maestro, equivalente a su hijo al que le enseñó a caminar, a nadar y a manejar.

El hijo amado se identifica con su madre y ama a su vez a unos jóvenes varones semejantes a lo que él fue. Este funcionamiento define la homosexualidad activa. (Pommier 1995, p. 176).

Cuando dice: “me miró, lo miré y me enamoré”, como en el recuerdo infantil, donde miraba fascinado la escena del esclavo azotado, aparece la primacía de la pulsión escópica, por otro lado se trata de un sujeto con serios problemas visuales, pues ha sido operado 6 veces de los ojos, por estrabismo y miopía.

“Cuando supimos que era varón fue muy importante para mí, a los varones judíos se les hace la circuncisión, es fuerte porque es una marca en el cuerpo, el pito del padre no podía ser distinto al pito del hijo, yo me siento judío pero en ese momento tenía una enemistad con la religión judía, no obstante sentí que tenía que cumplir con el ritual”.

Coincido con Franco al afirmar que la mutilación genital -masculina o femenina- justificada aún hoy con inconsistentes argumentos higiénicos, pretendidamente científicos, no es sino una amputación ritual que procura eliminar aspectos “indeseables” no correspondientes al propio sexo, tanto en el varón como en la mujer. Del primero el femenino y vaginal prepucio; de la segunda el clítoris, considerado viril.

En fin, las mutilaciones genitales provienen, según Bettelheim, de aquello que cada sexo “envidia” del otro. (Rodríguez, B. 2005, pp. 21, 23).

En estas citas se puede vislumbrar cómo la autora marca la función mutilante que tienen estos rituales, que en definitiva tratan de deshacerse en lo real del cuerpo de un otro indefenso, de la bisexualidad de la que nos habló Freud.

Para determinadas etnias es muy importante el nacimiento de un hijo varón y sobre todo si es el primero. A pesar de su enemistad con la religión judía no se pudo resistir al mandato de la circuncisión. Ahí tuvo un lapsus dice: el pito del padre no podía ser distinto al pito del hijo, invirtió la frase, ¿se estará refiriendo al pito de su propio padre?

Si tomamos nuevamente la negación como afirmación sería: “el pito del padre es diferente al pito del hijo”, sería como sugerir que el pene de un hombre cuando es padre de un hijo varón, es diferente a lo que era antes, pues afianza su fertilidad, refuerza su masculinidad con un brillo fálico que le otorga potencia y posibilidad de trascender en su descendencia, con la marca de su nombre, de su apellido.

En relación a esto Roudinesco sostiene:

La reivindicación actual de la familia como el único valor seguro al cual nadie puede ni quiere renunciar. Los hombres, las mujeres y los niños de todas las edades, todas las orientaciones sexuales y todas las condiciones la aman, la sueñan y la desean. (Roudinesco 2003, pp. 213-214).

“Yo creo que nací gay, es algo totalmente mío, me alegro que mi hijo sea heterosexual, porque este es un camino solitario y difícil, puede haber ley de matrimonio igualitario pero se sufre mucho.

Todos los padres desean que sus hijos sean a la vez idénticos a ellos y diferentes. (Roudinesco E. 2003, p. 210).

En Sergio la búsqueda de lo idéntico en su hijo aparece, cuando dice en relación a la circuncisión “el pito del padre no puede ser diferente al pito del hijo”, que nos habla de la transmisión del linaje de su padre a él y a su hijo, cuando anhela además que su hijo termine la carrera rápido y sea un profesional como lo es él.

Se puede escuchar una homología entre su padre un hombre poco ambicioso y su hijo que no ambiciona el título.

Por otro lado, busca que su hijo sea diferente a él, esto se manifiesta cuando dice: “me alegro que mi hijo sea heterosexual”, sea distinto a mí, porque este camino de la homosexualidad es solitario y difícil, recordemos que Sergio dice: “a mí los amores se me terminan”, el único amor infinito e interminable es el que tiene hacia su hijo, pues está solo y probablemente poco feliz y su hijo lo percibe y se lo expresó diciendo que le encantaría que fuera feliz, que tuviera una relación estable.

A Sergio los amores se le terminan, sus relaciones son cortas y termina solo, como tal se vislumbra aquí algo del **goce autoerótico**.

El que tuvo una relación estable fue el padre de Sergio, pudo elegir una mujer que lo amaba incondicionalmente y él a ella. “para mi mamá mi papá era perfecto”.

-si hay un cambio en la virilidad, este cambio será correlativo a la falla, a la debilidad de la función paterna, donde el padre no se ubica con su diferencia. (Fryd A.2007 p. 97).

Sergio en su discurso, cuando habla de su padre, manifiesta las fallas de la función paterna diciendo:

“Era un señor extremadamente simple, básico, emocionalmente estable, de buen humor, era bioquímico y farmacéutico. Me costó mucho perdonarle que fuera un hombre tan común y con pocas ambiciones, ni siquiera ambicionó vivir demasiado pues murió a los 57 años, era fumador, obeso, diabético y cardiópata. Hay un gen autodestructivo en mi familia de ambos lados, de hecho mi hermano murió parecido a mi padre”.

En esta viñeta se observa un reclamo al padre, le costó perdonarle que fuera un hombre tan común, básico y de pocas ambiciones, profesional pero sin brillo, de buen humor pero aparentemente con pocas ambiciones de vivir, pues no se cuidaba, fumaba, era obeso, cardiópata y diabético, no podía contra su pulsión de muerte.

Generalmente en la crítica hacia el padre, subyace amor, admiración y la promesa de amor del padre, pues se espera un “don”, que tiene que ver con insignias y saberes que algunos padres transmiten a sus hijos.

Al verse decepcionado responde con la crítica: Sos un hombre común, yo esperaba un hombre especial, que supiera vivir la vida y vos ni siquiera te supiste cuidar y yo repetí esa propensión a la muerte con mis intentos de suicidio, mis parejas sufrientes y mi soledad. No me transmitiste eso que sí tenías: la capacidad de elegir una pareja que te amara y a quién amar y además que perdurara en el tiempo, “porque a mí los amores se me terminan”.

No obstante Sergio pudo y supo sostener su lugar de padre y posibilitar a su hijo, quizás más de lo que su padre lo posibilitó a él.

Los hijos de padres homosexuales llevan como otros, pero mucho más que otros, la huella singular de un destino difícil. Y también

habría que admitir que los padres homosexuales son diferentes de los otros padres. Por eso la sociedad debe aceptar que existan tal como son. (Roudinesco E.; 2003, p. 210).

Probablemente los restos de una cultura patriarcal siguen ejerciendo su peso discriminatorio y prejuicioso sobre la homoparentalidad, aunque esté la legitimidad de este tipo de filiación, lo cierto es que: “el reconocimiento social siempre llega después del reconocimiento legal”.

Este tipo de paternidad siempre existió, con las marcas de cada época y detrás de las máscaras significantes que le permitían subsistir en la clandestinidad de “lo no-dicho”, con el costo psíquico que esto implica, con tal de seguir perteneciendo a la sociedad y no sentirse excluido de ella.

Por otro lado me permito disentir con la autora, pues considero que todos los padres son “diferentes”, no solo los homosexuales y que el destino dependerá de cada uno y de la responsabilidad subjetiva para afrontar las contingencias del devenir de ese proceso, siempre inacabado, pues promueve cuestionamientos y respuestas distintas con cada hijo y en cada etapa de la vida.

Amar a un niño es brindarle la posibilidad de que construya una versión del padre con la que hacer diferencia respecto al deseo materno (Zabalza 2012 p.27)

CAPITULO VI

DISCUSION

Como ha sido anunciado anteriormente (cap. 1 p. 20) Freud da cuenta en el Proyecto (1895) del estado del desamparo y vulnerabilidad del infante humano, que lo ubica en una situación de pasividad y dependencia, frente a la omnipotencia del adulto en posición activa que lo asiste y sin el cual no podría vivir.

Teniendo en cuenta esta situación se puede inferir que los vínculos humanos están atravesados por el poder, Foucault (1976-2006), esto es posible observarlo en los vínculos de pareja heterosexual u homosexual, en los vínculos laborales, en los vínculos de amistad y en los vínculos familiares; la relación padre-hijo no escapa a esta realidad.

Acuerdo con Silvia Bleichmar (2010) cuando señala que en esta relación asimétrica, el adulto debería ser capaz de renunciar al goce erótico y narcisista o al menos, acotarlo para dañar lo menos posible la subjetividad del hijo.

Es a partir de aquí que caben los interrogantes ya planteados:

- ¿Qué recursos simbólicos hacen que un sujeto pueda devenir varón, padre para acoger a ese niño como su hijo o hija?
- El rol de padre, ¿es indisoluble del sujeto varón o es una función que puede ser cumplida por otro sujeto sin importar el género?

Desde la pregunta principal de investigación por los avatares (o sea, vicisitudes, cambios, obstáculos) que tiene que atravesar un sujeto para devenir varón y padre, se implementaron entrevistas cuyos resultados, se confrontan en este capítulo con la teoría psicoanalítica.

A fin de ordenar el análisis, se subraya que las dimensiones teóricas encontradas en los casos clínicos que se analizaron, pueden ser consideradas como los avatares que tiene que atravesar un sujeto para devenir varón y padre y son las siguientes:

Masoquismo

Cobardía

Goce autoeórtico

Negación y Fantasma Bisexual

La culpa por el fantasma parricida y filicida.

Para poner de manifiesto cada una de las dimensiones enumeradas en las entrevistas, se abordó primeramente su conceptualización en el psicoanálisis y luego, se las ejemplificó con viñetas.

6.1 Masoquismo: Freud (1924) distingue tres tipos de masoquismo: el moral, el femenino y el erógeno. "...ser amordazado, atado, golpeado dolorosamente, azotado, maltratado de cualquier modo, sometido a obediencia incondicional, ensuciado, denigrado..." (Freud, 1924 p.68). En este artículo Freud afirma que el masoquismo femenino es típico del hombre; en este sentido, señala:

"...sabemos que el deseo de ser golpeado por el padre, tan frecuente en fantasías, está muy relacionado con otro deseo, el de entrar en una vinculación sexual pasiva (femenina)" (Freud 1924 p. 175).

También Gerard Pommier reconoce que el masoquismo es propio del varón:

"El masoquismo femenino, tal como Freud lo definió, atañe esencialmente a los hombres. En efecto, los hombres se feminizan cuando caen en el amor paterno y esta violencia supone masoquismo de su parte por cuanto afecta a su sexo" (Pommier, 1995 p. 171).

Las consideraciones previas se manifiestan en el caso **Andrés** cuando comenta: *Tengo la personalidad de mi vieja, tendencia al sufrimiento a la sumisión, que el otro me vea como una rata, por eso la sumisión. Me saturan las demandas externas, las de mi socio, las de mi mujer, las de la clínica y la de los pacientes. Tengo ganas de mandar a la mierda a todos, pero tengo temor a pelearme con el otro a trompadas y esa agresividad explota dentro de mí, quizás sea una de las causas que me llevan a la ingesta.* Aquí puede escucharse una identificación a un rasgo materno caracterizado por la sumisión y el sufrimiento, **goce masoquista** que en él se expresa en una entrega excesiva al trabajo que lo demanda cada vez más y se carga de exigencias externas a las que no puede negarse.

Lo Singular en Andrés tiene que ver con su forma de gozar, por un lado la pulsión oral con la ingesta desmedida de alcohol y en ocasiones de marihuana. “...en la angustia, el objeto oral cae y esta caída es primitiva (...) esto explica la función del objeto oral” (Lacan 1963/2011 p.78). Aquí da cuenta de la demanda a la Madre en tanto encarna al Otro, de ese llamado a esa presencia incondicional pero en el caso de Andrés vemos que esta madre también lo asfixia y lo ahoga (recordemos sus crisis de asma infantil) ahora su pulsión lo impele a ahogarse en el alcohol.

En el caso **Gastón** el masoquismo se observa cuando menciona que: *mi esposa es una mujer dominante, poco afectiva, buena ama de casa, trabajadora y ahorrativa, (...) es una mujer que le gusta ofender y humillar. Sexualmente nunca me buscó, yo soy el que la busca y casi siempre reboto, con ella no se puede hablar de sexo, me hace callar y me ha rechazado muchas veces (...) Si fuera por mí no me iría porque te vas acostumbrando al rechazo.* Aquí se patentiza algo del **goce masoquista** en el que se instala, avalado por la identificación a un rasgo materno sintiéndose dependiente afectivamente y en una posición de subestimación en relación a una pareja idealizada.

Él ocupa el lugar de niño-hijo de una esposa-padre, mujer tosca, dura, indiferente afectivamente y trabajadora como su padre, es una verdadera

“patrona”, ella es la que decide y manda desde una posición tiránica y él permanece como el esclavo que busca el reconocimiento de su amo, de esta mujer-padre que muchas veces le deniega la mirada.

Caso Juan:

-A los 13 años tuve manoseos con un primo que ahora es el macho de América

-¿Usted qué sentía?

-Dolor, porque era un placer indebido que solo me acarreaba dolor. (...) mis compañeros se burlaban de mí porque yo era un poco afeminado, yo sufría y trataba de compensarlo siendo un excelente alumno (...) yo me sacaba 10 se lo mostraba a mi papá y él me decía: -No has hecho más que cumplir con tu deber. ¿Ser hombre? Para mí la palabra hombre es con mayúsculas y yo no entro, porque mi papá me dijo:- No tenés sentido práctico, no sabes usar las herramientas, ni clavar un clavo y tiene razón, soy un desastre.

Juan en primera instancia se siente culpable por estos pensamientos pecaminosos homosexuales que lo dominan, que lo llevan compulsivamente al acting de ir a los saunas y cines porno gay, para “ver” el pene de otros hombres, como de niño buscaba ver el pene del padre, luego se produce la descarga masturbatoria y el ritual de la confesión donde la absolución del padre – sacerdote solo lo tranquiliza temporariamente.

Esta posición sufriente da cuenta de un **goce masoquista**, en el que se instala con cierta fijeza y del cual no se hace responsable. *No me comprendió, ni se compadeció de mí, valorando mi sinceridad, (...) mi padre me condenaba con la muletilla de que no tengo sentido práctico.*

En el neurótico la inscripción del significante del Nombre del Padre en tanto ley, ordena la subjetividad y posibilita el lazo social, pero esta misma ley que además siempre tiene fallas, deja como efectos una deuda y una tentación, como se observa en la siguiente cita:

“Una deuda simbólica que es preciso pagar respetando y transmitiendo la Ley de lo cual el sujeto es responsable. Pero también una tentación de ir más allá de la Ley del deseo, para atravesar los laberintos del goce prohibido. Precisamente a esa tentación Freud y Lacan la llaman culpa.” (Gerez Ambertín M. 2004 p. 84).

Juan se siente **culpable** por impulsos homosexuales, pues piensa que van más allá de la ley de lo permitido, por Dios Padre, sintiéndose tentado a repetir en forma de coacción esa búsqueda de lo prohibido, como lo trasmite la autora mencionada:

“Allí donde falla la Ley se recrean las más encantadoras tentaciones que incitan al goce, al crimen.” (Gerez Ambertín M. 2004 p. 86).

Esto revela el circuito en el que Juan se siente entrampado.

En su discurso aparece una esposa autoritaria, rígida y muy similar a su padre:

Rosana me dijo: “te quedas en la casa sólo por los chicos, pero a mí no me tocas más y yo manejaré el dinero”, desde entonces solo me deja para pagar el psiquiatra, los remedios y el tratamiento psicológico, eso fue hace 10 años cuando empecé a venir con usted.

La pregunta que surge será ¿por qué Juan se queda en la casa? Una casa que ya no le pertenece, bajo condiciones tan desventajosas, signadas por la pérdida de dignidad y el sometimiento.

Entre las posibles respuestas está el **fantasma masoquista** en el que goza sufriendo. Al decir de Pommier, Juan se queda con una mujer virilizada que detenta un rasgo paterno, que lo castiga con el autoritarismo, el manejo del dinero y la descalificación.

Caso Raúl:

Raúl aparece en su discurso como un sujeto víctima de maltrato, primero de su padre que le decía: “Sos un pelotudo histórico”, luego de sus compañeros de

colegio que se burlaban por su baja estatura y después por su ex-pareja, que lo celaba y le pegaba puntazos con un cuchillo.

A su vez es maltratado por la justicia que no hace prosperar las denuncias previas que él realizó, donde él aparecía con heridas contundentes y visibles, efecto de la violencia de María quién además lo desprecia como hombre por su pene pequeño y lo deja por un amante.

“Un hombre amaré a una mujer que se asemeje al personaje femenino que él fue para su propio padre (...) Un hombre amaré a una mujer sólo en la medida en que, tomando un atributo del padre, se muestre virilizada (Pommier 1995 p. 177).

El atributo paterno que él encontró en María y por lo cual la eligió, es que ostentaba y manifestaba una virilidad agresiva y denigrante hacia él, es decir encontró a su padre en ella.

En relación a María decía: *Aprendió a leer y a escribir conmigo, yo he sido su amigo, su maestro, su padre, su hermano, pero no sé si fui su hombre (...) ella me ha golpeado en diversas oportunidades y dice que no le pego, porque le tengo miedo a ella, a su familia y a la policía.* Según él, todos le pagaron mal.

Su discurso da cuenta de un neurótico obsesivo con un **fantasma perverso de tipo masoquista**, pues monta una escena donde ubica al otro como verdugo y él su víctima, encontrando allí una satisfacción pulsional difícil de renunciar.

El término masoquismo proviene de Leopold von Sacher-Masoch, escritor austríaco que describió en sus novelas una actitud de sumisión masculina hacia la mujer amada, con la búsqueda de humillación y sufrimiento. Actitud que se escucha en Raúl en relación a María.

Este “saber lidiar con las mujeres” sin caer en el desprecio, la agresión o el sometimiento, es otro de los grandes avatares que un sujeto tiene que atravesar para devenir varón.

Caso Sergio:

Yo sabía que era gay desde siempre, tengo un hermano gemelo que es el clásico heterosexual. Yo no aceptaba mi homosexualidad y pensé que con relaciones frecuentes con una mujer me iba a salvar. Ella jugó que no se dio cuenta y yo que está todo bien.

Sergio parte de un saber sobre su homosexualidad, destino sufriente y penoso del que se quería salvar, negando ese saber y colocándole arriba un pensamiento ilusoriamente certero, pues sostenía que teniendo relaciones frecuentes con mujeres se salvaría y para ello busca como partenaire una mujer mucho mayor que él, donde se instala una escena: “ella jugó a que no se dio cuenta y yo a que estaba todo bien”. Puede pensarse aquí la presencia del mecanismo de renegación, no de manera estructural pues no se trataría de una perversión sino de una neurosis.

Yo era un niño y ella una mujer, un sumiso cadete, era la dialéctica del amo y el esclavo, era cruelmente castigado si no obedecía, fueron 15 años de cárcel.

Por un lado puede hacer referencia a una relación materno-filial, asimétrica y de poder por la posición fálica que ella detenta. Por otro lado, puede pensarse que él entra en una relación con su ex, que ya era “toda una mujer o una mujer Toda” según su percepción y él apenas un niño, posición de insuficiencia para hacer frente a las exigencias de esta mujer. Esto hace que se establezca, según sus palabras un vínculo basado en la dialéctica del amo y el esclavo: “era cruelmente castigado si no obedecía, fueron 15 años de cárcel”.

Como sabemos en toda dialéctica no hay Amo, si no hay otro que oficie de esclavo y viceversa. Algo de un goce masoquista puede escucharse en él.

Me divorcio en el 96 con una depresión muy grande, ultra medicado, tuve dos intentos que no fueron de suicidio, tomaba psicofármacos con alcohol, ella se hartó de eso y me dice que me vaya de la jaula y me fui, cuando mi hijo tenía 5 años ahora tiene 24.

Cuando tenía 42 años me enamoro de un tipo soltero mayor que yo, Pedro. Yo estaba muy metido pero solo duró 5 meses porque me dejó por otro, fue muy

cruel, sufrí mucho, fue muy duro para mí porque tuve que someterme a cosas que no me gustaban pero lo hice por amor.

-¿Qué cosas?

Y yo era activo y como él también lo era, tuve que empezar a ser pasivo para no perderlo y eso me costó mucho pero tuve que adaptarme, además me psicopateaba me amenazaba que me iba a dejar si no hacía lo que él quería.

(...) a los 8 o 10 años veía películas de los romanos donde azotaban a un esclavo y yo me quedaba exhausto mirando eso, como si me excitaba.

En **Sergio** un goce singular se fija en la **pulsión escópica**, que termina castrando sus ojos, pues es operado 6 veces. Además es cautivado y capturado por la imagen del esclavo azotado, con el que se identifica en sus relaciones de pareja, sobre todo con su esposa y con Pedro ambos mayores que él, ubicándose como niño golpeado, dando cuenta de su singular **goce masoquista**.

6.2COBARDIA:

Según el diccionario de la Real Academia Española, la Cobardía remite a pusilánime, sin valor ni espíritu para afrontar las situaciones peligrosas o arriesgadas.

En relación a esto Lacan sostiene:

“Ciertamente es más fácil para el hombre enfrentar a cualquier enemigo en el plano de la rivalidad que enfrentar a la mujer” (Lacan 1971 p. 33 Seminario 18).

Lacan en Radiofonía y Televisión (1977), hablaba de cobardía moral, de esa manera se refería a la depresión como una forma de defensa para no asumir el propio deseo y el costo que hay que pagar por ser un sujeto deseante. Entonces habla de una falta de ética encubierta por un goce sufriente.

Para abordar el tema de la cobardía Lacan remite a Tomás de Aquino, a Spinoza y al poeta cristiano Dante.

De estos autores rescata el término “acedía”, de origen griego, que significa *no ocuparse*, compatible con el no ocuparse de la propia vida, inmovilizarse como si el tiempo se detuviese; entonces aparece el rencor, la desesperación, la compulsión al fracaso y la sensación de tedio que se expresa por un aburrimiento crónico y desinterés por la vida. Un terreno abonado por la pulsión de muerte, comandado por el superyó destructivo que impele al goce; aquí el sujeto se regodea en el sufrimiento, “apoltronándose” en la queja y en la quietud, evitando de esta manera hacerse responsable de su existencia.

Desde el punto de vista del psicoanálisis, la cobardía implica una posición obstaculizante, porque lo que el análisis busca es que el sujeto se haga cargo de sus elecciones, responsable en lo que atañe a su deseo y a su goce, comenzando a transitar por el camino de los interrogantes que le permitan tolerar la incertidumbre y relanzar su deseo.

Caso Andrés:

Cuando tenía 15 años descubrí en la computadora que mi viejo veía pornografía gay.

-¿Cómo fue que lo descubrió?

Yo veía pornografía y cuando vuelvo a la computadora pensé que me había olvidado de eliminarla y era de él.

-Y ¿qué hizo?

Me lo callé, me hice el boludo, aprendía a hacerme el boludo en muchas cosas, a “no ver”.

En esa época empecé a tomar alcohol, porque no lo entendía, era un pilar en mi vida que se desmoronaba, tu viejo es un sostén afectivo y económico.

Creo que lejos de enojarme con él me enojé conmigo y empecé a chupar, no lo enfrenté por temor a que se desmorone todo.

-¿Qué es todo?

Mi familia, te dije que venía de una familia negadora, que “no ve lo que no le conviene”, mi mamá sometida y sumisa lo hubiera negado, porque en el fondo es una cobarde y hubiera tenido que tomar decisiones, mi hermana otra gran negadora con una admiración y amor incondicional hacia él, hacia su cultura general y una descalificación despiadada y explícita hacia mi madre, no hubiera aceptado la idea.

En este relato aparece la identificación una vez más hacia su madre, calificada por el de **cobarde** y negadora.

Esto produjo en él, perplejidad, confusión y mutismo: “No lo entendía, era un pilar en mi vida y se desmoronaba”, “lo que pude hacer es callarme, esconder eso que vi para escaparme, si hablaba se iba todo al carajo”.

Aquí aparece claramente la negación el “no ver”. Lo paradójico es que él es un profesional que se encarga de que los demás puedan ver, ya que es oftalmólogo cirujano.

Andrés repite al igual que su padre, deja las huellas para ser descubierto, en este caso por su esposa, que lo interpela y lo enfrenta en forma cruda frente a un placer autoerótico y clandestino, donde ella se sentía excluida, cosa que él no pudo hacer con su padre pues calló. Frente a esto él le responde a su esposa: *Yo le dije que para mí es más una fantasía que una realidad, que haya descubierto esos videos me libera, también me preguntó si me masturbaba y le dije que sí porque ella no siempre quería tener sexo.*

En esta suerte de confesión Andrés se siente liberado, pues la palabra pacifica y distiende la tensión paranoide que se genera en las imaginéris autoeróticas.

Laura tuvo más agallas que él, pudo poner en palabras lo que él silenció, enmudeció y como sabemos la pulsión es muda y en su caso, un goce mortífero

lo atrapa y lo impele a beber, yendo más allá del principio de placer. A diferencia de su esposa que toma una actitud desafiante y lo interpela frente a esta escena obscena, él frente a su padre calla, se paraliza y se refugia en una actitud de **cobardía**, que encierra matices especulativos, a través de los cuales busca escapar de un entorno familiar perturbador.

Sostengo que superar la “cobardía” es uno de los avatares que un sujeto tiene que atravesar para devenir varón y padre.

Caso Gastón:

Mi hija mayor me dijo el otro día en relación a la madre ¡Esta mujer siempre con este carácter de mierda! Y yo le dije: es así hija es esto o irse a la mierda, luego ella me respondió tendrías que pensarlo papá, porque es frustrante vivir así.

Si fuera por mí, no me iría, porque te vas acostumbrando al rechazo.

Cuando se refiere a ese fallido encuentro-desencuentro, que tiene con Elena, ella se aleja pero antes le pregunta si piensa seguir con su esposa y él le responde que sí.

Cabe cuestionarnos si su respuesta es una forma de continuar en esa posición de cierto goce asegurado, en la que está frente a su mujer, atravesado por cierta cobardía que le hace pensar “más vale mala conocida que buena por conocer”.

Caso Juan:

La psiquiatra que me atendía me sugirió que hablara con mi esposa y que le contara de mis tendencias homosexuales, que eso me iba aliviar la culpa y como un boludo le hice caso y se armó un quilombo terrible, Rosana no lo entendió, se lo dijo al padre, me llevaron a una escribana, renuncié a todas las propiedades que mi suegro puso a nombre nuestro, al departamento donde

vivimos, a la casa de fin de semana, me hizo renunciar a las acciones de la empresa que él creo, me hizo dejar el cargo gerencial que ocupaba y pasé a ser un empleado raso.

Rosana me dijo “te quedas en casa solo por los chicos, pero a mí no me tocas más y yo manejaré el dinero”.

En esta viñeta se observa una **posición de cobardía**, pues él no se opone y se somete al mandato del otro, sin hacerse responsable de sí mismo. Esto se observa cuando obedece sin cuestionamiento alguno, a modo de esclavo, la indicación que le da su psiquiatra, de que hable con su mujer y le comunique sobre sus tendencias homosexuales, esto es un *acting*, donde él se desresponsabiliza en parte de los efectos catastróficos de este “sincericidio”, sería como decir: en todo caso la culpa es de mi psiquiatra que hizo una indicación aberrante, o de mi esposa que no me comprendió, ni se compadeció de mi, valorando mi sinceridad o de mi padre que me condenaba con la muletilla de que no tengo sentido práctico.

Caso Raúl:

Abandoné la carrera de abogacía faltándome ocho materias, él me decía que no me daba la cabeza, sin embargo fui abanderado en la primaria y en la secundaria. Abandoné esa carrera porque no quería ser como él, tenía siempre su sombra, fue un juez y un catedrático importante, yo lo admiraba mucho porque era intelectualmente brillante, muy odiado y muy amado por otros, un tipo muy soberbio y maltratador, pero brillante.

Actualmente y desde hace tiempo no tengo ganas de vivir, pero voy a seguir viviendo por mi hija, ella es la razón de mi vida.

En estas viñetas se escucha en Raúl la **cobardía**, pues esta se manifiesta en que no sostiene lo que empieza, abandona abogacía, luego el profesorado y aikido, que al parecer favoreció su masculinidad, terminó una carrera que no ejerce y expresa que no tiene ganas de vivir, que sólo sigue por su hija.

Caso Sergio:

Yo sabía que era gay desde siempre, yo no aceptaba mi homosexualidad y pensé que con relaciones frecuentes con una mujer me iba a salvar.

Me divorcio en el 96 con una depresión muy grande, ultra-medicado, tuve dos intentos que no fueron de suicidio, tomaba psicofármacos con alcohol, ella se hartó de eso y me dice que me vaya de la jaula y me fui.

Este estado de goce lo lleva a deprimirse, probablemente a melancolizarse y tuvo dos intentos que según él no fueron de suicidio, sabemos desde el psicoanálisis que el “no” es una afirmación, **la cobardía** hace nuevamente su aparición pues él no pudo realizar un acto de masculinidad y ponerle fin a esta situación antes, entonces es ella la que se cansa y le abre la puerta de la jaula.

6.3 GOCE AUTOERÓTICO:

Lacan en *Televisión* (1973) aludió a la “ética del Soltero” para dar cuenta del goce solitario masturbatorio del idiota, se trata de una posición que algunos sujetos eligen para evitar enfrentar una realidad percibida como amenazante o frustrante, implica una satisfacción sexual sin pasar por el cuerpo del otro.

Dichos populares como “lobo estepario” o “el buey solo bien se lame”, constituyen metáforas que dan cuenta de que muchos varones se las arreglan mejor con su órgano que con el cuerpo de una mujer, evitando de esa manera el establecimiento de un vínculo amoroso pero incierto con ella.

Acuerdo con Miller cuando dice que: “El goce se produce siempre en el cuerpo del Uno pero por medio del cuerpo del Otro. En este sentido el goce siempre es autoerótico, siempre es autístico. Pero al mismo tiempo es autoerótico porque incluye el cuerpo del Otro incluso en la masturbación masculina, en la medida de que el órgano del que se trata está fuera del cuerpo”. (Miller 2008 p.411)

Es importante destacar que no siempre el goce autoerótico lleva al sujeto a la masturbación, sino que este tipo de goce puede producir una inhibición

generalizada en la subjetividad del varón, incluyendo la sexualidad pues en ocasiones se presenta asexualado, manifestando un empobrecimiento significativo en todas las funciones cognitivas, que dificultan la productividad intelectual y laboral, ya que da cuenta de un aplanamiento afectivo efecto de la obturación del deseo que produce este goce y que lleva al sujeto a un aislamiento y a recortar cada vez más el lazo con los otros.

Sostengo que algo del orden de la “cobardía” anida en la subjetividad de los varones que adhieren a la ética del soltero.

Caso Andrés:

El sábado fuimos a un cumpleaños y me excedí con el alcohol, luego nos fuimos a la casa de otro, no le pude decir que no, fui y seguimos tomando, fumando tabaco y marihuana, soy autodestructivo, me cuesta ponerle límites al otro, a mis amigos, al trabajo, me cuesta decir que no, me cuesta ponerme límites con el alcohol y con el trabajo, soy un trabajólico le pego derecho de 9 a 21.

Con este término “trabajólico” se condensan puntos de identificación con varones de su familia: trabajador como el padre y alcohólico como el tío materno, aunque sabemos que no hay transmisión de goce.

Cuando tenía 15 años descubrí en la computadora que mi viejo veía pornografía gay. Yo veía pornografía y cuando vuelvo a la computadora pensé que me había olvidado de eliminarla y era de él.

He tenido varias discusiones con Laura, hace poco revisó cosas más en mi computadora y encontró páginas porno de sexo anal, (...) lo tomó muy mal.

El goce es intransferible, se juega en cada sujeto de una forma particular. Andrés repite al igual que su padre, deja las huellas para ser descubierto, en este caso por su esposa, que lo interpela y lo enfrenta en forma cruda frente a un placer autoerótico y clandestino.

Caso Gastón:

Sexualmente nunca me buscó, yo soy el que la busca y casi siempre reboto, con ella no se puede hablar de sexo, me hace callar y me ha rechazado muchas veces, por lo que nunca dejé la masturbación.

Gastón parece ser deseante de su esposa, la busca sexualmente y queda bajo el capricho arbitrario de esta patrona, que muchas veces lo rechaza teniendo que refugiarse en su goce autoerótico, que es la masturbación, que nunca abandonó, ni siquiera cuando tuvo la oportunidad de tener una relación sexual con Elena, pues la detumescencia se hizo presente y tuvo que recurrir a lo conocido, tal vez por ambos, la masturbación.

Otra posibilidad es que haya quedado en posición de niño, sin poder responder como un hombre frente a una mujer deseante, se produjo una inhibición transitoria a nivel sexual, no se autorizó a estar con otro cuerpo de mujer, que no sea el de su patrona, su superyó lo castigó con ese fiasco.

Caso Juan:

A veces voy a cines porno gay y a saunas gay, pero solo busco ver, a veces toco el pene de algún tipo y me masturbo, luego me meto en la primera iglesia que encuentro busco al padre, me confieso y voy a casa a bañarme y a desinfectarme, si no lo hago, no puedo abrazar a mis hijos.

Sus llamadas “tendencias homosexuales” se tornan compulsiones de difícil control, pues se trata de con-pulsión, con pulsión sexual escópica, pues su goce se concentra en el “ver”.

Por otro lado dice buscar en esos lugares hombres con quienes hablar empáticamente, que compartan un código común y poder dialogar sobre lo que les pasa y cómo llevan lo que para él es una cruz, que no es más que una forma particular de goce.

Además yo voy a esos lugares para encontrar a alguien como yo, que tenga el mismo código, que me cuenten su vida, que me digan cómo hacen para llevar esto, pero ahí la gente solo busca tener sexo, no le interesa hablar.

Frente a la búsqueda narcisística de un igual por parte de **Juan**, cabría el dicho: “A buen campo vas por leña”, en esos lugares donde prevalece lo imaginario y lo real, lo simbólico la palabra se encuentra desestimada, subsumida frente a la apología de objetos parciales: penes, anos y bocas, cosificadas, al servicio del puro goce siniestro en tanto corre riesgos de vida o de contagio de enfermedades, donde el otro y él carecen de subjetivación, además sabemos que el goce es autoerótico e incompatible. Por otro lado sostiene:

Mi placer supremo es cuando encuentro un hombre mayor, que son los que siempre están disponibles en el sauna, porque los jóvenes no me dan bola, pero a mí no me interesan mucho, en cambio busco a los hombres mayores con el pecho velludo, así apoyo mi cabeza eso es lo máximo que busco, no me interesa el coito, ni el sexo oral.

En este párrafo se puede escuchar cómo está presente la búsqueda del amor al padre.

“Es este aporte libidinal, excitante, proporcionado por el padre en los cuidados precoces, el que brinda el sustrato histórico-vivencial de las adherencias eróticas que se despliegan respecto al mismo (...) Estas inscripciones precoces constituyen la base erógena sobre la cual se inscribirán los deseos eróticos por el padre, resignificados a posteriori por los fantasmas de masculinización a los cuales hemos aludido.” (Bleichmar S. 2009, pp.: 32-33)

Caso Raúl:

María es una puta psicópata, me echa la culpa a mí por su infidelidad porque dice que yo no la cogía bien.

Con el tiempo descubrí que mi mamá es una vieja zorra que manipulaba más que mi viejo.

Se destaca una posición descalificante hacia las mujeres: la madre una vieja zorra y manipuladora, las hermanas unas arpías, especuladoras e imbéciles, un par de novias fueron infieles pues lo dejaron por otro, al igual que su ex, a la que califica de puta, psicópata, infiel y manipuladora.

Esta actitud paranoide hacia las mujeres, es posible ser pensada en la figura que toma Lacan en El Seminario 8 de la “mantis religiosa” (el insecto comúnmente llamado el peregrino, cuya hembra generalmente es de mayor tamaño que el macho). Lo significativo de esta clase de insectos es que la hembra después de copular con el macho, le come la cabeza y los genitales, estos efectos devastadores son los que Raúl muestra en su subjetividad y en su masculinidad, son las amputaciones y las cicatrices psíquicas que muestra de su relación con María, dando cuenta además de que el paciente presenta actualmente una falta de deseo sexual, esto puede ser considerado como una formación sintomática, en la que influye entre otras causas, una identificación a un padre muerto, sin deseo, sostiene que hace un año que no tiene relaciones sexuales, probablemente se refugia en un **goce autoerótico**, donde no necesita pasar por el cuerpo de una mujer, quizás para evitar gratificarse, aunque en apariencia el sostenga que es para evitar sufrir.

Caso Sergio:

Después tenía sexo a través de internet, hasta que hace 5 años conocí un chico Enzo 20 años menor que yo, hicimos una pareja muy linda, pero no lo amé tanto como al primero.

A Sergio, los amores se le terminan, sus relaciones son cortas y termina solo, como tal se vislumbra aquí, algo del **goce autoerótico**.

6.4 NEGACION Y FANTASMA BISEXUAL:

Para Freud (1925) la negación expresa la cancelación de algo que se ha reprimido: “...Preferiría reprimir” (Freud 1925 p. 254); pero en el inconsciente no existe el no: “Armoniza muy bien con esta manera de concebir la negación el

hecho de que en el análisis no se descubra ningún **no** que provenga del inconsciente”.

En función de esta cita se puede observar la incidencia de la negación en la construcción de la masculinidad, ya abordada por diversos autores, entre ellos Silvia Bleichmar quien sostiene que “la identidad masculina se define primero por oposición y luego por afirmación” (2014, pág. 251)

“Ésta es siempre una oposición por negación, vale decir, de lo que no se es” (2014, pág. 252).

En relación a esta postura, acuerdo con Juan Carlos Volnovich quien en *Ir de putas* (2010) plantea que el varón teme tanto a la pasividad y a la femineidad, que hace que la masculinidad se presente como una reacción:

- *Yo no soy mi mamá*
- *Yo no soy un bebé*
- *Yo no soy una mujer.*

De esta manera dirige una protesta hacia su madre:

- *Yo no soy ella*
- *Yo no soy como ella*
- *Yo estoy contra ella.* (Volnovich, 2010, pág. 42)

Al parecer, el camino que tiene el niño para devenir varón es separándose de la madre, oponiéndose a ella y alejándose de ese lugar mágico de “Su Majestad el bebé”.

Ahora bien, detengámonos en el postulado del psicoanálisis que sostiene que en el inconsciente no existe la negación:

“En el inconsciente como sabemos no existe el NO, y no hay distinción entre los opuestos. La negación solo es introducida por el proceso de represión.” (Freud, 1917, tomo XVII p. 75)

Es decir que sobre la base de toda negación lo que hay es una afirmación, el niño estaría diciendo:

- Yo soy mi mamá
- Yo soy un bebé
- Yo soy una mujer.

Y debajo de la protesta habría una alianza:

- Yo soy ella
- Yo soy como ella
- Yo estoy a favor de ella

Relacionadas con el texto de Freud *Introducción al Narcisismo*, (Freud, (1914), tomo XIV, pág. 87) estas afirmaciones encajan adecuadamente con el tipo de elección de objeto narcisista que él plantea:

A lo que uno mismo es: yo soy mi madre (momento de no diferenciación madre-hijo)

A lo que uno mismo fue: yo soy un bebé que fue parte de mi madre

A lo que uno querría ser: yo quisiera ser una mujer como mi madre

A la persona que fue parte de sí-mismo propio: esta última afirmación y las anteriores, están basadas en el hecho, de que en la vida intrauterina fui parte del cuerpo de esa mujer, es decir fui cuerpo de mujer. Esto remite a los autores ya mencionados Herdt y Stoller que acuñan el concepto de profeminidad. (Meler 2009 pp. 119- 120).

A partir de esta lógica planteada, es posible dimensionar el arduo trabajo psíquico que tiene que realizar un sujeto para devenir varón y que puede articularse con el “Comentario hablado sobre la *Verneinung*³¹ de Freud”, de Jean Hyppolite, que Lacan (1954) incluye en sus *Escritos 2*.

Aquí destaca el término de Hegel *Aufhebung*, que significa negar, suprimir y conservar, expresándolo del siguiente modo:

³¹ La negación.

“Presentar el propio ser bajo el modo de no serlo, de eso es de lo que se trata verdaderamente en esa *Aufhebung* de la represión que no es una aceptación de lo reprimido” (Lacan, 1954, pág. 861)

El sujeto que habla dice: esto es lo que no soy, en lo que respecta a la masculinidad el varón dirá: no soy una mujer, no soy un niño, no soy mi madre, pero la represión sigue presente bajo la forma de no aceptación.

“Voy a decirle lo que no soy, cuidado, es exactamente lo que soy”. (Lacan, 1954, pág. 860)

Ahora bien, para seguir pensando en el proceso de masculinización creo que es importante abordar además la elección según el tipo de Apuntalamiento, puesto que el sujeto para devenir varón puede que elija en el futuro como objeto de amor al modelo de la madre nutricia, momento fundante de su constitución pues dejó su impronta en nuestro cuerpo y algo de la añoranza del paraíso perdido que todo hombre busca reencontrar en el encuentro con otra mujer, porque tiene que ser otra u otras, para evitar el incesto.

Por otro lado también podrá elegir al hombre protector, que sería el padre³², ese padre que ejerció cuidados precoces, miradas que acariciaban el cuerpo de su hijo, poniéndolo en conexión con su propio cuerpo, con su propia piel, ejerciendo un efecto erotizante y seductor que luego caerá seguramente bajo los efectos de la represión, pero que nada tiene que ver con la perversión, pues no hace del cuerpo de su hijo un objeto de su goce.

Aludiendo a lo trabajado por Bleichmar (2006), Meler y Burín (1996) con el fantasma de incorporación del pene paterno, basado en los estudios de Gilmore y Herdt sobre el ritual de los samia, que toma significación a modo de metáfora en nuestra cultura occidental, este hombre-padre protector es lo que todo niño necesita para desarrollar como tal su masculinidad.

³² Aunque puede aparecer bajo la figura de una mujer.

Para Silvia Bleichmar (2009) todo niño varón construye una fantasía homosexual para poder identificarse con el padre, es decir no se puede llegar a ser varón si no se ama al padre.

El hijo siempre va a esperar el pene del padre metaforizado de distintas maneras y discursivamente a través de distintas “Demandas” demandando insignias, transmisión de saberes. A partir de Lacan, toda Demanda es Demanda de amor y de presencia incondicional ya no de la madre sino de su padre, que se expresa en pedidos tales como: papá enséñame a manejar, después préstame el auto, dame guita para salir, préstame las llaves de la oficina o de la casa de fin de semana que quiero llevar una minita. En el fondo sería papá enseñame y autorizame a ser hombre.

Aquí suele hacerse presente la búsqueda de cierta complicidad: “Ah eso sí, no le digas nada a la vieja”, ese secreto encierra parece ser, un acuerdo tácito que solo se da entre hombres, donde esa mujer: su madre queda excluida, tiene que traicionar a su primer amor, para hacer su salida exogámica y para eso cuenta con este hombre, su otro amor: su padre, ahora convertido en testigo, aliado y autoridad que le habilita el pasaporte para salir de la endogamia materna feminizante y de esta manera que empieza, no sin temor, a transitar los diversos caminos de los varones, eso sí, cargado de excitación, soledad e incertidumbre.

Considero que en la constitución de todo varón queda la nostalgia de este objeto perdido: la madre nutricia y el padre protector, que sentarán las bases de la bisexualidad psíquica, a partir de la cual, cada niño tendrá que atravesar en tanto, avatar para poder devenir varón.

Esta perspectiva sentaría –afirma Pommier- las bases del fantasma de bisexualidad:

“La bisexualidad es la consecuencia del amor del padre y del recubrimiento de su imagen por una figura femenina con vistas a la preservación del género, es

por lo tanto, solamente propia del hombre, ya que la feminización sólo para él constituye una amenaza.” (Pommier 1995, p.178)

Previamente Freud, había dado cuenta con el rigor científico que lo caracterizó del concepto de bisexualidad. En “Tres ensayos de teoría sexual” sostiene: “Desde que me he familiarizado con el punto de vista de la bisexualidad considero que ella es el factor decisivo en este aspecto, y que sin tenerla en cuenta difícilmente se llegará a comprender las manifestaciones sexuales del hombre y la mujer como nos las ofrece la observación de los hechos.” (Freud, 1905, vol. VII, pág. 201).

En “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad”, asevera Freud:

“El significado bisexual de síntomas histéricos, demostrable por lo menos en numerosos casos, es por cierto una prueba interesante de la aseveración, por mí sustentada, de que la disposición bisexual que suponemos en los seres humanos se puede discernir con particular nitidez en los psiconeuróticos por medio del psicoanálisis.” (Freud, 1905, volumen IX, pág.146).

También en “La Interpretación de los sueños” afirma:

“En muchos sueños, una interpretación cuidadosa podrá establecer que se los debe comprender como bisexuales, pues ofrecen una irrecusable sobre-interpretación.” (Freud, 1900, pág. 399)

Por su parte Schneider M. (2003) toma a Freud en Tres ensayos de la Teoría Sexual (1905), para destacar cómo el autor deja deslizar que la piel es lo más vulnerable, que conmueve al sujeto desde el exterior provocando el proceso de excitación, asociado a lo femenino. Por otro lado el placer terminal que implica la descarga motriz de la eyaculación con el consecuente alivio de tensión, está asociado a lo masculino. Esto se ve reflejado en la siguiente cita:

“Hombre y mujer quedan así en oposición y al mismo tiempo anexados el uno al otro, como si constituyeran, respectivamente, la entrada y la salida de un mismo organismo andrógino. La circulación de la excitación (...) entra por la sensibilidad femenina y concluye expulsada vigorosamente en el acto terminal masculino, acto que recurre a la “energía motriz” (Schneider 2003 p. 37).

La autora destaca aquí una división de roles, al varón le atribuye la motricidad y a la mujer la piel, de tal manera que en la periferia excitante se encuentra lo femenino y en el centro lo masculino. Se destaca además, que hay una estimulación que es la piel del glande del pene por la mucosa vaginal. Sostiene que la piel (Haut) en el idioma alemán corresponde a mucosa y que solo la menciona Freud para atribuirle el lugar femenino.

De esto se puede deducir que la mucosa en tanto piel está asociada a la bisexualidad, pues varones y mujeres la poseen, al igual que la descarga motriz orgásmica. En relación a esto Didier Anzieu (1985 en Schneider 2003) destaca que hay una continuidad entre lo materno y lo cutáneo, al referirse a la piamadre, que es la piel que recubre las meninges dice: “Etimológicamente, el término designa la madre-piel, Schneider toma esto para expresar que la piel de la madre es la piel primera (Schneider 2003 p.44). Entonces esta piel primera materna es femenina y estaría recubriendo el cuerpo de todo sujeto varón o mujer.”

Caso Andrés:

En esa época me peleaba mucho con mi mamá, no le hacía caso y peleaba con mi hermana.

Vemos en esta viñeta el intento de diferenciarse de las mujeres de su casa, este oposicionismo constituye un intento de **negar** lo femenino que podía haber en él, efecto de la identificación con algunos rasgos de su madre:

En la secundaria era muy introvertido y el acercamiento a las minas se me hacía muy difícil, por miedo al rechazo y mi baja autoestima.

-¿Y a qué atribuye esto?

Una madre sobreprotectora, mi vieja también es así de baja autoestima, cero tolerancia al rechazo.

En otra viñeta expresa que viene de una familia que niega situaciones patológicas de las que no se habla:

Yo vengo de una familia “negadora”, mi padre tiene un hermano mellizo con retraso mental que vive con mis abuelos ancianos y de eso no se habla, mi mamá tiene un hermano que es mi padrino de bautismo es alcohólico y vago y de eso tampoco se habla. Hay muchas cosas de las que no se hablan.

Luego el mecanismo de negación y renegación se patentiza en su discurso cuando recuerda que a sus 15 años descubre que su padre consume pornografía gay y que aprendió a hacerse el boludo a no ver.

En relación al fantasma bisexual, en otra viñeta expresa que fue descubierto por su esposa mirando pornografía de sexo anal heterosexual.

Al respecto del coito anal Irene Meler sostiene:

“Es posible detectar una traslación desde la penetración homosexual, donde el placer, dominio y degradación del vencido se entremezclan en forma inextricable, hacia la práctica sexual heterosexual. La mujer es buscada como un doble de sí para someter, lo que implica una negación de la diferencia sexual anatómica. (Meler 2009 p.180)

Caso Gastón:

(...) yo iba a las reuniones de política, lo seguía quería estar cerca de él, pero él nunca me dio mucha bola, siempre se enganchaba alguna mina que iba a esas reuniones y yo era su cómplice silencioso, no porque él me lo pidiera, simplemente me hacía el boludo y no le contaba a mi madre para que no se armara quilombo. Aquí se refleja claramente el mecanismo de negación, ya que niega que el amor del padre se dirige a otras mujeres y no a él ni a su madre, también aparece cuando se le pregunta sobre la fidelidad de su esposa y dice:

Al principio dudé que anduviera con el jefe cuando era promotora, me llegaron comentarios porque de noche la llevaba a la casa en auto, después la ascendieron y ganaba bien, pero no quise enroscarme con eso.

Gastón hace referencia a la monogamia que sostuvo durante 25 años, identificado con su madre, quien le transmitió un alto ideal de la pareja y de la fidelidad. Dice Pommier:

“Una mujer será exclusivamente amada en la medida en que encierre un rasgo paterno (...). De este modo el monógamo está ligado a su padre a través de la mujer que ama, o más bien le está sometido, tiene una ‘patrona’ ante la cual ha depuesto las armas. (Pommier; El orden sexual; 1995 pág. 179).

Él ocupa el lugar de niño-hijo de una esposa-padre, mujer dura, indiferente y trabajadora como su padre, es una verdadera “patrona”.

Cuando conoce a Elena, ella lo busca a él, nuevamente se repite la escena donde la mujer es activa y él pasivo, tanto que llegado el momento no puede penetrarla. Esta otra mujer se torna para él, en alguien potencialmente peligroso, pues encierra un goce desconocido y por lo tanto temible.

Por otro lado el fantasma bisexual se muestra en esta posición de niño pasivo dependiente de su mujer, a la que ubica como la “patrona tirana” que toma decisiones inconsultas y que se hace lo que ella quiere y solo cuando ella quiere, esto incluye el tener relaciones sexuales, por lo cual acostumbrado al rechazo se refugia en la **masturbación**, goce solitario del que jamás se desprendió, ni cuando se permitió estar con otra mujer, tan virilizada como su esposa, pero esta con apariencia masculina, como “la Raulito”, ¿algún **fantasma bisexual** se habrá activado?, pues se trataba de una mujer activa, pelo corto que se viste como hombre y que lo busca y el no puede penetrarla, ¿Se habrá presentificado inconscientemente una imagen homoerótica con su padre proyectado en Elena?.

Caso Juan:

En él la negación aparece cuando se le pregunta por su relación con las mujeres y contesta: “conflictiva y confusa, a los 12 y 14 años ya tenía una atracción natural hacia lo masculino, pero lo repudiaba, era algo que no tenía que estar.”

Como en todo proceso de masculinización el cuerpo homoerótico de un varón no le resultaba desconocido, por lo cual tuvo juegos sexuales con su primo y con un compañero.

Acuerdo con Silvia Bleichmar cuando sostiene: “La masculinidad no se construye sino sobre el trasfondo de la homosexualidad” (Bleichmar, S. 2009 p.51).

Se observa además que estos varones que busca son representantes sucedáneos de su padre, por supuesto este amor al padre, yace en su inconsciente y está **negado** en su conciencia, para ilustrar esto cito nuevamente a Bleichmar cuando dice: “Deseo erótico por el padre, sin el cual la identificación sexual es impensable” (Bleichmar S 2009 p. 34).

Lo singular de su goce aparece en su fantasma homosexual, que lo impele a buscar ver con su fijeza en la pulsión escópica, el pene de otros hombres pensando que va a encontrar el amor del padre, presentificado en el contacto con el pecho velludo de estos partenaires mayores transitorios, esperando que le trasmitan algo del calor y del contacto con el cuerpo del padre, ese padre que para el paciente le denegó su amor, permaneciendo en una posición masoquista, con tintes melancolizantes y con una brújula dañada que le dificulta un claro posicionamiento en su vida.

Caso Raúl:

En este caso la negación está presente en varias viñetas por ejemplo **niega** que puede haber un auténtico sentimiento positivo de su madre hacia él, pues dice: *“lo único que mi mamá me paga es este tratamiento con vos, lo hace para lavar sus culpas”*.

Cuando expresa: “Vengo de una familia de mierda” está **negando** su responsabilidad subjetiva, sería como decir si tengo una vida de mierda, no es mi responsabilidad, es efecto de la familia en la que nací.

Siempre he sido inseguro por mi estatura, mido 1,50m en la escuela me agarraban para la cagada. Mi papá nos llevó a endocrinólogos y traumatólogos a mi hermana y a mí, por eso crecimos 10 centímetros yo llegué a 1,50 y ella a 1,40.

Aquí muestra que está **negando** que su padre más allá de los aspectos negativos, tuvo la preocupación y se ocupó de llevarlo a especialistas del crecimiento. Aunque no lo llevara al urólogo cirujano para que lo operara de la fimosis, situación que habla **de su propia negación**, porque recién a los 25 años se opera, siendo consciente de cómo eran los penes de los varones, si desde chico se lo comparaba con el de sus compañeros y se sentía disminuido por el tamaño.

En este caso no se ve claramente el fantasma bisexual, solo por la envidia al pene, que según Irene Meler es propia de los hombres y que él proyecta en el amante de María que seguramente la satisfacía más que él, esto se observa cuando dice: “es una puta psicópata, me echa la culpa a mí por su infidelidad porque dice que no la cogía bien”. (...) seguro que con el taxista con el que anda la tiene grande.

Caso Sergio:

Sergio siempre tuvo clara su orientación sexual, sin embargo **la negaba**: *Yo sabía que era gay desde siempre.*

Aquí no solo aparece la negación sino además la renegación que puede darse también en los neuróticos: *Después de divorciado salí con 4 mujeres, cogía con viagra, para mostrarme, con los hombres nunca necesité viagra.*

Puede decirse que como **niño perverso polimorfo**, jugaba a ser omnipotente podía estar con mujeres y con varones, mostrando claramente la **bisexualidad psíquica** de la que Freud nos habló, parece que en este juego casi

exhibicionista “quería confundir a todos”, hasta que pudo tomar una posición adulta y asumir su deseo claramente homoerótico, pues sostiene que con los hombres no necesita *viagra*, con las mujeres sí.

Acuerdo con Gerard Pommier cuando sostiene que: la bisexualidad es un momento genético inevitable en el desarrollo del erotismo masculino, corresponde al polimorfismo perverso (...) ya que es causada por el amor del padre. Amado será el hombre aunque la mujer pueda provocar el deseo (Pommier G. 1995 p. 178).

6.5 CULPA POR EL FANTASMA PARRICIDA:

Freud en *Tótem y Tabú* (1913), intenta establecer una analogía entre el funcionamiento de las sociedades primitivas y el desarrollo del psiquismo, parte de este mito y ubica el horror al incesto ya que el padre gozador era el macho dominante que poseía a todas las mujeres condenando a los hijos dominados a la homosexualidad, pero al matarlo y comerlo se identifican con él. Esto trae como consecuencia una deuda retrospectiva, que hace que el padre muerto adquiera más poder que cuando estaba vivo.

Del lado del hijo se actualiza el fantasma parricida. El Nombre del padre impone la ley que prohíbe el incesto y el parricidio, ordena la subjetividad y posibilita el lazo social, pero a su vez le acarrea al sujeto la deuda y la tentación.

En el texto *Las voces del superyó* Gerez Ambertín (1993) describe tres dimensiones de la culpa articulándolas a los tres registros: la culpa muda o necesidad de castigo que se da en el registro real, el sentimiento de culpa o culpa imaginaria, que se da en el registro imaginario y la culpa inconsciente que se registra en lo simbólico. Este anudamiento de las tres culpas articuladas con el objeto “a”, se relacionan estrechamente con el superyó.

La ley prohíbe el goce, pero con sus fallas no deja de instigarlo y para eso se sirve del superyó, que convoca al goce y a la no castración, de esta manera

acaecce la coacción a la repetición, que es la insistencia que incluye la diferencia; por eso, el retorno nunca es de lo igual.

De allí que se puede decir que, cuando en el hijo se presentifica este fantasma parricida metaforizado de diferentes maneras, alguna dimensión de la culpa está actuando en él, con sus diversas consecuencias, que pueden ir desde el mandato de un superyó feroz que impele a gozar repitiendo, aunque en forma diferente, el crimen hasta apelar al Otro a modo de demanda de amor, no solo reconociéndose culpable sino responsable; de esta manera, podrá ir aceptando las fallas de la ley del padre que no ofrecerá ni certezas ni garantías.

En relación a lo expresado se puede establecer un nexo entre la violencia de género que ejercen algunos varones y el deseo parricida. Según Pommier: el acto de matar es un equivalente del lazo homosexual con el padre, pues el uso de la violencia es luchar contra la feminización. (Pommier 1995 p.136)

Caso Raúl:

Donde más patente se observa este fantasma parricida es en Raúl en la siguiente viñeta:

Yo con mi padre me llevé mal toda la vida, siempre me consideró un tipo inferior.

Abandoné la carrera de abogacía faltándome ocho materias, él me decía que no me daba la cabeza. Abandoné esa carrera porque no quería ser como él, tenía siempre su sombra, fue un juez y un catedrático importante, yo lo admiraba mucho porque era intelectualmente brillante, muy odiado y muy amado por otros.

Aquí se observa claramente la ambivalencia amor-odio

Raúl elige al principio la misma carrera de su padre, donde este se desempeñaba un juez brillante. Luego abandona porque tenía siempre su sombra, tal vez se sentía “pequeño y opacado”, que nunca iba a estar a la “altura” de este padre omnisapiente, cuyo brillo fálico lo obnubilaba y

despertaba sentimientos ambivalentes de amor y de odio, de admiración y de envidia. Es un padre patriarcal, autoritario, dominante y hasta déspota según la realidad psíquica del paciente, quien además percibe a su madre al principio como sometida y maltratada por su esposo.

El peso lacerante sobre su psiquismo de las palabras del padre: “Sos un pelotudo histórico”, “no te da la cabeza” oficiaron de mandato superyóico, a modo de imperativo categórico que Raúl repite en su historia: es un pelotudo con su ex-mujer, que lo engaña, lo golpea, lo denuncia y la tiene que mantener. Ese peyorativo calificativo que viene de su padre, se hace extensivo a él mismo cuando no termina las carreras que empieza y cuando se muestra inoperante con las mujeres, ya que no puede lidiar con ellas: con su madre, sus hermanas, algunas novias que lo engañaron y otras a las que tomaba solo como objeto sexual.

En ese “no te da la cabeza” es posible inferir: no solo no puedes estudiar y ser brillante como yo, es además no te da la cabeza para saber tratar a las mujeres, para elegir una mujer digna de tu condición social, no la negra marginal que te buscaste. Además este “no te da la cabeza” puede estar asociado a su fimosis, donde el glande, comúnmente llamado cabeza no puede salir, “no le da el cuero literalmente para que salga”, con la sensibilidad de placer erógeno que esto posibilita para un varón en el momento del coito.

Este “**saber lidiar con las mujeres**” implica que le dé el cuero como varón, sin caer en el desprecio, la agresión o el sometimiento, es otro de los grandes **avatares** que un sujeto tiene que atravesar para devenir varón.

Caso Andrés:

En Andrés el fantasma parricida se puede inferir a través del reproche mudo que le hace a su padre cuando descubre que éste consumía pornografía gay: *El impacto fue muy grande me enojé con él y lo escondí (...) Cuando descubrí eso, sentí la traición del padre al hijo (...) en esa época empecé a tomar alcohol porque no lo entendía, era un pilar en mi vida que se desmoronaba.*

Luego cuando entra en la adolescencia refiere la presencia de un padre, poco masculino, afeminado, que no pudo transmitirle a su hijo suficientes insignias de la masculinidad: *me sentía excluido, no tenía armas para defenderme, me causaba pánico pelearme como esos flacos que se cagaban a trompadas, me refugiaba en mi mamá. No recibí ningún tipo de información de parte de mi papá, nunca me habló de qué tenía que hacer, de cómo tratar a una mujer.*

El saber lo adquiere a través de sus pares, mirando revistas y películas pornográficas, nuevamente aparece un reproche a un padre que no transmitió insignias que orientaran y promovieran la masculinidad del hijo.

Caso Gastón:

En este caso el fantasma parricida puede inferirse a partir de cierta envidia a un padre fachero, exitoso con las mujeres, líder político, el proveedor económico y según sus palabras: el hijo de puta que gorreaba a la madre.

A mi papá lo condené, yo tenía 12 años cuando lo veía con otras mujeres, lo veía como un traicionero porque no solo traicionaba a mi madre sino a mí también.

Cuando tenía 16 años en las vacaciones de la escuela, cuando empecé a salir con Sandra, ella me consigue un trabajo de repositor en un supermercado, yo estaba entusiasmado y empecé a trabajar, mi papá se enojó, empezó con el tema de la explotación laboral, me hizo dejar el trabajo y me dijo: yo te voy a pagar lo mismo pero te quedas en casa, por querer ayudarme me cagó, porque me sentí un inservible.

Gastón aparece con una virilidad endeble, pues él se ubica en el lugar del que no puede, no sabe y no tiene los recursos que sí posee su padre, para ser un varón exitoso en lo laboral y con las mujeres. Siente que no le fueron delegadas esas insignias y por lo tanto le cuesta posicionarse como varón frente a su mujer, que al igual que su padre, están ubicados para él como Amos, amos a los que ama y odia y ante los cuales se somete en una obediencia casi absoluta.

Caso Juan:

En Juan el fantasma parricida se infiere en las constantes críticas que hace hacia su padre cuando se le pregunta por él responde:

Es una persona desconfiada, quejosa malhablada, vive criticando y juzgando a los demás, cumplió 75 años, cambió el auto, viajan al extranjero y siempre quejándose por la falta de plata. A mis hermanos más chicos le pagaron la universidad a mí no, yo tuve que trabajar y estudiar, pero nunca puede recibirme, ese es mi sueño frustrado.

A los 18 años yo llego a un psiquiatra por un cura que me dijo que la homosexualidad era una enfermedad, me medicó con antidepresivos, pero yo les suplicaba a mis padres que me mandaran a un psicólogo y mi papá me decía “no hay plata para eso, además vos querés ir a un psicólogo porque queda bien, está de moda”.

Juan expresa su demanda de ayuda, recordemos que para Lacan la demanda es demanda de amor, en este caso metaforizada por la ayuda económica, a él no le pagaron el tratamiento psicológico que necesitaba, ni los estudios universitarios y a sus hermanos sí.

Juan siente que su padre lo descalifica, esto se observa cuando le muestra una prueba con un 10 buscando la mirada de aprobación y de valoración y el padre le responde: “No has hecho más que cumplir con tu deber” o cuando se siente condenado por la sentencia paterna que le dice: “No tenés sentido práctico”, sería como decirle careces de las herramientas prácticas que incluye saber seducir a una mujer, saber lidiar con el goce de ella y hacer de ella un objeto que cause tu deseo.

Caso Sergio:

En su discurso algo del fantasma parricida se puede inferir cuando define a su padre:

Era un señor extremadamente simple, básico, emocionalmente estable. Me costó mucho perdonarle que fuera un hombre tan común y con pocas ambiciones, ni siquiera ambicionó vivir demasiado pues murió a los 57 años, era fumador, obeso, diabético y cardiópata. Hay un gen autodestructivo en mi familia de ambos lados, de hecho mi hermano murió parecido a mi padre.

Mi papá y yo éramos muy distintos, era poco ambicioso, pasamos crisis económicas por su falta de ambición, igual que mi hijo que no ambiciona el título. Mi papá no leía, no era un hombre intelectual, no le gustaba la literatura ni los conciertos como a mí, en eso salí a mi mamá, ella era culta e intelectual. Mi mamá lo amaba fanáticamente y él a ella, para mi mamá mi papá era perfecto.

En esta viñeta se observa un reclamo al padre, le costó perdonarle que fuera un hombre tan común, básico y de pocas ambiciones, profesional pero sin brillo, aparentemente con pocas ambiciones de vivir, pues no se cuidaba, fumaba, era obeso, cardiópata y diabético, no podía contra su pulsión de muerte.

Generalmente en la crítica hacia el padre, subyace amor, admiración y la promesa de amor del padre, pues se espera un “don”, que tiene que ver con insignias y saberes que algunos padres transmiten a sus hijos. Don que probablemente busca en otros hombres.

Al verse decepcionado responde con la crítica: Sos un hombre común, yo esperaba un hombre especial, que supiera vivir la vida y vos ni siquiera te supiste cuidar y yo repetí esa propensión a la muerte con mis intentos de suicidio, mis parejas sufrientes y mi soledad. No me transmitiste eso que sí tenías: la capacidad de elegir una pareja que te amara y a quién amar y además que perdurara en el tiempo, “porque a mí los amores se me terminan”.

En la presente investigación se acuerda con Lacan (1958) quien sostiene que tanto la masculinidad como la paternidad no son términos solidarios -así también lo afirma Diana Rabinovich (1995)-, por lo cual un sujeto heterosexual

puede responder adecuadamente en una relación sexual con una mujer, aunque no pueda sostener su función paterna, o viceversa. Por ejemplo en **Andrés**, que todavía no es padre, su posición de varón ha sido afectada por la historia con su padre y con su familia, que lo lleva a ocupar una masculinidad fallida como varón, con algunas adicciones sintiéndose descalificado frente a su mujer.

En el caso **Gastón** se observa su dificultad para posicionarse como varón frente a su mujer, ya que se ubica como niño frente a una mujer patrona, pero pudo posicionarse como padre frente a un hijo en riesgo atrapado por las adicciones y llevarlo a los tratamientos.

Raúl por su parte da cuenta de su fallida posición como varón frente a una mujer que lo engaña, lo golpea, lo denuncia y a la que mantiene, pero lo hace por su hija, a la que cuida atiende y con la cual mantiene una profunda relación afectiva, siendo su hija según sus palabras el sentido de su vida.

Juan vive torturado por sus ideas obsesivas y fantasmas homosexuales, que defenestraron su posición de varón frente a su esposa ubicada como amo de la situación y él como esclavo. Ahora bien eso no impidió que Juan pueda ocupar adecuadamente su lugar de Padre, ya que se ocupa de acompañar a sus hijos en los estudios, en los deportes y a otras actividades sociales como la catequesis a las que la madre no va.

Sergio intentó fallidamente posicionarse como varón heterosexual, negando su condición homosexual, estableciendo una relación patológica con una mujer mayor, ubicada según él, como un amo déspota y él como un niño, cadete, relación que luego replica con un hombre mayor en la que también se sintió como esclavo. Su fallida masculinidad no pasa por su condición sexual sino por su particular posición subjetiva sufriente, cuando logra terminar con estas parejas, logra desplegar una masculinidad productiva y autónoma a nivel intelectual y laboral, conservando marcadas dificultades para establecer una relación homosexual perdurable y gratificante ya que según él dice: “a mí los amores se me terminan”. Esto no impidió que pudiera cumplir con su función

paterna en forma adecuada y cargada de amor: *A los tres meses, lo alcé, me miró, lo miré y me enamoré, como se dice en inglés caí en el amor. (...) Me separé cuando él tenía 5 años, pero siempre tuve contacto a diario con él, disfruté cada cosa y aprendizaje con mi hijo, le enseñé a caminar, a andar en bicicleta, a nadar, a subir montañas y a los 18 a manejar.*

Continuando con el desarrollo de este capítulo, es momento ahora de responder a las preguntas de esta investigación.

6.6 Respuesta a la primera pregunta de investigación

En relación a la primera de estas (**¿cuáles son los recursos simbólicos con los que debe contar un sujeto para devenir varón y padre?**) se desprenden las siguientes tres dimensiones:

- 1) La capacidad de llevar a cabo el duelo y de reparar.
- 2) Tramitar el tema de la culpa: efecto del fantasma parricida y del fantasma filicida.
- 3) Capacidad de introspección y de invención.

Como se dijo, partiendo del supuesto teórico sostenido por Lacan (1958), en: “La significación del falo, la paternidad no está soldada a la masculinidad, por lo tanto podrá compartir algunas pero tendrá otras dimensiones y deberá contar con otros recursos simbólicos para devenir padre.

Un recurso simbólico con el que entonces deberá contar un sujeto para devenir varón y padre, es la **capacidad simbólica de transitar y elaborar duelos**. Uno de esos duelos, es el que remite a elaborar la pérdida del cuerpo de niño, de ese niño perverso polimorfo, que sigue presente en muchos varones. El duelo por los padres que tuvo, lo que permitirá aceptar las marcas positivas y negativas que dejaron en él y el duelo que implica aceptar los hijos que tiene,

no los que hubiera querido, respetando la alteridad de los mismos y las decisiones que toman, aunque se desencuentren con los ideales y valores que sostiene el padre y que desearía que los hijos continuaran. El poder elaborar los duelos implica aceptar que los vínculos intersubjetivos están preñados de desencuentros y que el vínculo padre-hijo no escapa a esta realidad.

Esto es lo que le permitirá al sujeto ahora devenido padre “reparar” lo vivido con su propio padre apostando a la novedad en el vínculo con su hijo.

En el caso **Raúl** se pone de manifiesto la gran dificultad que tiene para elaborar duelos. El primer duelo que no elabora es aceptar los padres que tuvo y que tiene:

Con el tiempo descubrí que mi mamá es una vieja zorra, que manipulaba más que mi viejo. (...) Cuando tenía 16, le pegó mi papá a ella y yo lo enfrenté y el cagón se fue, ella después negaba lo que pasó.

En relación al padre dice: *Siempre tuvo una mirada peyorativa conmigo y con todos fue muy denigrador, (...) era un tipo amargado, odioso y competitivo, era brillante en el trabajo, yo quería ser como mi papá, hoy no quisiera ser como él.*

En estas viñetas si bien prevalece un profundo rencor se observa la ambivalencia amor-odio, pues admira lo brillante que fue como profesional. Al principio se sintió el hijo elegido, pero por el maltrato se dio cuenta que no era así:

A pesar de la mala relación lo admiraba a mi papá, por su enorme cultura, mi amor por los libros, los idiomas y la música clásica tienen que ver con él. Pensé que él me sobreexigía para que lo heredara, al principio elegí su misma profesión, soy el único varón y el mayor, él sabía que sus dos hijas mujeres eran dos imbéciles y se lo decía a mi mamá.

Sostiene que cuando se enfermó su padre y quedó postrado se deprimió, lo que hizo que no rindiera las 4 materias que le faltaban para el profesorado. Esto podría pensarse como el inicio de un proceso de elaboración del duelo, pero quedó trunco, pues se paraliza a sí mismo. Además está la dificultad en

elaborar el duelo por la ruptura con su última pareja, pues sigue fijado a ella, donde hallamos un goce autoerótico y masoquista que le impide relanzar su deseo e involucrarse con otra mujer.

Tampoco elaboró el duelo por el cuerpo del niño, que al parecer por su disconformidad sigue padeciendo, por su baja estatura, su pene pequeño:

Hace más de un año que no tengo relaciones sexuales ni con ella ni con nadie, ella dice que le doy asco, que la tengo chica, cómo no se dio cuenta antes, seguro que con el taxista que anda la tiene grande.

En su historia se observa cierto intento de reparación se buscó un padre sustituto el instructor de aikido, que fue su mentor, que le permitió destacarse y pertenecer a un grupo de varones donde se sintió socialmente aceptado.

También repara con su hija:

Me enamoré de mi hija desde que estaba en la panza de la madre, ella es muy cariñosa conmigo, quiero tener con mi hija una relación distinta a la que tuve con mi papá.

En el caso **Andrés** aparece la dificultad de elaborar el duelo por el padre consistente y sólido que siente que tuvo en la infancia como lo refleja la siguiente viñeta:

Mi papá trabajó en el Banco muchos años, luego cerró y tuvo varios trabajos, nunca dejó de trabajar, es un tipo honesto, con lucidez mental y pragmático, pero emocionalmente distante.

Con mi padre tuve dos etapas, después de verlo aquí en mi análisis, al principio cuando era chico veía a mi padre como un hombre con autoridad, era lo que decía mi vieja, para mi vieja sigue siendo así pues ella no tiene ni voz ni voto.

Cuando tenía 15 años descubrí en la computadora que mi vieja veía pornografía gay.

-Y ¿qué hizo?

Me lo callé, me hice el boludo, aprendí a hacerme el boludo en muchas cosas, a “no ver”.

Actualmente aludiendo a sus términos “sigue haciéndose el boludo y no ve” que cuando sale de joda con sus amigos como adolescentes se excede con el alcohol y la marihuana.

La reparación en Andrés se puede inferir, en que siendo un negador, “que aprendió a no ver” ejerce eficazmente su profesión dedicada a que otros vean. Además hace más de tres años que está en análisis, al que asiste con regularidad trabajando temáticas dolorosas, soportando abrir los ojos ante la castración del Otro encarnado en su padre y en él mismo. Buscando además tener un hijo, pero a pesar de varios y costosos tratamientos aún no puede ser padre.

Por ello considero que uno de los avatares que necesita atravesar un varón para acceder a la paternidad, es transitar el duelo del vínculo que tuvo con su padre, de lo que pudo tramitar y de lo que quedó como resto, a veces inaccesible y al que quizás pueda tener algún acercamiento al abordarlo en un análisis personal.

En los casos: Sergio, Juan y Gastón, se observa la dificultad de elaborar el duelo por el lugar de hijo niño, dependiente afectivamente, con búsqueda de reconocimiento y valoración externa. Pero sobretodo en Juan y Sergio aparece además la dificultad de elaborar el duelo por el cuerpo y lugar de ese niño polimorfo perverso, donde subyace la dificultad para acotar el fantasma omnipotente de la bisexualidad, que en el caso de Juan se manifiesta en sus pensamientos compulsivos y en Sergio cuando salía con mujeres y hombres, mostrando la omnipotencia de la bisexualidad “el podía todo”, cuando en realidad conocía claramente su posición homosexual.

En segundo lugar, señalo el recurso simbólico de **tramitar la culpa**, efecto del fantasma parricida y del fantasma filicida.

Es necesario profundizar en la ambivalencia amor-odio, siempre presente en la relación paterno-filial, para entender ¿de qué modo la culpa se encuentra entramada en la subjetividad de cada uno?

En el vínculo entre un padre y un hijo varón, como se dijo en el capítulo 2, siempre flamean, por momentos intermitentes, el fantasma del filicidio por parte del padre y el fantasma del parricidio por parte del hijo, ambos en pocas ocasiones crudamente expuestos y muchas veces enmascarados en diversas manifestaciones. La culpa y los temidos castigos que el superyó le impone a ambos, hace que estos fantasmas se repriman, pero cuando reaparecen dejan como efectos: síntomas, compulsión al fracaso, a la repetición, enfermedades psicosomáticas y una profunda soledad y aislamiento.

Como se expreso en la página 114, partiendo de Fromm (2014) considero que el amor del padre es un amor potencialmente reusable, es decir, un padre puede amar o no a un hijo. Cuando lo ama siempre está presente el narcisismo paterno, la necesidad de trascendencia, la reafirmación de su virilidad y de su fertilidad, como así también la necesidad de reparación y la transmisión de ideales posibilitadores. La contracara del amor paterno es el odio al hijo, rara vez consciente, que tiene que ver con el fantasma filicida. Hay muchas maneras metafóricas de matar a un hijo, el padre totémico mataba la sexualidad de los hijos, pues se reservaba solo para él la sexualidad, gozando de todas las mujeres (Freud, 1912).

Otras formas de expresión de este fantasma es el castigo físico y psicológico que bastardea la dignidad subjetiva del niño, en el caso **Raúl** el padre le decía “Sos un pelotudo histórico, no te da la cabeza”. En el caso **Juan**: “no tenés sentido práctico”.

Suele aparecer también la imposición de exigencias desmesuradas, de ideales inalcanzables, de comparaciones denigrantes, de indiferencias desconcertantes significadas como abandono, que dificultan el proceso de masculinización del hijo pues lo deja vulnerable frente a un deseo materno potencialmente devorante y feminizante. Esto se escucha claramente en el discurso de **Raúl**

que no pudo seguir con la misma carrera que ejercía el padre, pues lo perseguía su sombra y la comparación con un padre patriarcal brillante y exitoso.

Otra forma de filicidio es sobreproteger al hijo, facilitarle todo, en definitiva matar su deseo impidiéndole que se lance por su cuenta y por cuenta de su deseo propio, haciendo frente a la incertidumbre de lo que encuentre, esto lo vemos reflejado en **Gastón**, que siendo un adolescente los padres aceptaban y propiciaban que su novia se quedara en casa y tuvieran relaciones, sabemos que la prohibición despierta el deseo, cuando está todo tácitamente permitido el deseo se aplana.

En otras ocasiones esta actitud sobreprotectora, extremadamente generosa, encubre el narcisismo paterno pues la utiliza para afianzar una posición paterna patriarcal, omnipotente y proveedora, que parasita e invalida al hijo, pues no le delega la insignias ni las herramientas, sino que hace por él. Además cuando su novia a los 16 años le consigue trabajo de repositor en un supermercado, el padre interviene en forma nefasta: *yo estaba entusiasmado y empecé a trabajar, mi papá se enojó, empezó con el tema de la explotación laboral, me hizo dejar el trabajo y me dijo: “yo te voy a pagar lo mismo pero te quedas en casa”, por querer ayudarme me cagó porque me sentí un inservible.*

En ocasiones aparecen las frecuentes sentencias tales como: “gracias a mí tenés esto o hacés aquello”, “Sos un inútil, un fracasado”. Estos mensajes pueden ser directos o indirectos pero casi siempre actúan como mandatos, que se incrustan a modo de espinas punzantes y sufrientes, infectando y dañando el cuerpo y la psiquis del hijo, que muchas veces actuará en consecuencia.

Es importante destacar que en esta situación patológica algo de lo ominoso, de lo familiar inquietante, probablemente de lo siniestro vivido con su propio padre, se actualiza ahora con su hijo, convirtiéndolo en un objeto de un goce paterno perverso.

Por otra parte, del lado del hijo se actualiza el fantasma parricida Este hace que la culpa sea parte de la estructura subjetiva.

Como dijo *no deja de instigarlo*". (Gerez Ambertín, 2014, p.93). La inscripción de la ley nunca es perfecta siempre tiene fallas y es eso lo que marca lo singular del goce en cada sujeto como lo podemos observar en **Andrés**, las fallas de la ley fortalecen Gerez Ambertín "(...) *En suma, esa ley como regulante que prohíbe el goce* un superyó feroz que lo convoca a tapar la castración probablemente del padre y de él, con la ingesta compulsiva de alcohol, a veces de marihuana y en ocasiones mirando pornografía.

Por su parte **Juan** aparece atravesado por la culpa muda por la necesidad de castigo que obedece a un superyó que lo impele a gozar frecuentando saunas gays y cines porno gays, donde sólo va a satisfacer su pulsión escópica de "ver penes, buscar pechos velludos de hombres mayores que lo abracen", después busca reconciliarse con el amor del Dios padre por medio de la confesión con un sacerdote, no obstante continúa con una actitud autopunitiva y depresiva.

En **Raúl** tal vez la culpa por el fantasma parricida tan presente en él lo lleve a la compulsión al fracaso, no termina lo que empieza, por lo que no puede sostener una estabilidad laboral y tampoco puede establecer un vínculo gratificante con una mujer, pues sigue padeciendo de una mujer que lo manipula, lo denigra y lo explota, con la excusa de mantener contacto con su hija.

Cuando **Gastón** dice "a mi papá lo condené, cuando yo tenía 12 años, cuando lo veía con otras mujeres (...) no solo traicionaba a mi mamá sino a mí también", además de envidiarlo por el brillo fálico que este padre detentaba y que no le supo delegar, da cuenta de la falla de la inscripción de la ley paterna, que lo cronifica en un goce masoquista y autoerótico que lo hace permanecer en una posición de niño sometido a una mujer tan fálica como su padre.

En **Sergio** las fallas de la inscripción de la ley, hicieron que en una etapa de su vida se identificara con ese padre obeso, cardiópata, diabético, que no cuidaba su vida, como él descuidó la suya sucumbiendo a dos intentos de suicidio con

psicofármacos y alcohol. Luego la falla de la ley le fortaleció un fantasma perverso (por más que el sujeto sea neurótico) de que podía tapar la castración: quería confundir a todos, salía con hombres y con mujeres, era como jugar al niño perverso polimorfo, que le dificulta en la actualidad establecer un vínculo estable de pareja.

De allí se puede decir que, cuando en el hijo se presentifica este fantasma parricida metaforizado de diferentes maneras, alguna dimensión de la culpa está actuando en él con sus diversas consecuencias, que pueden ir desde un superyó feroz que impele a gozar repitiendo, aunque en forma diferente, el crimen, hasta apelar al Otro a modo de demanda de amor, no sólo reconociéndose culpable sino responsable; de esta manera, podrá ir aceptando las fallas de la ley del padre que no ofrecerá ni certezas ni garantías.

Acuerdo con Julien (1993) quién sustenta otra faceta del padre privador, por cuanto impone la ley del incesto, sosteniendo que para el imaginario del niño, el padre aparece como creador del hijo, siendo responsable de lo que el hijo sea o no sea. Según el autor, esto da lugar a los reproches que se dirigen al padre, tales como: siendo vos mi creador, ¿por qué me hiciste tan fallado? No me amaste lo suficiente, no me transmitiste las herramientas para vivir, refiriéndose a las insignias que todo hijo espera de un padre. Para esto no hay respuestas pues se trata de un real imposible; entonces, hay que elaborar un duelo por este padre no incondicional y sólo se elabora pasando por el odio. Esto lleva al hijo a tramitar la aceptación de la castración y la inconsistencia del padre. Por su lado, el padre tendrá que tolerar en parte estos reproches que le hace el hijo, infiriendo que forma parte del proceso de subjetivación de su hijo, sabiendo que no sabe, partiendo de la docta ignorancia en las artes de ser padre, abriéndose al proceso de aprender en cada momento y con cada hijo. El padre deberá ser capaz de perdonar estas manifestaciones de odio que el hijo le expresa, pues sabe que detrás de ese odio está el amor o el pedido de una prueba de amor: “si me amas realmente como un padre ama a un hijo, podrás entender este odio transitorio y perdonarme”.

Como se dijo, una característica fundamental del amor del padre es que es reusable y condicional en tanto selectivo, es decir, un padre puede amar a un hijo o no amarlo; otras veces puede ofrendar su don de amor a un hijo y no a otros y ese amor será efectivo solo bajo ciertas condiciones.

Los cinco casos trabajados dan cuenta claramente de no haberse sentido profundamente amados por el padre.

Esto marca la diferencia con el amor materno que está teñido generalmente de un manto de incondicionalidad, si bien es cierto que no se ama a todos los hijos de la misma manera y que hay casos de madres que no aman a su hijo.

Ahora bien, ser elegido por el amor del padre no es sin consecuencias; como tampoco lo es no ser amado por él. Algunos hijos no amados por el padre caen en un funcionamiento melancolizado, con compulsión al fracaso y a ser rechazados por los demás ya que se identifican con un resto o un desecho, pudiendo encontrar la muerte en adicciones y otras conductas autodestructivas, es como gritarle al padre: “Esto es lo que hiciste de mí por no amarme”. Esto se ve claramente en **Raúl y Juan**.

Otros hijos no amados por el padre toman una posición desafiante de superación y competencia, llegando a triunfar sobre él y al matarlo simbólicamente despliegan ese deseo parricida que fue el motor de esa venganza por su desamor, sin olvidar que subyace el amor al padre. Esto se visualiza en **Andrés, Sergio y Gastón**, en estos casos suele haber estado presente el amor posibilitador de la madre.

Se pueden observar otros destinos posibles: desde esa posición triunfante castigan al padre con el odio, el olvido y la indiferencia como **Raúl y Juan** o se transforman en cuidadores y proveedores económicos y de atenciones de estos padres abandonicos, pasando a funcionar como el padre de su padre ubicado ahora en el lugar de hijo débil y vulnerable; sería como decirle: “Yo te voy a enseñar cómo se ama a un hijo”.

El tercer recurso simbólico con el que debe contar un sujeto para devenir varón y padre es la **capacidad de introspección**, que lo lleva a cuestionarse a sí mismo sobre su función y la **capacidad de invención**.

La *incertidumbre* es intrínseca a la paternidad y esta característica abre el espacio a los cuestionamientos.

Sostengo que el padre es incierto por estructura, más allá de lo biológico; es incierto en su lugar, en su función ya que nunca sabemos cómo va operar, qué tan presente o ausente estará, qué tan acertado o desatinado será su accionar y cuáles serán los efectos que tendrá sobre la subjetividad de su hijo, que solo se conocerán a *posteriori*.

Cabe aclarar que el padre, aunque esté atravesado por la incertidumbre, siempre será un referente presente en la vida de todo sujeto, por las marcas positivas que posibilitan al hijo varón o por sus marcas negativas que dejan cicatrices de un daño psíquico, muchas veces irreversible.

Según el diccionario de la Real Academia Española la **introspección**: es mirar para adentro, implica una mirada interior que está dirigida a los propios actos o estados de ánimo.

A partir de lo expuesto es posible afirmar que otro recurso del que deberá disponer un sujeto para devenir padre, es la **capacidad de cuestionarse, efecto de la introspección**, que le permitirá revisar su accionar como hijo, ya que este lugar es la antesala para ser padre, el varón nunca deja de ser hijo. Luego tendrá que revisar su función paterna en relación a sus hijos, aceptando cuando se equivoca y tratando de revertir su conducta. Es aquí donde interviene la **invención**, ya que para devenir varón y padre el sujeto tiene que inventarse.

Un sujeto sólo podrá posicionarse como varón ante una mujer en la medida en que cuente con el recurso simbólico de la invención, es decir, deberá ser capaz *de inventarse*, no a partir de la nada, sino a partir de lo dado, en tanto trama significativa que lo espera al nacer, con la que apostará a romper con mandatos

inconscientes atrapantes y de esa manera inventar desde su deseo, una propia y novedosa versión de masculinidad y de paternidad. Esto lo logrará en la medida que tenga tramitada su femineidad, efecto de la bisexualidad psíquica antes desarrollada.

La femineidad se puede desplegar en dos escenarios posibles: el escenario de la tragedia, comandada por el dolor, la perturbación que irrumpe como agresión, autoagresión, vergüenza, compulsión y angustia como en **Juan**.

El otro escenario, el de la comedia, atravesada por el humor, que le permitirá al varón reírse de sus propios aspectos femeninos, al padre de sus equivocaciones, pienso que esa es la forma más adecuada de tramitarla.

Considero que la invención puede ir acompañada del **humor**, sin caer en la manía, pues el humor distiende, afloja esa rigidez eréctil, petrificada y dominante que se le adjudicó a la masculinidad y a la paternidad patriarcal, de la cual todavía quedan resabios.

“**Inventar**” desde esta perspectiva, implica renunciar a la ostentosa masculinidad fálica caracterizada por la dominación, el control y el poder, que hace que sea fundamentalmente una masculinidad competitiva, discriminadora, violenta y muchas veces, misógina.

Sergio cuando se separa de su mujer y luego de su pareja Pedro -ambos ubicados por él en el lugar del Amo-, logra **inventar** una masculinidad subjetivamente más auténtica y particular, desplegando una productividad que le permite sostener simbólicamente el lugar de padre, pues ocupa con eficacia una función directiva y de autoridad en su empresa.

Además inventó un padre para Ezequiel, un padre distinto al que él tuvo, pues estuvo presente en cada aprendizaje de su hijo, favoreciendo el desarrollo subjetivo del mismo. Con los años pudo visibilizar su posición homosexual, en un diálogo maduro entre un padre y su hijo, fortaleciendo aún más el vínculo. Para ello realizó tratamientos psicológicos que le permitieron profundizar su capacidad introspectiva.

Andrés utiliza el consumo de alcohol y marihuana, que funcionaban como un tapón ante la falta, lo que al principio hizo obstáculo a la introspección, pero a partir de la transferencia se permite, mirar para adentro, revisar su historia familiar y el vínculo con su padre. Partiendo de esto, **inventa** una masculinidad donde acota el goce autoerótico del consumo, que le posibilita dejar de ser el profesional empleado y apuesta junto con un socio a ser el padre de su clínica con el costo que esto implica. Por otro lado con su socio conyugal Laura siguen apostando a la ferviente pero incierta búsqueda del hijo.

En **Gastón** su capacidad de introspección le permitió correrse, en parte de ese lugar de niño dependiente afectiva y económicamente de su esposa y padre, actualmente tiene su propia peluquería y puede sostener económicamente a su familia, junto con el aporte de Sandra. Además pudo **inventar** el acto de ser padre, a pesar de la oposición de su esposa y llevar durante tres años a su hijo, que estaba comprometido con las drogas, a tratamiento psicológico y psiquiátrico, favoreciendo su recuperación, pues lo que probablemente necesitaba su hijo era un “padre”, ya que ahora sostiene un trabajo, una pareja estable y convirtió a Gastón en abuelo.

En **Raúl** se observa la persistencia del resentimiento efecto de una subjetividad dañada, su capacidad de introspección se encuentra en parte obstaculizada por los reproches y el odio, que dan cuenta de la pulsión de muerte, no obstante pudo **inventar** un sustituto paterno el instructor de aikido que lo habilitó como varón, también pudo inventar un padre para su hija a la que intenta preservar de la hostilidad del entorno familiar, procurándole amor y momentos gratificantes.

En **Juan** su capacidad introspectiva se mostró dificultada por las ideas obsesivas que irrumpen en forma compulsiva y lo llevaban a la acción, de esta manera se veía disminuida su capacidad de reflexión. No obstante con el tiempo esto se fue acotando bastante. Además desde su temprana adolescencia se mostró como un buscador, de un referente que lo auxilie, lo oriente y lo rescate de estos fantasmas homosexuales que lo torturan, así es

que pasó por varios tratamientos psiquiátricos, psicológicos y sacerdotes que oficiaran de padre, buscando suplir las fallas paternas.

A pesar de su desvalorizada masculinidad intenta **inventarse** como varón rindiendo y aprobando algunas de las pocas materias procrastinadas que le quedan para lograr el ansiado título, podríamos preguntarnos ¿para ofrendárselo a quién? ¿A Su padre, a su esposa, o a sus hijos? Mostrándole a modo de ideal del yo, motorizado por el deseo que a pesar que se lo torna imposible, le muestra que las cosas que se desean fervientemente se logran.

Se **inventó** también como padre, que acompaña a sus hijos en todas las actividades, pero especialmente al mayor, que al presentar un funcionamiento parecido al suyo y ser objeto de burlas, lo quiso mandar a un psicólogo, su esposa al igual que su padre con él se negó, entonces lo llevó a boxeo, a que le enseñaran a defenderse como él no pudo hacerlo, apareciendo en su discurso: “repartió un par de trompadas y ya no lo jodieron más”. Lamentablemente parece ser, que en muchas ocasiones la masculinidad hegemónica y patriarcal dejó sus huellas y se tiene que demostrar a golpes, que en el fondo es para demostrar no quien es más masculino sino quién es menos femenino.

Las capacidades de introspección y de invención son muy significativas en el logro de la masculinidad y de la paternidad. No obstante muchas veces la compulsión a la repetición insiste y ésta lleva al padre por acción u omisión a la repetición; recordemos que desde el psicoanálisis se sostiene que lo que no se elabora se repite. De ahí la importancia de que cada padre se interpele así mismo cada tanto con preguntas tales como: ¿Qué estoy haciendo con mi hijo? Interrogante que actuará como un regulador del vínculo padre-hijo y que se multiplica en otras preguntas: ¿Qué estoy haciendo como padre? ¿Qué pretendo de mis hijos?, ¿Qué quiero transmitirles? ¿Por qué actué de esta manera? ¿Cómo puedo reparar el daño que le hice? ¿Cómo aprender a respetar su alteridad, sus diferencias, con la excusa de que lo estoy educando?

Estos cuestionamientos atañen a lo que se denomina “responsabilidad paterna”; un sujeto que pretende sostener su lugar de padre debe ser responsable, en tanto sus actos tienen consecuencias directas o indirectas sobre sus hijos. Conforman una responsabilidad que va más allá de la moral y las buenas costumbres, pues se trata de una implicación ética que lejos está de ser kantiana, pues sabemos que el lugar del padre no es un trono firme y seguro, sino que está impregnado de caídas y recuperos.

Sostengo que todo hijo, aún aquel que no conoció a su padre, necesita realizar el “acto” -“Solo es acto el del hombre” (Lacan, 1964/1986, p.58)- de construir, reconstruir o **inventar** en su psiquismo un padre. Este acto de construir o inventar un padre, lo realiza revisando y actualizando algunos recuerdos, experiencias, imágenes o dichos familiares que le llegan y se inscriben en él, que le permitan resignificar lo vivido, es decir, darle un nuevo sentido, perdonarlos y perdonarse, para recrear ese referente, que oficia de muro y apoyatura simbólica, imaginaria y real, que incide en la constitución de la subjetividad masculina y en la asunción de la paternidad.

6.7 Respuesta a la segunda pregunta de Investigación

Continuando con el desarrollo, se responde ahora a la segunda de las preguntas de esta investigación (**El rol de padre, ¿es indisociable del sujeto varón o es una función que puede ser cumplida por otro sujeto sin importar su género?**)

Teniendo en cuenta lo expuesto hasta aquí, es posible afirmar que el rol de padre es una función simbólica y como tal, puede ser cumplida por cualquier sujeto sin importar su género: para ello tendrá que estar dispuesto a realizar la renuncia pulsional y narcisista necesarias para abrir un espacio donde pueda alojar la alteridad de un niño/a ahora devenido en hijo/a de este sujeto devenido padre.

Considerando a esta altura que tanto la masculinidad como la paternidad no son hechos determinados por lo biológico, nos despegamos del dato anatómico en tanto garantía y desde esta posición se puede hablar de distintas masculinidades, que incluye la diversidad de orientación sexual y las distintas paternidades, que contiene a las diversas homoparentalidades, pues merecen como todo en la clínica psicoanalítica un análisis del caso por caso, pues no se puede generalizar.

Dado que todos pertenecemos al Gran Otro simbólico de la cultura y del lenguaje, es posible afirmar que todos somos adoptados por la cultura. La vida de los sujetos en tanto sujetos divididos, no depende de quién lo engendra o de cómo se lo engendra, aunque es un dato que tiene su valor. En este sentido la homoparentalidad tiene su incidencia en la subjetividad del hijo, como la tiene también la heteroparentalidad, ya que es imposible no salir marcado y a veces afectado por el solo hecho de tener un “padre”; a cada sujeto le “tocará” tramitar su historia con él.

Acuerdo con Rosenberg (1996) quien sostiene que la “cría humana” necesita para desarrollarse funciones estructurales que son la función materna y paterna, despegadas de lo biológico, pues lo que requiere un niño para ser sano es sentirse amado.

También afirma que el hijo precisa la verdad sobre cómo fue concebido, evitando el “sincericidio”, pues esta verdad se construirá en un proceso complejo que implica un tiempo y un espacio, que constituyen los cimientos donde se desplegará el vínculo padre-hijo.

La autora menciona además la noción de trauma en relación al vínculo, demarcando que un acontecimiento deviene traumático por la significación que le otorgan los padres. Esto lo podemos observar en el caso **Sergio**, cuando con prudencia espera el momento oportuno y habla con su hijo: *Hace 5 años, me senté a hablar con él y le dije que era gay, es un chico muy maduro y tiene la cabeza muy abierta, me abrazó y me dijo que le encantaría que yo fuera feliz.*

En relación a la homoparentalidad, considero que los padres del mismo sexo deben tener tramitada su posición sexual, o en un proceso de análisis que les permita construir un tejido simbólico para que puedan anidar a ese hijo y que este pueda construir un mito familiar donde intervienen los deseos parentales, la historia familiar de cada padre, los miedos y prejuicios sociales.

Esto se relaciona con la observación de Raíces Montero (2016) respecto de que los niños criados por padres del mismo sexo, no presentan problemas a la hora de desenvolverse socialmente, señala que los hijos de parejas homosexuales son más tolerantes a la discriminación, de hecho “ellos discriminan menos”, lo que no significa que sean menos discriminados. El autor concluye que no hay rol paterno ni materno y que todo niño debe ser adoptado, no solo concebido.

En este aspecto no acuerdo con Raíces Montero, pues considero que sí hay función materna y paterna, que adscriben al género femenino y masculino respectivamente, pero no tienen sexo, por lo tanto pueden ser desempeñadas indistintamente por varones o por mujeres.

Es pertinente traer la investigación realizada en México sobre; “La paternidad en hombres homosexuales, deseos y dificultades”. Llevada a cabo por Sebastián Gregorio, Cortés Vidal y Román Espinosa (2012). Aquí se tomaron a cinco sujetos a los que se les aplicó entrevistas en profundidad, dos de los cuales expresaron la idea de ser padres. El total de los sujetos mencionaron el miedo a perder la libertad y los dos que si dijeron que querían ser padres dicen tener miedo a no poder cumplir con las responsabilidades que esto implica a largo plazo, este temor se observa también en padres heterosexuales, pero en lo homosexuales prevalece el temor al rechazo de la sociedad.

Un hecho interesante en esta investigación, es la aceptación por parte de la familia de su orientación sexual, aquí los investigadores sostienen que esa aceptación no está tan sustentada en el tipo de familia, sino por el género, ya que uno de los participantes mencionó que su familia lo aceptó, después de haber alcanzado una estabilidad económica y emocional, característica adjudicada al género masculino hegemónico. A partir de esto, los

investigadores concluyen que la homoparentalidad en México no es un proceso que se produzca en forma rápida, por los efectos de la hegemonía masculina implantada en esta sociedad. Considero que algo semejante se observa en nuestro país.

Al analizar el peso que tiene lo social en relación con los prejuicios, la intolerancia a los cambios de la época y con la aceptación de las diferencias, es pertinente traer la reflexión de Michel Tort (2016) quien muestra que las hijas e hijos de familias heteroparentales no aventajan en salud mental a los hijos de familias homoparentales; esto es, coloca la diferencia en el orden social, pues considera a las familias homoparentales una minoría inferior, oprimida y segregada.

Cuando se cuestiona el efecto psíquico que puede significar para un niño tener padres del mismo sexo, aparece la pregunta reiterada acerca de si esta situación predispone a la perversión del hijo. En su respuesta acuerdo con la mayoría de las/os autoras/es (Bleichmar S. 2009, Burín M. y Meler I. 2009, Dio Bleichmar E. 2010, Rotenberg E. 2010; entre otros) que apuntan que la verdadera perversión consiste en utilizar el cuerpo o la psiquis del niño como un objeto de goce del adulto que detenta un lugar de poder con respecto a la vulnerabilidad del niño, independientemente de la orientación sexual de estos padres.

Un hijo precisa un padre que se posicione como sujeto deseante, que otro cause su deseo. Entonces en el caso de la Homoparentalidad ese otro puede ser otro del mismo sexo.

Acuerdo con Adela Fryd (2007) cuando menciona que: al no poder ir más allá del padre, al neurótico no le queda más “remedio” que odiarlo o amarlo, pues puede demandar el amor del padre como hace el histérico o vacilar en la duda ambivalente del amor-odio como hace el obsesivo p.47. Esto se refleja en el caso **Raúl** que odia fervientemente al padre, en **Andrés** que descubre un goce obsceno del padre que lo lacera, en **Gastón** que demanda la mirada y el amor

del padre que lo habilite como hombre, o en el péndulo ambivalente de amor y odio hacia el padre donde vacila con su eterna queja el sufriente **Juan**.

Desde esta perspectiva, advierto que todo sujeto necesita una versión del padre que oficie como operador que pone límites al exceso, al goce de la madre y también a su propio goce, intentando de esta manera preservar la subjetividad del hijo.

Considero que los padres siempre marcan, por presencia o por ausencia, por aciertos o por desatinos, que se registran como experiencias y que a veces se transmiten de una generación a otra; esto ocurre tanto en padres heterosexuales como homosexuales.

Estas experiencias significativas para cada uno, constituyen “la otra escena”, esa escena fantasmática que se repite en el aquí y ahora con el hijo. Obviamente, como en toda repetición, nunca se repite **lo mismo**, siempre está presente la diferencia y es ahí donde **se puede hacer de la paternidad una experiencia inventiva, novedosa y reparadora**.

Cuando se habla de reparación se hace alusión a restaurar algo dañado, la paternidad no es una experiencia inocua, es imposible no salir en algún punto dañado como hijo y también como padre.

Esta reparación implicaría un proceso de “re-significación”, es decir, darle una nueva significación a lo vivido o vivenciado y de este modo intentar sacarle el matiz dramático, que condena al resentimiento, al enojo crónico y a la victimización. De esta manera tendremos un sujeto capaz de aceptar y asumir con responsabilidad su historia.

En relación a la homoparentalidad es importante recordar que la homosexualidad es una de las vicisitudes que hacen a las diferentes masculinidades, siendo la homoparentalidad también una vicisitud más de la paternidad.

Acuerdo con Joel Dor (2004) cuando manifiesta que el padre es como un diplomático, es decir, un embajador que representa a su gobierno ante una

comunidad extranjera; ahora bien, Dor no especifica si el embajador puede ser un varón o una mujer, pero sí señala que tendrá la función simbólica de representar la autoridad:

Puesto que la dimensión del padre simbólico trasciende a la contingencia del hombre real, no es necesario que haya un hombre para que haya un padre. (...) Basta que un tercero mediador del deseo de la madre y del hijo, haga de argumento a esta función para que su incidencia legalizante y estructurante se signifique. (Dor, 2004, pp.16-17)

En esta cita se puede observar claramente que este lugar y función paterna puede ser ocupado por un varón o por una mujer, lo importante es cómo se lo ocupe y que se lo haga con responsabilidad.

Una vez más queda clara la separación entre el padre biológico y la función paterna en tanto función simbólica, que no está soldada a un genitor, ni al género de quién la encarne.

Coincido por lo tanto con Cottet (2006), quien destaca la disyunción entre el padre real y la función simbólica, de la cual ya no es ni el soporte, ni la garantía.

No existen garantías de eficiencia, sobre aquél que sostenga la función paterna.

Estamos transitando una nueva concepción del parentesco, que va más allá de la diferenciación sexual entre hombre y mujer, ya que toma la diferencia entre padre y madre.

Cottet señala que el inconsciente rectifica, *inventa* nuevas familias ficticias y restablece a pesar de todo el lugar del padre.

Se puede entender, entonces, que no es relevante quién sea el padre, con tal que alguien ocupe ese lugar y ejerza autoridad (no autoritarismo) sobre la madre acotando ese goce que en ocasiones aparece como devorador y feminizante para el hijo varón. De esta manera podrá ejercer autoridad también sobre el hijo, siempre tentado a ocupar el lugar del falo, con el riesgo de fijarse en él, para ello es necesario que el padre pueda poner límites a su propio goce.

El autor sostiene que el inconsciente funciona como un *automatón* simbólico que permite reparar a través de lo simbólico lo estafalario de cada familia, sin importar si el padre está presente o no, si es hetero u homosexual, hombre o mujer, con tal que el niño cuente con un registro simbólico consolidado. De este modo el padre, en tanto operador estructural abre la vía a un gran número de posibles sustitutos, masculinos o femeninos que pueden ocupar su lugar.

En relación a la masculinidad acuerdo con Mahalik (2014) quien en su investigación “Both/and, not either/or: A call for methodological pluralism in research on masculinity”, desafía el pensamiento esencialista sobre la masculinidad tradicional, aludiendo a que se tiende a cosificar a los sujetos con la utilización de escalas para medir el nivel de masculinidad. El autor plantea la necesidad de pensar la naturaleza de la masculinidad frente a la variabilidad intraindividual; sostiene que hay una realidad social, en la cual los individuos construyen su masculinidad y sugiere el pluralismo metodológico en la comprensión de la masculinidad y de los hombres.

Considero valioso este aporte de Mahalik, con su alusión al pluralismo metodológico para comprender la masculinidad de los hombres y sobre todo el concepto de variabilidad intra-individual, ya que desde la perspectiva en que abordo esta investigación, el sujeto del psicoanálisis es un sujeto en constante devenir, sujetado a los cambios sociales y culturales que lo atraviesan, por lo tanto la masculinidad no se puede cuantificar, ni está dada desde el principio con lo biológico, sino que **es un proceso** en constante devenir en cada sujeto, éste será en principio pasivo: en cuanto a las marcas que lo pre-existen desde lo familiar y social y pasivo en cuanto a padecer en su cuerpo y en su psiquis, el impacto intrusivo, erotizante e invasivo y al mismo tiempo necesario del adulto significativo que lo asiste, pero podrá ser activo si asume el desafío de revisar esas marcas, de reconocer el peso silencioso y pseudo-determinante de las mismas y de re-significar sus efectos con el costo que esto implique.

En relación a la paternidad considero pertinente recordar la investigación de Findling et al (2011), que realizaron en Buenos Aires, Argentina titulada

¿Padres de hoy, varones de antes? Se les aplicó entrevistas en profundidad a 21 varones, de clase media, profesionales entre 30 y 40 años, que conviven con mujeres que trabajan y que tienen al menos un hijo en común. Para la mayoría la paternidad fue una experiencia trascendente mostrando nuevos modelos paternos en contraste con los pasados. Si bien el cuidado de los hijos recae sobre ambos miembros de la pareja, se observa una participación más activa de estos nuevos padres: ya que bañan, dan de comer, los acuestan y juegan con sus hijos. En relación al manejo del dinero, se observa una marcada división de los gastos relacionadas con el género, ya que los varones se ocupan del mantenimiento de la casa y del auto y las mujeres pagan los gastos relacionados con la empleada y la vestimenta de ellas y de los hijos.

Si bien el rol de padre proveedor sigue fuertemente arraigado como mandato cultural, las autoras concluyen que estas nuevas paternidades se van alejando progresivamente de las generaciones pasadas.

Acuerdo además con Fuentealba Vázquez (2011), quien investigó sobre las representaciones de varones progenitores no custodios post-separación/divorcio, dando cuenta que muchos varones reclaman un rol igualitario en la crianza y están dispuestos a luchar por ese rol, luego del divorcio, esto se refleja nítidamente en los casos: **Raúl** y **Sergio**, quienes preservaron su rol de padre frente a sus hijos, más allá del costo psíquico y afectivo que implicó en relación a sus ex parejas.

En relación al psicoanálisis es posible pensar que un padre en todo caso es aquel que con su acto, ayuda a su hijo o hija a hacerse responsable de su goce y de su deseo, esto apuntaría al lugar y función del padre, más que al padre genitor y del sexo del mismo.

Así como Simone de Beauvoir (1949/2005) en contra de la concepción naturista y biologista decía “No se nace mujer, se llega a serlo” (p. 371), de la misma manera podemos decir “No se nace varón, se llega a serlo”. Tampoco se nace padre ni se lo es por el solo hecho biológico de engendrar un niño, sino que el padre tiene que encontrar su lugar en “acto” en relación a su hijo, por eso se

sostiene que “se llega a ser padre”. Sin embargo, no es una llegada que garantice de modo alguno un estatus definitivo, implica un punto de llegada y de partida, de caídas y de recuperos, de erecciones y de detumescencias, de éxitos y de fracasos, de indiferencias y compromisos, de angustias y alegrías que se alternan en un largo e inacabado proceso que incluye a dos sujetos: por un lado, aquel que detenta ese lugar de padre más allá de su condición sexual y por el otro, aquel que ocupa el lugar de hijo e hija, cada uno con sus particularidades.

CAPÍTULO VII

CONCLUSIONES

En esta investigación se abordó el tema de la masculinidad y la paternidad desde la perspectiva psicoanalítica, considerando además el aspecto histórico y social.

El Psicoanálisis siempre trabajó más sobre la femineidad, con las clásicas preguntas ¿Qué quiere una mujer?, ¿Con qué goza una mujer? y poco se ocupó de los enigmas de los varones. Quizás no había espacio para ellos, puesto que todo circulaba alrededor de la teoría falocentrista; para que aparezca una pregunta, tiene que existir un vacío y en el caso de la masculinidad, dicho vacío estaba obturado con esa protuberante premisa universal del falo.

Si partimos de que el varón, como todo sujeto, es un ser ontológicamente en falta, una falta en ser, nunca supo quién es ni qué lugar ocupar y que a partir de la mujer buscó diferenciarse y en oposición a ella, ocupar un lugar, posición de la que jamás estuvo seguro, comprenderemos que por estas razones demandó constantemente el reconocimiento de ella, su aprobación y al mismo tiempo, el temor a mimetizarse lo llevó a tomar distancia, por lo cual *la mujer* pasó a ser para él un objeto paradójico y ambivalente: por un lado, la desea y por el otro, le teme; en ocasiones la ama, la necesita y otras tantas la odia y la desprecia. Esto se torna una estructura dialéctica comandada por un timón: el poder y el capitán será aquel (varón o mujer) que alternativamente lo dirija.

Al nacer en un estado de indefensión, aunque el varón ocupe el lugar de “Su majestad el bebé”, que le pertenece a una “Reina”, su madre, su ser queda impregnado de una indiferenciación feminizante, con la que tiene que lidiar a lo largo de su vida y con distintas mujeres buscando distanciarse de ellas: hermanas, primas, hijas, compañeras de estudio y de trabajo, con su mujer y con sus amantes a las que acudirá de tanto en tanto para edulcorar y reforzar su endeble narcisismo masculino.

La masculinidad y la paternidad se tornan temas relevantes a partir del resquebrajamiento del patriarcado. La lucha de las mujeres –sean o no feministas– incidió en este tipo de sistema y llevó a que se modificaran francamente los modelos de socialización y subjetivación de los niños.

Considero que el varón nunca supo muy bien qué hacer con la mujer, no obstante, algunas respuestas pseudoseguras fueron la dominación, el control y el poder que le propiciaba el patriarcado. Cuando las mujeres empezaron a ocupar lugares fuera de la casa, en la ciencia, la economía y la política, muchos varones quedaron impávidos, sintiéndose vulnerables, asociando inconscientemente esta vulnerabilidad con su feminidad tan fuertemente reprimida bajo la hegemonía masculina, que funcionó como el gran emblema y escudo patriarcal, ahora un tanto abollado, agujereado y oxidado.

En esta investigación he trabajado el varón no-todo y el padre no-todo en relación con la completud imaginaria que da el falo. Si el varón es no-todo y el padre es no-todo, es porque su estructura está signada por la vacuidad, pues no son lugares seguros, ya que se sostienen en cada acto. Este vacío es el que hace que el varón no sepa qué hacer con una mujer (más allá del coito) y que el padre no sepa qué hacer con sus hijos, más allá de funcionar como el proveedor o el domesticador que intenta inscribir límites, aunque en ocasiones lo haga desde el autoritarismo.

Como se sostuvo, fue el patriarcado el que intentó, con cierto éxito, tapan ese vacío: con insignias de dominación masculina, poder, control y violencia.

Los cambios sociales, los avances tecnológicos en la comunicación y en la ciencia, favorecieron marcadas innovaciones en el sistema de género, dejando de ser únicamente binario (varón – mujer), lo que dio lugar a nuevas sexualidades, configuraciones familiares que antes no existían, matrimonio igualitario que vino a desacralizar la clásica unión religiosa marido y mujer. Al tiempo que emergieron nuevas formas de engendramiento, con intervención de la ciencia y sin que tuviera que mediar el encuentro sexual. Estas realidades no piden permiso, irrumpen en el mundo actual y llegaron para instalarse, conmoviendo la subjetividad masculina y la paternidad.

Este desafío motorizó la presente investigación, ya que lleva a cuestionarnos viejos conceptos del Psicoanálisis (considerados aun hoy, por algunos sectores, como verdades dogmáticas); de esta manera, podremos actualizar esta teoría tan valiosa, a las luces del contexto socio-histórico y político en el que vivimos.

Cuando se indaga sobre la paternidad se desprende un tema actual, la homoparentalidad, asunto controvertido pues requiere un abordaje despojado de los prejuicios sociales y los psicologismos patologizantes que se depositaron en este tipo de parentalidad dado que lleva implícito el tema de la homosexualidad. En esta investigación se la considera una de las tantas masculinidades posibles, de lo que se desprende que la homoparentalidad es una forma más de parentalidad, cada cual con sus particularidades. Para ello, se hizo necesario articular el Psicoanálisis con el concepto de género.

En relación con el aspecto metodológico se trata de una investigación de finalidad básica y de profundidad interpretativa, que constituye un diseño de estudios de casos de tipo instrumental.

Como técnica para la recolección de los datos se empleó la entrevista psicoanalítica de investigación, a partir de dos proposiciones disparadoras: *hablemos de mujeres; hablemos de paternidad*. Auspiciados por la “atención uniforme y flotante” (Freud, 1912, vol. XII), se dio lugar a la emergencia de los

indicios que oficiaron como señales acerca de los significados sobre masculinidad y paternidad que sostenían estos sujetos.

Se empleó una muestra no probabilística intencional constituida por cinco varones, entre 35 y 55 años, con diversidad sexual, que se encuentran o se encontraron en tratamiento psicológico psicoanalítico. Previamente a las entrevistas, se les informó de las características de la investigación; y ellos acordaron en participar mediante consentimiento escrito.

Se eligió a sujetos que son o fueron pacientes del investigador, por la *condición de la muestra* y por el *objeto de estudio*. En el primer sentido, para que la misma estuviese conformada por sujetos con estructura neurótica, diagnosticados como tales desde la perspectiva psicoanalítica (Freud-Lacan). En el segundo, porque el abordaje de temáticas tan profundas que atañen al hueso de la subjetividad, difícilmente se logra en participantes voluntarios de una investigación.

Por otra parte, ese saber en los sujetos está suspendido; es a través de las preguntas disparadoras que algo de ese saber se actualiza y promueve la enunciación inconsciente. La forma que se encontró para superar este obstáculo, fue apoyarse en la transferencia para establecer un encuadre distinto que permitiera realizar entrevistas de investigación, en las que el consentimiento informado por escrito –recurso nuevo, simbólico y legal– les brindó un encuadre que las diferencia y aleja del dispositivo clínico analítico. En este sentido, los sujetos fueron entrevistados en el consultorio particular del investigador pero, simbólicamente, “fuera” del consultorio porque se los citó en horarios diferentes de los fijados para las sesiones de análisis y obviamente, en este contexto no intervino la variable honorarios.

Las dimensiones teóricas encontradas en los casos clínicos que se analizaron, son consideradas como los avatares (o sea, vicisitudes, cambios, obstáculos) que tiene que atravesar un sujeto para devenir varón y padre:

Masochismo

Cobardía

Goce autoeórtico

Negación y Fantasma Bisexual

La culpa por el fantasma parricida y filicida.

Para poner de manifiesto cada una de las dimensiones enumeradas, se abordó primeramente su conceptualización en el Psicoanálisis y luego, se las ejemplificó con viñetas de cada uno de los cinco casos trabajados.

En relación con la primera pregunta de investigación (*¿cuáles son los recursos simbólicos con los que debe contar un sujeto para devenir varón y padre?*), se desprendieron las siguientes tres dimensiones:

La capacidad de duelar y de reparar.

Tramitar el tema de la culpa, efecto del fantasma parricida y del fantasma filicida.

Capacidad de introspección y de invención.

Dado que la paternidad no está soldada a la masculinidad –entonces, podrá compartir algunas dimensiones pero tendrá también otras –el sujeto debe contar con otros recursos simbólicos para devenir padre.

Respecto de la segunda pregunta de investigación (*El rol de padre, ¿es indisociable del sujeto varón o es una función que puede ser cumplida por otro sujeto sin importar su género?*), es posible sostener que el rol de padre es una función simbólica y como tal, puede ser cumplida por cualquier sujeto sin importar su género. Para ello, tendrá que estar dispuesto a realizar la renuncia pulsional y narcisista necesaria para abrir un espacio donde pueda alojar la alteridad de un niño/a ahora devenido en hijo/a de este sujeto devenido padre.

Considerando que tanto la masculinidad como la paternidad no son hechos determinados por lo biológico, nos despegamos del dato anatómico en cuanto garantía, no obstante es un dato a tener en cuenta y desde esta posición se

puede hablar de distintas masculinidades, las que incluyen la diversidad sexual y de diferentes paternidades, que contienen diversas homoparentalidades que merecen un análisis del caso por caso, ya que no se puede generalizar.

En relación con la homoparentalidad, se entiende que todos pertenecemos al Gran Otro de la cultura, que nos preexiste y nos marca con los significantes y las leyes que ordenan la convivencia humana, imponiendo cierta renuncia pulsional. A partir de dicha pertenencia es posible afirmar que todos somos adoptados por la cultura. La vida de los sujetos en tanto sujetos divididos, no depende de quién lo engendra o de cómo se lo engendra, aunque es un dato que tiene su valor. En este sentido, la homoparentalidad tiene su incidencia en la subjetividad del hijo, como la tiene también la heteroparentalidad, puesto que es imposible no salir marcado y a veces, afectado por el solo hecho de tener un “padre”; a cada sujeto le “tocará” tramitar su historia con él.

En los capítulos 2 y 3, se destacó la importancia de que aquel que pretende ocupar el lugar de padre, respete la alteridad de ese niño, considerando la asimetría y diferencia generacional, una de las condiciones que evitaría que el hijo quede capturado en el lugar de objeto de goce del adulto. Recordemos que el goce se da en el cuerpo de cada uno, es intransferible y está signado por la pulsión y el más allá del principio de placer.

Sabemos desde el Psicoanálisis que el deseo hace de barrera al goce. Un hijo deseado por Otro, que encarne el lugar de padre, estaría ciertamente más preservado de ser tomado como objeto de goce. No olvidemos, sin embargo, que en la subjetividad de este Otro que encarne la función de padre o de madre, siempre está presente el deseo, pero también el goce.’

Frente a la homoparentalidad surgió un planteo ético que nos interpela, pues hasta qué punto este varón homosexual, quiere un hijo narcisísticamente para sí –en algunos casos, inclusive, parece favorecer la fantasía del autoengendramiento– sin que ninguna mujer pueda reclamar la maternidad del niño. La división de partes y funciones de cuerpos femeninos (ovodonación por

una mujer y alquiler de vientre de otra) está regulada a través de un contrato; por otra parte, se seleccionan las características físicas, etnia, color de ojos, antecedentes de enfermedades genéticas y psiquiátricas, algo parecido a un *menú a la carta*, en el que alguna cosificación de la subjetividad del otro se juega, seguramente con su consentimiento informado y en muchos casos por una retribución económica.

Lo que es esperable de un padre, es que reduzca su narcisismo y acote su propio goce; de esa manera posibilitará en el hijo una subjetividad deseante, que se irá desarrollando a través del tiempo en esa relación dialéctica entre padre e hijo donde ambos se van re-conociendo, es decir, volviéndose a conocer, pues siempre el padre es otro y el hijo también.

En la actualidad, se habla de la *caída del Padre*, Julien (1993) y Tort (2008) relacionándola con la fragilidad de las instituciones –Estado, escuela, religión, ejército y familia son cuestionadas hoy–, ya que el Padre en tanto función simbólica normatizante y representante de la autoridad, ha perdido la consistencia que tuvo durante tantos años de patriarcado, que desfavoreció a las mujeres empoderando una masculinidad hegemónica, nociva hasta para los mismos varones.

En una sociedad donde los límites son endeble, se favorece un goce mortífero del “todo es posible”, lo que trae aparejado, cada vez más, adicciones, patologías físicas y psíquicas, violencia e inseguridad. Estas manifestaciones constituyen un llamado mudo, como la pulsión de muerte, a un Otro que venga a poner orden, a contextualizar, a contener con límites y con amor. Ello es posible con una familia que restaure el lugar del padre, en tanto representante de ese Otro simbólico subjetivante, como lo es también la madre.

Mientras exista amor, barreras de pudor, normas claras y respeto por la alteridad del niño en tanto otro, se podrá lograr en una familia heteroparental u homoparental, pero siempre hay un costo que pagar.

De allí es importante que estos casos de pretensos padres biológicos o adoptivos, hetero u homosexuales, cuenten con un espacio de análisis psicoanalítico o psicoterapéutico, o un espacio para reflexionar, que les permita profundizar en el anhelo de ser padres. Sabemos por experiencia clínica que hay poca demanda para la apertura de estas indagaciones; en ocasiones solo vienen a buscar un certificado como un requisito más, pues la premura del mercado los acecha a la adquisición de un niño adoptado, biológico o biotecnológicamente fabricado. Luego, si hay un auténtico deseo, este niño pasará a ocupar el lugar de hijo.

A partir de ello considero que los padres del mismo sexo deben tener tramitada su posición sexual o en proceso de análisis –que les permita construir un tejido simbólico que pueda anidar a ese hijo– y que el hijo pueda construir un mito familiar en el que intervienen los deseos parentales, la historia familiar de cada padre, los miedos y prejuicios sociales.

Se trata, entonces, de que haya un padre que se posicione como sujeto deseante, que otro cause su deseo; considero que ese otro puede ser del mismo sexo.

Sostener en acto la función paterna, implicaría por parte del padre correrse de ese lugar de saber y poder omnipotente para ubicarse en el lugar de la “Docta ignorancia” y a partir de allí tolerar la incertidumbre que implica la paternidad, la capacidad de asombro frente a las mostraciones de los hijos, algunas sintomáticas que nos provocan angustia, otras aparecen como logros socialmente valorados que nos llenan de orgullo, pero siempre –tanto en unas como en otras– está presente el narcisismo paterno.

Ese narcisismo hace de escollo a la hora de preguntarse: ¿Qué es ser padre para mí? ¿Qué se supone que debe hacer un padre frente a determinada situación con su hijo/a?, respuestas que no yacen escritas en un manual ni se encuentran en una escuela para padres.

Algunas respuestas posibles, tentativas y transitorias podrán construirse en un análisis terminable o interminable de un sujeto que pretende detentar el lugar de padre, pues allí tendrá que revisar su propia novela familiar: ¿Qué padres tuvo? ¿Cuántos padres tuvieron? ¿Cuál fue su posición frente a ellos? ¿Qué marcas le dejaron? Pregunta esta última de particular relevancia porque siempre los padres marcan, por presencia o por ausencia, y esto ocurre tanto en padres heterosexuales como homosexuales.

Estas experiencias significativas para cada uno constituyen “la otra escena”, esa escena fantasmática que se repite en el aquí y ahora con el hijo. Ciertamente es que, como en toda repetición, nunca se repite lo mismo, siempre está presente la diferencia y es ahí donde debemos apostar para hacer de la paternidad una experiencia inventiva, novedosa y por qué no, reparadora.

Cuando se habla de reparación, se alude a restaurar algo dañado; la paternidad no es una experiencia inocua, es imposible no salir en algún punto dañado como hijo y también como padre.

En referencia a la masculinidad, se puede decir que la “masculinidad machista” funcionó siempre como una impostura masculina, en tanto el varón machista es un impostor, pues detenta aquello de lo que carece, ya que detrás de esa arrogante y agresiva masculinidad se esconde un sujeto vulnerable e inseguro, siendo esto el efecto de sus temores de feminización, su regresión imaginaria al lugar de niño (que muchos hombres nunca abandonan) y el horror que le despierta la mujer, esa misma que desencadena su deseo.

Al no sentirse a la altura de la situación, porque no sabe cómo responder a ese deseo femenino, este varón puede tomar varios caminos, que no son elegidos conscientemente:

-Retrocede a una actitud cobarde, consolándose en el goce autoerótico.

-Se feminiza refugiándose en una posición histérico-narcisista, típica del metrosexual, que seduce a muchas, para no elegir a ninguna.

-En ocasiones, se presenta como un sujeto asexuado, con una inhibición generalizada, a nivel intelectual, afectivo y productivo, mostrando una masculinidad dependiente, endeble y básica.

- En otros casos, asume una clara posición homosexual o bisexual, algunas veces transitoria, pues no se trata de una auténtica homosexualidad.

-Otras veces se mimetiza con las mujeres, actuando esos arrebatos femeninos que manifiesta en forma de agresividad hacia otros hombres, para probar en apariencia quién es más hombre, cuando en realidad lo que trata de probar es quién es menos mujer. Esta agresividad se expresa también ejerciendo en ocasiones violencia de género, pues –castigando o matando a la mujer– busca paliar el horror que ésta le genera, asesinando en ella su propia feminidad que le resulta intolerable.

Por eso, el varón machista es el típico fanfarrón al que le corresponde el dicho: “Dime de qué te jactas y te diré de qué padeces”.

Un sujeto solo podrá posicionarse como varón ante una mujer en la medida en que cuente con el recurso simbólico de la invención, es decir, deberá ser capaz de *inventarse*, no a partir de la nada, sino a partir de lo dado, en tanto trama significativa que lo espera al nacer, con la transmisión de ideales delegados por el referente paterno y materno que encuentre en su novela familiar o en un contexto cercano y significativo para él.

Como interpretación de los resultados, se desprende que **lo particular** es que ninguno de los cinco casos se sintió suficientemente amado por el padre; esto puede haber incidido en el proceso de masculinización puesto que en todos ellos el malestar se instala en la relación frente a la mujer y a la pareja. Algo de lo singular del goce y del deseo de cada uno se juega en ese terreno. Se destaca que, si bien pueden mencionar algunas características positivas en sus padres, hacen hincapié en las marcas negativas que dejaron en ellos.

Lo relevante es que la mayoría –salvo Andrés que todavía no es padre– mantiene un vínculo relativamente sano con sus hijos, de lo que se deduce que *el rol de padre se ha visto más preservado que el lugar de varón*.

Aunque el rol de varón y el de padre no están soldados, pueden interrelacionarse, dado que un padre siempre trasmite y un padre con una masculinidad devastada o muy fallida, aporta significaciones con las que los hijos construyen una particular imagen de él, que incidirá directa o indirectamente en su propia subjetividad. Por ello, se sostiene en esta investigación que es imposible no salir afectado por el hecho de tener un padre.

Otro elemento particular observado en los casos es el **goce autoerótico**, que se manifiesta en cierta fijeza en la satisfacción de las pulsiones **escópica**. Esto aparece en Andrés, siendo lo singular en él, la satisfacción de la pulsión oral–con el alcohol y la marihuana– y la pulsión escópica mediante un cierto voyerismo fijado en la pornografía y el intento sublimatorio en su praxis profesional de “hacer que los demás vean”.

Juan satisface su pulsión escópica en los cines porno gay y en los saunas gay, donde busca ver el pene de otros hombres, en ocasiones tocarlo y provocar su descarga eyaculatoria.

En Sergio esta conducta aparece cuando se exhibía, se daba a ver y conocía gente por internet; menciona además un daño real en sus ojos, pues fue sometido a varias operaciones.

La dimensión **masoquista** aparece en todos, aunque en distintos grados, mostrándose más exacerbada en Raúl, Juan y Sergio; en menor grado, en Gastón y Andrés.

La dimensión de la **cobardía** está presente en todos los casos trabajados.

La **negación** aparece en todos y el **fantasma bisexual** también, pero más fervientemente en Juan, Sergio y Gastón.

La culpa por el **fantasma parricida** es bastante generalizada aunque aparezca como culpa muda inconsciente; se manifiesta claramente en Raúl, Andrés, Juan y Gastón.

En cuanto a los recursos que debe tener un sujeto para devenir varón y padre se observa que:

La **capacidad para elaborar duelos y reparar**, se muestra francamente fallida en Raúl, luego en Juan; Andrés, Gastón y Sergio disponen de más recursos.

La posibilidad de tramitar la culpa por el fantasma parricida y filicida, se presenta más claramente en Andrés, Gastón y Sergio. En ningún caso aparece el **fantasma filicida**, pues –como se dijo– el rol del padre está mucho más preservado que el de varón; pero, sí se han sentido francamente dañados como hijos por su padre, salvo Sergio en quien aparece pero en forma más leve.

El recurso de **introspección e invención** se manifiesta en Gastón, Andrés y Sergio; en cambio, Juan y sobre todo Raúl presentan mayor dificultad en la introspección.

Los cinco casos han mostrado dificultad para inventarse como varones frente a la mujer, en distintos grados y en el siguiente orden creciente: Juan, Raúl, Gastón, Andrés y Sergio; en el último, hasta que asumió su posición homosexual, pero la dificultad persiste en él, en la posibilidad de establecer un vínculo estable y gratificante con otro varón.

En relación con ello habrá que inferir que estos sujetos tuvieron dificultades para separarse y diferenciarse de su madre y fundamentalmente, para tramitar el tema del amor al padre, que hace a la gran paradoja masculina, pues (como se observó en los capítulos 1 y 2) es imposible masculinizarse sin pasar por el amor homoerótico con el padre; seguramente ello ha incidido en el proceso de masculinización, derivando en estas masculinidades sufrientes a la hora de posicionarse frente a una mujer.

En el vínculo entre un padre y un hijo varón siempre flamean, por momentos intermitentes, el fantasma del filicidio por parte del padre y el fantasma del parricidio por parte del hijo. Ambos en pocas ocasiones crudamente expuestos y muchas veces enmascarados en diversas manifestaciones, formaciones reactivas, oscilaciones de amor y odio y síntomas. La culpa y los temidos castigos que el superyó le impone a ambos, hacen que esos fantasmas se repriman, pero cuando aparecen dejan como efecto, entre otros, la compulsión al fracaso, a la repetición, enfermedades psicosomáticas y una profunda soledad y aislamiento.

Considero que el amor del padre es un amor potencialmente reusable esta apreciación de desprende en referencia a lo que expresa Fromm (2014). A diferencia del amor materno que se considera incondicional, el amor paterno es condicional, depende de los méritos del hijo; la ventaja es que se puede hacer algo para conseguirlo (al amor del padre hay que conquistarlo), lo negativo es que no se cuenta con garantías, puede perderse o no ganarse nunca. A partir de esto es que puedo considerar que el amor del padre es *reusable*, aunque es posible observar que el amor de la madre también puede ser *reusable*, pues el manto de incondicionalidad que recae sobre ella tiene que ver con un imaginario social, pues hay madres que no aman a su hijo.

Según lo demuestra en este trabajo, un padre puede amar o no a un hijo. Cuando lo ama, siempre está presente el narcisismo paterno, la necesidad de trascendencia, la reafirmación de su virilidad y de su fertilidad, como así también la necesidad de reparación y la transmisión de ideales posibilitadores y el respeto por la alteridad del hijo. La contracara del amor paterno es el odio al hijo, rara vez consciente, que tiene que ver con el fantasma filicida. Hay muchas maneras metafóricas de “matar” a un hijo.

Una forma de expresión de este fantasma es el castigo físico y psicológico que bastardea la dignidad subjetiva del niño.

Suele aparecer también la imposición de exigencias desmesuradas, de ideales inalcanzables, de comparaciones denigrantes, de indiferencias desconcertantes significadas como abandono, que dificultan el proceso de masculinización del hijo pues lo dejan vulnerable frente a un deseo materno potencialmente devorante y feminizante. Esto se escucha con claridad en el discurso de Raúl, quien no pudo avanzar en el estudio de la misma carrera que ejercía el padre, puesto que lo perseguía su sombra, la comparación con un padre brillante y exitoso.

Un varón para ser tal deberá autorizarse a sí mismo, atravesando los avatares: la cobardía, el temor a la mujer y a su propia feminidad, el tramitar el amor y el odio al padre. De esa manera irá deviniendo varón, con un tipo de masculinidad particular, en la que se permita construir una posición viril no-toda fálica, dejando espacio a la incertidumbre y a la invención.

Así como se sostiene que no se nace mujer, se llega a serlo, podemos afirmar –en contra de una concepción naturalista y biologista– “No se nace varón, se llega a serlo”, aunque la anatomía de los genitales con los que nace constituyen una marca a tener en cuenta pero no determinan su destino. Tampoco se nace padre, ni se lo es por el solo hecho biológico de engendrar un niño, sino que “se llega a ser Padre”, pero no es una llegada que garantice, de modo alguno, un estatus definitivo. Implica un punto de llegada y de partida, de caídas y de recuperos, de erecciones y de detumescencias, de éxitos y de fracasos, de indiferencias y compromisos, de angustias y alegrías que se alternan en un largo e inacabado proceso que incluye a dos sujetos: por un lado, aquel que detenta sostener ese lugar de padre más allá de su condición sexual y por el otro, aquel que ocupa el lugar de hijo e hija, cada uno con sus particularidades.

Desde esta perspectiva considero que todo sujeto necesita una versión del padre que oficie como operador y que permita una instancia reparadora. Además, que ponga límites al exceso, al goce de la madre y también a su propio goce, intentando por esta vía preservar la subjetividad del hijo.

Dicha reparación implicaría un proceso de “re-significación”, es decir, darle una nueva significación a lo vivido o vivenciado y de este modo intentar sacarle el matiz dramático, que condena al resentimiento, al enojo crónico y a la victimización. Así, el sujeto será capaz de aceptar y asumir con responsabilidad su historia.

En la misma línea inferencial, sostengo que todo hijo, aun aquel que no conoció a su padre, necesita realizar el “acto” **deconstruir, reparar o inventar** en su psiquismo un padre. Este acto de construir o inventar un padre, lo realiza revisando y actualizando algunos recuerdos, experiencias, imágenes o dichos familiares que le llegan y se inscriben en él, que le permiten resignificar lo vivido, o sea, otorgarle un nuevo sentido, perdonarlo y perdonarse, aceptarlo y aceptarse para recrear ese referente, que oficia de muro y apoyatura simbólica, imaginaria y real que incide en la constitución de la subjetividad masculina y en la asunción de la paternidad.

Cada varón tiene que construir un padre cuando se siente interpelado por una demanda de su hijo, o una conducta preocupante que este presenta; es ahí donde el padre tiene que **inventarse** así mismo, esta invención va de la mano de la **capacidad de auto-cuestionamiento**, por la cual pueda preguntarse sobre su posición como padre, sobre sus presencias, sus ausencias y sus preferencias por uno u otro hijo, que incidirán en la subjetividad de su hijo/a; estos interrogantes actuarán como reguladores del vínculo padre-hijo.

Destaco que un sujeto solo puede ser padre desde el punto de vista ético (que no es el de la moral) en la medida en que pueda, desde su deseo, transmitirle al hijo un *saber hacer* con su goce, con su deseo, en definitiva con la ley del no-todo, que le permita desarrollar una subjetividad responsable y deseante.

El interés que motivó esta investigación son los interrogantes que me interpelaron como varón, padre y analista; es desde allí que en este trabajo pretendí profundizar específicamente en algunos de los avatares que tiene que atravesar un sujeto para devenir varón y padre.

De acuerdo a las características de la muestra, no pretendo haber dado respuestas totalizantes y abarcativas, ya que este trabajo constituye un acercamiento a esta temática, que pretende abrir nuevas líneas de investigación

Prospectiva

Un aspecto de interés para abordar en futuras investigaciones, es indagar cuáles son los elementos que inciden para que determinadas masculinidades fallidas frente a la pareja hayan podido, de alguna manera, sostenerse adecuadamente como padres frente a sus hijos.

Es necesario, además, profundizar en la ambivalencia amor-odio, siempre presente en la relación paterno-filial, para entender de qué modo la culpa se encuentra entramada en la subjetividad de cada uno.

Dado que no fue posible corroborar el fantasma filicida en los casos abordados, será relevante confrontar en un estudio futuro una posible explicación que anticipamos: al tratarse de un fantasma inconsciente en sujetos neuróticos, quizás yace más reprimido que el fantasma parricida.

En el caso de la homoparentalidad, se abren interrogantes que apuntan a cuestionar los prejuicios sociales que atañen a este tipo de parentalidad, intentando preservar el bien superior del niño.

Finalmente, cabe destacar que la presente investigación puede ser de utilidad para brindar aportes a la clínica psicoanalítica, a los juzgados de familia, a las situaciones de violencia intrafamiliar y de género, a los servicios de orientación de los colegios, al RUA (Registro único de Adopción), a la OAL y a los equipos interdisciplinarios que trabajan en el área de la salud.

CAPITULO VIII

APARATO ERUDITO

Anexo n: 1

Listado de los textos de Lacan donde aparece el término “Avatares”

<u>Seminarios</u>	<u>Página (Documento PDF)</u>
2	101
4	41 – 44 – 70
5	92 – 102 – 117 – 137 – 211
6	7 – 13 – 15 – 89 – 121
7	39 – 101
8	102 – 145
9	121 – 126
10	101 – 106
11	61 – 65 – 84
13	33
14	5
16	72 – 89 – 111
17	58 – 85
<u>Escritos 2</u>	156 – 166 – 212 – 265 – 288 – 302 – 314

Anexo n: 2

Índice de Obras de Arte: pinturas y esculturas

Lámina N: 1



Narciso versión Grecolatina

Paul Dubois, 1866

File: Narcissus, Dubois Cour Carree. Louvre. Paris

Lámina N: 2



LA CARIDAD ROMANA. Antonio del Solá. 1851. Museo del Prado

Esta obra representa el amor filial de una hija que encuentra a su padre prisionero casi en un estado de inanición y lo alimenta con el mismo pecho con que alimenta a su bebe.

Lámina N: 3



Edipo y Antígona: Óleo de Ribelles Felipe (1775) Museo de la Real Academia de Bellas Artes. San Fernando.

Lámina N: 4



**Saturno devorando a su hijo. Óleo de Rubens (1636) Museo del Prado.
Madrid**

Lámina N: 5



El sacrificio de Isaac. Óleo de Caravaggio 1601-1602 Florencia.

Lámina N: 6



Retrato de Magdalena Ventura y su marido.

Óleo de José de Ribera. 1631. Museo del Prado. Madrid.

CONSENTIMIENTO INFORMADO

He sido informado de los objetivos de la investigación sobre: "Avatares del sujeto en el proceso de devenir varón y padre". Dicha investigación está dentro del marco del Doctorado en Psicología de la Universidad del Aconcagua.

Se me ha garantizado el anonimato y confidencialidad de los datos, así como facilitarme el acceso a los resultados del estudio cuando estén disponibles.

He sido notificado que los resultados obtenidos serán utilizados con sólo con fines académicos, por lo que accedo a que la información obtenida en estas entrevistas forme parte del documento final del análisis, siempre que se garantice el anonimato y se protejan mis datos.

.....

.....

Fecha

Firma

.....

Aclaración

BIBLIOGRAFIA

- Aguilera-Guzmán, R. S., y Aldaz, E. (2003). La Paternidad en el medio rural y la migración internacional. Contradicciones de la Masculinidad, la paternidad y la Pareja. En: *Primer Coloquio Internacional "Migración y desarrollo": Transnacionalismo y nuevas perspectivas de integración*. Zacatecas, México.
[http://www.lazoblanco.org/wp-content/uploads/2013/08manual/bibliog/material_masculinidades_003_1.pdf]
- Alizade, A. M. (1993). La Mujer y la sangre. *Revista de Psicoanálisis* (3), 527-533.
- Alizade, A. M. (2004). Enigma de Mujer/ Enigma de la Creación. *Imago Agenda*, 81. [http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?id_articulo=623]
- Alizade, M. (2010). Homoparentalidades. En: E. Rotenberg, y B. Agrest Wainer (Comps.). *Homoparentalidades. Nuevas Familias* (2ª ed.; pp. 77-83). Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Alonso, L. E. (2003). *La mirada cualitativa en Sociología: Una aproximación interpretativa* (2ª ed.). Madrid: Fundamentos.
[[Books. Google.com/books/.../La mirada cualitativa en sociedad.html?id](http://books.google.com/books/.../La_mirada_cualitativa_en_sociedad.html?id)]
- Alonso Ramírez Acuña, D. (2011). *La desparentalización impuesta al padre separado o divorciado: Secuelas psicosociales* (Tesis de Doctorado). San José, Costa Rica: Ediciones Universitarias.
[<http://bp000695.ferozo.com/wp-content/uploads/2011/09/Ramirez-Acu%C3%B1a-David-Alonso-Desparentalizaci%C3%B3n.pdf>]

- Álvarez, L. (2013). *La representación de la masculinidad en la novela española contemporánea: Landero, Millán y Lago* (Tesis de Doctorado). Universidad Complutense de Madrid. España.
[<http://eprints.ucm.es/20667/1/T34385.pdf>]
- Ayllón, J. R. (2011). *Introducción a la ética: historia y fundamentos*. Madrid: Palabra.
- Azaretto, C, et al. (2014). *Investigar en Psicoanálisis*. Buenos Aires: JCE Ediciones.
- Banchs, M.A. (1999). Género masculino. Buscando al padre en la literatura. En: *Segundas Jornadas Ucevitas de Investigación en Género*. Universidad Central de Venezuela.
[http://pmayobre.webs.uvigo.es/textos/maria_banchs/genero_masculino_o_buscando_al_padre.pdf]
- Barreto Duarte, J. (2013). La relevancia del conocimiento de las representaciones sociales de los adolescentes varones, acerca de la paternidad en la adolescencia para el desarrollo de políticas públicas. *Subjetividad y Procesos Cognitivos*, 17 (2), 17-36.
[www.redalyc.org/articulo.oa?id=339630262001]
- Berenstein, I. (1996). *Familia y enfermedad mental*. Buenos Aires: Paidós.
- Berenstein, I. (2001). *El sujeto y el otro: de la ausencia a la presencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Berenstein, I., y Puget, J. (1997). *Lo vincular: clínica y técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Bleichmar, S. (2006). *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires: Paidós Psicología Profunda.
- Bleichmar, S. (2009). *La Subjetividad en Riesgo*. Buenos Aires: Topía Editorial.

- Bleichmar, S. (2014). *Las teorías sexuales en psicoanálisis. Qué permanece de ellas en la práctica actual*. Buenos Aires: Paidós Psicología Profunda.
- Brennan, A., Ayers, S., Ahmed, H., & Marshall-Lucette, S. (2007). A critical review of the Couvade syndrome: The pregnant male. *Journal of Reproductive and Infant Psychology*, 25(3), 173-189. Doi: 10.1080/02646830701467207. [<http://openaccess.city.ac.uk/2005/>]
- Burín, M. y Dio Bleichmar, E. (Comps.) (1996). *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Burín, M., y Meler, I. (2009). *Varones. Género y subjetividad masculina* (2ª ed.). Buenos Aires: Librería de Mujeres Editoras.
- Bustamante-Zamudio, G. (2009). Investigación, psicoanálisis y educación. Parte I: posición metodológica y epistemológica. *Magis. Revista Internacional de investigación en educación*, 1(2), [<http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/MAGIS/article/view/3382>]
- Cancina, P. (2008). *La investigación en psicoanálisis*. Rosario, Argentina: Homo Sapiens.
- Carbone, Indart y Otros (2000). *Neurosis Obsesiva y Femenidad*. Buenos Aires: Editorial Vigencia.
- Castells, M. (2001). *La era de la Información: economía, sociedad y cultura* (Vol. III: El Fin del milenio). Barcelona: Alianza Editorial.
- Castillo, I., y Aisa, C. (2010). *Manual de género para niñas, niños y adolescentes (mayores de 12 años)*. Buenos Aires: Centro Cultural de España en Buenos Aires.
- Castoriadis-Aulagnier, P. (2007/1975). *La violencia de la interpretación* (7ª reimp.). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Cazotte, J. (1985/1772). *El diablo enamorado*. Madrid: Siruela.

- Ceccarelli, P. (2010). Configuraciones edípicas contemporáneas: reflexiones sobre las nuevas formas de paternidad. En: E. Rotenberg, y B. Agrest Wainer (Comps.). *Homoparentalidades. Nuevas Familias* (2ª ed.; pp. 139-150). Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Clavero Lerena, M. (2014). *Adopción homoparental. Un estudio sobre la construcción de deseo de hijo en parejas gais* (Tesis de Maestría). Universidad de la República. Montevideo, Uruguay.
[\[https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/123456789/4381/1/Clavero%2C%20Mauricio.pdf\]](https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/123456789/4381/1/Clavero%2C%20Mauricio.pdf)
- Colín Gorráez, M., Galindo Leal, H., y Saucedo Pérez, C. (2009). *Introducción a la entrevista psicológica*. México: Trillas.
- Contreras Sánchez, F. (2010). *La construcción de la masculinidad y sus expresiones en la sexualidad adolescente* (Tesis de Maestría). Universidad Veracruzana. Veracruz, México.
[\[https://cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/29839/1/FranciscoContrerasSanchez.pdf\]](https://cdigital.uv.mx/bitstream/123456789/29839/1/FranciscoContrerasSanchez.pdf)
- Cottet, S. (2006). El Padre Pulverizado. *Virtualia. Revista digital de la Escuela de Orientación Lacaniana*, 15 (julio-agosto), 22-27.
[\[http://www.revistavirtualia.com/storage/ediciones/pdf/0X9onbaMLES Lt8QpPV6YuG7Pts0l7z9McvGgviF3.pdf\]](http://www.revistavirtualia.com/storage/ediciones/pdf/0X9onbaMLES Lt8QpPV6YuG7Pts0l7z9McvGgviF3.pdf)
- Crespo-Hernández, O., Pérez-Véliz, A., y Andino-Rubial, A. R. (2008). Tratamiento del género como derecho fundamental: retos y perspectivas en la formación de juristas. *Ra Ximhai*, 4(2), 79-103.
[\[http://www.redalyc.org/pdf/461/46140205.pdf\]](http://www.redalyc.org/pdf/461/46140205.pdf)
- Chapelli Méndez, A., y Cabrera López, S. (2010). Imaginario del rol paterno en padres que han asumido la licencia de paternidad. Estudio de casos. *Contribuciones a las Ciencias Sociales*, octubre.
[\[www.eumed.net/rev/cccss/10/\]](http://www.eumed.net/rev/cccss/10/)

De Barbieri, T. (1993). Sobre la Categoría de Género. Una introducción teórico-metodológica. *Debates en Sociología*, 18, 145-169.

[<http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/debatesensociologia/article/view/6680/6784>]

De Barbieri, T. (1996). Certezas y malos entendidos sobre la categoría de género. En: L. Guzmán Stein, y G. Pacheco (Comps.). *Estudios Básicos de Derechos Humanos IV* (pp. 47-84). San José, Costa Rica: Instituto Interamericano de Derechos Humanos.

[http://www.cieg.unam.mx/lecturas_formacion/genero_y_migracion/Session2/Teresa_de_Barbieri_Certezas_y_Malos_Entendidos.pdf]

De Beauvoir, S. (2005/1949). *El Segundo Sexo*. Madrid: Cátedra.

De Souza Minayo, M. C. (2010). Los conceptos estructurantes de la investigación cualitativa. *Salud Colectiva*, 6 (3), 251-261.

Díaz Cuestas, J. (2010). *Hombres de Steven Spielberg. Un análisis de las representaciones de masculinidades en los textos fílmicos Duel, Jaws, Jurassic Park, The Lost World: Jurassicpark y War of the Worlds*. (Tesis de Doctorado). Universidad de la Rioja. España.

[<https://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=20851>]

Diccionario de la Real Academia Española (1970). Madrid: Espasa Calpe.

Diccionario MAGISTER (1966). Buenos Aires. Argentina: Editorial Sopena.

Dor J. (2004). *El padre y su función en Psicoanálisis*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Duby, G. (1987). *Historia de la vida privada. Tomo1: Del Imperio romano al año mil*. Madrid: Taurus.

Dueñas Becerra, J. (2004). La figura paterna en el contexto roscharchiano. Una reflexión desde la psicología humanista. *Revista Cubana de Psicología*, 21(1), 59-61.

[\[go.galegroup.com/ps/i.do?id=GALE%7CA146348016&sid...v=2...\]](http://go.galegroup.com/ps/i.do?id=GALE%7CA146348016&sid...v=2...)

Durkheim, E. (1892). La familia conyugal. En: P. Peusner (2009). *El sufrimiento de los niños* (2ª ed.; pp. 123-132). Buenos Aires: Letra Viva.

Errázuriz Vidal, P. (2012). *Misoginia romántica, Subjetividad y Psicoanálisis*. (Tesis de Doctorado). Zaragoza, España: Prensas Universitarias de Zaragoza. [\[http://puz.unizar.es\]](http://puz.unizar.es)

Fernández, A.M. (2009). *Las lógicas sexuales: Amor, Política y Violencias*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Fernández, A. M. (2012). El orden sexual moderno y las diversas sexualidades. *Revista Actualidad Psicológica*, 411, 11-20.
[\[www.bibliopsi.org/.../Revista%20el%20orden%20sexual%20moderno%20-%20.pdf\]](http://www.bibliopsi.org/.../Revista%20el%20orden%20sexual%20moderno%20-%20.pdf)

Fernández, A. M. (2015). Amores diversos: saberes, poderes y placeres. En: H. GonzálezTorralbo (Comp.). *Diversidad familiar, cuidados y migración. Nuevos enfoques y viejos dilemas* (pp. 277-308). Santiago de Chile: Universidad Alberto Hurtado.
[\[http://www.anamfernandez.com.ar/2016/02/29/capitulos-de-libros-2015-amores-diversos-saberes-poderes-y-placeres/\]](http://www.anamfernandez.com.ar/2016/02/29/capitulos-de-libros-2015-amores-diversos-saberes-poderes-y-placeres/)

Fernández, A. M. (2016). Com-posiciones actuales de las identidades sexuales. *Revista Nomadías*, 22, 9-28. Doi: 10.5354/0719-0905.2016.45133
[\[https://nomadias.uchile.cl/index.php/NO/article/view/45133/47214\]](https://nomadias.uchile.cl/index.php/NO/article/view/45133/47214)

Findling, L., López, E., Lehner, M. P., Ponce, M., Venturiello, M. P, Mario, S., y Champalbert, L. (2011). ¿Padres de hoy, varones de antes? Decisiones reproductivas, familia y trabajo en varones de estratos medios de la Ciudad de Buenos Aires. En: M. Schufer, y R. N. Geldstein (Eds.). *Problemas actuales de salud reproductiva, familia, género y sexualidad. La investigación social de la diversidad* (pp. 141-168). Buenos Aires: UNFPA-Biblos.

- Fischman, M. y Hartman, A. (1995). *Amor, sexo y... fórmulas*. Buenos Aires: Manantial.
- Fleischer, D. (2006). Transformaciones en el matrimonio. *Virtualia. Revista digital de la Escuela de Orientación Lacaniana*, 15(julio-agosto), 33-39.
[\[http://www.revistavirtualia.com/storage/ediciones/pdf/0X9onbaMLESLt8QpPV6YuG7Pts0I7z9McvGgviF3.pdf\]](http://www.revistavirtualia.com/storage/ediciones/pdf/0X9onbaMLESLt8QpPV6YuG7Pts0I7z9McvGgviF3.pdf)
- Foucault, M. (1990/1977). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- Foucault, M. (2006/1977). *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
[\[https://www.ivanillich.org.mx/Foucault-Castigar.pdf\]](https://www.ivanillich.org.mx/Foucault-Castigar.pdf)
- Foucault, M. (2011). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Foulkes, E. (1993). *El saber de lo real. Una reflexión sobre la clínica de la psicosis y el fenómeno psicósomático*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Fuentealba Vázquez, A, (2011). *Paternidad y crianza: Representaciones significativas en progenitores post separación-divorcio desde la construcción de sus masculinidades*. (Tesis de Maestría). Universidad del Bío-bío. Chillán, Chile.
[\[cybertesis.ubiobio.cl/tesis/2011/fuentealba_a/doc/fuentealba_a.pdf\]](http://cybertesis.ubiobio.cl/tesis/2011/fuentealba_a/doc/fuentealba_a.pdf)
- Freud, S. (1986). *Obras completas* (2ª ed.). Buenos Aires: Amorrortu Editores:
- (1986-99). *Publicaciones pre psicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud*. Volumen I.
- ____ (1986/1897) Carta 79. Volumen 1.
- (1990/1899). *La interpretación de los sueños II*. Volumen V.

- (1905/1901). *Fragmento de análisis de un caso de histeria (caso "Dora")*. Volumen VII.
- (1905/1901). *Tres ensayos de teoría sexual*. Volumen VII.
- (1908). *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad*. Volumen IX.
- (1909). *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (caso del pequeño Hans) y A propósito de un caso de neurosis obsesiva (caso del "Hombre de las Ratas")*. Volumen XII.
- (1911/1910). *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente (caso Schreber)*. Volumen XII.
- (1912). *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico*. Volumen XII.
- ____ (1912) *Contribuciones para un debate sobre el onanismo*. Volumen XII.
- (1914). *Recordar, repetir y elaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II)*. Volumen XII.
- (1913/1912). *Tótem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos*. Volumen XIII.
- .----- (1913). *El interés por el psicoanálisis*. Volumen XIII.
- (2014). *El Moisés de Miguel Ángel*. Volumen XIII.
- (1914). *Introducción al Narcisismo*. Volumen XIV.
- (1915). *Pulsiones y destinos de pulsión*. Volumen XIV.
- (1917/1915). *Duelo y melancolía*. Volumen XIV.
- (1918/1914). *De la historia de una neurosis infantil. "El hombre de los lobos"*. Volumen XVII.

- (1919). *Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales*. Volumen XVII.
- (1919). *Lo Ominoso*. Volumen XVII.
- (1920). *Más allá del principio del placer*. Volumen XVIII.
- (1920). *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*. Volumen XVIII.
- (1922). *La cabeza de Medusa*. Volumen XVIII.
- (1923). *El Yo y el Ello*. Volumen XIX.
- (1924). *El problema económico del masoquismo*. Volumen XIX.
- (1924). *El sepultamiento del complejo de Edipo*. Volumen XIX.
- (1925). *La Negación*. Volumen XIX.
- (1925). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. Volumen XIX.
- (1928/1927). *Dostoievski y el parricidio*. Volumen XXI.
- (1930/1929). *El malestar en la cultura*. Volumen XXI.
- (1931). *Sobre la sexualidad femenina*. Volumen XXI.
- (1932). *Conferencia 33. La Femenidad*. Volumen XXII.
- (1937). *Análisis terminable e interminable*. Volumen XXIII.
- (1937). *Construcciones en el análisis*. Volumen XXIII.
- (1939/1934-38). *Moisés y la religión monoteísta*. [Volumen XXIII.
- Fromm, E. (2004). *El arte de amar. El amor entre padres e hijos*. (2º Edición, p. 57) Madrid: Paidós

- Fryd, A. (2007). *Otra vez el padre. Cinco momentos en la obra de Lacan y sus resonancias en la clínica*. Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Gallardo, G., Gómez, E., Muñoz, M. et al. (2006). Paternidad: Representaciones Sociales en Jóvenes Varones Heterosexuales Universitarios sin Hijos. *Psykhé*, 15(2), 105-116.
[www.psykhe.cl/index.php/psykhe/article/viewFile/315/295]
- Gallo, H. (2012). Estudio de caso, entrevista investigativa y Clínica del caso en psicoanálisis. En: J. J. Orejuela, M. A. Moreno, y M. A. Salcedo (Comps.). *Abordajes psicoanalíticos a inquietudes sobre la subjetividad* (pp. 67-86). Bogotá: Editorial Bonaventuriana.
[<http://hdl.handle.net/10819/4462>]
- Gallo, H., y Ramírez, M. (2012). *El psicoanálisis y la investigación en la Universidad*. Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Gamundi, Ch. (2014). La entrevista clínica en la investigación de inspiración psicoanalítica en Ciencias de la Educación. *Educación, Lenguaje y Sociedad*, XI (11), 37-55.
[<http://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/els/article/viewFile/1492/1502>]
- Garcés, G. (2014). *Hacete hombre. Historia personal de la masculinidad*. Buenos Aires: Marea Editorial.
- García-Mina, A. (2000). A vueltas con la categoría género. *Papeles del psicólogo*, 76, 35-39.
[<http://www.papelesdel psicologo.es/resumen?pii=1098>]
- García-Mina, A. (2003). *Desarrollo del género en la feminidad y la masculinidad*. Madrid: Narcea.
- Gardner, R. (1985). Recent Trends in Divorce and Custody Litigation. *AcademicForum*, 29(2), 3-7.
- Gerez Ambertín, M. (1993). *Las Voces del Superyó*. Buenos Aires: Letra Viva.

- Gerez Ambertín, M. (1999). *Imperativos del Superyó. Casos clínicos*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Gerez Ambertín M. (2004). *Culpa, Responsabilidad y Castigo en el Discurso Jurídico y Psicoanalítico* (Volumen III). Buenos Aires: Letra Viva.
- Gerez Ambertín, M. (2005). Sacrificio y paradojas de los Nombres del Padre. *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*, VIII (4), 596-616. [<http://www.scielo.br/pdf/rlpf/v8n4/1415-4714-rlpf-8-4-0596.pdf>]
- Gil, D., y Núñez, S. (2002). *¿Por qué me has abandonado? El psicoanálisis y el fin de la sociedad patriarcal*. Montevideo: Trilce.
- Ginzburg, C. (2007). Reflexiones sobre una hipótesis: el paradigma indiciario, veinticinco años después. *ContraHistorias*, 7, 7-16. [<https://issuu.com/revistacontrahistorias/docs/contrahistoriasvirtual7>]
- Glozer Fiorini, L. (2010). Parentalidad en parejas homosexuales. En: E. Rotenberg, y B. Agrest Wainer (Comps.). *Homoparentalidades. Nuevas Familias* (2ª ed.; pp. 47-56). Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Godelier, M. (2011[1982]). *La producción de los Grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea* (2ª. reimpresión). Madrid: Akal. [<https://anthroposentido.files.wordpress.com/2015/02/godelier-m-la-produccion-de-grandes-hombres.pdf>]
- Golergart, D. (2006). El género en la teoría sexual: Christopher Dejours, Jean Laplanche, Jacques André. *ALTER. Revista de Psicoanálisis, Investigaciones y Traducciones inéditas*, 2, Presentación del número. [<https://revistaalter.com/numeros-alter/el-genero-en-la-teoria-sexual/>]

- Gómez Gómez, E. (1993). *Género, mujer y salud en las Américas*. Washington: Organización Panamericana de la Salud-Organización Mundial de la Salud.
- González, R. (2001). *Esterilidad sin causa aparente: una mirada desde el psicoanálisis*. (Tesis de Maestría). Facultad de Psicología. Universidad del Aconcagua. Mendoza. Argentina.
- González, R. (2009). De las familias a la pareja. En: *Séptimas Jornadas Anuales de Investigación de la Universidad del Aconcagua*, Mendoza. Argentina
- Goodnight, B., Cook, S., Parrott, D., & Peterson, J. (2014). Effect of Masculinity, Authoritarianism and Prejudice on Antigay aggression: A path Analysis of Gender-role Enforcement. *Psychology hoy of Men & Masculinity*, 15 (4), 437-444. Doi: 10.1037/a0034565437.
- Gosende, E. (2004). Accediendo al género masculino. Dimensiones históricas, hermenéutica, reflexiva y política de la masculinidad. *Subjetividad y Procesos Cognitivos*, 5, 159-198.
[\[http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/handle/123456789/267\]](http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/handle/123456789/267)
- Gutman, J., y Gaspari, R. C. (1996). Función paterna. Dos modalidades de circulación: renuncia y cesión. En: I. Berenstein, G. K de Bianchi, R. C Gaspari, S. K de Gomel, J. Gutman, S Matus, y M. C Rojas. *Familia e Inconsciente* (pp. 128-150). Buenos Aires: Paidós.
- Habermas J. (1981/1987) Teoría de la acción comunicativa. Volumen 1: Racionalidad de la acción y racionalización social. Madrid: Taurus.
- Hartog, G., Moreno Salazar, M. A., y Alvarado Herroz, V. (2008). ¡Serás hombre, hijo mío! Un estudio transcultural sobre la transmisión de la masculinidad a través de la paternidad en Francia, México, Quebec y Burkina Faso. *La Manzana, Revista internacional de estudios sobre las masculinidades*, 3 (4). [\[www.estudiosmasculinidades.buap.mx\]](http://www.estudiosmasculinidades.buap.mx)

Hernández Sampieri, R., Fernández Collado, C., y Baptista Lucio, P. (2014). *Metodología de la Investigación* (6ª ed.). México: Mc Graw Hill.

Hincapié García, A., Piñeres Sus, J. D., y Bedoya Hernández, M. (2012). Paternidad y diferencia cultural: reflexiones históricas y antropológicas para el debate. *Revista Virtual Universidad Católica del Norte*, 37, 266-290. [www.redalyc.org/pdf/1942/194224568014.pdf]

Intebi, I. (2007). *Abuso sexual infantil. En las mejores familias*. Buenos Aires: Granica.

Jodelet, D. (1986). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En: S. Moscovici (Dir.). *Psicología Social. Vol.2, Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales* (pp. 469-494). Barcelona: Paidós.

Julien, P. (1993). *El manto de Noé. Ensayo sobre la paternidad*. Buenos Aires: Alianza Editorial.

Kafka, F. (2006[1952]). *Carta al Padre*. Buenos Aires: Bureau Editor S.A.

Karlen Zbrun, H. et al. (2012). *Método de investigación psicoanalítico. Articulaciones con el método genealógico de Foucault*. Documento elaborado en el marco del Proyecto del Instituto de Investigaciones de Psicología. Mendoza: Facultad de Psicología, Universidad del Aconcagua.

Knibiehler, Y. (1988). Le rôle des pères à travers l'histoire. *Revue française des Affaires sociales*, 42, 27-39.

Kojève, A. (1982). *La Idea de muerte en Hegel*. Buenos Aires: Leviatán.

Lacan, J. (1977). *Radiofonía y Televisión*. Barcelona: Anagrama.

----- (1985/1975). *Escritos 1: Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la Verneinung de Freud*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

- (1985/1975). *Escritos 1: La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- (1985/1975). *Escritos 1: Acerca de la causalidad psíquica*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- (1985/1975). *Escritos 1: Intervención sobre la transferencia*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- (1985/1975). *Escritos 1: Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- (1987). *Escritos 2: La significación del falo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- (1987/1960). *Escritos 2: Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- (1988/1974). *Intervenciones y textos*. Buenos Aires: Manantial.
- (1986). *Seminario 2: El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- (1996/1956). *Seminario 4: La Relación de Objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- (1999). *Seminario 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.
- (1988/1959). *Seminario 7: La Ética en Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- (2007/1962). *Seminario 10: La Angustia*. Buenos Aires: Paidós.
- (1987/1964). *Seminario 11: Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- (1992/1969-1970). *Seminario 17: El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

----- (2014/1971). *Seminario 18: De un Discurso que no fuera del semblante*. Buenos Aires: Paidós.

----- (1981/1973). *Seminario 20: Aun*. Buenos Aires: Paidós.

----- (1974/1975). *Seminario 22. RSI. Versión crítica*. Buenos Aires: Escuela Freudiana de Buenos Aires.

[<http://www.e-diciones-elp.net/images/secciones/epub/RSI.pdf>]

----- (2011/1963). *De los Nombres del Padre*. Buenos Aires: Paidós.

Lamas, M. (1999a). Género: los conflictos y desafíos del nuevo paradigma. En: A. Portugal, y C. Torres (Eds.). *El siglo de las mujeres* (pp. 87-99). Santiago de Chile: Isis Internacional y Ediciones de las mujeres n° 28.

Lamas, M. (1999b). Género, diferencia de sexo y diferencia sexual. *Debate feminista*, 20 (10), 84-106.

Levi-Strauss, C. (1985/1949). *Las estructuras elementales del parentesco*. Barcelona: Planeta DeAgostini.

Mahalik, J. (2014). Both/and, not either/or: A call for methodological pluralism in research on masculinity. *Psychology of Men & Masculinity*, 15 (4) ,365-368.doi: 10.1037/a0037308

Martínez, G. (2012). No hay relación sexual pero sí amores. *Radar*, 96 (Trabajo presentado en las VII Jornadas de la NEL, Medellín, 2012).

[<http://www.nel-mexico.org/articulos/seccion/radar/edicion/100/623/No-hay-relacion-sexual-pero-si-amores-de-amores->]

Martínez Alarcón, L. G. (2016). *El padre en la obra freudiana* (Tesis de Doctorado). Universidad Complutense de Madrid. España.

[<http://eprints.ucm.es/37077/1/T37026.pdf>]

Matilla, B. (2006). Apuntes al debate sobre homoparentalidad. *Clínica, filiación y pase*. *Revista de Psicoanálisis*, 8, 1-15.

[\[www.psicoanalisisysociedad.org/Textos/Homoparentalidad%20-%20B%20Matilla.pdf\]](http://www.psicoanalisisysociedad.org/Textos/Homoparentalidad%20-%20B%20Matilla.pdf)

- Meler, I. (2009). La masculinidad. Diversidad y similitudes entre los grupos humanos. En: M. Burín, e I. Meler (Comps.). *Varones: género y subjetividad masculina* (2ª. ed.; pp. 71-127). Buenos Aires: Librería de Mujeres Editoras.
- Money, J. (1955). Hermaphroditism, gender and precocity in hyperadrenocorticism: psychologic findings. *Bulletin Johns Hopkins Hospital*, 96, 253-264.
- Money, J., y Ehrhardt, A. (1982/1972). *Desarrollo de la sexualidad humana. Diferenciación y dimorfismo de la identidad de género*. Madrid: Morata.
- Montaño Mejía, C., y Solorio Pérez, C. D. (2014). Héroe alternativo: paternidad y masculinidad en un hogar monopaternal. *Géneros. Revista de investigación y divulgación sobre los estudios de género*, 21(16), 99-126.[https://www.researchgate.net/.../291522531_Heroe_alternativo_paternidad_y_masculini...]
- Moscovici, S. (2002). La representación social: un concepto perdido. En: *Taller Interactivo: Prácticas y Representaciones de la Nación, Estado y Ciudadanía en el Perú*. Lima: IEP, Instituto de Estudios Peruanos. [aprendeonline.udea.edu.co/.../representacion_social_un_concepto_perdido_moscovi...]
- Motta Lozano, D., y Uyazán Bojaca, L. (2013). *Un acercamiento a la comprensión al significado de paternidad de los internos a través de cuatro estudios de casos en el complejo carcelario y penitenciario metropolitano de Bogotá en el año 2013. (Trabajo de grado para optar al título de Trabajo Social)*. Facultad de Ciencias Humanas y Sociales.

Un minuto. Corporación Universitaria Minuto de Dios. Bogotá.
[<http://hdl.handle.net/10656/2864>]

Muñiz, M. (2010). *Estudios de casos en la Investigación Cualitativa*. Facultad de Psicología. División de Estudios de Postgrado. Universidad Autónoma de Nuevo León.
[<http://www.psico.edu.uv/sites/defacult/files/cursos/1estudios-de-caso-en-la-investigacion-cualitativa.pdf>]

Mussen, P., y Distler, L. (1959). Masculinity, identification, and father-son relationships. *The Journal of Abnormal and Social Psychology*, 59 (3), 350-356. <http://dx.doi.org/10.1037/h0044529>

Nasio, J. D. (Dir.). (2001/2000). *Los más famosos Casos de Psicosis*. Buenos Aires: Paidós.

Nasio, J. D. (2005). *Un Psicoanalista en el Diván*. Buenos Aires: Paidós.

Onostre Guerra, R. (2009). Síndrome de alienación parental: otra presentación de maltrato infantil. *Revista de la Sociedad Boliviana de Pediatría*, 48 (2), 106-113.
[<http://www.scielo.org.bo/pdf/rbp/v48n2/a10.pdf>]

Ortega, M., y Villarreal Duarte, M. (2009). *Análisis sobre paternidades: Significados y prácticas en dos generaciones de varones de San José de Cúcuta* (Proyecto de investigación). Especialización en violencia intrafamiliar. Universidad Autónoma de Bucaramanga. Colombia.
[<https://www.scribd.com/document/255008426/Analisis-Sobre-Paternidades>]

Painceira Plot, A. (2007). Capítulo V: El tema del padre en Psicoanálisis. En: *Repensando el Psicoanálisis desde la Persona*. Buenos Aires: Lumen.

Palomera, V. (2002). La presentación de casos hoy. *III jornada clínica de la sección clínica de Barcelona. Discusión sobre el seminario de casos*

del SCFB. [http://www.scb/nodus/129P_Presentación_de_Casos_Hoy.htm]

Pérez Nasser, E. (2010). *Dificultades y contradicciones en la configuración de las identidades masculinas de tres generaciones de hombres de la Sierra Norte de Puebla: Estudio de casos* (Tesis de Doctorado). Universidad Complutense de Madrid. España.

[<https://www.google.com.ar/?gferd=cr&ei=tjnmU6>]

Platón (1983). *El Banquete –Fedon – Fedro*. Barcelona: Ediciones Orbis.

Pommier, G. (1995/1989). *El orden sexual*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Pommier, G. (2009/2004). *Cómo las neurociencias demuestran al psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.

Pommier, G. (2015/2010). *¿Qué quiere decir “hacer” el amor?* (2ª ed.). Buenos Aires: Paidós.

Pulice, G., Zelis, O., y Manson, F. (2007). *Investigar la Subjetividad. Investigación y Psicoanálisis*. Buenos Aires: Letra Viva.

Rabinovich, D. (1995). *Lectura de la Significación del Falo*. Buenos Aires: Manantial.

Raíces Montero, J. H. (2013). No hay rol materno o paterno. *Publicable. El diario de TEA*, 19 de setiembre.

[<http://www.diariopublicable.com/sociedad/1439-parentalidad-entrevista-raices-montero.html>]

Rascovsky, A. (1981). *El Filicidio: la agresión contra el hijo*. Buenos Aires: Paidós – Pomaire.

Rodrigué, E. (1996). *Sigmund Freud. El siglo del psicoanálisis* (Tomos 1 y 2). Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Rodríguez, B. (1996). *El hijo inconcebible*. Buenos Aires: Tekné.

- Rodríguez, B. (2005). *La femineidad y sus metáforas. Sirenas y Amazonas*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Rodríguez, B. (2011). *Prostitución: Del Tabú a la Banalidad. Mercados del amor*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Román Lafont, J. (2009). Lactancia masculina: presentación de un caso en Cuba. *MediMay. Revista de Ciencias Médicas de Mayabeque*, 15 (1), 141-145.
[<http://revcmhabana.sld.cu/index.php/rcmh/article/view/419>]
- Rosenberg, M. (1996). Género y sujeto de la diferencia sexual. El fantasma del feminismo. En: M. Burín, y E. Dio Bleichmar (Comps.). *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*. Buenos Aires: Paidós.
- Rotenberg, E. (2008). *Hijos Difíciles Padres Desorientados*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Rotenberg, E. (2010a). La homosexualidad y el deseo de un hijo: su impacto en la parentalidad. En: E. Rotenberg, y B. Agrest Wainer (Comps.). *Homoparentalidades. Nuevas Familias* (2ª ed.; pp. 21-24). Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Rotenberg, E. (2010b). Nuevas cuestiones ponen en crisis viejas teorías. Entrevista de Eva Rotenberg a Silvia Bleichmar. En: E. Rotenberg, y B. Agrest Wainer (Comps.). *Homoparentalidades. Nuevas Familias* (2ª ed.; pp. 91-98). Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Roudinesco, E. (2003). *La Familia en Desorden*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Roudinesco, E. (2005). *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Samaja J. (1999). *Epistemología y Metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica*. Buenos Aires: EUDEBA.

Sangalli, M. N., Ortiz, F. Waisman, M. V., Sánchez, C. R., y Schmidt, C. (2014). El interés superior del niño en las adopciones homoparentales. *Lecciones y Ensayos*, 92, 217-231.

[<http://www.derecho.uba.ar/publicaciones/lye/revistas/92/el-interes-superior-del-nino-en-las-adopciones-homoparentales.pdf>]

San Miguel, M. (2004). El Psicoanálisis una teoría sin género. Masculinidad/ Femeidad en la obra de Sigmund Freud. La revisión de Jackes Laplanche. *Aperturas psicoanalíticas. Revista internacional de Psicoanálisis*, 16. [<http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000280>]

Santiago, P. (2018) Queer Studies y Psicoanálisis: Tensiones en torno a los movimientos reivindicadores de las identidades sexo-generalizadas. Tesis post doctoral, Conicet. Recuperada el 17 de Noviembre de 2018. En file:///C:/Users/S.O/Downloads/8897-49281-2-PB.pdf.

Sebastián Gregorio, B., Cortes Vidal, E., y Román Espinosa, L. (2012). La paternidad en hombres homosexuales: deseos y dificultades. *Alternativas en Psicología*, 16 (27), 77-88.

[<http://alternativas.me/9-agosto-septiembre-2012/10-la-paternidad-en-hombres-homosexuales-deseos-y-dificultades>]

Schneider, M. (2003). *Genealogía de lo masculino*. Buenos Aires: Paidós Psicología Profunda.

Simeone, S. (2010). Transferencia y función paterna. En: *XXVIII Congreso FEPAL "Transferencia, Vínculo y alteridad"*, Bogotá, Colombia.

[http://fepal.org/nuevo/images/stories/Silvia_Simeone-Transferencia_y_Funcion_Paterna.pdf]

Smola, A. (2010) Homoparentalidades. En: E. Rotenberg, y B. Agrest Wainer (Comps.). *Homoparentalidades. Nuevas Familias* (2ª ed.; pp. 63-70). Buenos Aires: Lugar Editorial.

- Spivacow, M. (2016a). *La Pareja en Conflicto*. Buenos Aires: Paidós.
- Spivacow, M. (2016b). Nuevas Familias, nuevos desafíos para el psicoanálisis. *El psicoanalítico. Publicación de psicoanálisis, sociedad, subjetividad y arte*.
[<http://www.elpsicoanalitico.com.ar/num20/subjetividad-spivacow-nuevas-familias-psicoanalisis.php>]
- Stake, R. (1998). *Investigación con estudios de casos*. Madrid: Morata.
- Stoller, R. J. (1968). *Sex and Gender. The Development of Masculinity and Femininity*. London: Karnac Books.
[<https://books.google.com.ar/books?id=N20pcltSHUgC&printsec=frontcover&hl=es#v=onepage&q&f=false>]
- Tajer, D., Reid, G., Gaba, M., Cuadra, M.E., Lo Russo, A., Salvo, I., & Solís, M. (2015). Equidad de género en la atención de la salud en la infancia. *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 14(1), 103-113.
[<http://www.psicoperspectivas.cl/index.php/psicoperspectivas/article/view/503>]
- Tena Guerrero, O., y Jiménez Anaya, P. (2008). Rescate de la imagen del padre ante el incumplimiento de la función de proveedor. En: J. C. Ramírez Rodríguez, y G. Uribe Vázquez (Comps.). *Masculinidades: El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*. México: Plaza y Valdés.
- Tort, M. (2007). *El padre y el psicoanálisis. Una historia política*. Santiago de Chile: Ediciones Palinodia.
- Tort, M. (2008[2005]). *Fin del Dogma Paterno*. Buenos Aires: Paidós Psicología Profunda.
- Tort, M. (2016). *Las Subjetividades Patriarcales. Un psicoanálisis inserto en las transformaciones históricas*. Buenos Aires: Topía Editorial.

- Ulloa Guerra, O., y Quaresma de Silva, D. (2010). Masculinidades: Un análisis sobre sus implicancias y contradicciones. *Santiago*, 123, 92-111.
[<http://revistas.uo.edu.cu/index.php/stgo/article/view/947>]
- Valdéz, T., y Olavarría J. (1997). *Masculinidad, Poder y Crisis*. Santiago de Chile: Isis Internacional y FLACSO.
- Valles, M. (2007). *Técnicas Cualitativas de Investigación Social. Reflexión metodológica y práctica profesional*, T 2. Madrid: Síntesis.
- Vasilachis de Gialdino, I. (Coord.) (2006). *Estrategias de investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa.
- Vidal, I. V., Bravetti, G. R., Constantino, M. N., Corte, T., et al. (2014). Investigaciones acerca de las representaciones actuales de parentalidad y parejas, en parejas del mismo sexo. En: *VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI* (pp. 192-195). Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
[<https://www.aacademica.org/000-035/534>]
- Vorcaro, A. Amorim Mazzini, C., y Penido Monteiro, J. (2008). Ato infracionale metáfora paterna. *Psicologia: Teoria e Pratica*, 10(2), 135-146.
[http://www.mackenzie.br/fileadmin/Editora/Revista_Psicologia/Teoria_e_Pratica_Volume_10_numero_2/Psicologia_10_2-ok.artigo10.pdf]
- Volnovich, J. C. (2010). *Ir de Putas. Reflexiones acerca de los clientes de la prostitución* (2ª ed. corregida y aumentada). Buenos Aires: Topía Editorial.
- Wechsler E. (2008). *Arrebatos Femeninos, Obsesiones Masculinas*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Ynoub, R. (2007). *El proyecto y la metodología de la investigación*. Buenos Aires: Cengage Learning.

Ynoub, R. (2015). Revisión de algunos fundamentos lógico-metodológicos de la investigación cualitativa. *Perspectivas metodológicas*, 2 (16), 11-34.

[<http://revistas.unla.edu.ar/epistemologia/issue/view/93>]

Zabalza, S. (2012). *Neoparentalidades: el porvenir de la diferencia*. Buenos Aires: Letra Viva.

Zapata, B. (2009). Homoparentalidad en Colombia. Trazas iniciales de una investigación en curso. *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia*, 1, 140-162.

[http://revlatinofamilia.ucaldas.edu.co/downloads/Rlef1_8.pdf]